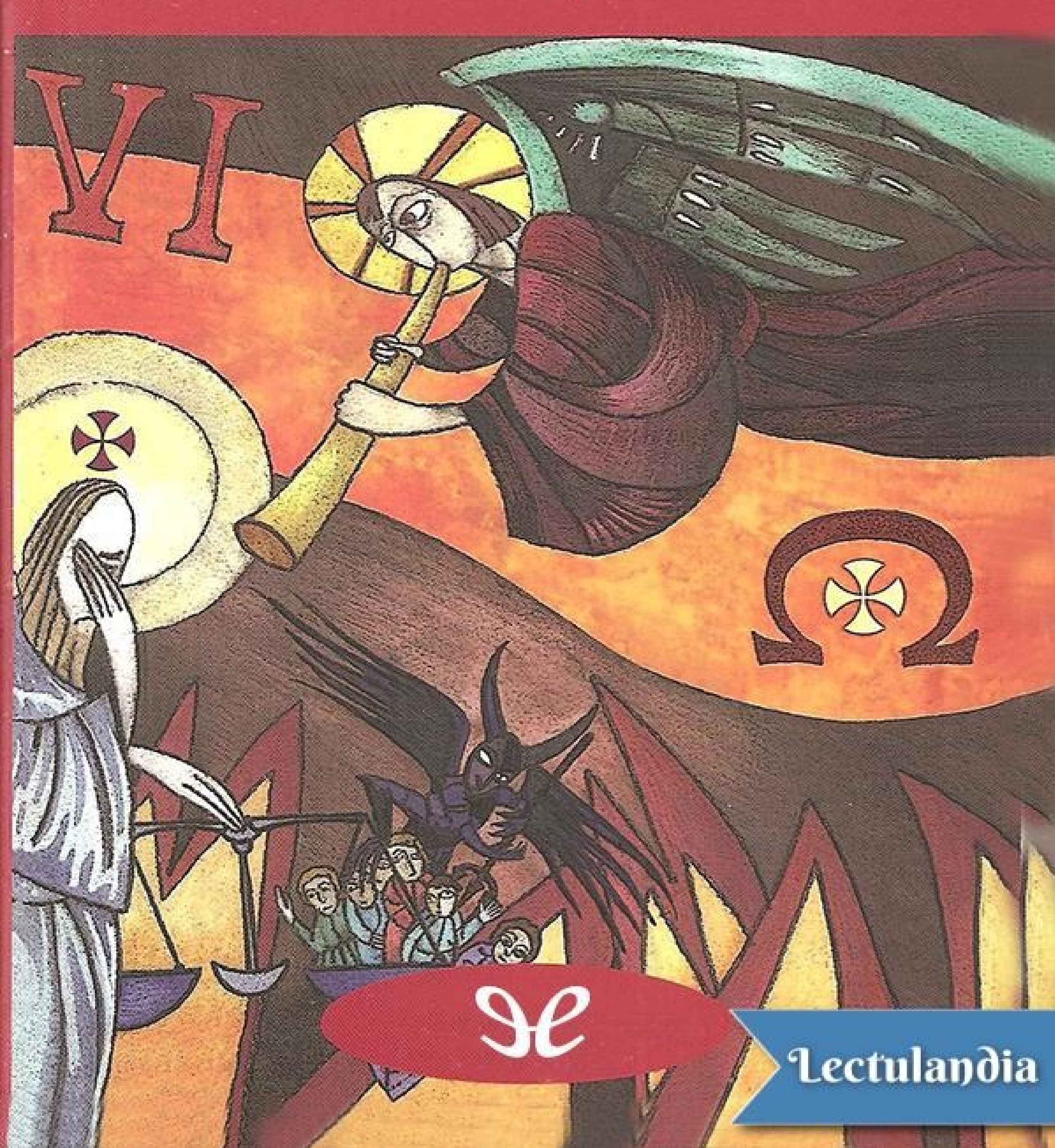
G.K. CHESTERTON

La esfera y la cruz



Publicada en 1909, «La esfera y la cruz» es sin duda la novela de aventuras más evidente de Chesterton. Un católico y un ateo intentan batirse en duelo a muerte, cada uno por defender sus ideas. No lo consiguen, pues siempre tienen que huir de las autoridades que tratan de impedírselo, lo que al final termina por convertirlos en aliados. En su huida en busca de un lugar donde librar el duelo, una huida que se produce por tierra y mar, incluso por aire y hasta estratosféricamente (Chesterton fabula aquí deliciosamente con naves volantes que van hasta las estrellas), acabarán dirigiéndose del sur de Inglaterra a las islas del Canal de la Mancha merced a unos avalares por momentos delirantes y plenos de comicidad, y por momentos emotivos, en tanto la amistad de los dos forajidos va consolidándose precisamente a partir de sus presupuestos ideológicos contrarios. Como el resto de las obras de Chesterton, «La esfera y la cruz» abunda en paradojas y aventuras que bordean lo insólito, hasta desembocar en una insurrección en un manicomio, desatada por el ateo y el católico, en una sucesión de cuadros tan disparatados como mordaces a través de los cuales hace Chesterton una crítica feroz de las instituciones psiquiátricas y de los médicos, así como de todo lo que convencionalmente se tiene por razonable y cuerdo.

G. K. Chesterton

La esfera y la cruz (Ed. J. Moreno-Ruiz)

Valdemar: El Club Diógenes - 233

ePub r1.0

Titivillus 06-11-2023

Título original: *The Ball and the Cross*
G. K. Chesterton, 1909
Traducción: José Luis Moreno-Ruiz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1
Una discusión más o menos en el aire

EL BARCO volante del profesor Lucifer cruzaba el cielo como una flecha de plata; su blanco acerado y frío brillaba en el cielo de la noche, helado de vacuidad. Tan lejos de la tierra nada le confería entidad; los dos hombres que iban a bordo semejaban ir mucho más allá, por encima de las estrellas. El profesor había inventado aquella máquina y todo lo que se contaba en ella. Cada herramienta, cada aparato, pertenecían en consecuencia a la mirada distorsionada con que se contempla eso que pertenece al milagro de la ciencia. Para el mundo de la ciencia y de la evolución era más difícil nominar aquello, siquiera elusivamente, cual si fuese un sueño, que todo lo que corresponde al mundo de la poesía y de la religión, y así, desde que esas últimas imágenes e ideas permanecen eternamente, en tanto la idea totalizadora de evolución las disuelve hasta confundirlas, devienen finalmente en una pesadilla.

Era como si las herramientas del profesor Lucifer fuesen las que desde la más remota Antigüedad auspician la locura, se desarrollan para tornarse cada vez más irreconocibles, olvidan su origen y olvidan también su nombre. Aquella cosa parecía una gran llave con tres ruedas o un mortífero revólver. Aquel objeto tenía también una especie de intrincado sacacorchos, que era realmente la llave. La cosa, una especie de triciclo erróneo, tenía el aspecto propio y nada expresivo de algo para lo que la llave es un sacacorchos. Todo eso, como he dicho, era invención del profesor Lucifer; y había inventado también todo lo que otorgaba al barco volante su entidad de tal, con la excepción, acaso, de sí mismo. Había nacido quizá un poco tarde para inaugurar semejantes aparatos, pero desde luego creía poder mejorarlos considerablemente.

Había otro hombre a bordo, del que se hablará en su momento. Curiosamente, sin embargo, no lo había inventado el profesor, y tampoco había tenido que mejorarlo sustancialmente, si bien con esa intención lo había

sacado del jardín de su morada en la Bulgaria occidental, pues lo creía susceptible de perfeccionamiento. Era un hombre piadoso todo cubierto de pelo blanco. Apenas se le podía ver algo más que los ojos, con los que parecía hablar. Era un monje de gran sabiduría y de probado intelecto que vivía feliz en su cueva de piedra y en sus jardines igualmente de piedra de los Balcanes, conocido por sus escritos en los que refutaba ciertas herejías de los últimos maestros que fueron quemados (generalmente por otros) unos 1119 años atrás. Habían sido, a buen seguro, herejes más que plausibles y fundamentados, pero también lo era el monje, plausible y fundamentado, como para refutar aquellas herejías falaces con su poderoso intelecto. La única desgracia, para él, era que no había en todo el mundo moderno alguien con la solvencia intelectual necesaria para entender sus argumentos. El viejo monje, uno de cuyos nombres era el de Michael, y el otro uno totalmente imposible de retener o decir en nuestra civilización occidental, vivía, como ya he dicho, muy felizmente en su ermita de las montañas, en la vecindad de los animales salvajes. Y aun ahora tenía la ventura de ser feliz, sobrevolando la sociedad de los científicos salvajes.

—Mi buen Michael —dijo el profesor Lucifer—, no tengo la menor intención de tratar de convertirlo a usted mediante la argumentación. La imbecilidad de sus tradiciones es algo de lo que se da cuenta cualquiera que tenga un mínimo conocimiento del mundo, ese conocimiento que nos enseña a no sentarnos en piedras o a no hacer amistad con gente carente de pecunio… Es una tontería hablar o intentar demostrar la filosofía racionalista. Todo la demuestra. Marcha hombro con hombro con gente de toda clase…

—Sabrá disculparme —dijo el monje, cuya voz le salía entre las blancas y largas barbas—, pero me temo no entender… ¿Es para que vaya yo hombro con hombro con gente de toda clase por lo que me ha subido usted a esta cosa?

—Una respuesta, la suya, propia de la estrechez mental y de la carencia de raciocinio propias de la Edad Media —replicó tranquilamente el profesor—; no obstante, y a pesar de sus propias carencias, trataré de ilustrarlo a usted exponiéndole mis puntos de vista. Estamos en el cielo. Para su religión, y para todas las religiones, hasta donde yo sé, y mire que sé bastante, el cielo simboliza todo lo más sagrado y caritativo. Bien, pues ahora está usted en el cielo, bien lo puede comprobar. Quizá habría que preguntarle cómo se siente, qué siente… Ahora sabe usted lo que puede sentir realmente un hombre acerca del cielo, cuando se halla solo en los cielos, rodeado de cielo… Usted sabe bien cuál es la verdad, y la verdad es lo que nos rodea… El cielo es

diabólico, como lo son las estrellas. Este mero espacio, esta mera cantidad, aterroriza al hombre más que un tigre o que la más terrible de las plagas. Ya sabe usted que, como lo ha expresado nuestra ciencia, el fondo está fuera del Universo. Por eso el cielo es la esperanza, lo es más que cualquier infierno. Ahora, si puede haber algún consuelo para su miserable progenie de mórbidos monos, lo hallará en la tierra, más cerca de las raíces del campo que donde está usted ahora, en esos lugares que son el infierno desde antiguo. Las terribles criptas, las espantosas celdas de ese mundo subterráneo al que se condenaba a los más débiles, han quedado ocultas hasta dar la sensación de que han desaparecido, pero al fin y al cabo son más morada para los hombres que este cielo en el que estamos. Y llegará el tiempo en que también habrá que esconderse aquí para escapar del horror de las estrellas.

—Perdone que lo interrumpa —dijo Michael tras toser un poco—, pero siempre he sabido que…

—Vamos, rece usted, adelante —dijo el profesor Lucifer, radiante—. Realmente quiero oír sus ideas simplistas.

—Bueno, el caso es que —dijo el otro— admiro grandemente su retórica y la retórica de su escuela de pensamiento, pero un simple análisis verbal de sus puntos de vista y de los puntos de vista de su escuela, y de lo que aporta dicha escuela a la historia de la humanidad, me impide… bueno, me impide llegar a una conclusión, y además encuentro gran dificultad para expresarme en una lengua extranjera.

—Vamos, adelante —insistió el profesor con ardor—. Yo le ayudaré a encontrar las palabras precisas. Dígame cuánto le han impresionado mis puntos de vista…

—Bueno, la verdad es que no podría expresarlo convenientemente, pero algo me hace suponer que usted es capaz de expresar sus ideas con la mayor elocuencia… cuando… cuando…

—¡Vamos, adelante! —gritó Lucifer impaciente.

—Bien, cuando su barco volante está a punto de adentrarse… en algo… Estoy seguro de que no se le hubiera ocurrido decir nada de eso si no estuviéramos a punto de adentrarnos en algo…

Lucifer soltó un juramento y tensó con todas sus fuerzas los mandos de la nave. Durante los últimos diez minutos navegaban por auténticos campos de nubes. Ahora, a través de una especie de masa púrpura, parecían a punto de acceder a lo que podría tenerse por el oscuro confín de una esfera aislada en aquel mar de nubes. Los ojos del profesor lanzaban llamaradas como los de un maníaco.

—¡Es un nuevo mundo! —gritó con terrible alegría—. Estamos ante un nuevo planeta que llevará mi nombre. Esta estrella, y sólo ella, no una estrella vulgar, será llamada Lucifer, el sol de la mañana. Aquí no imperarán leyes lunáticas, aquí no habrá dioses… Aquí el hombre será tan inocente como las margaritas del campo, tan inocente como cruel; aquí, el intelecto…

—Parece —dijo tímidamente Michael— que hay algo puntiagudo en el centro de… eso…

—Así que ahí lo tenemos —dijo el profesor mirando por un lado de su barco, luminosos sus lentes de tanta excitación intelectual—. ¿Qué otra cosa podría ser? Pues no podría ser más que…

Entonces exhaló un chillido y braceó como un alma en pena. El monje tomó el timón de aquello cansinamente; no parecía sorprenderse mucho de lo que ocurría, aunque pertenecía a una parte del mundo ignorante, donde no es raro que las almas en pena chillen cuando ven una forma como la que coronaba aquella misteriosa esfera. No obstante, dio el golpe de timón necesario para que el barco volante no se estrellara contra la cúpula de la Catedral de St. Paul.

Una masa de nubes oscuras se extendía a la altura de la cúpula de la catedral, como si la esfera y la cruz fueran una boya en un mar proceloso. Cuando el barco volante pasó rozándolas, la masa de nubes pareció tan seca y rocosa como un desierto. Eso provocaba una sensación extraña, una sensación de extraterritorialidad tan perceptible para el cuerpo como para la mente, toda vez que aquel desierto rocoso era tan fácil de atravesar como una simple neblina, no oponía resistencia. Chocaba que no chocase, por así decirlo. Fue como si los acantilados estuvieran hechos de mantequilla. Pero hubo más sensaciones que ésas puramente terrenales para quienes iban en la nave. Por un momento se toparon sus ojos y las fosas nasales con la opacidad de las nubes, acaso oscuras, y la nube por la que cruzaba el barco volante lo envolvió al instante en una especie de neblina marrón. Y no pasó mucho tiempo para que aquella neblina marrón semejara fuego. A pesar de aquello, pudieron ver abajo las luces de Londres, a través de la propia y densa atmósfera de la ciudad. Luces que semejaban formas de fuego cuadradas aquí y oblongas allá. La neblina y el fuego se mezclaban de manera que podría decirse apasionante, o en un vapor apasionado. Uno diría que la neblina sofocaba aquel fuego, y otro que el fuego sofocaba la neblina. Tras el barco volante, y bajo el barco volante, la impresionante esfera del domo emergía en la oscuridad como una catarata silente. O acaso fuese como una bestia marina cíclope que se expandiera sobre Londres, que desplegase sobre Londres sus

tentáculos. Un monstruo caído de un cielo sin estrellas. Se cernían las nubes de Londres sobre las cabezas de los viajeros cuando ya parecían salir al espacio abierto. En realidad, habían roto el tejado del cielo para adentrarse en un templo entre dos luces.

Habían pasado tan cerca de la esfera, que Lucifer, mientras alejaba su nave de allí, a punto estuvo de tocarla con la mano, como quien toca la orilla para alejar su bote. Tan cerca, que la cruz, destacándose en la oscuridad, como si hiciera un drapeado en la neblina, resultaba más imponente, más apabullante.

El profesor Lucifer señaló con su mano aquel gran orbe, como si acariciase a un animal gigantesco.

—Ahí está el que se quiere llevar mi dinero —dijo.

—¿Puedo preguntar de qué habla usted? —inquirió el viejo monje.

—Bueno, eso —dijo Lucifer como si golpeara la esfera de nuevo—. Ahí está el símbolo único, amigo mío. Tan grande. Tan satisfecho. No como ese individuo macilento que abre sus brazos rígidamente fatigados —y apuntó entonces a la cruz, nublado su gesto por una sonrisa de burla—. Le estoy diciendo, Michael, que puedo argumentar contra las patrañas del cristianismo haciendo uso de lo mejor del racionalismo a través de cualquier símbolo que quiera usted ofrecerme. He aquí un instante tan propicio como una venganza. ¿A través de qué otra cosa podríamos expresar mejor tanto su filosofía como la mía, si no es a propósito de esa esfera y de esa cruz? Esa esfera, ese globo, es razonable; esa cruz, sin embargo, no lo es. Es como un animal que tuviera una pata más larga que las otras. El globo es inevitable. La cruz es arbitraria. La esfera culmina armónicamente cuanto hay debajo, es una unidad en sí misma; la cruz, sin embargo, simboliza malevolencia primaria, enemistad incluso contra sí misma. La cruz es la expresión de un conflicto entre dos líneas hostiles que van en una dirección irreconciliable. Esa forma silente y cruzada que vemos ahí simboliza una colisión esencial, un choque, una batalla de piedra. ¡Bah! Ese símbolo sagrado suyo, querido amigo, no sirve más que para dar nombre o describir la desesperación y el entontecimiento. Cuando hablamos de hombres que se ignoran o desprecian los unos a los otros, o que se frustran los unos a los otros, decimos que tienen propósitos cruzados. ¡Acabemos con eso! No es más que una contradicción en términos.

—Lo que dice usted es completamente cierto —dijo Michael con mucha serenidad—, pero nos gustan las contradicciones en términos… El hombre mismo es una contradicción en términos; es un animal cuya superioridad sobre las demás especies animales le hace caer, sin embargo, en una

animalidad superior. La cruz supone, como bien dice usted, una colisión eterna. Como yo mismo. Es una batalla de piedra. Pero toda forma de vida es una batalla de carne. El significado de la cruz es irracional, como lo es el significado del animal humano. Dice usted que la cruz es una especie de cuadrúpedo con una pata más larga que las otras. Bien, pues yo le digo que el hombre es un cuadrúpedo que sólo es capaz de utilizar dos de sus patas.

El profesor pareció meditar unos instantes acerca de aquello, y al fin dijo:

—Por supuesto que todo es relativo, y no seré yo quien niegue que los elementos propios de esa batalla y sus contradicciones, representados por la cruz, ocupan un lugar preeminente en un cierto estadio evolutivo… Pero seguramente la cruz supone el grado más ínfimo del mismo, mientras que la esfera ocupa el más alto. Después de todo, como resulta fácil de comprobar, la cruz es lo único que realmente desentona en esa arquitectura hecha para honrar al reyezuelo que representa.

—Pero ¿qué quiere decir? —inquirió Michael mansamente.

—La cruz culmina la esfera —respondió el profesor con simpleza—. Todo un error. Debería ser al revés, la esfera culminando la cruz. La cruz no es más que un símbolo de la barbarie; la esfera expresa perfección. La cruz, como mucho, simboliza la amarga verdad de la historia del hombre; la esfera supone redonda armonía, el fruto final más exquisito de esa historia. Y el fruto debe estar en lo más alto del árbol, no en su base.

—¡Oh! —exclamó el monje con la frente surcada de arrugas—, o sea que, según usted, en un esquema racionalista aplicado a la explicación del simbolismo… la esfera debe hallarse sobre la cruz…

—Digamos que así se resume bien mi alegoría, sí —respondió el profesor.

—Bueno, eso resulta muy interesante —dijo Michael con mucha dulzura—, porque me parece que en ese caso podrá usted observar un efecto singular, muy apreciado generalmente por el racionalismo, al que podemos llamar en este caso religión de la esfera, de indudables efectos sobre la humanidad. Comprobará usted, espero, que al final, cuando suceda lo inevitable, ese aprecio de la esfera dará cuerpo lógico a su esquema de pensamiento.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lucifer—. ¿Qué ha de suceder?

—Quiero decir que esto se irá abajo —dijo el monje, mirando muy seriamente al vacío.

Lucifer mostró un gesto de profundo desagrado y abrió la boca para protestar, pero Michael procedió deliberadamente, sabedor de que el otro no era capaz de articular entonces una palabra.

—Una vez conocí a un hombre como usted, Lucifer —siguió diciendo el monje monótonamente, sin ninguna inflexión especial—. Aquel hombre adoptó…

—No hay un hombre como yo —protestó Lucifer con tanta violencia que su nave dio un bandazo.

—Como iba diciendo —prosiguió Michael—, aquel hombre adoptó ese punto de vista según el cual el símbolo de la cristiandad es una expresión del salvajismo y la irracionalidad. Su historia es muy elocuente. Es una alegoría perfecta de lo que les ocurre a los racionalistas como usted. Comenzó, naturalmente, por eliminar de su casa los crucifijos, fuera el que llevaba al cuello su esposa, fueran incluso los que aparecían en los cuadros colgados de las paredes. Aquel hombre decía, como usted, que eso era una simple forma fantásticamente arbitraria, una monstruosidad amada por paradójica. Entonces comenzó a hacerse más y más fieramente excéntrico; rompía las cruces que encontraba en los caminos, pues vivía en un país católico romano. Finalmente, en la cumbre de sus despropósitos, se subió una noche a la torre de una parroquia y echó abajo la cruz que la coronaba mientras profería brutales blasfemias bajo la estrellas. Después, una noche de verano, cuando regresaba a su casa a través de una senda, su locura diabólica comenzó a insuflarle ideas para cambiar el mundo. Se detuvo unos instantes para fumar, mientras pensaba en todo aquello, frente a una interminable estacada, y de repente se le abrieron desmesuradamente los ojos. No es que viera una luz hiriente, no es que viera de súbito un libro abierto y revelador, sino que observó que la estacada era algo así como un ejército de cruces que se extendían hacia las faldas de la colina. Entonces alzó su bastón y cargó contra las cruces. Milla tras milla, a lo largo de su camino, fue descargando bastonazos contra las cruces. Odiaba la cruz y la estacada era un muro de cruces. Cuando llegó a su casa era un hombre literalmente loco. Se dejó caer en una silla, pero al instante le pareció que la carpintería del mobiliario reproducía también aquel símbolo, para él horrible, aquella imagen intolerable. Se metió en la cama pensando que todo respondía a una confabulación. Y al poco se levantó para cargar contra los muebles, a los que tenía por cruces dispuestas de distintas maneras. Y luego pegó fuego a su casa, pues la tenía por hecha de cruces… Lo encontraron en el río…

Lucifer lo miraba con sus labios crispados.

—¿Esa historia es real? —preguntó.

—Claro que no —dijo Michael alegremente—. Es una parábola. Es una parábola que lo representa a usted y a sus racionalistas. Comienzan ustedes

por destrozar la cruz y acaban destrozando el mundo habitable. Ahí los tenemos a ustedes, diciendo de continuo que la Iglesia no puede ir contra sus voluntades, pero cuando nos los volvemos a encontrar dicen que nadie debe adherirse a la Iglesia. Ahí los tenemos, diciendo que no hay Edén alguno… Y después nos los encontramos diciendo que no hay ningún lugar que se llame Irlanda. Comienzan ustedes atacando lo que consideran irracional para después odiarlo todo, porque, según ustedes, todo es irracional, y así…

Lucifer lo interrumpió con una interjección que parecía el aullido de una bestia.

—¡Ah! —gritó—, admita usted que todo hombre tiene su locura, y que la suya, mi querido amigo, es la de la cruz… Habrá que salvarle…

Y con una energía hercúlea dio un vuelco de timón obligando a su amigo a caer desde aquel coche con hélice sobre la esfera. Michael, con agilidad sorprendente, logró agarrarse a la base de la cruz, evitando así estrellarse contra el suelo. Casi a la vez, Lucifer dio otro golpe de timón y su nave retomó el vuelo con él como único tripulante, alrededor de la esfera.

—¡Ja, ja, ja! —reía—. ¿Ha encontrado usted allí el apoyo que buscaba, querido amigo? —preguntó a gritos a Michael.

—Dada mi necesidad práctica de apoyo —respondió Michael sonriendo burlón—, nada mejor que esta esfera… ¿Puedo preguntarle si piensa dejarme aquí arriba?

—Claro, claro que sí. ¡Yo sigo ascendiendo! ¡Hasta lo más alto! —gritó el profesor con una excitación irreprimible—. ¡Mis senderos están allí arriba!

—¿Cuántas veces me ha dicho usted, profesor, que en el espacio no hay un arriba ni un abajo? —le preguntó el monje—. La verdad es que yo puedo ir mucho más lejos y arriba que usted.

—¡Pues adelante! —gritó Lucifer asomándose por un lado de su barco volante—. ¿Puedo preguntarle qué piensa hacer?

El monje señaló abajo, hacia Ludgate Hill.

—Voy a saltar subido a una estrella —dijo.

Aquellos que consideren estas palabras de la manera más superficial verán la paradoja como algo que adorna el periodismo. Una paradoja como esa debida al dandi[1] de la comedia decadente: La vida es demasiado importante como para tomársela seriamente. Pero quienes contemplen el caso de manera más profunda, o con mayor sutileza, verán que la paradoja es algo consustancial a todas las religiones. Una paradoja como la que expresa: Los pobres heredarán la tierra. Quienes pueden ver y sentir el hecho fundamental del caso saben que la paradoja no es algo que pertenezca sólo a la religión,

sino a todas las prácticas, vividas, violentas y críticas, de la vida humana. Esta clase de paradoja es lo que claramente percibía aquel hombre que se aferraba a la cruz de la cúpula de la Catedral de St. Paul para no caerse.

El Padre Michael, a pesar de su edad venerable y de su ascetismo (o a causa de todo ello, posiblemente) era un hombre feliz y saludable. Allí agarrado, al borde del vacío, vio con la lucidez que algunos seres muestran ante la evidencia del peligro esa esperanzada y mortal contradicción que se contiene en la mera idea del coraje. Era un hombre feliz y saludable, como ya se ha dicho, a pesar de sus muchos años, pero no pensaba jamás en ello, no lo tenía en cuenta. Y sintió, como lo sentiría cualquier hombre abocado al pánico, que su peor enemigo era el miedo mismo. En la frialdad más absoluta radicaba su única posibilidad de salvación; una frialdad, empero, que podría parecer suicida. Su única y muy difícil posibilidad de salir de allí con vida no pasaba precisamente por el afán desesperado de salvarse. No podía reparar sólo en si sus sandalias seguirían aferradas o no al reducido espacio de piedra que pisaban. Quizá pudiera escapar del peligro comportándose como un imprudente. Pero si procedía sabiamente lo mejor era hacerse piedra de la piedra de la cruz. Esa antinomia se repetía de continuo mentalmente, una contradicción tan enorme como la inmensa contradicción de la cruz; no era ocioso, pues, que recordase aquellas palabras: Quien perdiera la vida podría haberla salvado del mismo modo que la perdió. Y recapacitó entonces, con una suerte de extraña piedad, a propósito del significado último de aquellas palabras, que no decían sino que quien pierde su vida física puede salvar, sin embargo, su vida espiritual. Comprendió así definitivamente esa verdad que bien conocen todos los grandes luchadores, todos los grandes cazadores, todos los grandes escaladores de los picos más altos. Supo que podía salvar su vida animal sólo si se arriesgaba a perderla.

Podrá suponerse que un alma humana, que se debate desesperadamente en una altura de la que está a punto de caer, no se entregará a semejantes inconsistencias filosóficas. Pero realmente es peligroso dogmatizar acerca de eso. La verdad es que en tales meditaciones se contiene una actividad intelectual tan gozosa como práctica, pues se halla no sólo divorciada de la esperanza sino del deseo. Y si es imposible dogmatizar a propósito de estados semejantes, mucho más lo es describirlos. A esos espasmos de claridad que albergaba la mente de Michael sucedían otros de terror elemental, ese terror del animal que somos y que nos hace contemplar el mundo circundante como un enemigo; un terror que nos empuja a no ser nada piadosos con el enemigo y a derrotarlo por cualesquiera medios, sin atesorar otro pensamiento que el

de la victoria y la denostación de la derrota. En diez minutos de terror resulta imposible hablar con palabras humanas. Pero ocurre igualmente que en esos instantes de pánico, en esos instantes de terrible oscuridad, comienza a emerger en el hombre una suerte de amanecer no por gris menos plateado. Esa resignación asentada en las certezas terribles puede incluso llevar a escribir, algo tan extraño como el propio infierno… Quizá radique ahí el último y más grande secreto de la existencia de Dios. En lo peor de una aguda crisis de angustia siempre aparece en el hombre la relativa insania del contento. No es mera esperanza, pues la esperanza ya se ha roto, al igual que el sentimiento de lo romántico y cuanto se corresponde con una aspiración de futuro. Eso es lo que signa el presente. No se trata de la fe, pues la fe, por su propia naturaleza, es fiera y se hace entre dudas y desafíos. Es, simplemente, una satisfacción. Tampoco es algo que forme parte del conocimiento, pues el intelecto no parece tomar parte alguna en todo esto. Ni es, como aseguran en nuestros días unos cuantos idiotas, una paralización, una rendición absolutamente negativa de nuestra capacidad de respuesta. Es algo, en suma, tan positivo como una buena noticia. En cierto sentido, es una buena noticia, sin más. Algo que parece determinar la igualdad entre las cosas merced a un balance y apreciación de las mismas que nos impide toda indiferencia ante lo bueno y lo malo; algo, en suma, que nos ofrece ayuda y consuelo en nuestra más dura agonía.

Michael, ciertamente, no podría haber hecho un informe racional acerca de la indecible satisfacción que experimentaba al borde de aquel abismo. Se sentía animado por una suerte de lucidez inspirada por la cruz a la que se asía y por la leve base que a sus pies ofrecía la esfera, y porque aquello era la catedral, en suma, de la que estaba resuelto a bajarse de una vez por todas sin pensar en si al hacerlo se mataría o no. Tan misterioso ánimo le llevó a iniciar la bajada temible y a perseverar en su esfuerzo. Pero hasta seis veces volvió a sumirse en las siniestras galerías del terror, que volvía una y otra vez a él como se repiten los truenos en la tormenta oscura. Y cuando al fin estuvo a salvo sintió, como si lo golpeara el puño imposible de la borrachera, que estaba en posesión de dos cabezas: una, en calma, responsable y eficiente; la otra, repasando los peligros sorteados como si contemplase un mapa de lo mortal, sabia, práctica, calculadora. Se alegraba extraordinariamente de haber descendido en vertical por la fachada. Cuando accedió a la galería inferior y estuvo definitivamente a salvo, aún se sentía tan lejos del globo terráqueo como si hubiera saltado del sol a la luna.

Hizo una breve pausa, como si quisiera asegurarse de que en efecto estaba justo en la galería que había bajo la cúpula, y brincó sobre sus pies y caminó un poco. Y al hacerlo un bendito trueno estremeció su alma. Un hombre ordinario y corpulento, de rostro indiferente y vestido con algo parecido a un uniforme de lo más prosaico, con una fila de botones, le cerraba el paso. Michael no se preguntó si aquel hombre con tantos botones y de gran mostacho se había caído también de un barco volante. Simplemente dejó que su mente se llenara de felicidad ante la presencia de aquel sujeto. Incluso pensó que sería precioso quedarse a vivir allí para siempre, en aquella galería, en la compañía de aquel hombre. Imaginó cuán hermoso sería estar con aquella alma sin nombre surgida entre las sombras y oírle hablar tranquilamente de sus tíos y de sus tías. Apenas unos momentos antes penaba solo, al borde de la muerte. Ahora vivía y además compartía el mundo con aquel hombre. Un éxtasis inacabable. En aquella galería bajo la esfera, el Padre Michael había encontrado un hombre que era el más noble y adorable de todos los hombres, mejor que todos los santos, más grande que todos los héroes. Un hombre que se llamaba Viernes.

En aquel paraíso en el que se confundían los sonidos y los colores, Michael apenas oía que aquel hombre hermoso y fuerte le decía algo acerca de los horarios de visita y algo más acerca de sus órdenes. Parecía preguntar a Michael cómo había llegado hasta allí. Aquel hombre hermoso hacía sentir a Michael que la tierra era una estrella del cielo.

Al cabo, Michael se llenó con la sensual música de la voz de aquel hombre con tantos botones. Empezó a escuchar con mayor atención lo que le decía, que no era otra cosa que una sucesión de preguntas hechas acaso con excesivo énfasis. Michael se dio cuenta así de que aquella imagen de Dios con muchos botones se limitaba a preguntarle, una y otra vez, cómo había llegado hasta allí. Le respondió que había llegado en el barco volante de Lucifer. Y percibió un cambio notable en aquella imagen de Dios nada más responderle tal cosa. Primero se había dirigido a Michael con gran acrimonia, como si fuera un malhechor. Pero luego le habló con amabilidad muy fingida, como si fuese un niño. Sobre todo, parecía especialmente empeñado en apartarlo de la balaustrada. Así que le tomó cuidadosamente de un brazo y le condujo hacia una puerta para meterlo en el interior de una vez. Entonces siguió hablándole mientras lo zarandeaba. Le decía eso que Michael, con su leve conocimiento del mundo, tomaba por algo así como las dichas y gozos suntuosos que lo esperaban escaleras abajo. Michael le seguía, sin embargo, como si realmente el otro le tratara con exquisita corrección, por aquella

interminable escalera en espiral. A cierta altura se abrió otra puerta. Michael se sintió empujado a través de ella y el hombre de los botones le conminó a que no se moviera. Como si él pretendiese hacer otra cosa distinta… Deseaba estar allí, quedarse allí.

Al fin y al cabo, había ido paso a paso hacia otra infinitud, bajo el domo de otro cielo. Pero en realidad estaba en el domo de un cielo hecho por el hombre. El oro, el verde y el carmesí de aquella puesta de sol en la que se sentía inmerso no eran los propios de las nubes, sino de los querubines y de los serafines. Imponentes formas humanas con un plumaje apasionado. Si al mirar al techo no veía estrellas, era porque estaban más abajo, estrellas caídas de constelaciones rotas. El mismo domo quedaba envuelto por la oscuridad. Y mucho más lejos y abajo, mucho más debajo de la luz, podrían verse negras masas de hombres empeñados en su propio movimiento.

Escuchó entonces Michael algo que le pareció la lengua deliciosa de un órgano expresándose, llevándole su música, pero casi al tiempo sintió otra lengua, con un sonido perfectamente humano, mucho más terrible; la voz de un hombre que parecía llamar a todos los dioses habidos desde los comienzos del mundo hasta su fin. Michael se llegó a sentir casi como un dios al que se dirigían infinitas voces.

—No, ya verás, lo más bonito está abajo —le dijo empalagosamente el semidiós de los botones—. Lo más bonito está al final de la escalera. Ven conmigo, ven… Hay algo allá abajo que te sorprenderá, algo que estás deseando ver.

Evidentemente, el hombre de los botones no sentía como un dios, ni siquiera como un semidiós, por lo que Michael, que ya se había percatado de tal circunstancia, desistió de exponerle sus sentimientos, limitándose a seguirlo mansamente por aquella escalera en serpentina. No tenía noción ni de dónde estaba ni de la altura a que se hallaba. Aún estaba lleno del frío esplendor del espacio, o de lo que un brillante escritor francés[2] ha denominado «vértigo del infinito», cuando se abrió otra puerta. Entonces le chocó de manera indescriptible verse a una altura familiar, en una calle repleta de rostros. Alzó la cabeza y vio casas y farolas. De repente se sintió indescriptiblemente feliz y a la vez indescriptiblemente pequeño. Sus ojos escrutaban el pavimento con gran seriedad, como lo hacen los niños, como si pudiera encontrar ahí algo que le llenara de satisfacción. Y ciertamente se llenó del caluroso placer con que orgullosamente los niños se lanzan a correr; un placer que no se da de manera humillante, pero que a menudo deviene en humillación. Algo propio de la gente que se ha librado de la muerte por los

pelos, de los hombres que reciben inesperadamente el amor de una mujer, de los hombres a los que no se les recuerdan sus pecados.

Sus ojos lo contemplaban todo festivamente, no estéticamente; lo contemplaban todo con el divertido apetito del muchacho que come panecillos. Se fijaba en la cuadrada arquitectura de las casas; le gustaban los limpios y tajantes ángulos que mostraban, como si él mismo se los hubiera hecho a cuchillo. Le excitaban los también cuadrados escaparates de las tiendas, como se excitan los jóvenes ante el escenario cuando está a punto de producirse una promisoria pantomima. Se admiraba de ver cómo la luz de un escaparate proyectaba sobre el pavimento la sombra de alimentos conservados en envases cuadrados, como si las latas de té llenaran a cientos las calles del mundo.

Era, seguramente, el más feliz de los hijos del hombre. Desde que estuvo a punto de caerse de la cúpula de la Catedral de St. Paul, el universo entero se había destruido y recreado para él.

De repente se dejó sentir a lo largo de la calle un estrépito de cristales rotos. Con ese ímpetu propio de la masa plebeya, todas las miradas se dirigieron de inmediato en la dirección correcta, hacia un establecimiento que había junto a la tienda en cuyo escaparate se mostraban los alimentos envasados. Los trozos de cristal se expandían por el pavimento. De inmediato los policías cogieron a un hombre alto y joven con el cabello oscuro y largo, y con ojos igualmente oscuros, azules, que llevaba una capa escocesa gris sobre los hombros. Él era quien había destrozado con su bastón el cristal de aquella ventana.

—¡Lo haría de nuevo! —gritaba el joven de rostro pálido y enfurecido—. Muchos querrían hacerlo. ¿Comprenden lo que eso significa? ¡Repito que lo haría otra vez!

Entonces se toparon sus ojos con el hábito monacal de Michael y se quitó la capa en señal de reverencia, en un gesto propio de los católicos.

—¿Ha comprendido usted lo que eso significa, Padre? —clamó tembloroso—. ¿Ha visto lo que se atreven a decir? Al principio no lo comprendía, pero lo leí bien antes de romper la ventana.

Michael sentía que lo sabía, pero no cómo. La paz del mundo se había acorralado dolorosamente en su corazón. El mundo nuevo e infantil que había descubierto súbitamente no podían percibirlo, sin embargo, los hombres. Allí estaban en sus viejos descarriamientos, en sus prejuicios, con mucho que decir, acaso, pero sin decir nada.

Una furiosa inspiración iluminó a Michael entonces: agitarlos, conmoverlos con el amor de Dios. Serían incapaces de moverse hasta que no comprendieran que su existencia podría ser dulce y luminosa. No se moverían de allí si no era para ir hasta sus casas del brazo de los otros, como hermanos, lanzando gritos de júbilo por su definitiva liberación. De la cruz de la que había caído se desprendía una gran sombra de fantástica misericordia. Pero las tres primeras palabras que dijo, con una voz que parecía la de una trompeta de plata, dejaron a los hombres inconmovibles como las piedras. Quizá de haberles hablado cuando mayor era su iluminación, y al menos durante una hora, habría fundado una religión en Ludgate Hill. Pero se lo impidió la férrea mano de su guía, que sintió de nuevo sobre sus hombros.

—Este pobre hombre está chalado —dijo a la multitud muy divertido—. Le encontré vagando por la catedral… Me dijo que había llegado en un barco volante… ¿Hay alguna autoridad dispuesta a hacerse cargo de él?

Había una autoridad dispuesta. Otras dos autoridades se habían hecho cargo ya del joven con la capa gris escocesa, y una cuarta autoridad trataba de apaciguar al hombre al que el joven había roto la ventana, que parecía albergar tendencias un tanto turbulentas. Se llevaron al joven ante un magistrado, no obstante lo cual volveremos a saber de él en el siguiente capítulo. Y al hombre más feliz del mundo lo condujeron a un asilo para locos.

2
La religión de un magistrado estipendiario

LA REDACCIÓN de El Ateo se había ido convirtiendo con el paso de los años en uno de los lugares menos señalados de Ludgate Hill. El periódico era incongruente con la atmósfera del lugar. Mostraba por la Biblia un interés desconocido en el distrito, y un conocimiento del libro que nadie atesoraba en Ludgate Hill de manera tan conspicua y exaltada. Era en vano que el editor de El Ateo pusiera en el ventanal del periódico una banda en la que preguntaba qué hizo Noé en el arca con el cuello de la jirafa. Era en vano que preguntara abruptamente cómo se reconcilia el lugar común que dice Dios es Espíritu con ese otro lugar común que asegura que la tierra es su dominio. Era en vano que denunciase con más que energía que el obispo de Londres había pagado 12 libras al año para hacer creer que la ballena se tragó a Jonás. Era en vano que sostuviese en los más conspicuos lugares una opinión, sostenida en cálculos estrictamente científicos, acerca de la amplitud de la garganta de la ballena. ¿Es que todo aquello apenas decía nada a los que pasaban por allí? ¿Es que su sincera y tremenda indignación jamás conmovería a cualquiera de los individuos que pasaban Ludgate Hill abajo? Jamás. El hombrecillo que editaba y dirigía El Ateo salía ya de noche de su periódico y agitaba el puño contra la Catedral de St. Paul llevado de su apasionada guerra santa contra el santo lugar. La cruz de la cúpula de la Catedral de St. Paul y la redacción de El Ateo a sus pies, parecían ajenas a este mundo. La redacción y la cruz parecían equitativamente en vilo y solitarias en un cielo vacío.

Para el hombrecillo que editaba y dirigía *El Ateo*, un escocés corajudo y bajito, fieramente pelirrojo de barba y cabellos, apellidado Turnbull[3], el declinar de su publicación era cosa, sin embargo, que ni le entristecía ni le hacía rabiar, sino que lo enrocaba aún más en sus convicciones. Había sido capaz de decir, al fin y al cabo, las cosas más duras que podían decirse, cosas que eran aceptadas e ignoradas a un tiempo como se acepta e ignora a los políticos secundarios. Día tras día, sus blasfemias se hacían más

deslumbrantes, pero también día a día caía sobre ellas el polvo del desprecio. Eso le hacía sentir como si viviese en un mundo de idiotas. Eso le hacía sentir como si estuviera entre una raza de hombres que sonríen cuando hablan de su propia muerte o se creen de vacaciones cuando les llega el día del Juicio Final. Pasaban los años y, con ellos, el anuncio de la muerte de Dios que se hacía a diario desde aquella redacción sita en Ludgate Hill, era cosa que cada vez tenía menos importancia. Todos los hombres de su tiempo despreciaban a Turnbull. Los socialistas decían que se dedicaba a perseguir a los curas en vez de perseguir a los capitalistas. Los artistas decían que el alma deviene en algo superlativamente espiritual no cuando se ve libre de la religión, sino cuando se libera de la moral. Pasaban los años, sí, pero al fin un día llegó a la muy secularizada redacción del periódico un hombre que trató con el respeto y seriedad debidos a *Mr*. Turnbull, rompiéndole el cristal de la ventana. Era un joven que se cubría con una capa escocesa gris.

Aquel joven escocés había nacido en la Bahía de Arisaig, frente a Rum y a la isla de Skye. Su estatura y las facciones de halcón que tenía, así como su cabello negro, aludían a esa desconocida historia que generalmente se define crudamente como céltica, pero que probablemente sea aún más antigua que los propios celtas, fuese en definitiva lo que fuese. Pertenecía a una de las familias de mayor prosapia de las islas de las Altas tierras, la de los Macdonald, aunque como solía ser común la familia había tomado el apellido de los señores para los que trabajaban, motivo por el cual, y a todos los efectos, era conocido en Londres como Evan Maclan. Había crecido y se había educado, como suele ser común en el oeste de las Altas tierras, en la fe católica y romana. Y había llegado a un lugar tan lejano como la Fleet Street de Londres atraído por una vaga promesa de hallar un trabajo, promesa que al cabo no le fue cumplida, pues en el mundo hay también mucha gente que no es católica romana. El caso es que un buen día se vio ante la estatua de la reina Ana, que se alza frente a la Catedral de St. Paul, fuertemente impresionado por lo que supuso era un monumento a la Virgen María. No podía comprender la escasa deferencia que mostraba hacia la estatua la gente que pasaba por allí, pues no sabía que era un monumento a la reina Ana, ya fallecida a fin de cuentas, un personaje histórico esencial pero nada más, y creía por el contrario que lo era en dedicación a Nuestra Señora, la que, según su fe, estaba viva. Algunas personas con las que había hablado desde que se vio inmerso en nuestra moda, o civilización, eran simpáticas o hipócritas. Pero no podía entender sus blasfemias convencionales de tan fuertes y satisfactorias como eran sus propias convicciones.

En aquellos acantilados de la tierra gaélica en la que creció de niño, los riscos eran tan fantásticos como las nubes. El cielo parecía a su alcance, de tan próximo como estaba a la tierra. Los senderos y caminos que rodeaban su villa parecían conducir apaciblemente al cielo. El cielo semejaba desprenderse tranquilamente sobre las colinas y éstas daban la impresión de dirigirse al cielo. Las suntuosas puestas de sol, de un púrpura dorado entreverado con el azul de los pavos reales, henchían las nubes para darles una tonalidad verdosa, pues nubes y tierra parecían lo mismo. Evan vivía como un hombre en tierra fronteriza, en la frontera de dos mundos. Como tantos hombres y hasta naciones que crecen y se desarrollan en contacto con la naturaleza y las cosas comunes y básicas, había aprendido a comprender lo sobrenatural antes que lo natural. Había visto a los ángeles arrodillarse en la hierba incluso antes de ver la hierba. Sabía que el manto de Nuestra Señora era azul mucho antes de que supiera que las rosas que había a sus pies eran rojas. En lo más hondo de su memoria, de entre la oscura casa que es la niñez en el recuerdo, permanecía el valor de las cosas a las que no es preciso otorgar un nombre. Por eso, a lo largo de su vida, y aun bajo las luces del mundo, que le mostraban las cosas como una sucesión de ruinas, le acompañaban en todo instante sus primeras visiones, indestructibles. El cielo y las montañas eran así la espléndida referencia de un lugar amado. Las estrellas devenían en las joyas de la reina. Nuestra Señora no estaba, pero ahí quedaban sus estrellas.

Sus tradiciones, pues, eran por igual agrestes y nada mundanas. Su tatarabuelo había caído en combate en Culloden, creyendo que en el último momento Dios devolvería a su trono al rey de Escocia. Su abuelo, que entonces era un niño de diez años, arrancó de la mano de la muerte la temible espada[4] y la tuvo en su casa, bruñéndola y afilándola durante sesenta años, presta para la próxima insurrección. Su padre, el más joven de los hijos, el único de todos los hermanos que sobrevivió, rehusó servir a la reina Victoria en Escocia. Y el propio Evan había formado parte de sus progenitores, como una pieza única los tres, pero no murió con ellos sino que vivió ya en el siglo XX. No pertenecía, sin embargo, a los patéticos jacobitas[5] sobre los que tanto había leído, pues en cierto modo se había dejado llevar por el avance de los tiempos y de las cosas. Era un conspirador a su manera, pugnaz pero inmerso en su tiempo. En los largos atardeceres invernales de las Altas tierras la oscuridad le ayudaba a urdir sus planes. En las desoladas arenas de la Bahía de Arisaig pensaba en cómo tomar Londres.

Cuando llegó al fin para tomar Londres no lo hizo acompañado de un ejército con blancas escarapelas, sino con un bastón y una mochila. Londres le impresionó de entrada, no porque lo viera grande y sobrecogedor, sino porque le hizo sentir desarraigado. No era precisamente la ciudad dorada, pero tampoco el infierno. Era el Limbo. Sintió un duro choque de sentimientos encontrados, sin embargo, cuando tras bajar por la Fleet Street desembocó en la Catedral de St. Paul, que parecía suspendida del cielo.

—¡Ah! —logró exclamar tras un largo rato de silencio—. He aquí una de las cosas que hicieron los Estuardo…

Luego se preguntó, con una sonrisa sarcástica, dónde estaría el monumento a Brunswick[6] y a la Constitución Protestante. Después miró al cielo en busca de una señal que lo liberase de algo tan fastidioso.

Media hora más tarde seguía allí, con la mente vacía de tantas emociones como experimentaba. Pero entonces echó un vistazo perezoso a su alrededor, como quien hace una investigación rutinaria, y se topó con la redacción de El Ateo. Quizá no se percató de la palabra ateo, o si lo hizo es muy probable que no supiera qué significaba… En cualquier caso, aquello no chocó en principio al inocente escocés, que leía lo allí escrito despreocupadamente, hasta el fin, cosa que hubiera sorprendido incluso al más entusiasta suscriptor del periódico.

Con el menguado instinto periodístico que caracteriza a los de su escuela de pensamiento, el editor de El Ateo había escrito en primera plana, llevándolo luego al cristal de su ventana, un artículo titulado El mito mesopotámico y su influjo en el folclore sirio. *Mr*. Evan Maclan había comenzado a leer aquello sin prestarle mayor atención, como si leyera la esquela de una muchacha muerta en Brighton o un anuncio comercial. Recibía aquel cúmulo de información que aportaba el autor del artículo con esa cansada claridad de mente con que los niños estudian en las pesadas tardes del verano, una cansada claridad que les impide hacer preguntas toda vez que, en realidad, no tienen el menor interés en aquello que les enseña su niñera. La calle bullía de gente, pero carecía por completo de aventuras. Tanto le daba saber algo acerca de los dioses de Mesopotamia como continuar ignorándolo todo al respecto, así que seguía con la cara pegada al cristal de la ventana de la redacción, leyendo sin más lo que en el artículo se decía acerca de los dioses mesopotámicos. Leyó, así, que los mesopotámicos tenían un dios principal, al que llamaban Sho (nombre que en ocasiones se pronunciaba Ji, sin embargo), y al que se describía como todopoderoso y al que se dedicaban expresiones que también se dedican a Yahvé, al que también se

describe como todopoderoso. Evan no había oído hablar de Yahvé en toda su vida, y consideró que se trataría de un ídolo mesopotámico más, por lo que siguió leyendo con más bien poca curiosidad. Aprendió, no obstante, que el nombre de Sho, bajo su tercera forma de Psa, aparece por primera vez en una vieja leyenda en la que se cuenta cómo la deidad, adoptando las formas y maneras de Júpiter en algunas ocasiones, sedujo a una virgen y derrotó a un héroe. Dicho héroe, cuyo nombre no es precisamente esencial para nuestra existencia, era, según se decía, el gran héroe y salvador de Mesopotamia y por lo tanto de sus fundamentos éticos. Seguía a esto un largo párrafo que aportaba más ejemplos acerca de otros héroes y salvadores, nacidos del ayuntamiento entre dioses y mortales. Y a este párrafo seguía otro, que Evan no entendió. Lo leyó, pues, una vez y otra. Al fin lo entendió. Y el cristal de la ventana de la redacción cayó al suelo hecho añicos. Evan pareció en un primer momento querer entrar en el periódico por la ventana, blandiendo su bastón.

—¿A qué viene esto? —gritó el hombrecillo *Mr*. Turnbull levantándose con sus rojos cabellos como una llamarada y asomándose—. ¿Por qué demonios me ha roto usted la ventana?

—En realidad lo que quiero es sacudirle a usted —dijo Evan soltando un bastonazo en el suelo—. ¡Salga aquí y pelee conmigo, maldito crápula cobarde! ¿Por qué no sale de una vez, sucio lunático? ¿Tiene usted ahí alguna arma?

—¿Está usted loco? —dijo Turnbull contemplándole con furia.

—¿Y usted? —replicó Evan—. ¿Acaso no está tan loco como para poner en su propia casa eso de que Dios es una inmundicia desafiante? ¡Salga aquí y pelee, le digo!

Una especie de luz de un nuevo amanecer se reflejó en la cara de *Mr*. Turnbull. Bajo su cabellera roja, y también bajo su barba igualmente roja, ardía de placer. Al fin, después de veinte años de lucha, hallaba su recompensa. Alguien se había molestado muy de veras con su periódico. Estuvo a punto de ponerse a brincar de alegría como un muchacho. Al fin tenía ante su presencia a un representante de la nueva juventud. Y como suelen hacer los hombres de mediana edad cuando se topan con un representante de la nueva juventud, solicitó la presencia de la policía.

Los policías que acudieron a su llamada, tras hacerles unas preguntas muy ponderadas, esposaron a los dos entusiastas. Fueron más respetuosos, sin embargo, con el joven que había roto el cristal que con el descreído al que éste se lo había roto. Había en Evan un aire de misterioso refinamiento del

que carecía por completo el iracundo editor del periódico; un aire de refinamiento que no podía por menos que atraer a los policías, ya que como tantos tipos ingleses, son los policías a la vez esnobs y poetas. Creyeron que Maclan sería con toda seguridad un caballero, y el editor, manifiestamente, no lo era. Pero el editor, un gran republicano, adujo a su favor el respeto debido a las leyes, y solicitó con ardor ser tratado como un ciudadano respetable por los policías, ciudadanos a su vez respetables, lo cual en definitiva pareció a los agentes más de recibo que el misticismo de Evan. Al fin y al cabo, los policías no se guían por los principios de la justicia, sino por los principios de su propia existencia.

El magistrado al que fueron conducidos, *Mr*. Cumberland Vane[7], era un hombre de mediana edad, de buen carácter, muy celebrado por la lucidez que demostraba en sus sentencias y también por lo muy brillante que era su conversación. Incluso era autor de algunos trabajos teóricos a propósito de ciertos agresores, como esos que sacuden a sus mujeres, y se expresaba muy sentimentalmente sobre la inconveniencia de sancionarlos duramente, lamentando que, sin embargo, las mujeres se mostraran mucho más ofendidas con él que con sus propios maridos. Era un hombre alto, elegante, de mostachos negros y relucientes, muy bien vestido siempre. Tenía todo el aspecto de un caballero y, más aún, de un hombre de Estado.

A menudo se enfrentaba a delitos muy serios contra el orden o la propiedad haciendo gala de una petulancia y ligereza sorprendentes. En el caso de la ventana rota del editor del periódico se mostró más bien divertido.

—Adelante, *Mr*. Maclan, adelante —dijo echándose atrás en su silla—. Dígame si acostumbra usted a entrar por la ventana en la casa de sus amigos después de romperles el cristal (risas).

—Este hombre no es amigo mío —dijo Evan con la estolidez de un niño enfurruñado.

—Así que no es amigo suyo, ¿eh? —dijo el magistrado, chispeante—. ¿Quizá sea su cuñado? (risa fuerte y prolongada).

—Es mi enemigo —dijo Evan con absoluta simpleza—, porque es enemigo de Dios.

Mr. Vane se agitó entonces en su asiento, quitándose el monóculo en un gesto de momentáneo embarazo.

—No hable de eso aquí —dijo con cierto incomodo, si no rabia—. Tales asuntos nada tienen que ver con lo que aquí vemos.

Evan abrió desmesuradamente sus grandes ojos azules.

—Dios… —comenzó a decir.

—Tranquilícese —le conminó el magistrado con acrimonia—. Si hablar de estas cosas en público no resulta recomendable, mucho menos propio es hacerlo en un juzgado. La religión es algo muy personal, algo de lo que no cabe hablar en un lugar como en el que estamos.

—¿Seguro? —replicó el escocés—. Entonces, ¿por qué nos han tomado juramento esos policías?

—No hay paralelismo alguno —respondió Vane cada vez más irritado—. Se trata de una fórmula de respeto y reverencia, sin más. Pero le repito que no debe hablar en público de algo que atañe a los más sagrados e íntimos sentimientos; eso me parece de muy mal gusto (larga pausa). Yo lo llamaría irreverente, y conste que no soy una persona precisamente ortodoxa.

—Ya veo que no lo es —dijo Evan—, pero yo…

—Haremos mejor en ir a lo que nos ocupa —dijo el magistrado—. ¿Puedo preguntarle por qué rompió usted el cristal de la ventana de este ciudadano?

Evan empalideció levemente mientras parecía hacer memoria; al cabo respondió con la misma frialdad literal de sus pensamientos.

—Porque este hombre blasfemaba contra Nuestra Señora.

—Creo haberle dicho —bramó *Mr*. Cumberland Vane golpeando con los puños en la mesa—, creo haberle dicho ya, buen hombre, que aquí no son de recibo las opiniones religiosas. No crea que con eso va a impresionarme. No creo, por lo demás, que la gente en verdad piadosa se comporte como lo hace usted (aplausos). Limítese a responder a lo que se le pregunta.

—No tengo nada más que decir —respondió Evan con una sonrisa.

—¡Vaya! —exclamó Vane mirándole con sorna a través de sus lentes.

—Usted me pregunta por qué rompí ese cristal —siguió diciendo Maclan ahora con un rostro que parecía de madera— y yo le respondo que lo hice porque este hombre blasfemó contra Nuestra Señora. No lo hice por otra razón, así que no puedo darle otra respuesta.

Vane lo miraba ahora con una crueldad poco habitual en él.

—Le repito —siguió diciendo el magistrado— que no va usted por buen camino, si quiere que su caso sea visto con especial consideración. Si se limita a expresar complacencia por lo que ha hecho y le ha traído aquí, habré de tenerlo en cuenta y no le aplicaré el menor atenuante. Si, por el contrario, muestra arrepentimiento y unas maneras más templadas, quizá pueda…

—Pero es que no tengo por qué arrepentirme —replicó Evan—. Estoy muy contento.

—Realmente, me parece que usted no está en sus cabales —dijo el magistrado estipendiario francamente indignado, ya que era un hombre de

buen humor y acostumbrado a los pactos y a mediar en las disputas—. ¿Con qué derecho va usted y rompe el cristal de una ventana? ¿Sólo porque las opiniones que vio allí escritas no eran las suyas? Este hombre no hacía más que expresar su opinión libremente.

—Y lo mismo hice yo —respondió el escocés.

El magistrado estalló en una risa incontrolable.

—Me parece que usted precisa de una enfermera que le cuide —dijo—. Le condeno a pagar diez libras.

Evan Maclan abrió su capa escocesa y extrajo del bolsillo trasero de su pantalón una pequeña cartera de piel. Había allí doce soberanos. Pagó las diez libras, moneda a moneda, silencioso, e igualmente en silencio volvió a abrir su capa.

—¿Me permite unas palabras? —preguntó al juez.

Cumberland Vane parecía hipnotizado por el silencioso proceder y el movimiento automático del extraño; se limitó a hacer un movimiento con la cabeza, que lo mismo podía significar sí o no.

—Sólo quiero decir, si me lo permite —dijo Maclan metiéndose la cartera en el bolsillo trasero del pantalón—, que romper ese cristal, lo confieso, no estuvo bien. Creo que se me puede excusar, sin embargo, en tanto ese acto irregular fue una especie de preliminar, un prefacio para otros actos… Dondequiera que me vuelva a encontrar a ese hombre —y señaló entonces al editor de El Ateo—, sea si pasan diez minutos desde que salgamos de aquí, sea si pasan veinte años, dondequiera que me lo encuentre, le combatiré. Pero no se asusten. No le embestiré como un toro, ni le golpearé con cualquier cosa. Lucharé contra él como todo un caballero, como lo hacían nuestros padres. Le permitiré que escoja las armas que prefiera, sable o pistola; le permitiré que escoja si quiere luchar a pie o a caballo. Pero si rehúsa, pregonaré su cobardía por todos los muros del mundo. Pues si dijera de mi madre lo que dice de la madre de Dios, no habría club ni escondite de cualquier clase en toda Europa donde pudiera esconderse sin que lo encontrara para hacerle salir a la calle. Y si dijese eso de mi esposa, ustedes, ingleses, sabrían perdonarme si lo golpeara como a un perro en el mercado… Que conste, sin embargo, que no tengo ni madre ni esposa. Sólo tengo a la que iguala a los pobres y a los ricos; sólo tengo a la que hace iguales al solitario y a los que disfrutan de muchos amigos. Para mí, en cualquier caso, este mundo extraño es una casa, porque gracias a Nuestra Señora alberga en su corazón un hogar; para mí, este mundo cruel es sin embargo amable, porque por una ventura más alta que los cielos es en cierto modo más humano

que la humanidad, gracias a Nuestra Señora… Si un hombre no es capaz de luchar para defender eso, ¿por qué habría de hacerlo? Yo lucharía por un amigo, y si perdiera a ese amigo, seguiría ahí, dispuesto a seguir luchando. Lucharía por mi país, pero si perdiera mi país, seguiría existiendo, gracias a ella. Y si todo esto no fuera más que un sueño diabólico, entonces yo dejaría de ser, me desintegraría como una burbuja, no podría vivir en un universo así de imbécil. ¿Acaso no hablo de la lucha por mi propia existencia?

El magistrado recuperó, con su voz, su presencia de ánimo. La primera parte del discurso, el reto brutal a un duelo, lo había tomado por sorpresa; pero el resto de lo que dijo Evan, aquella expresión metafórica con que definió su mundo, dio a la vaga y muy inglesa mentalidad del magistrado (llena de retórica acerca del muy inglés compromiso habitual en los discursos públicos) una sensación de realidad clara, como si aquel hombre, al que por otra parte tomaba por loco, no fuese tan peligroso en el fondo como en principio había supuesto. Así que rió ahora más comprensivo.

—Por todos los cielos —dijo—, le ruego que no siga hablando… Permita que otros (risas) tengan también su oportunidad de expresarse. Supongo que lo que ha dicho, acerca de retar a *Mr*. Turnbull, no es más que una bravuconada… En cualquier caso, y a fin de evitar algún accidente al respecto, le sugiero que firme usted la paz…

—¿Firmar la paz? ¿Con quién?

—Con *Mr*. Turnbull —dijo el juez Vane.

—Pues no —respondió Maclan—. Sé bien lo que hará él con esa paz…

—¿Quiere decir usted —comenzó a preguntar el juez— que se niega a…?

Se dejó oír entonces por primera vez la voz de Turnbull.

—Permítaseme —dijo— que, con su venia, intente al menos arrojar un poco de luz sobre este caso tan absurdo… Este caballero más bien asilvestrado ha prometido que no me atacará digamos ordinariamente, y si lo hace, bueno, la policía tendrá prontas noticias de su agresión… Bien, pero ha dicho que no lo hará… Me ha retado a duelo, sin embargo, pero no quiero decir nada excesivamente fuerte acerca de su estado mental, salvo que dicho estado mental bien podría hacer que, después de todo, fuese capaz de consumar un duelo (risas). Pero para que se celebre un duelo hacen falta dos (más risas). Por otra parte, no concibo que se me llame cobarde en todos los muros del mundo por haberme negado a un duelo con otro hombre en plena Fleet Street, todo porque comparé el mito de la Virgen María con ciertos mitos mesopotámicos… La verdad, Señoría, es que no estoy dispuesto a tal cosa. No se preocupe usted porque este buen hombre no quiera sellar la paz

conmigo, que ya me las arreglaré yo para seguir siendo pacífico. Quede usted tranquilo, señor juez, que habrá paz, yo no aceptaré un reto semejante.

Mr. Cumberland dejó escapar una risa cómplice.

—Es usted como la brisa de abril, caballero —dijo—. Sus palabras son puro ozono después de las oídas a este hombre… Tiene usted toda la razón. Quizá me he tomado este caso de forma excesivamente seria, pues la verdad es que me resulta muy divertido verle a él retándole a duelo, y verlo a usted tomándose las cosas a risa… Bien, muy bien.

Evan salió libre del juzgado, pero sintiendo una agitación extraña, como si estuviera enfermo. Le parecía normal que lo hubieran sancionado, pero aquella extraña coincidencia entre la risa del juez y la risa del hombre al que había roto el cristal de la ventana le hizo sentir menoscabado, empequeñecido, derrotado… Era evidente que el mundo moderno contemplaba su mundo como si fuese una burbuja, algo inconsistente. No era una manera cruel de contemplarlo, pero sí condescendiente, si no despectiva; lo percibía con absoluta claridad. Iba caminando sumido en esas sensaciones cuando vio frente a sí una figura pequeña, ridícula, silenciosa. Tenía los ojos grises y temibles y el cabello y la barba rojos. Era Turnbull.

—Bien, caballero —dijo el editor de El Ateo—, ¿dónde nos enfrentaremos en duelo? Escoja usted el campo del honor.

Evan se quedó atónito, como abatido por un rayo. No sabía qué decir, pues creyó que tartamudearía. Sólo pensaba en la pregunta del otro.

—¿No quiere que luche? ¿No me retó usted a un duelo? —le gritó el furioso librepensador—. ¿Acaso piensa usted, vulgar saco repleto de supersticiones, que sus sucios santos son los únicos mártires de la historia? ¿Sabe usted a cuántos ateos han colgado, quemado y descuartizado en nombre de su fe? ¿Qué se cree? ¿Qué vamos a seguir soportando impasibles y sin luchar ese martirio? Noche y día, desde hace mucho tiempo, aspiro a una revolución atea; día y noche aspiro a ver la sangre de la gente como usted corriendo por las calles como corrió la sangre de los míos… ¿Se derramará esta vez la suya o la mía?

—Pero usted dijo… —comenzó a decir Maclan.

—Ya lo sé —le atajó Turnbull con sorna—. ¿Y qué dijo usted? Usted, maldito imbécil, dijo cosas por las que ambos podríamos ser puestos a la sombra durante al menos un año, y pagando multas durante media década… Si de veras quiere pelearse conmigo, ¿por qué lo dijo abiertamente en el juzgado? ¿No comprende que fue una estupidez propia de un asno? Estoy dispuesto a pelear contra usted, si así lo quiere… Vamos, adelante…

—Le juro —respondió Maclan tras una pausa— que lucharemos; le juro que nada impedirá que crucemos nuestras espadas; le juro que no habrá paz en mi corazón ni en mi mente hasta que lo hagamos; le juro por Dios y por la Virgen, contra los que usted blasfema, que pelearemos; se lo juro por los siete puñales que atraviesan el corazón de Nuestra Señora, se lo juro por la sagrada isla de mis antepasados, se lo juro por el honor de mi madre, se lo juro por mi gente, se lo juro por el sagrado cáliz que contiene la sangre de Dios.

El ateo alzó la cabeza.

—Y yo le doy mi palabra —dijo.

3
Algunas curiosidades antiguas

EL CIELO del atardecer, un consistente domo de oro, sin que se le cruzara una sola nube del crepúsculo, bañaba Londres hasta sus últimos rincones con una rara luz melosa. Esa luz hacía que la estrecha y sucia calle de St. Martin Lane pareciera pavimentada con oro. Era como si la tienda de empeños que estaba a mitad de la calle refulgiese como ese Monte de Piedad llamado así merced al poético instinto francés, y era como si la pobre y pseudofrancesa librería que allí había, un local algo indecente y destartalado, fuese en verdad una luminosa librería parisina. Y la tienda que había entre la casa de empeños y la librería era luminosa como un blasón antiguo y restallante, lo cual resultaba ser así en cualquier caso, pues, sin duda accidentalmente, se trataba de un establecimiento realmente bello. Su escaparate estaba doblemente enmarcado, con un ribete en oro y el otro en acero pintado de azul, y su contenido lanzaba destellos como si allí se exhibieran joyas, cosa que en cierto modo así era, pues se trataba de una tienda de abarrotes en la que había además curiosos objetos de otro tiempo. En el escaparate, una línea de espadas del siglo XVII cruzadas y bruñidas; detrás, una armadura proyectaba su sombra a medias oscura y a medias dorada; y suspendida del techo, la más extraordinaria colección de herramientas y utensilios de los Mares del Sur, sin duda pensados bien para matar a los enemigos, bien para comérselos, como no los podría haber hecho jamás el hombre blanco. Pero una mirada romántica, y más en un atardecer como aquél, no podía sino detenerse en aquella hermosa tienda con dos puertas, la principal, que daba a la calle, y la trasera, que daba a un verde jardín. Pocas cosas tan bonitas como contemplar aquella arquitectura como si estuviese en un salón en el que el cielo abierto es una habitación interior y el sol su lámpara.

He sugerido que la puesta de sol daba a todo una luz adorable. Decirlo así, sin embargo, quizá sea un homenaje exagerado al propietario de tan curiosa

tienda. Aquello podía haberlo hecho a él también hermoso quizá sólo con que hubiese sido un poco más delgado, con que hubiese tenido el tipo propio del judío cansino. Pero era un tipo de judío mucho menos admirable, un judío con un nombre realmente sonoro y llamativo; así y todo, no hay grandes dificultades para separar la cizaña del trigo, y cualquiera medianamente bien informado puede distinguir al judío simpático, llamémosle Moses Salomon, del sucio judío, llamémosle Thornton Percy. El propietario de aquella tienda era del tipo de los Thornton Percy, esa rama del pueblo elegido; pertenecía a una de esas diez tribus perdidas cuya actividad más industriosa no es otra que la de perderse a sí mismas. Era un hombre aún joven, pero realmente corpulento, con el cabello lacio y negro, bien vestido, y luciendo una sonrisa llena, gruesa, permanente; su primera mirada era cálida y la segunda cobarde. El rótulo de su tienda lucía el nombre de Henry Gordon, pero un par de escoceses que habían ido a parar allí aquel atardecer no oyeron ni una palabra dicha con acento escocés**[8]**.

Aquellos dos escoceses que estaban en la tienda eran compradores escrupulosos, pero buenos pagadores. Uno de ellos, que parecía llevar la voz cantante (y a quien *Mr*. Henry Gordon creía haber visto antes en alguna parte), era bajito, un tipo inquieto con ojos grises, con una corbata roja y el cabello y la barba igualmente rojos, un tipo agresivo que parecía retar a cualquiera que tuviese delante. El otro estaba en algo así como un segundo lugar, y tenía un aspecto algo fantasmagórico con su gris capa escocesa sobre los hombros. Era flaco, alto, silencioso y joven.

Los dos escoceses se mostraban interesados en aquellas espadas del siglo XVII. Habían dado vueltas y más vueltas en busca de armas semejantes y al fin las habían encontrado allí. Parecían quererlas exactas, simétricas, como si pretendieran adornar con ellas alguna pared, quizá para realzar un trofeo decorativo. Una vez las tuvieron en sus manos, las midieron cuidadosamente, las agitaron en el aire y hasta las cruzaron un par de veces, sopesándolas, todo lo cual parecía un tanto exageradamente realista sólo para calibrar el equilibrio y la simetría de un bonito adorno.

—Nos quedamos con estas dos —dijo aquel extraño personaje de la barba roja—. Y quizá deba pagar yo las dos espadas. Pero como es usted el que me ha retado, me parece que le corresponde, *Mr*. Maclan, explicar convenientemente la situación.

El escocés alto de la capa gris dio un paso al frente y con voz clara y segura, aunque acaso un tanto carente de vida, se expresó como quien cumple con una antañona formalidad.

—Ocurre, *Mr*. Gordon, que acabamos de poner nuestro honor en sus manos. Ha habido entre *Mr*. Turnbull y yo un cruce de palabras a propósito de un asunto de valor incalculable, que no puede ser resuelto si no es mediante un duelo… Desgraciadamente, como la policía, en cierto sentido, nos persigue, somos forajidos y habremos de librar el duelo sin testigos. Si fuera usted tan amable de conducirnos a su jardín y velar para que el duelo se desarrolle con absoluto *far play,* nos sentiríamos tan honrados que…

El tendero pareció recuperarse de la sorpresa inicial.

—Caballeros —dijo—, ¿acaso están borrachos? ¡Un duelo! ¡Quieren batirse en duelo en mi jardín! Váyanse, caballeros, lárguense… Pero ¿por qué quieren pelearse?

—Vamos a pelear —respondió Evan con aquella voz carente de vida— por la religión…

El tendero gordo se regodeó en su silla muy divertido.

—Bueno, eso es muy gracioso —dijo—. Así que están dispuestos a cometer un crimen para ofrecerlo en honor de la religión… Bien, miren, mi religión se basa en el respeto a la humanidad, así que…

—Perdone —le atajó Turnbull, rápida y fieramente, dirigiendo su dedo hacia la casa de empeños próxima—. ¿Acaso no es suya también esa tienda?

—Bueno… sí… —aceptó Gordon.

—¿Y no es suya también esa otra tienda? —preguntó de nuevo el secularizado con su dedo dirigido ahora hacia la librería que vendía libros pornográficos.

—¿Y qué pasa si lo soy?

—Es que, entonces —dijo Turnbull con evidente y muy complacido sarcasmo—, me parece que se puede dejar en sus manos el cuidado de la religión de la humanidad… Lamento haberle alterado con este caso de honor. Mire, amigo mío; yo creo en la humanidad. Creo en la libertad. Mi padre murió bajo las espadas del Yeomanry[9] por defender la libertad. Y yo moriré por la libertad, si es preciso, bajo una de esas espadas suyas… Pero mire que si hay algo que me hace dudar es su gorda cara… Me resulta difícil creer que no haya sido usted encadenado como un perro o liquidado como una cucaracha. No me venga con su filosofía de esclavos. Nosotros vamos a batirnos en duelo, y lo haremos en su jardín, con sus espadas… ¡Quédese donde está! Y como le oiga un solo susurro lo atravesaré yo mismo.

Turnbull puso la brillante punta de su espada contra el gris guardapolvo del tendero, que parecía tan atónito como atemorizado, febril y tembloroso.

—Maclan —dijo Turnbull con un tono familiar, como si se dirigiese a un socio—, Maclan, cojamos a este tipo y tapémosle la boca… Como se mueva o diga algo, le mato aquí mismo.

El hombre estaba tan aterrorizado que no podía ni gritar, pero se revolvió salvajemente mientras Evan Maclan, cuyas manos eran entonces sorprendentemente fuertes, le tapaba la boca con un trozo de cortina y le ataba las manos a la espalda para tirarlo después al suelo.

—No hay nada más fuerte por aquí —dijo Evan—. Temo que este tipo se levante y consiga soltarse en media hora o así…

—Sí —dijo Turnbull—, pero para entonces uno de nosotros podrá matarle…

—Bueno, esperemos que así sea —dijo el escocés mirando dubitativo a la cosa dolorida que había en el suelo.

—Ahora —anunció Turnbull retorciéndose las guías de su fiero mostacho con una mano y agitando la espada en el aire con la otra— vayamos al jardín… ¡Qué hermoso atardecer de verano!

Maclan no dijo una palabra; se limitó a tomar su espada y salir al soleado jardín.

Brillaba el filo de las espadas acanaladas como fuego blanco. Los duelistas dejaron caer por un momento sus espadas y se despojaron de sus sombreros, capas, chaquetas y botas. Evan rezó una corta oración en latín, muy bajo, como para sí mismo, mientras Turnbull encendía un cigarrillo que arrojó en cuanto supuso que Maclan estaba listo… Pero Maclan no estaba preparado. Parecía un hombre en trance.

—¿Por qué se queda ahí parado? —le preguntó Turnbull—. ¿Acaso ha visto a los bobbies?

—Veo Jerusalén —dijo Evan—. Veo Jerusalén cubierta por los pendones y estandartes de los sarracenos.

—¡Jerusalén! —exclamó Turnbull echándose a reír—. Bueno, ahí tenemos cautivo al de Jerusalén —añadió agitando su espada para hacerla silbar en el aire como un muchacho que jugase con una vara.

—Le ruego me perdone —dijo Maclan—. Empecemos ya.

Hizo Maclan un saludo militar con su espada, que Turnbull copió, o parodió, más bien, con impaciencia, y las espadas comenzaron a cruzarse en el jardín levantando un sonido de campana. Cada vez que entrechocaban sus armas sentían los duelistas crecer su vitalidad, como si ellos mismos fueran dos nervios de acero. Evan parecía salir así de aquel aire de apatía propio de quien en realidad no aspira a nada. Pero era el suyo el decidido y mortal aire

de apatía de quien quiere algo y no busca nada más que eso, ni se cuida de cualquier otra cosa. Se le vio de repente; eso fue lo que hizo que en un momento dado del duelo atacara con violencia infernal. Su oponente trataba con desesperación de repeler sus ataques y darles respuesta a duras penas, muy cerca siempre de la derrota. Algo indefinible e inconmensurable parecía salir de Evan y apoyar sus ataques que pretendía mortíferos. Algo que, sin embargo, le hacía parecer frío y calculador, perfectamente firme sobre sus pies. Atacó una vez más fieramente, pero a la vez con frialdad. Turnbull acusó aquel ataque; Evan se percató de ello y atacó de nuevo por el mismo flanco, raudo como un relámpago, pues había visto que allí podría herir. Pero acto seguido algo le paralizó, fue un ruido que se producía a la par que el del choque de sus espadas. Turnbull, acaso sorprendido por lo mismo, acaso por caballerosidad, detuvo igualmente su ataque y señaló con su espada hacia la tienda, donde estaba atado el enemigo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Evan.

Les llegó desde la tienda en penumbra un sonido más fuerte, como de algo que rodase por el suelo.

—Ese judío ha roto una de sus ataduras y trata de escapar —dijo Turnbull—. Démonos prisa, hemos de acabar antes de que consiga liberarse.

—Sí, démonos prisa. ¡En guardia! —gritó el escocés.

Cruzaron de nuevo sus espadas, cuyos golpes sonaban como una canción de gesta; se entregaban aquellos hombres a su afán con la misma atenta decisión, propia del hombre blanco, en sus rostros. Evan, en su impaciencia, retrocedió unos pasos para atemperar el ataque de su oponente. Hizo con su espada eso que los duelistas franceses llaman aspas de molino, y así, como además era el de mayor envergadura de los dos, neutralizó el ataque del otro, en el cual casi habían llegado a rozarse sus mejillas. Acto seguido vio por igual la posibilidad de derrotar o de ser derrotado y procedió movido por la sana locura de la rabia. Se abalanzó contra el otro, para contenerlo, lo que es decir para neutralizar sus movimientos; hubo un momento en el que, como dicen los duelistas, bailaron así, muy estrechamente, la danza nupcial, pero al poco, Evan, dominando la situación, se apartó de nuevo para volver furiosamente al ataque con la precisión mecánica de una máquina. Turnbull contraatacó con su espada duramente, pero el blanco filo de su arma parecía envolverse en una red de acero que le hubiese tendido Evan. Descargó un golpe, otro, otro más… Pero Evan avanzaba siempre ligero y grácil como su leve peso. Turnbull retrocedía acosado por la diabólica violencia eléctrica de su contrario, que parecía movido por pistones y baterías. Y entonces, por

encima del sonido límpido de sus espadas, se dejó sentir una voz humana, nasal, presa del pánico, miserable.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Policía! ¡Un crimen, un crimen!

Se habían roto unas ataduras, había caído una mordaza. Y se había soltado una lengua aterrorizada.

—¡Sigamos! —gritó Turnbull—. Uno de los dos ha de morir antes de que llegue la policía.

El tendero gritaba lo suficientemente fuerte no sólo como para ocultar el sonido de las espadas, sino cualesquiera otros ruidos que hubiese en los alrededores. Evan observó entonces que Turnbull, de cara a la tienda en ese momento, tenía algo extraño en la mirada, y bajó su espada. El ateo, en efecto, miraba con ojos violentos hacia la puerta trasera de la tienda, y a través de ésta hacia la puerta de entrada de la calle, y veía así que en la arcada de la puerta había varias figuras oscuras.

—Hemos de rehusar, Maclan —dijo abruptamente—. No perdamos ni un segundo; yo, al menos, no pienso perderlo.

A un lado estaban las ropas y las botas de ambos; el ateo se hizo raudo con las suyas, pero no perdió ni un instante en ponérselas. Tomó la espada en la mano que le quedaba libre, corrió hacia la tapia del jardín y la subió. Tres segundos después pisaba la calle en calcetines, y al momento saltaba igualmente Maclan, también en calcetines y también llevando en una mano sus ropas y en la otra la espada.

Ya estaban en la calle solitaria, y solitarios ellos mismos, pero sintiéndose tan acosados que sólo podían ver una masa de vehículos arriba y abajo; no obstante, vieron claramente un coche de punto que doblaba la esquina en ese instante y que se les antojó precioso, justo lo que necesitaban, nada tan a propósito como aquello. Turnbull se llevó los dedos a los labios y silbó dos veces. Aun sobre sus silbidos pudo oír las voces de los vecinos y de los policías, que ya estaban en el jardín de la tienda.

El cochero pareció atender la llamada y se dirigió hacia ellos. Cuando los vio de cerca, sin embargo, dos hombres despeinados y en mangas de camisa, que además llevaban espadas, paró y los miró suspicazmente.

—Entreténgalo un minuto —susurró Turnbull a su compañero mientras retrocedía unos pasos para escuchar a través de la tapia.

—Queremos —dijo Maclan al cochero con ese aire a la vez de indiferencia y seguridad propio de los escoceses— que nos lleve a la estación de St. Paneras. A toda prisa.

—Lo siento, señor —dijo el cochero—, pero permita que le pregunte si pasa algo… ¿Puedo preguntarle también de dónde es usted, señor?

Un segundo después de escuchar esa pregunta oyó Maclan a través de la tapia que alguien decía:

—Salgamos tras ellos, deben estar aún por aquí.

—Cochero —dijo entonces Maclan exagerando deliberadamente su acento escocés—, si tantas ganas tiene de saber le diré que nada puedo decirle, pues se trata de un gran secreto… Soy escocés y quiero ir a la estación de St. Paneras, eso es todo… Abra usted la puerta del coche.

El cochero lo miraba y se reía. Tras la tapia se dejó sentir de nuevo la voz de antes:

—Vayamos tras ellos de una vez, *Mr*. Price.

Y de la sombra que arrojaba la tapia salió a toda prisa Turnbull poniéndose el chaleco, pero sin preocuparse de recoger la chaqueta, que se le había caído. Pálido y colérico se dirigió al cochero, subiéndose al estribo que había bajo el pescante. Maclan no imaginaba qué pretendía hacer, pero por ese sentido de la disciplina heredado de sus antepasados guerreros se dispuso a prestar apoyo a lo que dijese o hiciera el otro.

—¡Abra la puerta, cochero! —dijo de nuevo el joven escocés con una obstinación parecida a la de los borrachos—. ¡Abra la puerta! ¿Es que no ha oído que quiero ir a la estación de St. Paneras?

La punta del casco de uno de los policías asomó por la tapia. El cochero no se percató de ello, pero seguía mostrándose renuente.

—Lo siento mucho, señor, pero…

Pero no pudo decir nada más, porque entonces Turnbull, saltando al pescante con habilidad felina, le agarró por un brazo y lo tiró al suelo, donde quedó algo atontado por el porrazo.

—Deme el sombrero del cochero —dijo Turnbull a Evan con una voz tan argentina que el otro no pudo sino obedecer como un escudero—. Y métase en el coche con las espadas.

Y justo cuando se dejaba ver ya la roja cara de un policía asomando por la tapia, Turnbull fustigó al caballo y salieron en el coche disparados como un boomerang.

Así fueron a lo largo de unas siete calles y cruzaron tres o cuatro plazas sin que ocurriese nada digno de mención. Ya en el vecindario de Maida Vale, el improvisado cochero abrió la trampilla que comunicaba el pescante con la cabina del coche y habló con el pasajero de modo y manera nada habituales en este tipo de conversaciones entre el cochero y su cliente.

—*Mr*. Maclan… —dijo lacónica y respetuosamente el ateo.

—*Mr*. Turnbull… —respondió igualmente su aliado en aquel trance.

—En circunstancias tales como las que vivimos —siguió diciendo Turnbull—, nada hay que hacer sino pasar a la acción… Espero, por ello, que comprenda que le consulte acerca de qué podemos hacer en nuestra situación presente o en un futuro inmediato… Por mi parte creo, *Mr*. Maclan, que estos momentos, y habida cuenta de cómo los pasamos, no precisan ser descritos, sobran las palabras. Hemos actuado en contra de la ley y sufrimos por ello la persecución de quienes la ofician. Nuestro futuro inmediato, y las acciones a que debamos entregarnos, son cosas que creo saber cómo afrontar según mis puntos de vista, pero no puedo arrogarme el derecho de pensar por usted, ni de anticipar esa acción de futuro sin tener en cuenta su opinión, aunque creo conocerle ya lo suficiente como para saber qué piensa y qué decidirá por ello… No obstante, y por un principio de mera justicia intelectual, quiero preguntarle seria y solemnemente si desea usted romper o continuar nuestra relación actual.

Maclan alzó su rostro ahora pálido y afilado hacia la trampilla de la que salía aquella pregunta, dispuesto a responderla.

—*Mr*. Turnbull —dijo—, nada tengo que añadir a lo que ya he dicho. Me parece claro que tanto usted como yo, únicos ocupantes de este coche, somos en estos momentos los hombres más importantes de Londres, y puede que de Europa, en tanto lo es usted para mí y en tanto sin duda lo soy yo para usted… He ido mirando con atención las calles por las que pasábamos, y he mirado con gran atención también todas las tiendas por las que pasábamos, y lo mismo he hecho con las iglesias ante las que pasábamos… Al principio me sentía abrumado por la vastedad de todo ello, no sabía qué sentido darle a esa impresión mía… Pero sé bien, ahora, qué significa todo eso… Se trata de nosotros. Esta civilización no es más que un sueño. Usted y yo somos la realidad.

—Eso es un simbolismo religioso —dijo *Mr*. Turnbull a través de la trampilla—, algo que, como supondrá usted, no suele ser tenido en cuenta por las gentes que pertenecen a mi escuela de pensamiento. Pero ese simbolismo que usted expresa, ahora mismo, en nuestras circunstancias presentes, contiene un cierto grado de verdad. Deberemos seguir luchando en donde y en cuanto podamos hacerlo, pues como bien dice usted, cada uno de nosotros ha encontrado en el otro la realidad de la cosas, que no es sino la realidad del otro. Debemos matarnos el uno al otro, o convertirnos el uno al otro. Suelo decir que los cristianos son unos hipócritas empalagosos, pero sé bien que

usted, sin embargo, es sincero, y que mi alma, por ello, rabia contra usted. Del mismo modo, supongo, pensará usted que todos los ateos no aspiran a otra cosa que no sea la inmoralidad, cosa que puede llegar a tolerar… Pero ahora sabe que soy un hombre honesto, y también rabia su alma, por ello, contra mí. Nos odiamos porque somos sinceros, sin dobleces. Por eso no podemos tolerarnos. Usted no puede mostrarse furioso con los que simplemente son malos hombres, se limita a despreciarlos igual que lo hago yo. Pero un buen hombre en el camino erróneo… hace que uno se sienta sediento de su sangre… Admito que me ha abierto usted los ojos, que me ha hecho ver otras cosas.

—No hay que correr hacia la nada —dijo Evan inconmovible.

—Sí, también hay algo digno de consideración en eso que dice —contestó Turnbull cerrando la trampilla.

Pasaron como flechas por calles ahora iluminadas. *Mr*. Turnbull daba muestras más que evidentes de su talento para sumirse en una aventura tan ignota como aquélla, y acaso ridícula. Habían logrado escapar al cerco que se les tendía con tanta prontitud y ligereza que la policía aún andaría preguntándose por dónde irían. Y si lo adivinaban, era seguro que el improvisado cochero sería capaz de continuar huyendo por Londres con una extraña destreza. No procedía como los vulgares delincuentes, que tratan de borrar las huellas de su paso tan abruptamente que dejan otras. No iba por las calles principales, sino a través de imposibles vericuetos. Un sentido común propio del principiante le decía que era preferible adentrarse por las calles más pobres, por las menos importantes, por las calles en las que alguien pudiera informar después que había visto pasar un coche de punto, como podría informar del paso de una cabalgata real. Bastaría luego con no volver a transitar esas calles y hacerlo, por el contrario, a través de las más importantes. Cuando estaban en una de aquellas tranquilas callejuelas, Evan comenzó a ponerse las botas.

Ya al final de Albany Street, el improvisado cochero abrió de nuevo la trampilla.

—*Mr*. Maclan —dijo—, creo que aún, por utilizar un lenguaje convencional, nuestro honor no ha recibido la reparación necesaria. Me parece, por ello, que debemos continuar en el punto en que las circunstancias nos obligaron a interrumpir el duelo. Creo que es comprensible.

—Perfectamente —respondió el otro mientras tiraba con los dientes del cordón de una de sus botas.

—Habida cuenta de nuestras circunstancias presentes —siguió diciendo Turnbull con una trepidación poco habitual en él—, tengo una sugerencia que hacerle, si puede llamársele sugerencia, ya que, ahora mismo, más que camaradas somos en cierto sentido socios en este asunto… Sugiero que en adelante no discutamos ni querellemos el uno contra el otro, pues eso no sólo sería inconveniente sino poco estético; al fin y al cabo, el apacible cambio de opiniones entre dos hombres es práctica tan poco habitual como elegante.

—Tiene usted toda la razón —respondió Maclan con tono melancólico—. Yo había pensado sugerirle lo mismo. Los duelistas suelen tratarse como caballeros, y nosotros hemos de hacerlo con mayor motivo, dado el lance en que nos vemos envueltos… Un lance que nos convierte en algo más que caballeros o duelistas… Somos, en el más antiguo y exacto sentido de la palabra, hermanos… de armas.

—*Mr*. Maclan —dijo Turnbull con gran solemnidad—, no es necesario decir nada más.

Y cerró la trampilla.

Llegaban a Finchley Road cuando la abrió de nuevo.

—*Mr*. Maclan —dijo entonces Turnbull—, ¿puedo ofrecerle un cigarro? Eso aportará a nuestra historia un buen toque de realismo.

—Gracias —respondió Evan—, es usted muy amable.

Y comenzó a fumar en la cabina del coche.

4
Una discusión al amanecer

LOS duelistas habían logrado escapar, lo que quiere decir que, desde sus respectivos puntos de vista, habían derrotado a los poderes que rigen el mundo moderno. Habían, en el fondo, complacido mediante engaños al magistrado; y habían dejado atado al tendero, y burlado a la policía. Yendo tan lejos como podían hacerlo, estaban ahora en una suerte de mar monstruoso, en el que, empero, se encontraban a salvo en uno de los miles de coches de punto que atestan las calles de Londres.

Pero se habían olvidado de algo. Se habían olvidado del periodismo. Habían olvidado que el periodismo es algo inherente al mundo moderno; algo que, acaso por primera vez en la historia, no tiene en cuenta si las cosas que pasan son buenas o malas, sino si ocurren exitosamente o devienen en fracaso, tales son los intereses de la gente que hace el periodismo. Tampoco se preocupan de si las cosas que pasan van a favor de unos u otros intereses, sino, simplemente, de si pasan o no pasan, sin más.

La gran debilidad del periodismo radica en su afán de ser una fotografía de nuestra moderna existencia, pues no es más que una foto hecha enteramente de excepciones. Damos en grandes titulares que un hombre se ha caído de un andamio. No damos en grandes titulares que un hombre no se ha caído de un andamio. Y este último hecho es fundamental, mucho más digno de ser tenido en cuenta, porque anuncia que esa torre hecha de misterio y terror que es el hombre aún puede enseñorearse de la tierra. El hecho de que un hombre no se caiga de un andamio es algo en verdad sensacional, precisamente porque eso, no caerse del andamio, es cosa mil veces mucho más común que la contraria. Pero el periodismo resulta escasamente razonable a la hora de informar acerca de los milagros permanentes. Sus perezosos directores jamás anunciarán en sus titulares: *Mr*. Wilson sigue perfectamente sano, o *Mr*. Jones, de Worthing, aún no ha fallecido. Nunca anuncian, en suma, los hechos felices de la humanidad. Nunca hablan de los

tenedores que no han sido robados, ni de los matrimonios que no se han disuelto judicialmente. Así, el retrato que hacen de la vida es una falacia necesaria para sus intenciones; sólo pueden ofrecer una representación fiel de lo que es poco habitual. Por muy democráticos que sean, en realidad sólo se sienten concernidos por lo minoritario.

El incidente del fanático religioso que rompió el cristal de una ventana en Ludgate Hill, por sí solo, hubiera bastado para llenar una buena primera plana vespertina. Pero como el mismo hombre fue llevado ante el magistrado y desafió allí a su enemigo a un duelo a muerte, allí mismo, en el juzgado, entonces las columnas con la información fueron relamidamente prolijas y hasta tortuosas y los titulares dieron como para empapelar una habitación.

El *Daily Telegraph* tituló su información con un «Duelo en la Divinidad», y seguiría durante meses aportando opiniones sobre si los jueces deben o no permitir que se hable de religión en los juzgados. El *Daily Mail*, con su habitual sensibilidad y hasta ternurismo, tituló así: «Dispuestos a combatir por la Virgen». *Mr*. James Douglas, en The Star**[10]**, presumiendo de sus conocimientos en materia filosófica y teológica, definió así en su titular la apasionada reacción del cristiano: «*Duelista dual*». El *Daily News* publicó una muy colorista crónica, que provocó durante semanas un aluvión de cartas de sacerdotes y ministros, titulada «Asesinato e idolatría mariana». Podía tomarse la temperatura periodística, pues, según fuese la tendencia de cada cual; pero los periodistas, en general, habían probado la sangre, muy provechosamente, y querían más. Aquello les alentaba a producirse en raptos de indignación moral. Y cuando un avispado reportero avisó, con el tiempo ya casi vencido, de que los dos héroes de aquella historia del juzgado habían librado un duelo en el jardín trasero de una tienda de Londres, después de golpear y atar al tendero, los editores, los directores y los subdirectores tuvieron la oportunidad de presentarse como hombres de beatitud innegable.

A la mañana siguiente, cinco y hasta seis grandes diarios de Londres publicaron llamativos y elocuentes comentarios editoriales sobre el caso. Todos, en suma, venían a decir lo mismo, pero con matices. El *Daily Telegraph*, por ejemplo, comenzaba el suyo diciendo que «hay pocas diferencias entre nuestros lectores y los ingleses más conspicuos, los cuales se muestran respetuosos con las leyes y…», etcétera, etcétera. El *Daily Mail* decía que «en el mundo moderno, la gente ha de saber dejar a un lado sus diferencias teológicas, pues dichas contiendas…», etcétera, etcétera. El *Daily News* aseguraba que «nada puede hacer más daño a la sincera causa de la religión que…», etcétera, etcétera. *The Times* comenzaba hablando algo

acerca de los desequilibrios que la defensa de la causa céltica había ocasionado al Imperio, y el *Daily Express* se distinguió espléndidamente por omitir con sumo cuidado cualquier hecho controvertido sobre el caso llenando su editorial de eufemismos.

Así, a la mañana siguiente, los periódicos, como suele decirse en estos casos, se caían de las manos. Tampoco había por dónde coger a sus directores. Cuanto de élfico y secreto había en el caso no les cabía en la sesera, y la historia del cristal roto y el duelo en el jardín aparecía sobredimensionada. Fue algo que devino al cabo en monstruosamente omnipresente, pero careciendo por completo de importancia como si hablaran de la secta de las agapetas[11], o como si se tratase de cualquier información a propósito de la deshonestidad de los financieros de Rhodesia. Alguna pregunta se hizo al respecto, y alguna respuesta hubo, incluso en la Cámara de los Comunes. El Gobierno fue solemnemente denunciado en los periódicos por no haber hecho nada, nadie sabía qué, para evitar que aquella ventana fuese rota. Incluso se hizo una suscripción especial para indemnizar a *Mr*. Gordon, el tendero al que redujeron en su negocio los duelistas. *Mr*. Maclan, uno de ellos, no se sabe por qué misteriosa razón, pronto se convertiría en una muy popular figura de las tiras cómicas de los periódicos y de las publicaciones humorísticas, como si fuese un personaje de *music hall*. Se le representaba ridículamente con largas patillas rojas, la nariz no menos roja y vestido al uso y manera tradicional de los escoceses. Incluso se le dedicó una canción satírica que se cantaba a voz en grito en todas las casas. Los periódicos alentaban a la captura de los fugitivos; y como no fueron pillados en las siguientes cuarenta y ocho horas pasaron a convertir el caso en una especie de historia detectivesca. ¿Dónde están?, decían los titulares a toda plana, ofreciendo después toda suerte de conjeturas, más o menos concebibles, situándolos posiblemente en cualquier parte, por ejemplo en Epping Forest o en Westminster Abbey. Sí, los periódicos traían cosas la mar de divertidas, y *Mr*. Turnbull se encargaba de hacerse con ellos para disfrutar de su lectura junto a *Mr*. Maclan. Eso hacían en algún lugar del norte de Londres, un lugar de lo más común, sin embargo, mientras esperaban el amanecer de un nuevo día.

Ya se había roto la oscuridad por el este, sobresaliendo una enorme franja gris que parecía presta a expandirse sobre Londres con el brillo plateado de una espada. Desde donde se hallaban sentados, a las afueras de Hampstead, contemplaban el lento y laborioso desperezarse de Londres mientras un sol aún blanquecino trataba de imponerse al gris que arrancaba del este. La luz

dibujaba los cuadrados y los paralelogramos propios de un *puzzle* chino, como si fueran partes de un jeroglífico que un hombre debe descifrar si no quiere morir. Una suerte de enigma que se cernía sobre ambos, pero especialmente sobre Turnbull porque intuía lo que significaba aquella escena en tanto era un hombre llevado de todo corazón por pasiones tan sublimes como fútiles, un hombre que no evocaba ni a los desiertos, ni a los muertos, ni a los bárbaros, como los evocan los hombres que quieren superarse para ser los mejores. Turnbull, el viejo idealista demócrata, quería revitalizar la democracia, y sacar a los hombres de su envilecimiento a través de la democracia, y apartarlos del esnobismo y de toda referencia a las cosas vanas. Tenía sus razones, pero había en ellas un gran fallo: nuestra democracia no es democrática. Y después de haber denunciado durante años el sofisma y la esclavitud, se veía ahora en una loma de Hampstead, a merced del designio de los dioses. La hazaña de la que era protagonista, al fin y al cabo, semejaba ser a la vez heroica y divina, precisamente porque arrojaba dudas acerca de su resultado final. A veces pensaba que había cometido un error tan grande como Londres. ¿En qué acabaría todo? ¿En qué daría este londinense tan común como increíble, en qué consistiría su postrera transformación? ¿Quizá terminase trabajando como conductor de un tranvía en Battersea, o como cobrador de autobús en Cheapside? Turnbull, con cierta amargura, recitó entonces en voz baja los versos de aquel ateo y revolucionario que fue Swinburne, versos que habían intoxicado su juventud:

Y aún nos preguntamos si Dios o el hombre
pueden olvidarse de ti, Lázaro;
levántate republicano
y sálvate de todos nosotros.

La lengua de los discípulos no podrá decir
entonces que no nos liberaste
de nuestros pecados.

Turnbull tiritaba como si tras la mañana incipiente sintiera aún el peso de la noche del mundo, el ocaso de muchas esperanzas. Los versos que había recitado eran de Canciones para antes del amanecer, pero las canciones de Turnbull siempre habían sido para el mismo amanecer, y el amanecer, al fin y al cabo, no era gran cosa después de todo… Turnbull seguía tiritando en la intemperie de la madrugada. Maclan también contemplaba la ciudad desde aquella altura, pero parecía ciego a lo que observaba, de tan místico como era

su estar; era, por así decirlo, como si sus ojos estuvieran vueltos hacia su propio interior. Cuando Turnbull le dijo algo acerca de Londres, parecieron moverse sus ojos como quienes se asoman a las puertas de sus casas.

—Sí —dijo un tanto estúpidamente—, es una ciudad muy grande.

Siguió un largo silencio que rompió al cabo Maclan, añadiendo en el mismo tono:

—Es una ciudad muy grande… Me dio miedo cuando llegué… Me dio el mismo miedo que si me hubiera visto ante un gigante… Donde vivía estaba rodeado de cosas tan grandes como las montañas, que te hacen sentir lo infinito de Dios, o como el mar, que se extiende hasta los confines del mundo. Pero son cosas, en el fondo, tan enormes como confusas, no tienen este aire común de la ciudad. Todo esto es como si lo viéramos a través de unos lentes diabólicos que lo hacen todo más enorme, las casas, las calles… Esos lentes hacen que una jarra sea tan grande como una casa y que una trampa para cazar ratones sea como una trampa para cazar elefantes.

—Como en Brobdingnag —dijo Turnbull con una sonrisa.

—¿Dónde está eso? —preguntó Maclan.

—En un libro[12] —respondió Turnbull amargamente.

Se hizo un nuevo y largo silencio.

Aquella loma en la que estaban sentados, a los pies de una colina, era como una litera desde la que contemplaban cómodamente cuanto se expandía ante ellos y cuanto revoloteaba ante ellos, mezclándose todo indiscriminadamente. Las dos espadas con las que habían desafiado sus vidas yacían sobre la hierba como dos inocentes bastones. Algunas provisiones con las que se hicieron la noche anterior en un establecimiento público parecían las propias de un pícnic convencional, aquí una cesta con chocolate, allí una botella de vino… Y para dar un toque moderno a todo aquello, periódicos y más periódicos, esos oficiantes de la anarquía moderna. Turnbull tomó uno de aquellos periódicos con gesto agrio mientras sacaba su pipa.

—Hablan mucho de nosotros —dijo—. ¿Le importa que encienda mi pipa?

—¿Por qué habría de importarme? —respondió Maclan.

Turnbull miró con un interés propio del estudioso a aquel hombre que no parecía entender ciertas cortesías verbales. Encendió su pipa y soltó una gran nube de humo.

—Bueno —siguió diciendo—. El asunto en el que nos vemos envueltos es lo mejor que pueden llevar los periódicos en sus páginas, sin duda. Soy periodista y por eso lo sé bien. Quizá por primera vez, muchas generaciones

de ingleses tienen noticia de algo malo que ha pasado en Inglaterra, en vez de en Francia.

—No ha pasado nada malo —dijo Maclan.

Turnbull se echó a reír.

—No parece entender usted los términos ordinarios del lenguaje humano… Si no estuviese seguro de que es usted un genio pensaría que es poco menos que tonto… En fin, creo que será mejor que recojamos nuestras cosas y sigamos adelante.

Y se levantó y comenzó a meter cosas en sus bolsillos, o en un hatillo que se echó luego a la espalda, incluido algo para comer.

—Sólo quería decir que, para los periódicos, usted y yo somos ahora mismo los hombres más importantes de Inglaterra.

—¿Y qué esperaba? —dijo Maclan abriendo mucho sus grandes ojos azules.

—Los periódicos no hacen más que hablar de usted y de mí —siguió Turnbull tomando su espada.

Maclan también recogió la suya.

—Sí —dijo con su habitual simpleza—; ya he leído todo lo que cuentan… Pero me parece que no se han enterado de nada. No han comprendido el asunto concreto.

—¿A qué asunto concreto se refiere? —preguntó Turnbull.

—¡Lo de las espadas! —respondió Maclan violentamente, clavando la suya en la hierba como quien plantara un árbol.

—Un asunto —dijo Turnbull sonriendo con cierto sarcasmo— del que deberíamos hablar más adelante… Vayámonos…

Turnbull ató con un cordel una caja de bizcochos, y luego, mientras echaban a andar despacio, comenzó a hablar como si se zambullese en sus propias palabras.

—Ahora, *Mr*. Maclan, deberá usted escucharme… Deberá escucharme bien, no sólo porque conozca yo esta región, la cual, por otra parte, deberá aprenderse usted como si fuera un mapa, sino porque también conozco a la gente de esta región, al fin y al cabo llevo viviendo aquí treinta años… Esa ciudad infernal de ahí abajo ya está despierta, y se ha despertado contra nosotros. Todas esas filas de ventanas y más ventanas son ojos que nos buscan. Esos bosques de chimeneas son dedos que nos apuntan, por eso no podemos seguir aquí, sentados tranquilamente. Podrían atraparnos. Tenga por seguro que durante los próximos seis meses, por lo menos, no pensarán en otra cosa que no sea en nosotros, y no harán otra cosa que comparar nuestro

caso con el asunto Dreyfus[13]… Sí, ya sé que es gracioso. Son capaces de dejar que mueran de hambre los niños, niños que no quieren morir, porque no se preocupan de ellos. Pero que dos caballeros, adornados de unos muy especiales sentimientos de delicadeza, estén dispuestos a entregar sus vidas, es cosa que los moviliza contra ellos a la manera de los ejércitos y de las armadas… Durante toda la mitad del año, o más, usted y yo, *Mr*. Maclan, seremos contemplados como el mayor obstáculo que se presenta a cualquier reforma del Imperio Británico. Seremos el mayor obstáculo para una solución al asunto con los chinos y lo mismo en lo que se refiere al Transvaal[14], y seremos aquello de lo que se hable cuando resulte preciso desviar la atención acerca de las posibles leyes para la autonomía irlandesa. Usted, en su inocencia, no concibe que debamos huir a través de estas colinas inglesas, o que debiéramos hacerlo a través de las montañas de su tierra escocesa… Pero hemos de estar en guardia permanente. Hemos de vivir, de ahora en adelante, como si fuésemos dos criminales. Todo lo más, podemos aspirar a que se nos contemple como a Napoleón una vez huyó de Elba… Deberemos estar preparados, pues, porque acabarán enviando a cada villa, aldea y pueblo, nuestras descripciones, y nuestras caras podrían ser fácilmente reconocidas por los policías ávidos de un ascenso. Tendremos que dormir bajo las estrellas, como si estuviésemos en África. Habremos de cuidarnos mucho de que no se nos vea, pues nos buscarán como si fuésemos los asesinos del Phoenix Park[15]; no quiero decir que el total aislamiento nos deje completamente a salvo de quienes nos buscan, pero hemos de procurar al menos que así sea. Eso quiere decir que no deberemos luchar usted y yo al menos hasta que nos hayamos librado de nuestros perseguidores, siquiera por un momento… Tenga por seguro, *Mr*. Maclan, que si la opinión pública británica pretende evitar que nos batamos en duelo es sólo porque en realidad quiere meternos en un manicomio por el resto de nuestras vidas.

Maclan miraba en lontananza con una mirada extraña, turbia.

—No me sorprende que el mundo esté contra nosotros, al contrario —dijo—. Eso me hace sentir que hice bien…

—¿Sí? —lo animó a continuar Turnbull.

—Que hice bien rompiéndole a usted el cristal de su ventana —dijo Maclan—. He removido los cimientos del mundo.

—Muy bien —dijo Turnbull sin mostrar emoción alguna—, entonces contemplemos detenidamente los hechos… Tras estas colinas hay una región que nos puede resultar más o menos propicia. Por suerte la conozco bien, y sé por qué lugares podremos ir sin mayores peligros, pero deberá usted seguirme

y fiarse de mí al menos hasta que nos hallemos a diez mil millas de Londres y sin que nos topemos con nadie que pueda detenernos en ese tránsito. Tenemos provisiones al menos para dos días con sus noches, para tres días si somos austeros… Deberemos haber recorrido cincuenta o sesenta millas como poco antes de entrar en cualquier hospedaje a comprar algo… Llevo los bizcochos y alguna que otra cosa… Usted lleva el chocolate, ¿no? ¿Y le queda algo de *brandy*?

—Sí, señor —dijo Maclan como un soldado que recibiera órdenes.

—Muy bien, pues adelante entonces… ¡En marcha! Detrás de ese bosquecillo nos espera el valle.

Y echó a caminar rápido, como si condujese una marcha.

Pero se detuvo al poco, cuando se percató de que el otro no le seguía. Evan Maclan estaba quieto, contemplando su espada meditabundo, como un hombre que se debate en la duda.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Turnbull con algo de irritación.

Evan no respondió.

—Pero ¿qué demonios le pasa? —volvió a preguntarle el líder de la marcha, poniéndose tan rojo como su barba; luego, con un tono más humano, más cordial, añadió—: ¿Se encuentra usted mal?

—Sí —dijo el escocés sin cambiar de expresión.

—Beba un poco de *brandy*, le hará bien —le recomendó Turnbull mientras retrocedía hasta él.

—No tengo mal el cuerpo —dijo entonces Maclan con un tono extraño—, sino la mente, mi dolor es mental… Pienso cosas realmente aterradoras…

—Pero ¿a qué diablos se refiere? —le preguntó Turnbull.

Maclan se expresó entonces con una voz vivida, renacida.

—¡Debemos combatir ahora mismo, Turnbull, no perdamos el tiempo! Me asaltan pensamientos terribles y sé que debemos librar el duelo aquí y ahora… Debo matarle a usted aquí —gritó con una voz anegada en lágrimas, difícil de describir—. Hemos de luchar aquí, sobre esta bendita hierba.

—Pero ¿qué dice usted, idiota? —dijo Turnbull.

—Ha llegado nuestra hora, la hora designada por Dios… ¡Démonos prisa, no podemos dejar que pase esta hora!

Y sacó la espada, arrojando la vaina lejos de sí furiosamente. El sol extraía brillos de la hoja.

—Está usted absolutamente loco —dijo Turnbull—. ¡Envaine eso de nuevo, pedazo de asno! La gente de esa casa saldría apenas oyera los primeros golpes metálicos.

—Uno de los dos debe morir antes de que rompa por completo el día —dijo el escocés fervorosamente—. ¡Esta es la hora de Dios!

—Mire, yo nunca he creído demasiado en Dios —dijo el editor de El Ateo, a punto de perder la paciencia—, y me parece que, precisamente ahora, creo mucho menos aún… Me da igual lo que Dios pueda representar, o decir, o si establece la hora que le venga en gana, o si quiere arrojar luz sobre la oscuridad de mi paganismo, o lo que le parezca a usted…

—Pasará nuestra hora, habrá pasado de un momento a otro —dijo el joven enloquecido—. Es ahora cuando he de abatir a tierra su ser blasfemo… Es ahora cuando he de vengar a Nuestra Señora de toda la vileza que usted ha escrito contra ella. No cabe en mi mente otro pensamiento…

—Pero ¿qué diablos piensa usted? —preguntó Turnbull con forzada compostura—. ¿A qué llama usted pensar?

—Tengo que matarle a usted ahora —dijo el fanático— porqué…

—Vamos, adelante, dígalo… —lo animó Turnbull pacientemente.

—Porque comienza usted a serme simpático…

La cara de Turnbull se contrajo en un espasmo evidente bajo la luz del sol; fue un cambio tan instantáneo que no dejó rastro de otra expresión anterior en su rostro. Sus facciones parecían tan fijas, como labradas, cual lo estaban sus ojos atónitos. Pero cuando habló hizo como que no comprendía nada, cuando en realidad lo comprendía todo perfectamente.

—Pues tiene usted una manera un tanto abrupta de expresar su afecto —comenzó a decir, pero Maclan rompió violentamente aquel frívolo y sarcástico discurso.

—¡No hable así! —dijo—. Sabe usted muy bien lo que he querido decir, lo sabe tan bien como yo… Así que luche de una vez, le digo… Puede que sienta usted lo mismo que yo…

El rostro de Turnbull, bajo la luz del sol, denotó que titubeaba, pero siguió actuando como si nada.

—Su mentalidad céltica me sobrepasa —dijo—; permita, pues, que trate de entender este nuevo giro que plantea, con mi mentalidad propia de las tierras no precisamente montañosas… Mi querido *Mr*. Maclan, ¿qué quiere usted realmente?

Maclan seguía apuntando con su espada al pecho del otro.

—Sabe bien lo que pretendo… Lo sabe tan bien como lo que pretende usted… Hemos de combatir ahora, o de lo contrario…

—¿Qué? —preguntó Turnbull, mirándole con tanta gravedad que parecía no verlo.

—O de lo contrario nunca más lo haremos —respondió Evan, y sus últimas palabras sonaron como un grito desesperado.

Turnbull desenvainó de golpe su espada, como dispuesto a combatir. Sin embargo, apoyó la punta en el suelo y dijo:

—Antes de comenzar, ¿puedo preguntarle una cosa?

Maclan asintió pacientemente, pero con los ojos ardiendo.

—Acaba de decir usted —continuó Turnbull— que si no luchamos ahora mismo ya no podremos hacerlo en adelante… ¿Cómo se sentiría usted, entonces, si definitivamente no lo hiciéramos?

—Me sentiría —respondió el otro— como si al desenvainar usted su espada yo saliera corriendo… Me sentiría así porque no habría hecho justicia, como si fuese un hombre débil y cobarde.

—Justicia —repitió Turnbull pensativo y sonriente—. Pero hablamos de sus sentimientos… Aunque, dejándolos a un lado, ¿qué entiende usted por justicia?

Maclan hizo un gesto de resignación.

—¡Oh, el nominalismo! —dijo—. Quizá hayamos dejado el sentido de la justicia anclado en el siglo XII…

—Y ahí me gustaría que siguiera anclado —replicó el otro con firmeza—. ¿De veras cree que contemplándome con aprecio comete usted un gran error?

—Tanto como si le contemplara como si fuese un elefante verde, como si hubiese algo que va mal en mi cabeza —respondió Maclan—, aunque tampoco me creo en el derecho a considerar que eso sea un error, la verdad…

—Entonces cree realmente que sentir aprecio por mí es un error —dijo Turnbull con una débil sonrisa.

—No —replicó Evan, pensativo—. Yo no he dicho eso. Eso sería diabólico y yo prefiero tomar partido por Dios, aunque no pueda comprender todos sus designios… Tengo una misión que desempeñar, pero llevarla a término me resulta verdaderamente difícil.

—Pero supongo —siguió diciendo el ateo gentilmente— que usted y yo sabemos bien qué designio de Dios debemos conocer.

Maclan comenzó a hablar entonces como si hubiera reflexionado largamente.

—La Iglesia —proclamó— no es una especie de Ateneo. Si un Ateneo se queda sin sus miembros, se disuelve y desaparece. Pero cuando pertenecemos a la Iglesia pertenecemos igualmente a algo que nos supera, que está muy por encima de nosotros, algo que está fuera de nuestra comprensión, de nuestras palabras, algo que está incluso por encima del Papa y de los cardenales; ellos

pertenecen a la Iglesia, sí, pero la Iglesia no les pertenece. Si todos los fieles muriésemos a la vez, la Iglesia seguiría existiendo en Dios. Así pues, ¿no comprende usted que estoy más seguro de la existencia de la Iglesia que de la mía propia? Usted me incita a que proceda según mi propio temperamento, según mi propio sentir; pero mi temperamento es algo que puede relajarse con un par de botellas de clarete o reblandecerse con un ataque de ictericia… Usted, en el fondo, me incita a que proceda según me lo pide mi temperamento, porque es mucho más comprensivo con usted; pero no me pide que proceda según esa exigencia en la que creo por ser más real que mi propia sangre, aunque esté lejos de mis entendederas.

—Espere un momento —dijo Turnbull con el mismo tono sincero de antes—. Incluso en el acto de decir que cree usted en esto o en lo otro, parece implícito que eso en lo que cree forma parte de usted mismo… Así es que no puedo pasar por alto que me aprecia usted en la misma medida en que se considera parte de la Iglesia católica.

Evan permaneció impasible, imbuido de gravedad.

—Hay una parte de mí que contiene un sentimiento de divinidad —respondió—, una parte que puede ser sometida a prueba, pero hay otros afectos que pertenecen más a lo animal o a la vano…

—¿Y está usted seguro —siguió diciendo Turnbull— de que el afecto que pueda sentir por mí pertenece a esa parte animal o vana de la que habla?

Pareció que, por primera vez, Maclan no tenía respuesta, pero tras un silencio dijo:

—Sea lo que sea eso que nos ha unido, es imposible negar el hecho de nuestro encuentro. No, la verdad es que no creo que mi afecto hacia usted… sea superficial… Creo de veras que se trata de algo más profundo… y extraño… No puedo entenderlo, pero siento hacia usted, más que afecto, una especie de amor divino… No hemos peleado por una tontería, ni por superstición, ni en defensa de un mero símbolo. Al escribir usted esas palabras acerca de Nuestra Señora, era usted un hombre malvado cometiendo una vileza. Si le odio es porque detesta usted lo divino. Pero le aprecio porque es usted un hombre bueno.

La expresión de Turnbull era indescriptible.

—¿Entonces hemos de combatir ahora? —preguntó.

—Sí —dijo Maclan frunciendo fuertemente el ceño—. Hemos de hacerlo ya.

Cruzaron las brillantes espadas; el primer choque entre sus hojas demostró a los combatientes que el corazón del otro estaba pleno de vigor, alerta. Pero

no tenían la furia de cuando cruzaron por primera vez sus armas en el jardín trasero de aquella tienda.

Se produjo una breve pausa en sus ataques. Maclan hizo un movimiento propio de quien se pone nuevamente en guardia, pero justo en ese preciso instante Turnbull bajó su espada. Evan, sorprendido, miró en derredor suyo, y vio entonces que un hombre alto, vestido con ropas claras y tocado con un panamá caminaba tranquilamente hacia ellos.

5
El pacificador

CUANDO los duelistas fueron conscientes de la presencia de un tercero, hicieron un movimiento al unísono, raudo como un pistoletazo. Hubo un intento, por parte de ambos, de recuperar sus posiciones iniciales de ataque, pero habían visto lo suficiente como para permanecer inmóviles y atentos. Hicieron, sin embargo, otro movimiento, también al unísono. No fue un movimiento de rabia por la interrupción, sino de aceptación de aquel hombre, de aquella fuerza que con su sola presencia se interponía entre ellos. Cual los amantes que ven llegado el ocaso inevitable de su amor, los duelistas vieron llegado así el ocaso inevitable de su primer odio.

Sus corazones se vaciaban cada vez más de animadversión hacia el otro. Cuando sus espadas se cruzaron por vez primera en aquel atardecer londinense del jardín trasero de la tienda tenían por cierto que, de interponerse un tercero entre ambos, algo malo le hubiera pasado. Lo hubieran matado como dispuestos estaban a matarse. Ahora, sin embargo, nada semejante tendría lugar; en un mismo segundo ambos se sintieron aliviados por la interrupción. Algo nuevo y a la vez irreconocible crecía imparable en sus corazones como crece la marea durante la noche. Era algo que se aherrojaba de caridades que se manifestaban con una caridad enorme e indomeñable. ¿Quizá hay un cierto fatalismo en la amistad, ese mismo fatalismo del que hablan los amantes a propósito del amor? ¿Acaso hizo Dios que los hombres se amaran los unos a los otros, incluso en contra de sus deseos?

—Estoy seguro de que me permitirán dirigirme a ustedes —les dijo el extraño con una voz al tiempo altiva y deprecatoria.

La manera de dirigirse a ellos, de aquel hombre, demostraba unas muy buenas maneras; eran unas maneras, como su voz, un tanto incongruentes con el espectáculo que se ofrecía a su vista, el de los duelistas dándose batalla, algo que por fuerza tenía que resultar excéntrico a un hombre sano y libre. Y si aquello resultaba excéntrico para un hombre en buen estado de salud y

gozoso de su libertad, mucho más habría de resultárselo siendo como parecía un hombre en perfecto estado psíquico. A primera vista parecía un excelente animal humano con el cabello y la barba dorados y ojos azules de un fulgor increíble. Sólo con una mirada más atenta se podía percibir cierta irritación en aquel ejemplar que dio unos pasos adelante poniéndose la chaqueta con un gesto, adelantada su nariz, con la que parecía olfatear lo que le rodeaba. Un gesto por el que no se podía saber, ciertamente, si aquel ser de cabellos y barba dorados, y de ojos azules, estaba realmente adornado por la inteligencia, o era el más brillante de los idiotas. Era un ejemplar humano de buena salud, un tipo que hallaba realce en las ropas claras y un tanto coloristas que vestía, las cuales le hacían parecer más imponente, más luminoso, con un toque propio de los trópicos. Pero una observación más detenida de su figura arrojaría la sospecha de que incluso en los trópicos sería un tipo único, pues algo, una suerte de textura, le envolvía de una cierta manera higiénica y no muy común entre los humanos; algo, en suma, que parecía tan consustancial a él como su buena salud. Llevaba el sombrero panamá, igualmente higiénico, levemente echado hacia atrás, y su voz, como ya he sugerido, le mostraba cual un hombre a la vez imperativo y educado.

—Estoy seguro de que me permitirán dirigirme a ustedes —repitió—. Pero me pregunto, y se lo pregunto de paso a ustedes, si me permitirán que les haga compañía. ¿Pueden responderme, por favor?

La cara de los duelistas permaneció inmutable. El extraño, tomando el silencio de ambos por anuencia implícita, siguió diciendo con cierta y alegre petulancia:

—Así que son ustedes los jóvenes de los que he leído en los periódicos… Bien, supongo que cuando se es joven, se es también romántico… ¿Saben qué suelo decir yo de los jóvenes?

Siguió a su pregunta un silencio, que rompió Turnbull al cabo replicando divertidamente:

—Yo tengo cuarenta y siete años, pero supongo que aún no he adquirido la experiencia y conocimiento del mundo necesarios…

—Muy bien, eso está muy bien —dijo aquel amigable caballero—. Humor escocés muy seco, excelente… Bien, dejémoslo… Parece, por lo que he visto, que están ustedes dispuestos a librar su duelo como sea… Bueno, no sé por qué me parece que tienen ustedes muy poco que hacer en el mundo moderno… Ya saben que el duelo quedó fuera de nuestras costumbres hace tiempo. De hecho Tolstoi mismo dijo que algún día desterraremos la guerra de nuestras costumbres, pues no es más que un duelo entre dos naciones…

Bien, quizá… Pero de lo que no cabe duda es de que el duelo ya ha sido desterrado de nuestras costumbres.

Hizo un silencio, a la espera de alguna reacción en aquel auditorio que tenía ante sí y mostraba expresiones impenetrables.

—Por los periódicos he sabido —siguió diciendo al no observar reacciones dignas de mención— que pelean ustedes por algo relacionado con la Iglesia católica romana… ¿Quieren saber qué suelo decirles yo a los católicos?

—No —respondió Turnbull con algo de violencia—. ¿Ellos quieren saberlo?

Aquel caballero tan higiénico y bondadoso parecía olvidar lo que había dicho unos momentos antes, como si eso fuera una característica que le resultase irremediablemente propia. Sin olvidar, sin embargo, sus alusiones anteriores a la Iglesia católica romana, sonrió cordialmente ante la respuesta de Turnbull. Al momento, cuando se deslumbraron sus ojos ante el brillo que el sol extraía de las hojas de las espadas, asumió una gravedad condescendiente, propia del hombre de buen humor.

—Bien saben ustedes que esto es un asunto de veras importante —dijo mirando alternativamente a Turnbull y a Maclan, como si ambos estuvieran dando rienda suelta a cualquier frivolidad ante una mesa—. Tengo la total certeza de que si apelo a sus más altas miras… a sus más altas miras… Todo hombre tiene unas miras superiores y otras inferiores, como tiene una naturaleza superior y otra inferior… Así pues, expongamos el caso abiertamente; dejémonos de románticos nonsenses acerca del honor y otras cosas por el estilo… ¿Acaso no es un gran pecado el derramamiento de sangre?

—No —dijo Maclan, hablando por primera vez.

—Bien, ¡muy bien, realmente! —exclamó el pacificador.

—El asesinato sí es un pecado —dijo el inconmovible escocés—. El derramamiento de sangre no tiene por qué serlo.

—Bueno, tampoco vamos a discutir por una palabra —respondió el caballero, condescendiente.

—¿Por qué no hacerlo? —dijo Maclan con súbita aspereza—. ¿Por qué no discutir por una palabra? ¿Para qué sirven entonces las palabras, si no tiene sentido discutir por ellas? ¿Por qué hemos de elegir entonces una palabra en vez de otra, si da lo mismo cuál utilicemos[16]? Si usted llama chimpancé a una mujer, en vez de ángel, ¿no cree que hay motivo para discutir por una palabra? Si no está dispuesto a argumentar a favor del uso de una u otra

palabra, ¿entonces de qué va a argumentar? ¿Pretende acaso demostrar usted el valor de las palabras limitándose a mover las orejas? La Iglesia y los herejes siempre han discutido por el valor de las palabras, precisamente porque son las únicas cosas por las que realmente merece la pena discutir y hasta luchar. Yo le digo a usted que el asesinato es un pecado, y que el derramamiento de sangre no ha de serlo forzosamente… Hay tanta diferencia entre asesinato y derramamiento de sangre como entre sí y no. O incluso más, porque sí y no, en el fondo, pertenecen a la misma categoría. El asesinato tiene una incidencia espiritual. El derramamiento de sangre tiene una incidencia física… Un cirujano, por ejemplo, derrama la sangre de sus pacientes.

—¡Ah, es usted todo un amante de la casuística! —dijo aquel alto caballero—. ¿Quiere saber qué suelo decir yo acerca de los defensores de la casuística?

Maclan adoptó una expresión violenta y Turnbull se echó a reír abiertamente. El pacificador pareció olvidar de nuevo lo que acababa de decir y siguió expresándose con su inacabable divertimento:

—Bien, muy bien —dijo—. Vayamos al punto que nos interesa. Tolstoi ha demostrado que la fuerza no es el remedio; tal es, y ténganlo ustedes en cuenta, mi punto de vista. Hago siempre cuanto me es posible, me esfuerzo lo indecible por evitar cualquier situación de esas que podemos llamar, y estarán ustedes de acuerdo conmigo en esto, violenta. La violencia no tiene sentido, tampoco entre ustedes, créanlo. Claro que también va contra mis principios llamar a la policía para denunciarles, porque la policía está en un plano moral inferior, ya que, en resumidas cuentas, utiliza la violencia en ocasiones. Tolstoi demuestra que la violencia sólo engendra violencia, también la violencia de la víctima violentada. Y también demuestra Tolstoi que el amor engendra amor… Así que ya saben lo que pienso al respecto… Estoy dispuesto a impedir que ustedes se batan en duelo, haciendo uso únicamente del amor… Estoy obligado a hacer sólo uso del amor para detenerles.

Daba a aquella palabra un tono indescriptible, pero que la hacía dura y pesada, como si en vez de decir amor dijera botas. Turnbull alzó su espada y dijo:

—Ya veo cuáles son sus principios, caballero. Me parece bien que no llame a la policía —y volviéndose al escocés—: *Mr*. Maclan, ¿seguimos?

Maclan tomó su espada, que había dejado caer sobre la hierba.

—¡Debo detener este crimen y tengo que hacerlo! —clamó el tolstoiano, con el rostro de color carmesí—. Lo que hacen ustedes va en contra de todas

las ideas modernas, en contra de los principios del amor… ¿Y es usted, caballero, quien se pretende cristiano?

Maclan se volvió a él pálido y con un rictus de amargura en los labios.

—Señor —le dijo—, puede hablar usted de los principios del amor cuanto le venga en gana. Puede creer que soy más frío que una piedra… Pero me da la impresión de que es usted uno de esos que aman por igual a un perro, a un gato y a un niño… Supongo que cuando fue usted un niño de pecho amó a su madre… Pues hable entonces del amor cuando le haya quitado a esa palabra el significado enfermizo que le da usted. O no, da igual, hable del amor como le venga en gana, me da lo mismo… Pero no hable usted del cristianismo. No diga ni una palabra, blanca o negra, acerca del cristianismo. El cristianismo es, mucho más allá de lo que usted pueda entender, un misterio a veces terrible. Téngalo presente y guarde silencio, si no quiere caer en la abominación. El cristianismo es algo que ha hecho que los hombres se capturen y torturen los unos a los otros, y jamás entendería usted por qué… Es algo que ha hecho al hombre divino y diabólico a un tiempo… Pero como usted no será capaz de entender nunca lo diabólico, déjelo estar, quédese únicamente con lo bueno. El cristianismo es algo que podría hacerle vomitar en tanto no fuese usted otro diferente del que es… No pretendo justificar eso, no lo haría aunque pudiera. Así que ódielo usted, en el nombre de Dios se lo pido, como lo odia Turnbull, un hombre de verdad. Ciertamente, eso por lo que tantos hombres han muerto es algo monstruoso. Y si pretende quedarse ahí hablando tranquilamente del amor durante otros diez minutos, es más que probable que vea a un hombre morir de verdad por amor.

Y tras decir estas palabras se puso en guardia. Turnbull hizo lo mismo aunque perezosamente, como preparándose muy lentamente para proseguir el duelo, y el extraño rompió con su voz aquella leve pausa.

—¿Y si llamo a la policía? —dijo entonces con el rostro encendido.

—Pues romperá usted su dogma más sagrado —le respondió Maclan.

—¡Un dogma, dice! —clamó aquel hombre como si fuera a desmayarse—. Mire, nosotros no tenemos dogmas… —y tras una agria pausa añadió—: ¿Sabe?, hay algo importante en lo que dice Shaw[17] acerca de que no se deben fijar principios morales. ¿Ha leído usted La quintaesencia del ibsenismo? Aunque Shaw se equivoca ahí al hablar de la guerra…

Turnbull, torciendo la cara, trataba de asegurar con un cordel el pomo de la espada a su muñeca. Con el cordel entre los dientes dijo:

—Vamos, aclárese la mente de una vez por todas antes de seguir hablando, hombre…

—Esto es muy serio —dijo el filósofo sacudiendo la cabeza—. La verdad es que necesitaría estar solo para poder pensar en profundidad sobre todo esto… Aunque siento que, en un caso de extrema necesidad como el que se me presenta… —y se fue despacio, meditabundo, desapareciendo al fin entre los árboles, no obstante lo cual le oían decir: «Cada nueva situación nos enseña nuevas obligaciones», lo que es parte de un poema de James Russell Lowell[18].

—¡Vaya! —exclamó Maclan y tomó aire profundamente—. ¿No cree usted ahora en el valor de la oración? Yo pedí por la aparición de un ángel. Hace apenas una hora sentí que el diablo emponzoñaba mi corazón y mi voluntad contra usted y rogué a Dios que me enviara un ángel para socorrerme.

—¿Y bien? —inquirió el otro mientras finalizaba la tarea de atarse el pomo de la espada a la muñeca para poder asir el arma con más seguridad—. ¿Y bien? —repitió.

—Bien, pues ese hombre era el ángel que pedí —dijo Maclan.

—Nunca supuse que los ángeles fueran algo tan horrible como ese hombre —replicó Turnbull.

—Sabemos bien que a veces los demonios citan las Sagradas Escrituras para falsear lo que es santo —dijo el místico—. ¿Por qué no habría de mostrarnos un ángel, pues, el negro abismo en el que estamos a punto de caer? Si ese hombre no nos hubiera detenido… Porque yo necesitaba ser detenido…

—Entiendo lo que quiere decir —dijo Turnbull, ceñudo.

—Bueno, pero eso no tiene nada que ver, realmente —dijo Maclan—. Mi alma me dice: pelea, y serás como es debido; expresa votos y dogmas, y serás como es debido… Puedes aprender también a ver más allá de la neblina de la falsa filosofía. Si creces imbuido de una moralidad cobarde harás mal, no porque eso sea humillante, sino porque hiere y duele. Puedes pensar que el asesinato es un error, porque es violento, y no porque es injusto… Usted es blasfemo y, sin embargo, hace apenas una hora, yo le amaba… Pero no tiene nada que temer de mí ahora… He oído cómo pronunciaba ese hombre la palabra amor. Y sé bien que en él significa una añagaza… ¡En guardia!

Cruzaron de nuevo sus espadas con estrépito, llenas de la fuerza y del odio del principio. El corazón de aquellos dos hombres las hacía descargar golpes y más golpes con saña. Pero de repente, aun furiosos como lo estaban, se detuvieron nuevamente al unísono.

—¿De dónde viene ese ruido? —preguntó el escocés.

—Creo que lo sé —dijo Turnbull.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué pasa? —gritó el otro.

—El estudioso de Shaw y de Tolstoi ha hecho demostración de sus muy altos pensamientos —dijo Turnbull tranquilamente—. La policía sube por la colina.

6
El otro filósofo

DOS hombres corrían entre los altos setos de Hert-fordshire, setos tan altos que parecían un pinar. No corrían alocadamente, ni en línea recta, sino cual si hicieran un movimiento pendular. Iban de izquierda a derecha, buscando siempre el amparo de los setos, cruzando por las terrazas y las faldas de las colinas bajo el sol que todo lo llenaba como un mar dorado, entre aquel verdor salpicado por el rojo chispeante y disperso de las flores rojas. Pero la colina finalizaba en un corte abismal como una sombra abrupta. Los dos hombres que corrían tuvieron una impresión poco común entre tanto y tan esplendoroso verdor de la campiña inglesa; la impresión de hallarse entre los muros de un laberinto.

Su paso, no obstante, era vigoroso; sus rostros eran decididos y tenían brillantes los ojos. Había algo, además, en lo que debían reparar inevitablemente: la aparente protección que les había brindado la noche tranquila, en la que parecían dominar el campo abierto, y sus dos figuras que parecían ahora haber brotado de la nada, aunque violentamente. Parecían en realidad dos lunáticos, y acaso lo fueran.

—¿Está usted bien? —preguntó Turnbull al otro muy educadamente—. ¿Puede usted seguir corriendo?

—Estoy muy bien, gracias —respondió Maclan—. Corro estupendamente.

—¿Y le parece que correr es propio de alguien que viene de una familia de guerreros? —dijo Turnbull.

—Sin duda… El movimiento rápido resulta esencial muchas veces —respondió Maclan, poco familiarizado con las bromas.

Turnbull no pudo por menos que reírse un poco, y luego se hizo de nuevo el silencio entre ellos, ese expresivo silencio de los que corren.

No mucho después, sin embargo, Maclan rompía aquel silencio:

—Esos policías corren mucho menos que nosotros —dijo—. Están un poco gordos… ¿Por qué engordan ustedes de esa manera a sus policías?

—Debo decirle que yo nunca he hecho mucho para que engorden, la verdad —replicó Turnbull con sorna—. Pero me alegro mucho de estar haciendo algo, ahora mismo, para que adelgacen un poco… Si nos alcanzan, los verá usted entonces tan flacos como un junco… Se parecerán a su amigo, el cardenal Manning[19].

—No nos atraparán —dijo Maclan con su habitual convencimiento literal.

—No, claro que no; los batiremos según los cánones del muy militar arte de la huida —replicó el otro—. No nos alcanzarán, salvo que…

Maclan volvió hacia él su larga cara de equino.

—¿Salvo qué? —preguntó.

Turnbull se había interrumpido de golpe; parecía un caballo que corriera con las orejas vueltas hacia atrás.

—Salvo que hagan lo que han hecho… Escuche… —dijo.

Maclan aminoró un poco su trote y volvió la cabeza para calibrar a qué distancia estaban sus perseguidores. Entonces escuchó el sonido inequívoco de los cascos de los caballos en el campo.

—Nos han echado encima a la policía montada —dijo Turnbull—. ¡Dios mío! ¡Cualquiera diría que somos la Revolución!

—Es que lo somos —dijo Maclan tranquilamente—. ¿Qué hacemos? ¿Y si nos volvemos contra ellos a nuestro modo?

—Me parece —respondió Turnbull— que eso sería nuestro último acto… Creo, por el contrario, que será mejor ponernos fuera del alcance de su vista —y miró hacia los arbustos—. Si conseguimos escondernos bien las bestias pasarán de largo; la policía también comete fallos, a Dios gracias en ocasiones no son todo lo eficientes que se les supone. Sígame. Y no haga ruido.

Se tiró a un bancal que había al lado del sendero. El bancal estaba cubierto de hierba muy crecida que parecía cubrirles como un tejado cuando se escondieron allí. Sólo podía verles el cielo, que los contemplaba ya en el atardecer con los ojos rojos de un ejército de duendes.

Turnbull aplastó la hierba con el peso de su cuerpo, y hasta un seto. Al asomar un poco su cabeza y los hombros, la luz del atardecer le daba el aspecto de una llamarada. Su cabello y la barba pelirrojos parecían totalmente escarlata y su rostro era tan vivo y luminoso como el de un muchacho. En el corazón del gaélico que estaba a su lado crecía un impulso violento, el propio de quien ama y odia a la vez. Experimentaba un sentimiento épico capaz de llevar a la humanidad entera un orgullo que se hacía más fuerte en aquellas regiones del aire. Alzaba levemente la cabeza para ver mejor y tenía la sensación de que la rica luz del atardecer le procuraba unas alas inmensas.

Aquellas leyendas de la primera mañana del mundo que había oído en su niñez y leído en su primera juventud lo llenaban ahora como una nube de esplendores; eran cuentos de ira y de amistad, las leyendas que referían las gestas de Roland y Oliver, de Balin y Balan[20], historias que lo llevaban a una emoción inalcanzable para otros. Eran leyendas que hablaban de hombres que amaban y odiaban; hombres que gozaban y combatían. Todo eso le confería una extraña mezcla de sensaciones que tomaban forma instantáneamente y se hacían idea. Los mares carmesí de la luz del atardecer le sugerían una llamarada de sangre luminosa y sacrificial, como si el corazón del mundo acabara de romperse.

Turnbull, por el contrario, no era hombre al que afectara ni para bien ni para mal la poética dicha legendariamente o escrita. Su mente era poderosamente lógica y prosaica. Pero incluso él, a la luz de aquel atardecer, escondido entre la hierba crecida, experimentó la sensación de que había algo por encima de la dura tierra, algo que se desprendía de aquella pasión celestial que todo lo irradiaba. Se le notaba en la voz, pues aunque expresaba palabras siempre lógicas, tenía un tono apaciguado, de encantamiento.

—¿Ve usted esa casa de verano? —dijo—. Creo que es idónea para nosotros.

Manteniéndose oculto en todo momento, sin levantar la cabeza por encima de los setos y la hierba, echó a caminar hacia allí seguido por el otro, que también procuraba no sobresalir de la cubierta que les brindaba el terreno. Así llegaron a muy corta distancia de la casa. Era una cabaña de verano, hecha de madera, cuyo abandono presente se hacía más notable merced a los pocos ornamentos, muy triviales, que había en el jardín. Una cabaña grande que quizá en tiempos fuera casa de verano, un jardín que quizá en tiempos lo fue realmente.

—Esto no se ve desde el camino —dijo Turnbull cuando ya entraban allí—, podremos pasar aquí la noche tranquilamente.

Maclan lo miró muy serio unos instantes.

—Señor —dijo—, debo decirle algo… Debo decirle…

—¡Calle! —le respondió el otro—. Espere un poco…

En silencio oyeron el galope de caballos en la distancia, que se hacía más y más próximo con rapidez inconcebible. Era como si la policía, en vez de ir a caballo, los persiguiera en tren.

—Debo decirle —continuó Maclan ante el otro— que es usted un gran jefe, y que sería todo un honor para mí ir a la guerra a su lado.

Turnbull no le respondió nada; miró a través de los pobres visillos de las ventanas.

—Tenemos que comer algo y echarnos a dormir —dijo entonces.

Cuando se desvaneció en el aire el eco del paso de sus perseguidores comenzó a sacar las provisiones que llevaba con todo el aire y desenvoltura de un hombre acostumbrado al pícnic. Una vez lo tuvo todo dispuesto, puso la botella de vino en el suelo y un poco de salmón en el anaquel que había junto a la ventana. Ya lo tenía todo preparado cuando tres golpes en la puerta rompieron el silencio de aquella cabaña olvidada. Fueron tres golpes dados con un bastón.

Turnbull, que abría un pequeño recipiente con alimentos, se detuvo y miró a su compañero. Maclan no decía una palabra, se mantenía en tensa expectación.

—¿Quién diablos puede ser? —dijo Turnbull.

—¡Sabe Dios! —dijo el otro—. Puede que sea el mismo Dios…

Se dejaron sentir más golpes de bastón en la puerta. Era un sonido curioso el de aquellos golpes; no eran, desde luego, los golpes de alguien que pide ser admitido, sino más bien los propios de quien pretende hacer un agujero en la puerta, o derribarla.

Una mirada ahora violenta, más que expectante, se clavó en los ojos de Maclan; rápido, sacó su espada de la vaina.

—Ahora hemos de combatir juntos, hombro con hombro —dijo—. ¡Esto es el fin del mundo!

—Creo que exagera usted, Maclan —le dijo Turnbull echándole a un lado—. Sólo será alguien dando la lata… Voy a abrir la puerta…

Sin embargo, también él desenvainó su espada antes de abrir.

Pareció dudar unos segundos con la mano en el picaporte y al cabo abrió raudo. Apenas lo hizo, vio ante sus ojos un bastón de bambú que descargaba un nuevo golpe, que detuvo con su espada. Cuando el bastón y la espada se cruzaron, el bastón se partió en dos y el hombre que lo blandía dio unos pasos atrás, aterrado.

Contra el heráldico fondo que ponía el paisaje bañado por la tibia luz carmesí del atardecer, el hombre del bastón partido por la mitad semejaba una silueta oscura y fantástica. Era de muy baja estatura y su largo cabello parecía darle dos alas, o ponerle dos cuernos un poco caídos en la cabeza. Llevaba una corbata de lazos tan grandes, que sobresalían a cada lado de su cuello como otras dos alas, acaso aún más extrañas. El trozo de bastón de bambú que

llevaba en su mano parecía una varita mágica. Al retroceder se le había caído el sombrero de paja con que se tocaba.

—En contra de lo que sugirió usted, Maclan, creo que más bien se trata del Demonio —dijo Turnbull.

—Pero ¿qué dice usted, hombre de Dios? —replicó el otro con la voz aterrada y alzando a la defensiva lo que le quedaba del bastón.

—Veamos —dijo Turnbull mirando a Maclan con mucha tranquilidad—. ¿Sabe usted quiénes somos?

—Salgan —dijo el hombrecillo del bastón partido.

—De acuerdo —dijo Turnbull, y salió con su espada en la mano, seguido por Maclan.

Bien visto ahora a la luz de la tarde, el hombrecillo parecía realmente un duende. Llevaba traje de chaqueta de un gris muy leve, como desvaído, y su también gris corbata de mariposa era el único toque de afectación que mostraba. Contra el sol que comenzaba a deslizarse hacia el ocaso parecía aún más bajito de lo que era, pero bien proporcionado, muy compacto… Su cabello, de un castaño tirando a rojizo, partido en dos mitades por la raya al medio, parecía el de una mujer pintada por cualquier prerrafaelita. Pero a pesar de ese toque femenino su cara era increíblemente impúdica, como la de un mono.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó con una vocecilla aguda y temblorosa.

—Bueno —respondió Maclan con la gravedad propia de un niño—. ¿Y qué hace usted aquí?

—Yo —dijo el hombrecillo— estoy ahora mismo en mi jardín.

—¡Ah!, perdone usted —dijo Maclan con gran simpleza.

Turnbull se retorcía las puntas del mostacho tranquilamente; el extraño lo miraba y miraba al otro alternativamente, inocentemente seguro de sí mismo ahora.

—¿Puedo preguntarles —dijo al fin— qué demonios hacen en mi casa de verano?

—Claro —dijo Maclan—. Nos disponíamos a librar un duelo.

—¡Un duelo! —repitió el hombrecillo.

—Será mejor que se lo contemos todo —intervino Turnbull y, volviéndose hacia el extraño con franqueza, prosiguió—: Lo siento, caballero, pero tenemos que hacer algo ineludible… No toleraremos ninguna interrupción, téngalo presente, así que guardará usted absoluto silencio. Antes de hacer lo que debemos hacer, nos disponíamos sin embargo a comer algo…

El hombrecillo tenía pintada en el rostro una expresión atónita, de no comprender nada de lo que ocurría, y a través de la puerta abierta se quedó mirando fijamente la botella de vino plantada en el suelo.

Turnbull siguió diciendo:

—Ese viático con su correspondiente refrigerio que nos disponíamos a tomar, caballero, tenía por fin el de aportarnos las fuerzas necesarias para proseguir con nuestro empeño. Hemos de librar un duelo inexcusablemente. Digamos que nos vemos forzados a ello. Nos fuerza el honor, pero también una necesidad intelectual interna y profunda. No trate usted, bajo ningún concepto, de impedir que lo hagamos. Sé bien las cosas tan excelentes que podrá decirnos a propósito de la ética y todo eso, conozco bien las exigencias del orden cívico. Yo mismo, créame, he escrito infinidad de artículos sobre eso a lo largo de mi vida. Lo sé todo acerca del sagrado valor de la vida humana, llevo años predicándoselo a mis amigos y adeptos. Pero le ruego que comprenda nuestra posición actual. Este caballero y yo estamos solos, completamente solos, en el mundo moderno; un mundo en el que, para nosotros, Dios es de una importancia capital. Yo creo que Dios no existe, y eso para mí es un axioma fundamental. Pero este caballero sostiene que Dios sí existe, y cree en consecuencia que tal es el axioma fundamental, el origen y consecuencia de todas las cosas. Así pues, no deseamos sino hacer la demostración conveniente de que el mundo ha de arder en la búsqueda de un aserto esencial, como ardió cuando se produjo la persecución de los primeros cristianos. Si prefiere verlo así, digamos que estamos dispuestos a un martirio mutuo. Los periódicos hablan sin parar de nosotros. Scotland Yard tiene en alerta todas sus comisarías. Ibamos en busca de una tierra solitaria en la que librar nuestro duelo, con nuestros perseguidores muy cerca de nosotros, y encontramos esta cabaña para refugiarnos. Perdone la libertad que nos hemos tomado…

—¡Ya basta! —gritó el hombrecillo con la corbata de mariposa—. Sáquenme ustedes de la miseria intelectual, o incomprensión, en la que me hallo… ¿Acaso son los orates acerca de los que tanto he leído en los periódicos? ¿Son ustedes esos sujetos que se retaron ya en el mismo juzgado? ¿De veras que lo son?

—Sí —respondió Maclan—. Todo empezó en el juzgado.

El hombrecillo entró en la casa, tomó la botella de vino del suelo, salió de nuevo y la arrojó veinte yardas más allá, como si fuese una piedra.

—Pasen a mi casa —les dijo—. Tengo para beber algo mucho mejor que eso. Tengo el mejor vino que se puede beber en cincuenta millas a la

redonda… Adelante, caballeros… Son ustedes unos hombres con los que realmente me gustará tratar.

Incluso Turnbull, con toda su invulnerabilidad, se mostró encantado con tan inusitada aunque un tanto brusca hospitalidad.

—Verá usted, señor… —comenzó a decir.

—¡Vamos, vamos, adelante! —les animó el hombrecillo casi haciendo pasos de baile—. Les convido a una gran cena. Y les ofrezco una buena cama. Les ofreceré mis pistolas y mis espadas para que puedan escoger. ¿Saben, amigos míos, que soy un ardoroso defensor de los duelos? ¡El duelo es lo único realmente bueno que hay en este mundo de Dios! ¡He caminado tanto por ahí en busca de alguien con quien combatir para derramar su sangre…! ¡Ja, ja, ja!

Y señaló con lo que le quedaba de bastón un árbol próximo que tenía innumerables heridas de espada en su corteza.

—Perdone —dijo Maclan de repente, llenos sus ojos de curiosidad, la curiosidad propia de un niño—. Perdone, pero…

—¿Sí? —dijo el hombrecillo blandiendo su arma de bambú.

—Perdone —repitió Maclan—, pero… ¿lo que hacía usted era un ataque con su bastón a la puerta?

El hombrecillo se quedó mirándole un instante y respondió:

—Sí.

Turnbull no pudo aguantarse las carcajadas.

—¡Adelante! —gritó el hombrecillo, guardándose bajo el brazo marcialmente lo que le quedaba de bastón y poniéndose firme—. ¡Adelante! ¡Confórtenme! Quiero verles comer y luego morir… ¡Los dioses al fin han oído mis plegarias! ¡Los dioses existen! ¡Me han enviado mi sueño más querido! ¡Dios mío! ¡Un duelo!

Salió casi volando al jardín para dirigirse por un sendero hasta otra cabaña escondida tras la maleza; a la luz de la tarde parecía un odio volador, difícil de seguir. Un poco más allá estaba la cabaña, más pequeña pero también más limpia. No se diferenciaba mucho de otras cabañas de la región, salvo por algo que no era precisamente común en los alrededores: a unos pocos pasos de la entrada, entre los montones de leña y las caléndulas, había un ídolo de alguna isla de los mares del sur, hecho en piedra. Tenía aquel dios algo diabólico e incluso grosero, que se hacía aún más patente entre las inocentes florecillas inglesas.

—¡Adelante! —gritó de nuevo la extraña criatura—. ¡Estaremos mejor aquí adentro!

Se estuviera o no mejor allí, lo cierto es que el lugar resultaba sorprendente. Nada más entrar los duelistas en aquella cabaña limpia y aparentemente tranquila quedaron deslumbrados por el oro que había en el interior. Creyeron haber entrado en una habitación de *Las mil y una noches*. Al cerrarse la puerta quedaban aislados de Inglaterra y de todo lo que es común a Occidente. Los adornos brillaban aquí y allá, orientales todos y pertenecientes a distintos periodos. Unos crueles bajorrelieves asirios realzaban las paredes. Espadas turcas no menos crueles, y dagas amenazantes, pendían por doquier. Los duelistas se sentían aislados entre tantas civilizaciones caídas. Aquello hacía que sintieran mayor simpatía aún el uno por el otro. La casa parecía consistir en una habitación que contenía más habitaciones, como en un sueño que perteneciera igualmente a *Las mil y una noches*. La habitación principal, o lo que parecía serlo, era en sí misma el puro centro de una joya. El hombrecillo propietario de todo aquello se puso entonces una especie de túnica escarlata bordada en oro y guardó sus manos en las bocamangas. De pronto apareció silencioso ante ellos un negro vestido de blanco y con turbante.

—Selim —le dijo el propietario—, estos dos caballeros pasarán aquí la noche. Tráenos el mejor vino y prepara una buena cena… Selim, uno de estos dos caballeros probablemente morirá mañana, así que encárgate de prepararlo todo, por favor.

El negro asintió y se fue.

Evan Maclan salió al jardín al día siguiente a una hora muy temprana. La mañana era fresca y plateada. La cara larga del escocés parecía aún más austera que nunca bajo aquella luz fría y daba la impresión de que le pesaban los párpados. Llevaba consigo una de las espadas. Turnbull seguía en el interior de la casa, dando cuenta del desayuno y canturreando para sí mismo, no obstante lo cual podía oírsele en el jardín a través de la ventana abierta. Poco después salía masticando una tostada, con la espada bajo el brazo como si fuera un bastón.

Su excéntrico anfitrión había desaparecido unos veinte minutos antes, tras hacerles una especie de reverencia. Supusieron que andaría atareado con algún quehacer de la casa, y le esperaron tranquilamente en el jardín, paseando entre las flores campestres sobre las que destacaba aquel ídolo monstruoso de los Mares del Sur, grande como el mascarón de proa de un barco y pintada su piedra en rojo, blanco y oro.

Se acercaron allí y fue entonces cuando volvieron a tener noticia del hombrecillo. Les sorprendió mucho la postura en que lo encontraron. Estaba

arrodillado frente al ídolo, rígido, inmóvil, como un santo en éxtasis o como si hubiera entrado en trance. Cuando Turnbull rompió una rama con sus manos, el hombrecillo dio un salto y se puso de pie con la velocidad de un relámpago.

—Perdonen —dijo con una sonrisa radiante, no obstante lo cual parecía un tanto perdido—. Lo siento… una oración familiar… tradiciones antiguas… la madre arrodillada… No importa, vayamos al otro lado del jardín.

Y pasó veloz junto al ídolo de piedra para conducirlos al otro lado del jardín, donde sólo había hierba fresca.

—La oración nos hace mejores, *Mr*. Maclan —dijo mientras hacía una reverencia en dirección a la estatua de piedra que ahora les daba la espalda—. No se crea, aún puede vernos.

Maclan volvió entonces sus ojos soñolientos hacia el ídolo, pero con el ceño fruncido, con las cejas muy juntas.

El hombrecillo de pelo largo también parecía contemplar la espalda del ídolo. Sus ojos eran a la vez líquidos y ardientes; alzó las manos lentamente para dirigirse a sus huéspedes.

—¿Saben? Me parece que aún puede vernos mejor de espaldas —les dijo—. En realidad creo que su espalda es su verdadera faz, ésa con la que lo vigila todo, incluso lo más difícil y hasta lo que no debe ser vigilado… Sí, sí… Creo que ve mucho mejor por la espalda… Además, de espaldas parece mucho más cruel, ¿no creen?

—¿Qué diablos es esa cosa? —preguntó Turnbull burlón.

—Es lo único que existe —dijo el otro—. La fuerza.

—¡Ah! —se limitó a exclamar Turnbull.

—Sí, amigos míos —siguió diciendo el hombrecillo, más animado ahora, moviendo los dedos como si frotase con ellos el aire—. Quizá nunca hubieran tenido ustedes la ocasión de visitar este jardín y contemplar esa presencia, de no ser por el capricho de algún dios antiguo, un dios feliz y piadoso… O acaso fue por el deseo de este mismo dios que contemplamos, porque es un dios que adora la sangre… Frente a su presencia pétrea han festejado los hombres sus carnicerías por cientos a lo largo de los años, allá, en las alegres islas de los Mares del Sur. Pero yo nunca he sacrificado a ningún hombre ante su presencia, en su altar, desde que estoy aquí… Sólo conejos y gatos, a veces…

Hizo el hombrecillo una pausa y al tiempo hizo Maclan un movimiento, que en apariencia no tenía ninguna razón ni significado, para volver a

quedarse rígido.

—Hoy, sin embargo, mis queridos amigos —prosiguió el hombrecillo con su voz chillona—, hoy le ha llegado al fin su hora. Hoy se unirán para él los cielos y la tierra. Al fin sangrará para él un hombre —y sacudió los dedos de la mano como si le atacara la fiebre.

Los duelistas permanecían rígidos como estatuas, atesorando sus espadas. Su silencio hizo que el excéntrico atemperase un tanto sus ánimos y hablara un poco más racionalmente.

—Quizá me he expresado de forma excesivamente lírica —dijo entonces con un tono amistoso ciertamente abrupto—. Mi filosofía me conduce a esos éxtasis tan elevados, pero quizá no estén aún preparados ustedes para entenderlos… Hablemos, pues, de lo que parece incuestionable… Han llegado ustedes hasta aquí, caballeros, y han encontrado el mejor lugar posible para lo que pretenden, gracias a un hermoso accidente. Están ustedes en la casa del único hombre de Inglaterra, probablemente, que se muestra decididamente favorable a sus propósitos. Desde Cornualles a Cape Wrath este país es un horrible, un muy sólido bloque de humanitarismo. Aquí encontrarán ustedes hombres capaces de defender una guerra cualquiera en cualquier continente. Lo harán, a su vez, en defensa del comercio o de cualquier cosa que pueda desarrollar lo que consideran bienestar social. Pero no encontrarán ustedes un solo hombre que sepa apreciar la fortaleza de otro capaz de levantar su espada para abatir a su enemigo. Me llamo Wimpey, Morrice Wimpey, y tengo un montón de seguidores en la Magdalena, de la que además soy un adepto… Pero les aseguro que ni siquiera ante ellos, en una lectura en público, puedo manifestarme en contra de los prejuicios populares contra aquellos grandes caballeros que fueron los criminales del Renacimiento. Puedo hablar algo de eso en la sobremesa de una cena, o en situaciones parecidas, pero en una lectura en público… Bien, como les decía, aquí han encontrado ustedes su refugio, un templo del honor. Aquí podrán dar ustedes rienda suelta a lo único que puede hacer que se estremezcan las estrellas: la violencia. *Vae Victis!* ¡Abajo la derrota! La victoria es el único hecho postrero que cuenta. Cartago fue destruida, los indios de piel roja están siendo exterminados: he ahí una certeza. De aquí a una hora, cuando el sol luzca con todo su esplendor y esta hierba haya crecido lo que debe crecer cada día, uno de ustedes habrá sido derrotado, habrá sido conquistado por el otro, que será el conquistador. ¡Uno de ustedes, pues, será un conquistador! Y entonces nada podrá alterar ese hecho, otra certeza… Héroes, les doy a

ustedes la hospitalidad que les es debida… Y yo saludaré como es propio hacerlo al vencedor. ¡Adelante!

Los duelistas empuñaron sus espadas. Pero entonces Maclan dijo fríamente:

—*Mr*. Turnbull, déjeme su espada un momento.

Turnbull, con una mirada inquisitiva, le alcanzó su espada. Maclan la tomó en su mano izquierda y con un gesto muy violento la arrojó a los pies del bajito *Mr*. Wimpey.

—¡Luche! —le gritó con voz estentórea—. ¡Vamos, luche contra mí!

Wimpey retrocedió unos pasos; de sus labios no salían más que palabras inconexas.

—¡Tome esa espada y luche contra mí! —le gritó de nuevo Maclan con un gesto tan oscuro como un trueno.

El hombrecillo miró suplicante a Turnbull, demandándole un juicio sobre lo que ocurría, o simplemente protección.

—Realmente, señor —comenzó a decir—, este caballero me confunde…

—Es usted un enano cobarde —le soltó Turnbull, iracundo—. ¡Luche usted! ¿No adora los duelos? ¡Luche usted y defienda así su asquerosa filosofía! Si la victoria es lo más importante, adelante, luche usted y salga victorioso del lance. Si el débil debe ser estrellado contra los muros, vamos, estréllelo usted… ¡Le digo que luche, rata cobarde! Luche, o de lo contrario, salga corriendo como hacen los cobardes.

Y se dirigió a Wimpey con una mirada enfurecida.

Wimpey retrocedió unos pasos más tropezando con sus propias piernas. Acto seguido, vio al escocés más joven, aún más furioso que el otro, lanzándose a por él como un tren expreso, aumentando de envergadura por momentos, con los ojos como ventanas, con su espada más luminosa que el sol… Algo se rompió al fin en el interior del hombrecillo, algo que lo alentó a correr despavorido, con los pies aterrorizados, gritando mientras se iba de allí tan velozmente como le era posible.

—¡Cacémosle! —gritó Turnbull a Maclan, que alzaba su espada—. ¡Cacémosle en la tierra o en el mar! ¡Ja, ja, ja!

El hombrecillo corría como un conejo entre las flores y los setos, mientras los duelistas seguían tras él. Turnbull se regodeaba en una suerte de éxtasis pensando en atraparle por la cola, ansioso como un gato. Maclan, sin embargo, al pasar ante el ídolo de los Mares del Sur se detuvo un instante. No más de cinco segundos se quedó contemplando aquella masa inerte, de piedra. Y procedió: se lanzó contra la estatua y un instante después se dejó sentir su

peso y el estrépito de su rotura entre las flores. Luego siguió corriendo en persecución del que huía.

El magdaleniense estaba a punto de alcanzar la verja de su jardín. Sus perseguidores se cernían sobre él como aves de presa, pero así y todo consiguió saltar al otro lado, y correr aún más desesperadamente, siempre con los duelistas pisándole los talones. Los escoceses, mientras corrían, hacían silbar sus espadas en el aire. Así cruzaron un camino, y otro, y senderos, y setos, y maleza, y hierbas muy altas, y bancales. Así vieron un gran humedal… El filósofo volador, sin embargo, iba tan aprisa que no pudo detenerse a tiempo y cayó de bruces al agua grisácea. Se levantó como pudo; con el agua a la altura de sus rodillas cruzó el filósofo de la fuerza y de la victoria al otro lado y siguió su alocada carrera. Turnbull se sentó entonces tranquilamente en la hierba y comenzó a reírse a grandes carcajadas. Segundos después, el rostro habitualmente impenetrable de Maclan pareció contraerse y un sonido desconocido en él salió de sus labios… Como era un hombre que nunca se había reído a carcajadas, hacerlo incluso le dolió bastante.

7
La villa de Grasley-in-the-hole

SOBRE la una y media, bajo un cielo fuertemente azul, Turnbull se levantó de la blanda hierba sobre la que estaba tumbado, y su risa intermitente se resolvió en un gran bostezo.

—Tengo hambre —dijo—. ¿Y usted?

—Yo no —respondió Maclan—. ¿Qué piensa hacer?

—Hay una villa al final del camino, tras el humedal —dijo Turnbull—. La veo desde aquí. Veo los blancos muros de algunas casas y algo así como una iglesia. Todo parece muy bonito. Parece además… No sé cómo decirlo; quizá la palabra precisa sea… sensible… Pero no crea que me hago la ilusión de haber encontrado una especie de Arcadia en la que sus habitantes sean virtuosos, no… Los hombres a menudo se convierten en bestias de sí mismos cuando beben, pero no se convierten en diablos de sí mismos cuando sólo hacen uso de la palabra. Cazan animales en los bosques, pero no matan gatos para ofrecerlos al dios de la Victoria… No hacen…

Se interrumpió bruscamente, echándose de nuevo sobre la hierba.

—Perdone —dijo—, pero creo que aquello también fue un ceremonial. Uno debe probar siempre el sabor de su propia boca…

—¿Probar qué? —preguntó Maclan.

—No sé cómo llamarlo —siguió Turnbull—. Quizá esas cosas sean propias de las islas de los Mares del Sur, o quizá lo sean de la escuela de los magdalenianos.

Hubo una larga pausa, que aprovechó Maclan para estirar bien sus largos miembros sobre la hierba, con los ojos soñolientos.

—Creo que sé lo que quiere decir usted, Turnbull —dijo al fin—, pero… Yo siempre he dudado de la gente que cree en esas cosas, como ustedes… Todas esas cosas como hacer lo que a uno le venga en gana, y el individualismo, y el amor de la naturaleza por los más fuertes, y todo eso de lo que hablan esos charlatanes.

Turnbull le miraba ahora con sus grandes ojos azules realmente atónitos.

—¿Está diciendo usted, Maclan, que nosotros, los librepensadores, gente como Bradlaugh[21], como Holyoke[22] o como Ingersoll[23], creemos en esa basura, en ese misticismo inmoral acerca de la naturaleza? ¡Maldita sea la naturaleza!

—Supongo que sí —dijo Maclan con su habitual candidez—, pero admito que he comprendido algo, detalles muy concretos, acerca de sus creencias… o de sus descreimientos…

Turnbull se levantó de golpe y señaló hacia donde se alzaba la villa.

—Vayamos a esa villa —dijo—. Entremos en el *pub* más decente que encontremos… Lo que usted plantea no es sino un caso que ha de resolverse ante unas cervezas.

—No pienso seguirle —respondió el escocés.

—Sí, vendrá usted conmigo —dijo Turnbull—. Me seguirá usted y entraremos juntos en el primer salón que encontremos… Le repito que hemos de discutir eso a lo que aludía usted ante unas cervezas. Hemos de dejar claras unas cuantas cosas más antes de seguir caminando. Creo que mi idea, aunque simple, es aceptable; eso no quiere decir que abandonemos por ello el afán que nos une por dirimir nuestras diferencias con una espada en la mano… Pero ¿no le parece que sentados tranquilamente ante dos buenas jarras de cerveza, quizá podamos comprender mejor eso que aún no hemos descubierto, cuáles son realmente nuestras diferencias?

—No se me había ocurrido —respondió Maclan tranquilamente—. Pero no es mala idea.

Se levantaron y tomaron el camino que conducía a la villa de Grassley-in-the-Hole.

Grassley-in-the-Hole era un rudo paralelogramo de edificaciones, con dos grandes pasos a los que podría llamarse dos grandes calles, si podían recibir el nombre de tales. Uno de esos pasos estaba más elevado que el otro, pues, hay que decirlo, el paralelogramo había sido levantado en las faldas de una colina. En ese paso más alto la caprichosa decoración del lugar había plantado una gran hostería, una carnicería, otra hostería más pequeña, una tienda de golosinas, una hostería aún más pequeña que la anterior, y una irreconocible posta de coches. En el paso o calle inferior había un abrevadero para caballos, una oficina de correos, el jardín de un club para caballeros, con setos muy altos cerrándolo, una hostería microscópicamente pequeña y dos casas con jardín. Dónde vivía la gente encargada de mantener las hosterías de la villa resultaba, como en tantas otras villas inglesas, un misterio. La iglesia se

alzaba un poco más abajo, casi en las afueras de la villa dominada por su torre alta y cuadrada.

Pero incluso la iglesia, con su torre tan alta, poco era en comparación con la hostería más grande, la Casa de Armas de los Valencourt, llamada así por ser tal el nombre de una familia de rancio abolengo que cayó en bancarrota. Ocupaba ahora la casa un hombre que había inventado un sacabotas muy higiénico, pero el sempiterno sentimentalismo inglés insistía en contemplar aquel lugar y cuanto lo rodeaba como si hiera una antigüedad marmórea purísima. La Casa de Armas de los Valencourt, en cualquier caso, conservaba su magnífica decoración de antaño, era un lugar digno y respetable y se bebía allí cerveza y más cerveza con absoluta solemnidad y reverencia, como debe hacerse… Al gran salón de aquella hostería llegaron al cabo los dos extraños, que encontraron el hospedaje tan suntuoso como si un gran hotel fuera, cosa que hizo que lo escrutaran todo con ojos no sólo escrutadores, sino estudiosamente devoradores. Llevaban unas ropas algo incongruentes en aquel lugar y ocultaban entre ellas lo que parecían bastones. Uno era alto y tenía el cabello negro. El otro era más bajo y tenía el cabello y la barba rojos. Pidieron sendas jarras de cerveza.

—Maclan —dijo Turnbull alzando su tanque de cerveza—, el imbécil que ha querido que seamos amigos, sea quien sea, no ha hecho más que alentar en nosotros el afán de lucha. Pero me parece de lo más natural, igualmente, que el tonto que ha querido alentar en nosotros el afán de lucha, haya querido también que seamos amigos… Maclan, ¡a su salud!

Vaciaron de un trago sus jarras, como han de hacerlo los buenos rústicos en la taberna, y pidieron hasta tres jarras más cada uno, gritando al levantarlas clamorosas buenas noches a un viejo borracho solitario que estaba un poco más allá. Todo eso, antes de que Maclan y Turnbull abordaran la parte de veras importante de su discusión.

Maclan, no obstante, tenía esa triste expresión de aturdimiento común en él.

—Puedo entender eso —decía—, que no crea usted en la naturaleza.

—Y puede añadir que lo hago con un sentido enfático muy especial —decía Turnbull—. No creo en la naturaleza por la misma razón que no creo en Odín. Es un mito, razón suficiente para que no me parezca lógico que hayamos de guiarnos por las leyes de la naturaleza. En suma, no creo que haya que conferir categoría de existencia a la naturaleza.

—¿Existir? —dijo Maclan monótonamente, poniendo su jarra sobre la mesa.

—Sí, en realidad la naturaleza no existe. Quiero decir con ello que nadie podrá descubrir cuál es el origen natural de las cosas aisladamente, sin que nada haya interferido en ellas. El primer brote de hierba se come la tierra en la que brota, he ahí una interferencia; el buey se come la hierba, he ahí otra interferencia. Y el humano —siguió diciendo Turnbull—, que domina la naturaleza, es tan natural como las cosas que domina y destruye.

—En el mismo sentido —intervino Maclan un tanto adormecido—, el sobrehumano, el sobrenatural, es tan humano como la naturaleza que destruye.

Turnbull levantó la cabeza de su jarra de cerveza, con el gesto un tanto torcido.

—Lo sobrenatural, claro —dijo—, una cosa más… Pero el asunto referido a lo sobrenatural es muy sencillo: lo sobrenatural no existe.

—¡Alto ahí! —gritó Maclan con la voz turbia, irritada—. Está diciendo usted lo mismo que ha dicho de lo natural… Está claro que si lo natural no existe, tampoco puede existir lo sobrenatural —y sorbió un poco más de cerveza.

Turnbull, por alguna razón, se puso aún más rojo y replicó rápidamente.

—Lo que he dicho me parece muy inteligente… Cualquiera sabe que hay una división clara entre las cosas que de hecho ocurren porque son y las que no. Porque hay cosas que rompen evidentemente las leyes de la naturaleza…

—La cual no existe —soltó Maclan medio dormido.

Turnbull golpeó la mesa con su mano.

—¡Por Dios que está en los cielos! —clamó.

—El que no existe —casi susurró Maclan.

—¡Por Dios que está en los cielos! —repitió Turnbull tronante, sin prestar atención a lo que había dicho el otro—. ¿Acaso va a decirme usted que no es capaz de ver la diferencia entre un hecho natural, que acontece naturalmente, y un hecho sobrenatural, imposible de probar? Si yo consiguiera volar hasta el techo…

—Se golpearía usted malamente la cabeza —dijo Maclan súbitamente despejado—. No se puede decir algo así cuando se está bajo techo… ¡Salga usted! ¡Salga y vuele hasta el cielo!

Abrió la puerta al abismo azul de la noche y ambos salieron. Era un abismo muy fresco.

—Turnbull —dijo Maclan—, ha dicho usted unas cuantas cosas que son verdad y otras tantas que son falsas, de las que quiero que hablemos. Trataré de hacerlo de forma que me entienda, porque me parece que no entiende usted

nada. Me parece que no designamos las mismas cosas con las mismas palabras.

Guardó silencio un par de segundos y prosiguió:

—Hace uno o dos minutos le pillé a usted en una contradicción flagrante. Pero en ese mismo instante supe a la vez que tenía yo tanta razón como que estaba equivocado. Sí, hay una gran diferencia entre lo natural y lo sobrenatural; si usted volara hasta el cielo en este preciso instante, yo creería que es Dios quien le mueve… Dios o el Demonio… Pero si quiere saber qué pienso realmente… deberé explicarme con mayor profundidad.

Se detuvo de nuevo, mientras apuntaba vagamente al suelo con la punta de su espada.

—Nací —siguió diciendo—, crecí y aprendí en un universo único, completo. Lo sobrenatural no era lo natural, pero sí algo perfectamente razonable. Sí, lo sobrenatural me resulta más razonable que lo natural, pues lo sobrenatural es un mensaje directo de Dios, que es la razón… Aprendí que algunas cosas son naturales y otras son divinas. Quiero decir con eso que algunas cosas son mecánicas y otras, simplemente, divinas… Pero ahí está el gran problema, la gran dificultad, Turnbull… La gran dificultad radica en que, de acuerdo con lo que he aprendido, usted es divino…

—¿Yo? —se extrañó Turnbull teatralmente—. ¿Divino yo? ¿Qué quiere decir usted?

—Eso es lo más difícil de todo, explicar lo que quiero decir —respondió Maclan pensativo—. Ya he dicho que hay una gran diferencia, por ejemplo, entre la hierba y la voluntad del hombre; la diferencia está, sobre todo, en que la voluntad del hombre es divina, especial… La voluntad del hombre significa su libertad, algo que resulta decididamente sobrenatural.

—¡Qué tontería! —dijo Turnbull.

—Bueno —siguió diciendo Maclan pacientemente—, si la voluntad del hombre no es algo sobrenatural, ¿por qué ustedes, los materialistas, niegan entonces su existencia?

Turnbull guardó silencio unos momentos. Después comenzó a decir algo, pero Maclan lo interrumpió con su tono de voz cansino:

—En resumen —dijo con la mirada triste—, siento que la Creación fue un acto divino en el que me enseñaron a creer desde niño. Puedo entender que no crea usted en ello, pero ¿cómo descreer sólo por partes? Considero que fue un acto único e indivisible, obra de la autoridad de Dios, que la detenta porque es Dios. El hombre también tiene una autoridad, la de hombre, pero no podrá probar usted que Dios es mejor que los hombres, como no podrá demostrar

que un hombre sea mejor que un caballo… Pero ¿qué hace que no entendamos cosas tan simples? ¿Por qué se permite que los caballos sean ensillados?

—Algunos pensadores modernos lo desaprueban —dijo Turnbull algo confuso.

—Ya lo sé —respondió Maclan con sorna—. Ese tipo que hablaba del amor, por ejemplo.

Turnbull sonrió de buena gana y dijo:

—La verdad es que parece que ambos hablamos haciendo una especie de resumen; pero le aseguro que no me obceco en una suerte de incomprensión hacia usted, nada de eso… Creo que usted dice lo siguiente: en tanto que aprendió desde la niñez cuanto se refiere a los santos y a los ángeles, aprendió igualmente todo lo que es común a la moralidad, a una apreciación moral del mundo y de los hombres. Así, en busca de esa reciprocidad necesaria, considera usted que si un hombre disputa, debe dársele respuesta también mediante la disputa… Bien, dejemos eso de momento, pero dígame… ¿no es ese sistema de pensamiento en el que se educó usted algo que se basa en cosas reducidas a lo estrictamente local, como el respeto por el jefe de un clan y otras semejantes? También hablan las leyendas acerca de los fantasmas del pueblo, la tradición familiar, todo eso, ¿no? ¿Acaso no habrá conformado usted su particular teología con todo eso?

Maclan miraba en dirección al oscuro camino que llevaba a las afueras de la villa. Aún les alcanzaba, sin embargo, la luz de la hostería.

—Lo que dice usted es razonable —concedió a Turnbull— pero no es totalmente cierto. La diferencia entre el jefe y nosotros existe realmente, pero no se da como la diferencia entre lo divino y lo humano, o lo humano y lo animal… Es algo así como la diferencia que puede haber entre un animal y otro, pero…

—¿Sí? —dijo Turnbull.

Maclan siguió en silencio.

—Vamos —le animó Turnbull—, ¿qué le ocurre? ¿Qué mira?

—Miro —respondió Maclan— a quien habrá de emitir un juicio sobre nosotros.

—¡Ah, ya! —dijo Turnbull un tanto cansado—. Supongo que se refiere usted a Dios…

—No, ahora no —replicó Maclan sacudiendo la cabeza con brío—. Me refiero a él.

Y señaló a un tipo de andar incierto que iba camino abajo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el ateo.

—Quiero decir —respondió Maclan enfáticamente—, que se larga ya de madrugada… Fíjese, trabaja todo el día la tierra y a la caída de la tarde viene a la taberna y bebe y canta… Todos sus filósofos, amigo mío, todos sus sistemas políticos, acaban de nacer, por así decirlo, si los comparamos con él, que no hace sino seguir una tradición antigua. Todas las grandes catedrales, sí, incluso la Iglesia más eterna de todas las que hay en la tierra, son cosa reciente si se las compara con ese hombre. Los dioses más antiguos de cuantos guardan en el Museo Británico son nuevos a su lado… Por eso, ha de ser él quien nos juzgue.

Y echó a andar Maclan con un vago entusiasmo.

—¿Qué se propone?

—Voy a preguntarle algo —dijo Maclan—. Voy a preguntarle quién de nosotros tiene razón.

Turnbull estalló en algo parecido a la risa.

—Así que va a consultar usted con ese pobre tipo borracho…

—Sí, él sabrá decirnos quién de nosotros está en lo cierto —replicó Maclan violentamente—. ¡Oh, claro! Usted sabe usar grandes palabras… Pero yo sólo digo que cada hombre conlleva la imagen de Dios… Usted dice que todo hombre es un ciudadano que ha de ser ilustrado para que pueda gobernarse por sí mismo, pero yo me limito a creer que si cada hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, es Dios… Considérelo usted un ciudadano ilustrado, si así lo prefiere, que para mí será sólo un hombre… Pero vayamos a consultarle.

Y apretó el paso el fervoroso escocés, con Turnbull siguiéndole de buena gana y con bastante buen humor.

No era difícil seguir el paso de aquel hombre rústico, ni siquiera en la oscuridad, pues andaba a la vez que cantaba… Iba cantando algo que parecía un poema interminable que hablaba de un rey Guillermo cualquiera, el cual, por lo que parecía, vivía en Londres, pero fue aplastado por un levantamiento que se le vino encima como un tren. El resto del poema se refería por entero a la cerveza, y hablaba de la topografía local de manera, en cualquier caso, difícil de comprender. El cantor no caminaba muy rápido, ni puede decirse que su paso fuera precisamente seguro. Claro está, a medida que se acercaban a él escuchaban mejor su canción.

Era un hombre mayor, uno de esos hombres que aparentan no tener edad, con los cabellos grises y el rostro congestionado, muy rojo. En su rústica fisonomía se marcaban los rasgos por sí solos, con absoluta precisión,

independientemente del conjunto de su cara. Su roja nariz parecía un miembro tal cual, de tan grande; sus azules ojos turbios y saltones parecían dos señales.

Atendió a los extraños con esa muy elaborada urbanidad de los borrachos. Maclan, animado por una de sus silentes y violentas decisiones, le planteó la cuestión abiertamente, sin dilaciones. Le explicó las posiciones filosóficas de ambos con palabras que resultaran claras, y el hombre de la gran nariz roja pareció quedarse no ya con lo más claro, sino sólo con una de las palabras oídas.

—¡Ateos! —exclamó con sorna y mirándoles alternativamente con un afecto condescendiente—. ¡Ateos! Los conozco bien, maestro… ¡Ateos! Bah, no me hable de ellos… ¡Ateos!

No estaba claro cuál era el origen de su desdén, pero sí que despreciaba a los ateos. Maclan trató de ahondar más en el asunto con gran fervor.

—Piensa usted como yo, supongo —dijo—. Usted es de los que creen que el hombre debe ir unido a la Iglesia; usted, como buen cristiano…

El viejo levantó su bastón algo combado para señalar a una lejana colina.

—Ahí está la verdadera iglesia —dijo—. La iglesia de la hierba, la que no pudieron tirar abajo en los viejos tiempos…

—Yo me refería —dijo Maclan cuidadosamente— a que sin duda cree usted en una religión muy concreta, en los sacerdotes que…

—¡Sacerdotes! —exclamó el viejo con desprecio—. ¡Sacerdotes! Los conozco bien… ¿Qué diablos hacen en Inglaterra? Eso es todo lo que tengo que decir de ellos… ¿Qué diablos buscan en Inglaterra?

—Le buscan a usted —dijo Maclan.

—Espere —intervino Turnbull—. También me buscan a mí los sacerdotes, pero me parece que no han tenido mucho éxito… No creo que puedan hacerse ya ni con los favores de este hombre ni con los míos… En fin, Maclan, tengo la impresión de que su llamada a la inocencia primitiva ha sido un fiasco… Permítame —y dirigiéndose al viejo—: Todo lo que usted precisa, amigo mío, es que le sean respetados sus derechos… Para ello no necesita de ningún sacerdote ni de cualquier iglesia. Sólo precisa del voto, del derecho a expresar…

—¿Quién dice que no tengo derecho a expresar lo que quiera? —le cortó el viejo con un fervor irracional—. Tengo derecho a hablar porque soy un hombre, ¡un hombre! Yo no quiero votar, ni quiero sacerdotes… Yo sólo digo que un hombre es un hombre, eso es todo lo que tengo que decir… Si un hombre no es un hombre, ¿entonces qué es? Eso es todo lo que tengo que

decir… Si un hombre no es un hombre, ¿qué pasa? Cuando veo a un hombre sé que es un hombre, nada más…

—Espere —dijo Turnbull—. El ciudadano…

—Ya he dicho que un hombre es un hombre —dijo el rústico, ahora con cierta furia, golpeando el suelo con su bastón—. ¡Ni ciudades, ni nada! ¡Un hombre!

—Tiene usted toda la razón —se dejó sentir entonces la voz de Maclan como una espada—. Dice usted cosas que el mundo de nuestros días quiere olvidar.

—Buenas noches.

Y se perdió el viejo en la noche, cantando.

—Una criatura realmente encantadora —dijo Turnbull—; no parece comprender mucho más allá de que el hombre sea un hombre…

—¿Y cree usted que alguien puede ir más allá de eso? —preguntó Maclan.

Turnbull le lanzó una mirada llena de curiosidad.

—¿Acaso se está haciendo usted agnóstico? —preguntó.

—¡Bah! No entiende usted nada —respondió Maclan—. Los católicos somos agnósticos… Los católicos nos limitamos a creer que el hombre es un hombre… En ese sentido digo que somos agnósticos. Sus Ibsen, Zola, Shaw y Tolstoi son incapaces de llegar tan lejos.

8
Interludio argumental

DESPUNTÓ la mañana bañando de un triste gris plateado el paisaje y sorprendió a Turnbull y a Maclan en un bosque bajo, dirigiéndose a un valle. Habían caminado toda la noche.

Habían caminado y hablado toda la noche, y como eso es cosa que cansa mucho, ambos estaban exhaustos. Habían ido con sus argumentos a través de distritos y paisajes cambiantes. Discutieron sobre Haeckel[24] tan apasionadamente que a pesar del frío parecía que las estrellas del cielo les calentaban. Argumentaron una y otra vez acerca de la Matanza de San Bartolomé pasando entre altos mazos de trigo y de centeno. Discutieron a propósito de *Mr*. Kensit[25] en oscuros y monótonos pinares. Y salieron al fin a campo abierto cuando Maclan defendía apasionadamente las prácticas de la Iglesia católica, cuya tradición le otorgaba su influjo y prosperidad presentes.

Maclan había aprendido mucho y pensado más desde que abandonara las colinas nubosas de Arisaig. Era capaz de representar lo meramente simbólico con figuras retóricas propias del mundo moderno; más aún, se había imbuido de la atmósfera de lo moderno en sus manifestaciones más importantes, merced a la mera presencia de Turnbull y a las frases que le escuchaba, pues no en vano era éste un hombre de innegable vigor intelectual. Comprendía así, pues, la razón de que esa masa tan sólida que es el mundo moderno rechazara sus creencias. Y era capaz, en consecuencia, de replicar con una buena argumentación intelectual, no menos vigorosamente y hasta con placer y divertimento al hacerlo.

—Comienzo a comprender algunos de sus dogmas, *Mr*. Turnbull —había dicho a su compañero mientras subían no sin esfuerzo una colina boscosa—, y cuanto más los comprendo más los niego. Contemplemos el que prefiera. Usted sostiene que sus herejes y sus escépticos son los que han hecho que el mundo avance gracias a la luz que le arrojan… Pues yo niego que así sea.

Nada es tan evidente como que sus herejes se han inventado un cosmos a su antojo. ¿Quién sabe ahora realmente lo que pensó Nestorio? ¿Y a quién le importa? Sólo sabemos dos cosas ciertas; una, que Nestorio[26], en tanto que hereje, se opuso a las enseñanzas de Arius[27], otro hereje anterior a él, y así hasta llegar a James Turnbull, el último hereje… Le reto a que estudie a los heresiarcas del pasado y obtenga de ellos, si es capaz, algo que realmente le sirva a usted… Le reto a que lea a Godwin y a Shelley, o a los idealistas del XVIII que reivindicaron a los llamados humanistas del Renacimiento, y verá que tiene usted más diferencias con ellos que con el mismo Papa… Usted es un escéptico típico del XIX; por eso siempre anda diciéndome que lo ignoro absolutamente todo acerca de la crueldad de la naturaleza. Si fuera usted un discípulo del escepticismo del XVIII me diría usted que lo ignoro absolutamente todo acerca de la maravillosa benevolencia de la naturaleza. Es usted ateo y admira, sin embargo, a los deístas del XVIII. Léalos a fondo, no obstante esa admiración suya, y verá que su concepción del universo se desvanece tanto como sus deidades. Es usted un materialista, pero admira a Bruno, a quien tiene por un héroe de la ciencia… Observe atentamente lo que dijo y comprobará que no fue más que un místico loco. No, amigo mío; un gran librepensador, precisamente por ser honesto y sabio, no pretenderá la destrucción del cristianismo. Destruirá, sin embargo, a los supuestos librepensadores que le precedieron. El pensamiento libre es sugerente, inspira; podrá mostrarle a usted cuán grande, variado y vivo es… Pero le advierto algo: el pensamiento libre no es progresivo; no puede serlo precisamente porque no acepta nada del pasado; da vueltas una y otra vez sobre su propio origen, con lo cual, una y otra vez, no hace sino ir en dirección distinta. Todos los filósofos racionalistas han tomado caminos diferentes, pero no se puede decir que hayan ido muy lejos. ¿Quién va a discutir que Emerson fue un gran optimista y que Schopenhauer fue un gran pesimista? Eso sería como preguntarse si esta cebada es tan amarilla como esa colina está húmeda… No; sólo hay dos cosas que realmente progresan; dos cosas que, para ser progresivas, han de aceptar un gran cúmulo de autoridad. Cosas que son progresivas tanto en lo alto de una colina como en sus faldas. Cosas que crecen mejor o peor, pero crecen y alimentan materias ciertamente identificables y definibles. Dos cosas que siempre avanzarán. La primera es la ciencia estrictamente física. La segunda, la Iglesia católica.

—La ciencia estrictamente física y la Iglesia católica —repitió Turnbull, con mucho sarcasmo—. Y no hay duda de que, según usted, la primera se lo debe todo a la segunda…

—Si insiste usted en este punto le diré que sí, que eso es más que probable —respondió Maclan con mucha calma—. A menudo me sorprendían sus generalizaciones históricas, carentes de ejemplos concretos… Pero ya que le conozco, nada me sorprende que sus vagas nociones sobre la Iglesia católica y las persecuciones sufridas por la ciencia sean las mismas de los tiempos de Galileo. Me sorprende que no diga usted nada acerca de que gran parte de los descubrimientos científicos tras la caída de Roma se debieron a los monjes… Pero eso no tiene mayor importancia, yo quería hablar de otra cosa… Le digo que, si quiere usted un buen ejemplo de cómo ha progresado moralmente el mundo, gracias a la Iglesia católica, tanto como ha progresado el mundo material, gracias a la ciencia, aquí estamos nosotros. Somos ese ejemplo.

—Pero con una diferencia enorme —dijo Turnbull—; los logros de la ciencia física se pueden comprobar perfectamente. Para comprobar que la luz eléctrica existe no tengo que leer millones de libros ni escuchar que lo dicen millones de personas. Sin embargo, no puedo comprobar la suprema virtud de la teología y los sacramentos de ustedes…

—Las virtudes católicas apenas son visibles porque son, precisamente, lo normal —respondió Maclan—. El cristianismo no es algo que tenga que estar de moda porque siempre es sano; y las modas no son más que enfermedades edulcoradas. Cuando Italia se decide por un arte enloquecido, la Iglesia parece puritana; y cuando Inglaterra enloquece de puritanismo, la Iglesia aparece extraordinariamente artística. Ustedes, los ateos, se enfrentan a nosotros llamándonos despóticos; pero olvidan que la primera vez que nos combatieron fue porque no aceptamos el despotismo divino de Enrique VIII. La Iglesia aparenta siempre ir a la zaga de los tiempos, cuando en realidad va más allá de los tiempos. Por eso tiene las llaves de la virtud permanente.

—¡Eso ya lo he oído antes! —exclamó Turnbull con desprecio—. Ya he oído decir que el cristianismo tiene las llaves de la virtud, pero si lee usted a Tom Paine**[28]** le entrarán ganas de rebanarse el pescuezo en Montecarlo. Lo que dice usted es tan vil que no puede sino dolerme. Dice usted que el cristianismo es la cumbre de la moralidad. Pero dígame… cuando le atiende un médico y le receta algo que puede ser un veneno con una pizca de sal, ¿se pregunta usted si es cristiano? No, se pregunta si es un caballero, si es un buen médico… Sólo eso. Cuando un soldado se alista y se dispone a dar la vida por su patria, y desgraciadamente muere, ¿se pregunta usted si es cristiano? No, todo lo más se preguntará usted si regateó con Oxford o con Cambridge… Si cree usted que lo que de veras importa son sus creencias, ¿por qué no se pregunta sobre ellas en casos como los que le he expuesto?

—Ya hicimos esa prueba que sugiere —dijo Maclan sonriendo—, y usted dijo que los cristianos tratábamos de imponer nuestra fe por la fuerza, al carecer de argumentos. Eso es como decir que nuestras creencias son falsas porque hemos de someterlas a prueba, o que lo son porque no las sometemos a prueba. En resumen, la misma inconsistencia de la que se nos acusa es la que demuestran los argumentos en contra del cristianismo.

—Eso estaría muy bien en un club de debates —respondió Turnbull ahora con buen humor—, pero la cuestión sigue sin resolverse: ¿Por qué no se confina usted entre cristianos, si los cristianos son los únicos realmente buenos?

—¿Quién ha dicho semejante tontería? —preguntó Maclan con desdén—. ¿Acaso cree usted que para la Iglesia católica los cristianos son los únicos buenos? Mire, los católicos de la Edad Media hablaban de las virtudes de los paganos hasta que una falsa concepción humanitaria arrojó ponzoña sobre eso. Si de veras quiere saber a qué nos referimos cuando hablamos de la virtud esencial que contiene el cristianismo, se lo diré… La Iglesia es lo único sobre la tierra que puede perpetuar un tipo de virtud y convertirla en algo más que una costumbre o una simple moda… La cosa resulta tan clara e histórica que no me explico cómo puede negarla usted. No negará usted, sin embargo, que es perfectamente posible que mañana a primera hora, en Irlanda o en Italia, podrá encontrar usted a un hombre no sólo bueno, sino que lo sea como San Francisco de Asís. Pero hablemos de otras virtudes: los caballeros ingleses de la reina Isabel eran auténticos idealistas. ¿Aseguraría usted, sin embargo, que en estas tierras en las que nos encontramos puede encontrar algún caballero como aquéllos? El austero republicano del XVIII, con su patriotismo entusiasta y su vida sencilla, era un buen hombre. Pero ¿lo ve usted por algún lado? ¿Ha conocido usted a algún republicano austero? No han pasado más de cien años y aquel volcán de valor y verdad revolucionaria está hoy tan frío como las montañas de la luna. Y así seguirá siendo como continúe imperando la ética que dimana de Fleet Street. ¿Qué inspira hoy al oficinista de Londres, o a cualquier trabajador? Quizá sólo que es hijo del Imperio Británico, donde nunca se pone el sol… Quizá que es uno más de las Trades Union, y que tiene conciencia de clase, y cualquier otra cosa por el estilo. O quizá que sean caballeros, cuando en realidad no lo son. Cosas, como vemos, todas de lo más honorables… Pero ¿hasta dónde se va con eso? Los imperios caen; las condiciones de la industria son cambiantes; los suburbios no crecerán siempre… ¿Qué habrá de quedar de todo eso? Yo se lo diré: sólo quedará la santidad católica.

—¿Y cree usted que seré bien visto por ella? —dijo Turnbull.

—Según mi teoría, la pregunta es si a usted le gustará esa santidad… O, simplemente, si esa santidad habrá oído decir algo de usted… Pero yo garantizaré que es usted un hombre razonable. Tiene usted todo el derecho, si quiere hacer uso de los términos ordinarios entre los hombres, a preguntarse si será bien visto por ella… Y le digo que, como hombre que es, sí lo será… También le digo que, en el supuesto de que no le resultara grato usted a la santidad católica, no sería por su condición de hombre, sino porque es usted un sofisticado editor en Fleet Street. Y eso es lo más gracioso de todo. Los humanos siempre han mostrado admiración por las virtudes cristianas, aunque las hayan practicado muy poco. Aceptará usted que uno de los mayores ideales cristianos es el de la virginidad. Y que ese ideal de virginidad es algo que el conjunto de la humanidad aprecia. Los atenienses y los romanos de la Antigüedad sostuvieron dicho ideal de virginidad. ¿Cuál es, pues, el motivo real de su guerra contra el catolicismo? Creo que por el simple hecho de que el catolicismo ha acuñado un ideal de virginidad, cosa que no es simplemente retórica poética. Pero si usted, y algunos señores que lucen con fervor su sombrero de copa y se pavonean por las calles de Londres, supieran de verdad en qué consiste ese ideal de virginidad, un ideal que no es sólo de la Iglesia católica, pues viene ya del Partenón, que significa virginidad, y del Imperio Romano, que lo expandió por el mundo, y que forma parte de las tradiciones de Europa, desde la del león que no toca a las vírgenes, hasta la del unicornio que les muestra el más cálido respeto, una tradición cantada por poetas como Massinger, que escribió La virgen mártir, y por Shakespeare, que escribió Medida por medida, si usted supiera de toda esa experiencia humana, ¿cree que no consideraría un grandísimo error Fleet Street?

—No —respondió Turnbull—. Tengo la amplitud de mente necesaria como para apreciar esa idea, pero considero que lo que se hace en Fleet Street está bien hecho… En todo caso habría que preguntarse si lo fue cuanto se hizo en el Partenón. Creo que el mundo, en su progreso, ha generado una nueva atmósfera psicológica. Y que esa atmósfera psicológica ha transformado definitivamente lo que en tiempos se presentó de manera tan ruda y simbólica como lo ha hecho usted… Es cierto que todo hombre necesita un elemento de pureza al que asirse cuando considera la actividad sexual; y de ahí que algunos hayan tipificado la pureza como algo carente de sexo. Se reirá usted, seguramente, si le digo que en Fleet Street se ha generado una atmósfera psicológica que hace posible la existencia de hombres tan apasionados como *sir* Lancelot o como *sir* Galahad… Pero, al fin

y al cabo, estamos en el mundo gracias a una superposición continua de atmósferas… Hoy, por ejemplo, apreciamos de manera distinta la niñez.

—Espere —dijo Maclan con una sonrisa muy singular—. Eso ya lo ha dicho alguno de sus autores, que expresó que sólo entraría en el reino de los cielos el que fuese capaz de convertirse en un niño… Pero tiene usted razón. Se contempla la niñez de otra manera. ¿Cuál si no lo es, en el nombre de todos los ángeles y de todos los demonios, esa que atiende a la virginidad? ¿Por qué, de lo contrario, se insiste de manera sobresaliente en ello? Porque los niños son pequeños e inmadurosros. Usted trata de desviar el sentido de lo que expreso para satisfacer sus propias convicciones… Siempre da vueltas sobre una sola idea. Pero ¿cree de verdad que no tengo razón al proclamar que las cosas que defiendo son eternas?

Y así fue como alcanzaron la parte más alta de la región. Siguieron un trecho en silencio, hasta que James Turnbull dijo de repente:

—Yo no puedo creer en todo eso —afirmó.

Maclan no respondió nada, acaso porque no había nada que responder. Apenas hablaron unas palabras más durante el resto del día.

9
La extraña dama

BRILLABA una gran luna sobre aquellos parajes haciéndolos aparecer más grandes, más vastos de lo que en realidad eran, como un lago de luz azul. Por allí iban los dos; no habían hablado en al menos media hora. Entonces Maclan se detuvo de súbito y clavó su espada en la hierba como quien planta su tienda para pasar la noche. Después se echó hacia atrás el cabello negro, con sus manos grandes como garras, como hacía cuando quería poner en orden sus pensamientos y apaciguar su cerebro. Bajó luego las manos y dijo:

—Estoy seguro de que ambos pensamos lo mismo. ¿Cuánto tiempo más habremos de seguir así?

El otro no respondió nada, pero su silencio quería decir que estaba de acuerdo, que compartía su temor. Maclan inició entonces la conversación. Ambos se habían detenido instintivamente en cuanto clavó su espada en el suelo.

—Es difícil decir qué pinta Dios en todo este asunto, pero en algo ha intervenido, desde luego —dijo Maclan—. Cada vez que hemos intentado librar el duelo, una u otra causa nos ha obligado a detenernos. Y cuando hemos querido reconciliarnos, algo lo ha impedido también… Parece que nuestro destino es el de no ser ni amigos ni enemigos… Creo que hay algo por ahí, entre aquellos arbustos del otro lado de la carretera…

Turnbull asintió gravemente y lanzó una mirada en derredor suyo y hacia los arbustos lejanos.

—No parece haber nada —dijo.

—No, eso parece —dijo Maclan mirando su espada clavada en el suelo, que aún se cimbreaba como si la moviese un viento capaz de doblegar al acero—. Estamos completamente solos… No he oído el galope de un caballo ni el paso de un hombre, ni el traqueteo de un tren desde hace unas cuantas millas… Así que acaso debamos quedarnos aquí y esperar un milagro.

—¿De veras? —dijo el editor ateo, no se sabía si con gusto o disgusto.

—Le ruego me perdone —dijo Maclan con guasa—, he olvidado sus prejuicios —y se quedó mirando de nuevo su espada, como si meditase; después continuó diciendo—: Me refería a que quizá hayamos encontrado en este preciso momento el lugar necesario para dar fin de una vez por todas a la empresa en que ambos nos empeñamos… Por mi parte, estoy dispuesto a aceptar esa prueba que me envían los cielos, como Elias… Turnbull, crucemos nuestras espadas a la luz de esta luna imponente, en medio de esta soledad monstruosa… Y si en medio de esta soledad acontece de nuevo algo que nos interrumpa, lo tomaré por una señal de Dios; creo que, en ese caso, deberíamos envainar nuestras espadas para siempre y dejar las manos quietas de una vez.

La boca de Turnbull, bajo su gran mostacho rojo, pareció hacer una mueca de burla.

—Esperaré con gusto una señal de Dios, tanto como espero una señal que indique su existencia real; pero Dios, o los hados, o lo que sea, prohíbe que un hombre de cultura científica trate de comprobar su existencia…

—Bien, entonces —se limitó a responder Maclan—, como estamos más en paz y más tranquilos que en cualquier otro lugar, libremos de una vez el duelo —y volvió a tomar la espada, arrancándola de la tierra.

Turnbull se quedó contemplándole unos instantes, con una expresión que parecía aún más sombría a la luz de la luna. Hizo entonces un rápido movimiento, para llevar su mano a la cadera, y al poco brillaba su espada con un fulgor de plata.

Así como los jugadores de ajedrez inician sus partidas con movimientos convencionales, así ellos iniciaron el duelo con movimientos no menos convencionales, ortodoxos pero poco efectivos… Lentamente, sin embargo, el alma de Maclan recobró su fervor tormentoso e hizo varios ataques que tenían por objeto despertar la rabia de su oponente. Turnbull, con el temperamento que le era propio definitivamente recuperado, apretó entonces los dientes y se dispuso a dar batalla con ardor, y cuando ya cruzaban sus espadas con el inequívoco clamor de un duelo inexcusable, se dejó sentir tras los arbustos, del otro lado de la carretera, algo, un grito ahogado, un sollozo, un lamento… Algo, en fin, que no parecía lo propio de las bestias del bosque.

Quizá fuera Turnbull más supersticioso de lo que se creía, pero se detuvo un tanto aterrado y bajó la espada. Maclan, a quien quizá se tenga por más supersticioso, también depuso su arma. Al fin y al cabo, había retado al universo a interrumpir el duelo; y aquello, evidentemente, era una interrupción, partiese de lo que partiese… Poco después se dejaba sentir de

nuevo aquel grito ahogado, aquel lamento, aquel sollozo… Ya no les cupo duda de que se debía a un ser humano. Y de que ese ser humano pertenecía al género femenino.

Maclan abrió desmesuradamente sus azules ojos gaélicos que tanto contrastaban con su cabello negro.

—Es la voz de Dios —dijo, y lo repitió varias veces.

—Nunca supuse que Dios tuviera una voz tan femenina —replicó Turnbull, que no desaprovechaba la ocasión que fuese para blasfemar—. Creo, Maclan, que realmente no se trata de la voz de Dios, si es que la tiene, pero me parece en cualquier caso que se trata de algo mucho más importante… Es la voz del hombre, o en este caso, de una mujer… Creo que debemos ir a echar un vistazo…

Maclan envainó su espada sin decir una palabra y se dirigieron ambos al lugar de donde había partido aquel lamento, que se dejaba sentir una y otra vez tras aquellos arbustos que había junto a la carretera.

Fueron a través de una hierba muy alta, ideal para que se enseñoreen del terreno las colas de los conejos y hagan allí sus madrigueras. Un terreno, sin embargo, que por muy bonito que parezca contemplado a la luz del día, no deja de ocultar abisales peligros, sobre todo de noche, y Turnbull trastabilló un par de veces y a punto estuvo de darse de bruces con el suelo y besarlo. Maclan, más joven y acaso más fuerte, salvaba mejor los obstáculos; al fin y al cabo era un montañés. Ambos, sin embargo, podrían haber dicho que acababan de culminar un esfuerzo digno de la escalada de un pico cuando accedieron finalmente a la carretera; ya sólo tenían que cruzarla para llegar junto a los arbustos de la cuneta contraria, de donde había partido aquel lamento.

La luna iluminaba la carretera con una blancura que parecía eléctrica, y de igual manera iluminaba los espesos arbustos, por lo que no era difícil ver en medio de la oscuridad de la noche.

Así descubrieron un pequeño automóvil negro y amarillo junto a la cuneta. Y descubrieron un poco más allá otro automóvil, de color verde éste, junto al cual cuatro caballeros vestidos de etiqueta intercambiaban opiniones a la luz de la luna, con voces que en algún momento parecían violentas. Los cuatro caballeros, en cualquier caso, avanzaron al unísono contra el chófer del pequeño automóvil amarillo y negro y empezaron a golpearle con sus bastones. El chófer intentaba defenderse. En el interior del automóvil se veía a una joven dama.

Ahora estaba en silencio. A través de la ventanilla del automóvil se apreciaba que vestía de oscuro, que se cubría con una capa con cuello de piel y que una masa de cabello castaño le caía sobre los hombros en una suerte de oleada. A la distancia en que se hallaban los duelistas comprobaron también que el perfil de la joven dama era aquilino y altivo, como el de un halcón joven que acabara de abandonar el nido.

Turnbull, como sus amigos, era un hombre que había adquirido con el paso del tiempo un cierto sentido de la realidad. Era uno de esos hombres capaces, por ello, de ver al completo una situación apenas comenzaban a producirse unos hechos determinados. En sus muchas horas viendo pasar a la gente ante la puerta de su periódico, mientras meditaba acerca de la no existencia de Dios, absorbía silenciosamente un enorme conocimiento de la existencia del hombre. Así, por mero instinto, reconocía al instante a qué tipo de hombre pertenecía éste o aquél. Se hizo rápidamente, pues, una perfecta composición de lugar de lo que ocurría junto a los arbustos de la cuneta, del otro lado de la carretera, cosa que le llevó a acelerar el paso.

De un vistazo se había percatado de que aquellos hombres eran ricos. Y de que estaban borrachos. Y vio igualmente que, lo peor de todo, eran pendencieros, aunque no rufianes vulgares de esos que asaltan a las mujeres en las novelas, cosa que le alarmó aún en mayor medida, pues sabía que nada más peligroso que un caballero rico, y por lo tanto pagado de sí mismo, borracho y peleón. También sabía que la policía y los jueces se preocupan con mayor denuedo por los pobres rufianes que por los caballeros ricos, por muy borrachos y pendencieros que se muestren éstos. Cuando estuvieron más cerca comprobaron que las especulaciones de Turnbull tenían más que razón. Uno de aquellos hombres, ahora en mitad de la carretera, decía a voz en grito que el chófer del automóvil más pequeño había chocado contra el suyo a propósito… El chófer, bajo la amenaza de los bastones de aquellos hombres, clamaba por el respeto debido a la dama.

—¡Oh, sí, tengamos mucho cuidado con la dama! —decía uno de aquellos caballeros, con el rostro congestionado y una risa que, a pesar de su juventud, parecía senil.

A medida que los duelistas se acercaban a la escena, las cosas parecían ponerse peor. La intoxicación etílica del hombre que con mayor violencia se dirigía al chófer de la joven dama hacía ver que se trataba de un alma perversa, capaz de saltar sobre el sirviente de un momento a otro, como lo haría un leopardo. En efecto, alzó su bastón y descargó un fuerte golpe contra el chófer, amparado por los otros que se hallaban a unos pasos de distancia.

Sólo cuando el chófer hubo caído a tierra abatido por el golpe, se decidieron los otros a acercarse y golpearlo a su vez.

El tipo que había descargado el primer golpe parecía ser consciente, empero, de su cobardía, pues mientras sus amigos continuaban golpeando al chófer se retiró unos pasos, confuso, como musitando una justificación de lo que había hecho y gesticulando como si se la expresara a alguien. Ya se disponían los cuatro a montar de nuevo en su automóvil cuando Turnbull cayó sobre ellos, tal y como si hubiera caído del cielo. Agarró por el cuello a uno de aquellos caballeros vestidos de etiqueta y le soltó un tremendo puñetazo en la nariz, que lo tiró al suelo. Los otros acudieron rápidamente en defensa de su amigo, enzarzándose a puñetazos con el extraño, pero no duró mucho tiempo aquello porque al instante se hizo presente Maclan entre ellos.

Turnbull había desenvainado ya su espada, cosa que nunca hubiera supuesto que haría, salvo para librar un duelo por honor, pues era diestro en el manejo de los puños, como ya lo había demostrado en tiempos, en aquellas peleas callejeras en defensa de Bradlaugh[29]. Para Maclan la espada era cosa más común, la usaba como cualquiera utiliza un bastón. El caso fue que aquellos caballeros armados de elegantes bastones vieron al poco cómo les volaban de las manos por los golpes certeros de espada que el escocés descargó contra ellos.

Uno de ellos, solo ante Maclan y desarmado, clamó pidiendo la ayuda de sus amigos.

—¡He perdido el bastón! —gritó mirando desesperadamente a su alrededor.

—Quizá —le dijo entonces Maclan muy cortesmente— prefiera una espada.

El borracho se miró atónito las manos vacías y miró después al otro lado de la carretera, donde había ido a parar su bastón. Maclan sintió pasos a su espalda: la joven dama había descendido de su automóvil y caminaba hacia los combatientes. Turnbull acababa de deshacerse de otro más de aquellos jóvenes caballeros, también de un certero y muy duro puñetazo. El otro, el que parecía justificarse, seguía junto a su automóvil, enzarzado consigo mismo en su soliloquio, que entonaba ahora, sin embargo, con melodiosa racionalidad.

El sujeto al que acababa de derribar Turnbull de un puñetazo, como era el más alto y fuerte de los cuatro, se levantó dispuesto a seguir luchando. Si hay de verdad anales de la gloria militar, es justo decir a su favor que intentó seguir la pelea, pero Turnbull volvió a tumbarlo, haciéndole rodar ahora hasta

la cuneta. El ateo acudió después junto a Maclan, que de nuevo hacía frente a dos enemigos a los que había permitido recuperar sus bastones. Pero en realidad lo contemplaban como si fuera Blücher[30] en Waterloo. Unos pocos golpes de espada más y volvió a desarmarlos. Entonces dio un salto Maclan y se subió triunfal al techo del coche de aquellos hombres, despojándose de su capa escocesa. Miró a un lado y a otro, en prevención, por si de nuevo atacaba el enemigo, pero con lo que se topó fue con los ojos de la joven dama, que le contemplaba impasible. Maclan tuvo en ese momento la extraña sensación de ser un cuadro colgado de la pared.

Estaba inmóvil, realmente, como si careciese de vida; mirando como miran los personajes pintados en los cuadros. La luz de la luna, de la que no parecía preocuparse, le daba un aspecto temible, como si se alzara sobre la nieve. Todo en él semejaba las maneras heroicas del XVIII, cual si fuese un jacobita que volviera de la muerte para dejar de ser, precisamente, el personaje de un cuadro antiguo.

En su silencioso estar, sin embargo, lo cierto es que había aprovechado para echar un buen vistazo a la dama, de la cabeza a los pies. Nunca había tenido la ocasión de contemplar un ejemplar humano como ella. Primero se fijó detenidamente en su rostro y en sus cabellos, y después en sus largos guantes de terciopelo, y después en la elegante capa que le cubría los hombros… Quizá deba serle disculpada tan hambrienta observación de la joven dama… Al fin y al cabo había rogado por una señal de los cielos y, tras la brutal peripecia en la que se vio envuelto momentos antes, allí la tenía… La mujer parecía atribulada aún por todo lo que había sucedido ante sus ojos, por el ataque sufrido y por la increíble defensa recibida. Dejó de mirar a Maclan, para hacerlo a su alrededor, y exclamó compungida:

—¡Pobre hombre!

Maclan miró entonces hacia donde miraba ella, y vieron que Turnbull, con la espada ya en su cinturón, levantaba al chófer del suelo y lo metía en el automóvil. Iba recuperando lentamente el conocimiento y movía el brazo izquierdo en espasmos.

La dama con largos guantes de terciopelo y capa con el cuello de piel se dirigió rauda hacia ellos, siendo tranquilizada al instante por Turnbull, quien, no como muchos de su escuela de pensamiento, atesoraba realmente algunos conocimientos científicos que le servían al menos, en algún caso, para redimir al mundo.

—Está bien —dijo a la dama—; está felizmente a salvo, pero mucho me temo que no podrá conducir el automóvil hasta que haya pasado por lo menos

una hora.

—Yo puedo hacerlo —dijo la joven dama con la capa de cuello de piel, muy resuelta.

—¡Oh!, en ese caso… —comenzó a decir Maclan, un tanto turbado.

Aquella turbación del joven escocés, una turbación paralizante que señala el inicio de un flechazo, le hizo retroceder unos pasos para apartarse de ella, como si temiera molestarla. Turnbull, empero, acaso por ser más racional que el otro, parecía indiferente.

—No creo que deba usted conducir sola hasta su casa, *madame* —dijo con algo de sorna—; puede haber más grupos de borrachos por la carretera, y le repito que su chófer no estará completamente repuesto hasta que haya pasado al menos una hora… Si nos dice adónde se dirige, la acompañaremos a pie hasta allí, la dejaremos a salvo y después le diremos buenas noches…

La joven dama mostró una cierta contrariedad, la propia de quienes no están acostumbrados a que se les lleve la contraria… Dijo, no obstante, y de manera un tanto abrupta, aunque con una más que clara sinceridad:

—Naturalmente, les estoy muy agradecida por lo que han hecho… Hay buena luna para caminar… Pero no, gracias; si lo desean, adelante, suban a mi automóvil. Seré yo quien los lleve a donde quieran…

Turnbull, con la total inocencia de quien juega, se subió de un salto al automóvil; la joven dama miraba mientras tanto a Maclan, que permanecía impávido, plantado como un árbol en mitad de la carretera. Al ver que ella lo miraba, comenzaron a moverse sus largas piernas, sin embargo, en dirección al coche, con esa timidez propia de quien acaba de ser invitado inopinadamente a tomar el té en una casa a cuyos moradores no conoce. El chófer apaleado se recuperaba lentamente en el asiento de atrás, y allá que se acomodaron igualmente los duelistas, a cada lado del pobre hombre. La joven dama tomó asiento en donde lo hace el conductor y se puso al mando de la máquina. Un momento después arrancaba aquello, con una trepidación que le resultaba extraña a Turnbull, pues sólo una vez había subido a un automóvil, durante una campaña electoral. Mucho más extraño le resultaba la máquina a Maclan, que tenía una expresión como de dirigirse al fin del mundo. Aceleraban ya por la carretera, cuando uno de aquellos caballeretes a los que había tumbado Turnbull a puñetazos se percató de la maniobra, y aún tambaleante, se levantó y corrió un poco tras el automóvil, agitando los puños y profiriendo insultos y amenazas que no podían serle oídos, por eso los decía.

Iba disparado el automóvil por aquella carretera brillante bajo la luz de la luna, y no se decía en su interior una sola palabra, sólo se dejaban sentir de vez en cuando el clic y el clash de su maquinaria. No se sabe por qué razón, pero lo cierto es que a los cuatro seres que iban allí no se les ocurría nada que decir. La joven dama expresaba sus sentimientos, fuesen los que fueran, haciendo que la máquina se deslizara cada vez a mayor velocidad, dando la sensación de que atravesaba valles, colinas y praderas que se estrellaban mansamente contra sus ruedas como si fueran olas. Un poco más allá, donde la carretera tenía un trazado de curvas, aminoró la joven dama la marcha, pero siguió en silencio. Turnbull, que tenía para estas cosas una visión harto sensible, comentó un par de cosas sobre lo mucho que brillaba la luna, pero algo difícil de describir hizo que se callase de inmediato.

Todo ese tiempo iba Maclan en el automóvil como preso de un delirio terrible, sintiéndose una especie de héroe que se dirigiese a la luna. La diferencia entre esta experiencia y las que hasta entonces había tenido era tan grande como la que hay entre la realidad y un sueño. Al fin y al cabo, se preguntaba si lo que le sucedía era verdad o si estaba soñando. Pronto aceptó, sin embargo, que no soñaba, que vivía otra vida, en todo caso… Una especie de vida en paralelo a la común, pero perteneciente a otro cosmos, a una nueva dimensión.

Sentía Maclan, en suma, como si se hubiera reencarnado para hacer nuevas relaciones, buenas y malas, para verse envuelto en juegos a veces divertidos y a veces peligrosos… Cosas, en fin, que en aquellos momentos, y a tal velocidad, no tenía tiempo de someter a un examen conveniente. El cielo no sólo le había mandado un mensaje inequívoco, sino que en menos de una hora le había abierto a su alrededor un mundo absolutamente nuevo; un mundo que, con la energía y luminosidad de las estrellas, se producía a toda prisa. Lo cierto es que nunca antes, a pesar de tal cúmulo de novedades, se había sentido tan vivo. Quizá por eso era como un hombre en trance. Si se le hubiese preguntado entonces cómo definir aquella felicidad tan novedosa que lo embargaba ya, habría respondido que sólo era capaz de ver unos hechos como a través de una leve cortina sujeta con cuatro o cinco clavos, como se ven los sueños. Uno de aquellos hechos era la presencia de la joven dama con la capa de cuello de piel y su elegante traje. Otro hecho era el óvalo perfecto de su cara, sus blancas mejillas realzadas por los rayos de la luna que penetraban en el automóvil. Otro, que sus manos enguantadas eran pequeñas y delicadas, pero evidentemente fuertes a la vista de cómo manejaba el volante… Y un hecho más era que la luz de la luna se derramaba por la

carretera. Y que una brisa deliciosa hacía que se moviera encantadoramente la melena castaña de la conductora y que le alzase el cuello de piel de su capa. Todos aquellos hechos, ciertos y a la vez increíbles, eran para él como los sacramentos.

Cuando habían recorrido media milla vieron una gran sombra que se proyectaba en la carretera, muy pegada a su propietario, que miraba con ojos más bien críticos al automóvil, pero lo dejó estar… Al pasar a su lado comprobaron que la luz de la luna extraía de su uniforme azul algunos brillos metálicos, las insignias, supusieron, de un sargento de la policía. Trescientas yardas más allá otro policía les dio el alto. Paró el coche y de inmediato le hizo el policía una seña para que siguiera. La joven dama era hija de un rico, resultaba evidente, y tal sospecha policial (los pobres viven día y noche bajo otro tipo de sospecha policial) hizo que la mujer hablase por primera vez.

—¿Por qué me habrá dado el alto? —se preguntó molesta—. Este coche se desliza como un caracol…

Se hizo un silencio, muy corto, pues Turnbull dijo:

—Ha sido realmente extraño, conduce usted muy despacio…

—Conduce usted noblemente —apostilló Maclan y sus palabras sonaron extrañas incluso para sí mismo.

Siguieron en tenso silencio la siguiente media milla; entre las muchas cosas por las que pasaron en el tiempo que les ocupó recorrer esa distancia hubo también una patrulla de la policía. Cuando estuvieron a su altura uno de los policías dijo algo a sus compañeros, pero no pasó nada digno de mención. Unas ochocientas yardas más adelante Turnbull rompió el tenso silencio que imperaba en el interior del automóvil.

—¡Dios mío, Maclan! —exclamó, mostrando acaso su primera emoción cierta aquella noche—. No creo que esto sea paz; no, no puedo creer que esto sea estar en paz… Creo que los pacíficos, en realidad, somos nosotros.

Maclan estuvo unos instantes sin reaccionar, al cabo de los cuales se volvió hacia el otro, pálido como la propia luna que iluminaba la carretera.

—Tiene usted razón —dijo—. Si le parece, se lo contaré a ella.

—Yo se lo contaré a nuestra joven dama, si así lo prefiere usted —dijo Turnbull con el mejor ánimo.

—¿Usted? —dijo Maclan sinceramente atónito—. ¿Por qué iba a ser usted quien…? No, tengo que contárselo yo, naturalmente…

Y echándose hacia delante comenzó a hablar a la joven dama con la capa de cuello de piel.

—Me temo, *madame* —dijo el joven escocés, y nada más comenzar a hacerlo tuvo la impresión de que no procedía como era debido, una impresión que constantemente le acompañaba desde que ella estaba presente con sus largos guantes—, que podríamos causarle algún problema, pero lo cierto es… lo cierto es que la policía nos busca… —el embarazo que había experimentado al iniciar su parlamento golpeó ahora al pobre Evan como un martillo; la joven dama de la capa de cuello de piel parecía inalterable, sin embargo—. Nos busca la policía —repitió Maclan, aparentemente recuperado, con más fuerza y seguridad en la voz, y dijo, cual si aquello fuese el inicio de una explicación—: Verá, es que yo soy católico.

El viento que entraba por la ventanilla hacía volar ahora aquel espléndido cabello castaño de la dama, como si quisiera ofrecer otra visión aún más estética del óvalo de su cara, pero no volvió la cabeza para mirar a quien hablaba.

—Verá —siguió diciendo Maclan—; este caballero escribió en su periódico que Nuestra Señora era una mujer más, incluso una mala mujer, así que nos retamos a duelo… Estábamos combatiendo, pero entonces la vimos a usted.

La joven dama que conducía su propio automóvil movió entonces un poco la cabeza, como para oír mejor. No era el suyo un gesto paciente o reverencial. Su nariz normanda parecía tan altiva como su cuello, como toda ella.

Cuando Maclan observó tan arrogante perfil, realzado por la luz de la luna, se sintió definitivamente derrotado, hubo de aceptarlo. Esperaba que los ángeles lo derrotaran, en cualquier caso, si no estaba en lo cierto, si no hacía más que cometer un error tras otro, pero nunca supuso que lo harían de aquella manera.

—Verá —dijo de nuevo el titubeante discurseador—, yo estaba muy enfadado con él porque había insultado a la madre de Dios, y lo reté a duelo… Pero la policía nos persigue para que no lo libremos.

Nada pareció alterar el perfil de halcón joven de aquella dama altiva… Sólo tras un silencio bastante largo despegó los labios para decir:

—Suponía que en nuestros días la gente respeta las opiniones religiosas de cada cual…

Aún impresionado por la sombra de aquel perfil y de aquella voz arrogantes, Maclan no pudo sino hacer la pregunta más obvia:

—Pero ¿qué hay con los que no tienen religión? —inquirió.

El perfil arrogante se limitó a responder:

—Bien, creo que debería ser usted más abierto de mente…

Si esa respuesta se la hubiera dado cualquier otra persona en este mundo, Maclan habría afilado su rostro equino para responder con ira y prontitud. Pero en este caso pareció turbado, derrotado de nuevo por la simplicidad de la respuesta, como si la suya fuera una actitud excéntrica a la que había replicado convenientemente la inocencia de un niño. No podía disociar nada de lo que aquella mujer decía o hacía del halo espiritual, de la rara virtud que percibía en ella. Como tantos otros bajo aquella pasión tan elemental, su alma se debatía en la necesidad de apartar de sí toda concepción ética. Podía argumentar en términos morales a propósito de cualquier asunto material que concerniera a la dama. Podía haberlo hecho cargado de razones, por ejemplo, de haber hablado alguien del rostro encantador de ella, o de sus elegantes guantes, o del gracioso lazo de sus zapatos.

Pero aquello lo dejó en silencio. Encima siguió hablando la joven dama, como si poseyera la llave del entendimiento. Lo hizo, sin embargo, en un tono bajo y acaso triste.

—No puedo estar de acuerdo con usted —dijo—; no creo que encuentre la verdad procediendo como lo hace… Hay muchas Iglesias y, por lo tanto, mucha gente que cree de distinta manera… Y todos, muy especialmente, creen tener razón… Un tío mío, por ejemplo, fue swedenborgiano…

Maclan iba hundido en su asiento, escuchando con ansia su voz y con pasión sus palabras, y sintiendo que lo que para él era un gran drama, no era para ella más que algo así como una pieza para un teatro de marionetas para niños, algo insignificante.

—Ya hemos superado el tiempo en que esas cosas eran importantes —siguió diciendo la joven dama—; no podrá usted encontrar, sobre asuntos tales, lo real… si es que hay algo real que buscar y encontrar en eso… —e hizo un gesto de soberbia, propio de muchas de las damas de nuestra clase alta, como si a pesar de su juventud, lo que obligaba a suponerla en posesión de emociones sinceras, estuviera de vuelta de todo, como si tuviese muchos años.

—Lo que pretendemos —intervino entonces Turnbull— es hacer una demostración efectiva.

Maclan seguía contemplando sus propias visiones, sus opiniones, y las encontraba aún más empequeñecidas.

—Y se supone que eso puede hacerse en los periódicos, ¿no? —dijo la joven—. Pero la gente lee los periódicos y no se cree nada de lo que en ellos se dice, o casi nada, eso me parece —e hizo de nuevo aquel gesto de soberbia.

Siguió conduciendo en total silencio un tercio de milla más, sin que los otros, por su parte, dijeran tampoco cosa alguna, y al fin soltó:

—En cualquier caso, todo eso me parece absurdo…

—No puedo opinar igual —dijo Turnbull—; lo que usted dice supone… pero qué es eso…

La conductora se vio obligada a frenar de golpe porque un muro de uniformes azules bloqueaba la carretera. Un sargento se acercó a ella llevándose los dedos a su casco para saludarla.

—Le ruego me disculpe, *miss* —dijo con forzada cortesía o acaso con embarazo, pues la sabía hija de un caballero importante—, pero tenemos razones para suponer que los hombres a los que lleva usted en su automóvil son… —y dudó mientras buscaba una definición conveniente y respetuosa.

—Yo soy Evan Maclan —dijo entonces uno de aquellos caballeros, disponiéndose a salir del automóvil casi alegre como un colegial.

—Saldremos, sargento —se limitó a decir Turnbull—. Me llamo James Turnbull… No queremos incomodar a esta dama.

—¿Y bajo qué acusación se los quieren llevar ustedes? —preguntó la dama asomando la cabeza por la ventanilla y mirando carretera adelante.

—Bajo la acusación —respondió el sargento— de alterar la paz, es una manía incurable de estos dos caballeros.

—¿Y qué les pasará? —volvió a preguntar la joven dama fríamente.

—Irán al Reformatorio para adultos de Westgate —informó el sargento.

—¿Hasta cuándo estarán allí?

—Hasta que se curen —dijo el sargento.

—Muy bien, sargento —dijo la joven dama aparentando sentido común, si bien algo cansino—. No quiero amparar a criminales ni ir contra las leyes, de eso tengo la mayor certeza, pero debo decirle que estos caballeros me han rendido un servicio muy importante… Pero, por favor, diga a sus hombres que se hagan a un lado, que enseguida bajarán estos señores; quiero agradecerles lo que han hecho por mí y darles las buenas noches. Dígaselo usted, porque si se lo pidiera yo quizá no me entenderían, esos hombres suelen ser duros de mollera.

El sargento no quería desairar a una dama; la sola idea de tener que arrestar a dos hombres que iban en su automóvil ya lo incomodaba suficientemente, y no consentirle aquella petición iba mucho más allá de su sentido del deber. Así que los policías se apartaron del coche, poniéndose a una distancia prudencial. Turnbull tomó las dos espadas, todo el equipaje que llevaban ahora, aquellas dos espadas con las que no habían podido consumar

el duelo por el que se les buscaba, a pesar de las veces que lo habían intentado. Maclan, a quien se le agolpaba la sangre en la cabeza sólo con pensar en la inminente despedida de la dama, abrió la puerta para bajarse.

Pero no lo hizo. Es difícil bajarse de un automóvil, difícil y peligroso, lanzado a toda velocidad. Y aquel automóvil iba a toda velocidad porque la joven dama, sin volver la cabeza, sin decir una sílaba, hizo correr a su máquina como si fuera un búfalo que volase por el paisaje nocturno como un galgo. La policía intentó rápidamente seguirles, pero había algo grotesco en sus movimientos. Al volverse en la distancia, vieron los ocupantes del automóvil conducido por la joven dama que el sargento tomaba notas en su libreta rabiosamente.

La puerta del automóvil seguía abierta y Maclan, aferrado a ella, aún no se había sentado, pues miraba hacia atrás como si esperase las trompetas del Juicio Final. Los paisajes, negros de noche, se alternaban a un lado y a otro de la carretera con las vías del tren que parecían, según pasaba el automóvil cerca de la línea del ferrocarril, inmensamente largas, inacabables. A toda velocidad cruzaban por villas donde todo estaba dormido y donde seguiría estándolo, a pesar de aquel terremoto que era el automóvil fugitivo. Alguna luz encendida en alguna ventana acrecentaba en los duelistas esa sensación de huidos que dejan atrás no sólo su vida, sino cualquier rastro de polvo levantado por sus pasos. A veces alguien que iba solitario por la cuneta se volvía a mirar el automóvil lanzado velozmente carretera adelante, como si fuera un fantasma volador. Maclan seguía sin sentarse del todo ni levantarse del todo, agarrado a la puerta, mirando al cielo y a la tierra. La puerta, batida al tiempo por el viento y por sus manos, parecía una bandera. Turnbull, tras los primeros instantes de tensión, y viendo ahora a su compañero agarrado a la puerta, y repasando lo que había ocurrido, no pudo sino echarse a reír a carcajadas. La joven dama parecía inalterable.

Tras recorrer así media milla que pareció tan breve como un relámpago, Turnbull tiró del otro para que se sentara de una vez y cerró la puerta. Evan cayó pesadamente en el asiento y se llevó las manos a la cabeza como si quisiera apaciguar la sangre que allí se le agolpaba. El automóvil seguía lanzado a toda velocidad; su joven conductora, silenciosa e inalterable. Parecía ahora más baja la luna; el cielo, de tan oscuro, hacía que sus masas nubosas semejaran fantásticos animales al acecho. Era ese instante en el que la luz de la noche ofrece una alteración inexplicable, pero que es una alteración de todo; algo que arranca de una naturaleza desconocida. Miraban al cielo y les parecía más negro que nunca. En aquella oscuridad vieron algo,

a un lado de la carretera, que bien podía ser una torre o un gran árbol, mas al contraste con la masa negra de la noche descubrieron su grisura, sabiendo así que era una torre… Supusieron entonces que dejaban muy atrás Londres, aunque nada sabían de la dirección por la que iban. Turnbull, sin embargo, como había pasado un año en la costa de Hampshire cuando fue joven, supo poco después que se dirigían al sur, al reconocer las villas indescriptibles del sur de Inglaterra, que reconoció aún mejor después, cuando una suerte de fuego blanco anunció la inminencia del amanecer. Un amanecer que, para su ventura, llegó quizá más rápidamente que nunca antes. El cielo ya era esplendoroso cuando el automóvil tomó una curva para iniciar la subida por la carretera de una colina. Ya arriba, contrastada aún la negrura del boscaje con la luz del día, vieron esos árboles fantásticos que anuncian la presencia del mar.

10
Otro cruce de espadas

TRAS subir la colina comenzaron a bajar por la otra cara. No hay mucho que decir salvo que les acompañaba de continuo todo el universo de Dios tanto arriba como debajo, algo inmenso, algo apreciado por sus sensaciones unas cinco veces más grande de lo que era. Bajo sus pies, al final de un valle que se precipitaba a la bahía, se abría el mar en toda su grandeza inabarcable, un mar que parecía ir hacia ellos a veces tan luminoso y pleno y a veces tan vacío y quieto como el cielo. El sol comenzaba a expandirse sobre ellos como una explosión cósmica, brillante, fuerte y silenciosa. Era como si el mundo hubiese reventado maravillosamente, sin un leve ruido. Alrededor de los rayos del sol victorioso se contemplaban colores que recordaban los del arco iris, verde, azul, rosa, marrón, dominando sin embargo un tono dorado primigenio, el origen de todos los colores del mundo. Los paisajes también parecían precipitarse al mar como ríos en busca de su desembocadura. Turnbull tenía un sentimiento de encantamiento tal que habló al fin, tras muchas horas sin hacerlo.

—Si continuamos bajando, seguro que llegamos a un acantilado, más cerca del mar… ¡Esto es maravilloso! —exclamó.

Cuando llegaron al final del valle, el automóvil, por un camino que discurría próximo al mar pero siempre alto, atravesó sendas filas de árboles y se detuvo lentamente. Una luz débil aún lucía un poco más allá, tras una ventana de la casa que parecía aguardarles. La joven dama se asomó por la ventanilla y su espléndido rostro se encaró con el sol.

Evan parecía aturdido ahora por aquella paz del lugar, como si hubiera nacido bajo el amparo del ruido y la velocidad. Trastabillaron sus largas piernas cuando se apeó del automóvil, como si les costara andar, pero en realidad era que temblaba de los pies a la cabeza. Turnbull, por el contrario, había abierto la portezuela de su lado saltando del coche alegremente.

La extraña dama avanzó entonces unas cuantas yardas más y detuvo de nuevo el automóvil. Se bajó entonces y comenzó a quitarse los guantes.

—Pueden dejarme aquí —dijo entonces tranquilamente, como si se hubieran conocido cinco minutos antes—. Ésta es la casa de campo de mi padre… También pueden entrar, si gustan, pero comprendo que tengan asuntos que atender…

Evan contempló arrobado a la dama, que le pareció incontestablemente adorable. No era tan tonto como para no darse cuenta de que ante ella estaba a punto de irse al traste toda su austeridad de siempre. Aunque sí pareció un poco tonto cuando le hizo la siguiente pregunta:

—¿Por qué nos salvó usted de la policía? —dijo como si nada.

La joven dama terminó de quitarse los guantes.

—¡Oh, no lo sé! —dijo secamente—. Supongo que empezaré a pensar en eso ahora…

Evan, que apenas comenzaba a adquirir el tono que ofrece la estrella de la mañana, sintió abatirse como si hubiera sido confinado en las celdas de su universo emocional. Siguió en silencio largo rato, como si eso fuera lo único que podía darle cierto consuelo y alguna confianza en aquel momento.

No obstante, parecía evidente que aquel largo silencio que se hizo entre los recién llegados a la costa, y los rayos del sol, surtieron un efecto benéfico, pues no mucho después la joven dama hablaba en un tono más cálido y simpático.

—La verdad es que no soy una persona desagradecida —dijo—. Tuve la gran suerte de que ustedes me salvaran de aquellos hombres.

—Pero ¿por qué nos salvó usted de esos otros hombres, de los policías? —volvió a preguntar el obstinado Maclan.

Los grandes ojos color miel de la joven dama se abrieron con desesperación, como si temiera verse descubierta en una pasión privada, reservada.

—¡Sabe Dios! —exclamó—. Sabe Dios… Porque, si hay Dios, la verdad es que suele dar la espalda a cualquier cosa que ocurra… El caso es que, al margen de todo eso, bien sabe Dios que mi vida no es feliz, aunque sea joven e hija de un hombre de fortuna… La gente suele recomendarme que haga cosas, muchas cosas, que en realidad no me gustan. Por ejemplo, me piden que trabaje por los pobres en obras de caridad, lo que viene a ser como leer a Ruskin y aplacar la conciencia… leyéndoselo a un pobre en su habitación miserable… Me piden que preste apoyo a una u otra causa, haciendo bollitos para dárselos después a los pobres, para llevárselos a las casas miserables e

insalubres en las que viven y en las que mueren… Pero lo peor de todo es ver pasar el tiempo con el corazón y la cabeza vacíos, eso es una terrible ironía… Me piden que ayude a los más desfavorecidos, cuando en realidad, por esa vacuidad en la que vivo, no tengo nada que darles. Me piden, por ejemplo, que ayude a los niños, que les enseñe, que los salve de la muerte, cuando la verdad es que no me creo mejor que la muerte… Supongo que si ahora mismo, sin embargo, viera a un niño ahogándose, lo salvaría. Pero creo que lo haría por el mismo motivo que los salvé a ustedes de la policía, el mismo motivo, en cualquier caso, por el que hubiera podido destruirles, podía haber hecho cualquier cosa.

—Pero ¿cuál fue el motivo de que hiciera lo que hizo? —insistió Evan en un tono de voz bajo, confidencial.

—Se lo estoy diciendo, mis motivos no suelen tener mucho que ver con mis pensamientos —respondió la joven.

Hubo un silencio, tras el cual, contemplando la inmensidad del mar que poco a poco iba adquiriendo los maravillosos tonos que le son propios, siguió diciendo la joven dama:

—No puedo expresar mis motivos, y crea que ahora mismo lo intento… No es sólo que no sea feliz, sino que no veo la manera de serlo… Tampoco es feliz mi padre, por mucho que sea miembro del Parlamento… —hizo otra pausa y añadió con una sonrisa enigmática—: Tampoco es feliz mi tía Mabel, por mucho que un hombre de la India le haya revelado el secreto de todos los credos… Pero puede que esté equivocada, después de todo; puede que haya algo a lo que asirse… Puede que por eso sentí en un momento, seguramente de locura, que ustedes sí han encontrado algo a lo que asirse y que por eso les odia el mundo… Verá… Puede que eso a lo que asirse, me parece, sea algo que al resto del mundo le parezca la cosa más extraña y hasta inconveniente.

Evan se pasó una mano por la frente y comenzó a decir:

—Sí, supongo que parecemos…

—Sí, parecen ustedes bastante raros, la verdad —le interrumpió la joven dama con absoluta sinceridad—, pero por eso mismo puede que me parecieran a la vez interesantes, dignos de ayuda.

—Se olvida usted de nuestro caso, *madame* —dijo Evan con la voz temblorosa—. Nada nos une a mi compañero y a mí, salvo el afán de matarnos.

—Bueno, llegados a ese punto, y si fuera usted, creo que yo haría todo lo posible para que no me mataran —dijo ella con inhumana honestidad.

Evan no supo qué decir, se limitó a mirarla con masculino asombro y duda. Se estaba produciendo un nuevo cambio en nuestro Proteo. Ella alargó las manos como para demostrar que hablaba con absoluta sinceridad y dijo en voz baja:

—¿No entiende por qué no le detendría yo si le viera dispuesto a librar un duelo? Pues porque lo que hacen es algo tan propio de locos que quizá por ello sea la verdad… Además, no creo que nadie pueda pretenderse realmente ateo…

Turnbull seguía contemplando el mar con embeleso. Pero un cierto movimiento en sus hombros denotaba que había oído la conversación que mantenían los otros, y al cabo de unos segundos volvió la cabeza. Sólo vio entonces que la joven dama tomaba entre sus manos las de Evan y tiraba de él para conducirlo a la casa.

Evan la seguía como si fuera una estatua de los druidas. Parecía imposible que se moviera, de tan rígido. Turnbull intuyó que nada bueno podía derivarse de aquella rigidez, lo llamó dos o tres veces, y como el otro no respondiera, ni se volviese, salió tras él y le puso la mano en el hombro. Evan no le prestó atención, hizo incluso un movimiento brusco para que el otro le quitara la mano del hombro, sintiendo una especie de repulsión hacia él. No era odio ni que le considerase peligroso; fue un espasmo incontrolado, como si quisiera apartar de sí aquella sensación semejante a la que le hubiese provocado, paradójicamente, ser tocado por la espada de Dios. No odiaba al ateo; es posible, incluso, que lo amara… Pero Turnbull era justo en aquel momento alguien más peligroso que un enemigo cierto. Era un ente devoto, tanto como él; un ente terrible, que podría ser lo mismo un cadáver que un ejecutor.

—¿Qué le ocurre? —dijo Turnbull sin quitarle de encima la pesada mano que le había puesto en el hombro, y supo al momento qué le ocurría al otro, merced a su reacción, mejor que si le hubiera hablado.

—James —dijo Evan expresándose como si hacerlo le provocase un gran dolor—, he pedido a Dios durante mucho tiempo una señal, y al fin la he obtenido. Ha sido una señal vital para mí. Bien sabe Dios cuán débil soy, por lo que sabe igualmente que corro el peligro de perder la fe, de olvidarme del rostro de Nuestra Señora… Sí, he corrido el peligro de olvidarme de defender su faz, incluso si usted mancillaba sus mejillas… Pero un resto de honor puede hacer que el corazón de un hombre sea fuerte, en cualquier circunstancia, como el hierro. Soy un digno heredero de los dioses de las islas y no un desertor… Dios me ha llamado de nuevo, me ha recordado cuántas

cosas me encadenan a mi tierra y al honor del mundo del que vengo, por lo que no veo otra solución sino la de que libremos nuestro duelo cuanto antes.

—Creo que le comprendo —dijo Turnbull—, pero me parece que va usted muy lejos; es más, creo que se deja arrastrar.

—Ella quiere que lo hagamos —respondió Evan con la voz llena de pasión—. Quiere de todo corazón que lo hagamos. Ha puesto en riesgo su buen nombre, y su tranquilidad, y ha dejado a un lado su dignidad y sus principios, por traernos a esta parte de Inglaterra en la esperanza de que reparemos el agujero que hemos abierto en el cielo.

—Me parece que le entiendo a usted —dijo Turnbull repasándose la barba con los dedos—; es como si quisiera que hiciéramos algo para entretenerla, después de lo que ha hecho ella esta noche.

—Usted nunca me ha gustado mucho realmente —dijo Maclan con amargura, para darse fuerza.

Apenas había dicho aquellas palabras cuando salieron de la casa tres hombres, que condujeron al chófer a su habitación. La sola presencia de aquellos tres sirvientes hizo que los duelistas se alarmaran, acaso incongruentemente, pero se tranquilizaron de inmediato, casi al unísono, al saber que estaban lejos de donde se les buscaba, que estaban en un lugar desde el que se contemplaba el Canal…

—¿Podré verla alguna vez en el cielo, así que pasen mil edades? —dijo Evan súbitamente al editor de El Ateo, como si éste fuera la persona más indicada para darle la respuesta que más ansiaba recibir.

No hubo réplica del otro, se hizo entre ambos un gran silencio.

Turnbull caminó entonces hacia el acantilado, seguido por el otro, que iba tembloroso de tanta agitación como sentía.

—Así ve usted las cosas —dijo Turnbull al cabo—, y no seré yo quien le diga que está equivocado. Puede que nos hallemos en un lugar idóneo para concluir de una vez por todas el duelo; sí, esta región sureña de la costa es un buen sitio para hacerlo… Y, salvo que esté equivocado, me parece que ahí abajo hay un lugar perfecto para que crucemos nuestras espadas, no creo que nadie nos interrumpa entonces.

El joven escocés asintió con un gesto y se dirigieron al borde mismo del acantilado con la intención de descenderlo. El sol, que se expandía sobre la tierra y el mar, mostraba un raro esplendor, despejaba todas las neblinas, lo que es decir también las dudas, por lo que no había en derredor de los duelistas otra cosa que no fuera claridad absoluta. Todos los colores del mundo eran transparentes. Era como si fuesen testigos principales de la

triunfal profecía de un mundo perfecto en el que todo fuese inocencia inteligible. Un mundo, es una manera de decirlo, en el que hasta los cuerpos eran transparentes como el cristal. Un mundo hecho a semejanza de los vitrales propios de la arquitectura cristiana. El mar que se abría bajo los pies de los duelistas parecía un pavimento hecho con esmeraldas. El cielo dibujaba un horizonte absolutamente blanco, purísimo, alterado únicamente por leves nubes de un escarlata que parecía derramarse de un metal celestial que en origen tuviera el color rojo de la sangre, tan intenso que la tierra dorada por el sol no era más que una pálida imitación amarilla.

—La mano del cielo nos señala —susurró el más supersticioso de los dos escoceses—. Y es una mano teñida de sangre.

La fría voz de su compañero interrumpió lo que parecía el inicio de un monólogo, avisándole de cuál era la mejor senda para descender por el acantilado. Era, en efecto, una estrecha senda entre las piedras, un camino levemente herboso por el que bajaron desde aquella altura considerable. Cuando concluyeron el descenso más peligroso hallaron otro mucho más fácil de transitar, que, comparado con el anterior, parecía una elegante escalera labrada en las rocas. No obstante los peligros que les ofreció la bajada, pudieron contemplar mientras la hacían grutas en las piedras, a cuyas entradas había los más variados follajes, todo lo cual mostraba contrastes luminosos entre el verde, el rojo y el dorado bajo aquel sol impecable de una mañana inconcebiblemente hermosa. Una mañana en la que parecía que no pudiera acrecentarse algo que no contuviese cada parte, cada acto de la vida en sí misma.

Volaban los pájaros y se adentraban en el verdor circundante cual si fuera éste una gran jaula acogedora. Otros ascendían más allá de las copas de los árboles, cual si aspirasen a alcanzar los cielos. Los pájaros sugerían muchas cosas para un londinense inequívoco y asombrado ante aquel espectáculo, como lo era Turnbull, y para Maclan suponían también una novedad, pues eran más llamativos, deslumbrantes y muy distintos de los que había visto volar en sus altas tierras montañosas. Los duelistas, de acuerdo cada uno con sus convicciones, notaban cómo se henchían sus pechos con aquel salmo vivido del que hasta ese momento no habían tenido noticia. Maclan notaba ahí la presencia de Dios Padre, lleno de benéfica bondad, y Turnbull percibía briosa esa anónima energía de la naturaleza de la que tanto habló Lucrecio. Y fue en mitad de semejante explosión vital cuando ambos sintieron más que nunca antes que estaban dispuestos a entregar su vida.

Ya en un semicírculo de arena, apenas a unas yardas del mar, parecieron imprimir con sus figuras aquella página de silencio, alejados del mundo, como si pretendiesen justificar la profesión de Turnbull. Pisaron con firmeza la arena, pasaron por ella el filo de sus espadas, como para limpiarlas, y se miraron como si ambos tuvieran un discurso muy importante que dirigir al contrario. Turnbull volvió en silencio la vista, sin embargo, para contemplar aún con mayor embeleso que antes la costa, como si deseara atrapar de golpe todos los recuerdos de su niñez. Luego dijo abruptamente, cual si acabara de recordar un nombre:

—Mejor caminemos hacia aquella punta, la de Cragness Point; allí será imposible que alguien nos vea.

Y enarbolando en alto su espada comenzó a caminar hacia unas rocas que ya se avistaban. Maclan lo seguía por la arena como un escudero, contemplando a un lado las paredes rocosas preñadas de verde y al otro la inmensidad del mar.

—Aquí estaremos bien —dijo Turnbull una vez hubieron caminado en silencio durante un rato, y para sorpresa del otro tomó asiento en la arena—. Verá, Maclan, yo viví un tiempo aquí, de niño; me enviaron desde Escocia para pasar una temporada con una de mis tías… Y no deja de ser curioso que pueda morir precisamente aquí… ¿Le importa que encienda mi pipa?

—Claro que no, haga lo que le plazca —dijo Maclan con voz ahogada y se apartó lentamente paseando por la arena seca, como apelmazada.

Diez minutos después volvió, pálido de tantas emociones encontradas como le asaltaban. Turnbull seguía plácidamente sentado, fumando con deleite su pipa.

—Verá, Turnbull… Tenemos que hacerlo cuanto antes —dijo Maclan—. Ella nos ha empujado a hacerlo…

—Claro, mi querido amigo —dijo el otro levantándose con la rapidez de un mono.

Cada uno tomó posiciones gravemente sobre la arena, como si hubiera miles de espectadores pendientes. Tras el preceptivo saludo con las armas, Maclan, quien en tanto que místico parecía imbuido de la naturaleza que les rodeaba, miró en derredor suyo, orgulloso de su heroica locura. Era como si los árboles que se alzaban sobre el muro de rocas aguardasen el combate; como si los pájaros fueran el Espíritu Santo cuya iluminación pretendía. No había sido Maclan nunca un hombre imaginativo, pero ahora se sentía capaz de escribir libros en los que describiese los sentimientos de un simple pájaro en aquel ambiente extraordinario. Era, en realidad, como si al menos durante

dos siglos no hubiese sido otra cosa que un conejo de monte. Estaba en el Palacio de la Vida, un palacio decorado con tapices vivientes. Pero entonces recordó quién era realmente, cuáles eran los asuntos en los que más concernido se sentía. Ambos se saludaron otra vez, pues, y un acero chocó contra el otro. Mas de repente se dio cuenta de que a los pies de su enemigo llegaba agua salada de la mar y se detuvo.

—¿Qué le ocurre ahora? —lo interrogó Turnbull, deteniéndose a su vez extrañado de la expresión demudada que mostraba el otro.

Maclan miró de nuevo la blanca espuma del agua que casi les alcanzaba, una espuma que se le antojaba plateada, y luego miró a su espalda, como si quisiera cerciorarse de algo, como si deseara estar seguro de que el cielo no se había cernido sobre Cragness Point.

—El agua nos está alcanzando —se limitó a decir.

—Ya me he dado cuenta —dijo Turnbull con idéntico laconismo—. ¿De qué se extraña?

Evan arrojó lejos de sí su espada y, como acostumbraba a hacer cuando estaba atribulado, se echó las manos a la cabeza. Luego las dejó caer a los lados del cuerpo, con abatimiento, y dijo:

—Sé bien qué significa eso, es el dedo de Dios, que nos señala tinto en sangre… En realidad nos está mostrando dos tumbas.

Hubo un largo silencio en el que no se oía más que el rumor del mar, y al cabo siguió hablando Maclan con un tono de voz patético pero razonable.

—Verá —dijo—, ambos salvamos a la dama, pero ella nos pidió que combatiéramos… Creo que no es justo que uno de nosotros caiga y deje solo al otro…

—¿Acaso quiere decir —preguntó Turnbull con voz sorprendentemente suave y tono gentil— que es demasiado hermoso que uno de nosotros caiga en una tierra digna de la muerte de un conquistador?

—¡Tiene usted razón, tiene toda la razón! —gritó Maclan en una especie de éxtasis infantil—. ¡Lo sabía! ¡Usted cree en Dios!

Turnbull no dijo nada, se limitó a levantar de nuevo su espada.

Miró de nuevo Maclan al acantilado, a aquellos muros de piedra de la costa sur inglesa entre los que se contenía tanto hálito de vida. No podía dejar de apreciar, en un momento semejante, la ironía que expresaba tanta vida, tantos pájaros de colores que sugerían una alegría tropical, la magnificencia de aquello que les rodeaba, aquel aroma único que ascendía gloriosamente al cielo. Pero sabía que estaba justo en medio de la corte de la muerte, y que todas las puertas de salida habían sido selladas.

Estaba borracho del verdor, del rojo, del dorado, creaciones únicas de los paisajes de Dios, como quien degusta un buen vino hasta apurar la última gota de la copa. Saludó de nuevo a su oponente y combatieron hasta que la marea imparable les llegó a las rodillas.

Entonces Maclan dio unos pasos atrás chapoteando en el agua y alzando la mano que tenía libre como para prevenir al otro.

—¡Turnbull! —gritó—. ¡No puedo luchar así! No es un combate justo, ni encantador.

—¿Qué diablos quiere decir? —preguntó el otro mirándole con gran extrañeza.

—Quiero decir que así no se debe librar un duelo —respondió Maclan—. La marea avanza imparable; yo le saco más de un palmo de estatura y la marea le cubrirá a usted mucho antes que a mí… No lucharía en esas circunstancias ni por todas las mujeres ni por todos los ángeles del universo.

—Pero ¿es que acaso pretende usted —dijo Turnbull con cierta violencia, con sus ojos grises encendidos, no obstante lo cual mantenía un tono de gran corrección—, acaso pretende usted imponer siempre sus criterios? Ha sido usted quien me ha conminado a combatir, así que adelante, ya veremos a quién cubre antes la marea… Fue usted quien quiso que acabáramos esto de una vez por todas, y eso es precisamente lo que vamos a hacer… De lo contrario, no me quedará más remedio que denunciarle como cobarde…

Evan pareció confundido y ofreció blandamente su espada al contrario, pero éste atacaba con firmeza, de manera tal que la punta de su arma le rozó el cabello, lo que hizo que se pusiera alerta. El agua, sin embargo, llegaba a Turnbull más arriba de las caderas y ambos comenzaban a tener dificultades para mantenerse firmemente sobre sus pies, pues la marea era fuerte.

Maclan hizo un buen ataque, no obstante, y después otro menos bueno, y el tercero absolutamente lamentable. El campeón de la cristiandad trataba de mantener el equilibrio como una mariposa, y el campeón del equilibrio intentaba hacer lo mismo como una rata, en suma, según la visión del cosmos que cada cual tenía… Pero justo cuando Turnbull intentaba lanzar un gran ataque, el mar lanzó otro aún más fuerte. Una ola le golpeó como si fuera un gran martillo de agua. Ya no hizo pie, desmadejadas entonces sus piernas, y trató de mantenerse a flote como pudo, eso sí, sin soltar su espada, pero no podía.

Maclan se puso la hoja de la espada entre los dientes y nadó en busca de su contrario, al que no veía. Tenía ahora la sensación de que el universo entero se confabulaba para hundirles; era como si se hubiera producido un

colapso cósmico, como si los siete cielos le cayeran encima uno tras otro. Pero al fin pudo agarrar al ateo por su pierna izquierda, y por nada del mundo consentiría que se le escapase.

Tras diez minutos de dura pugna contra las aguas, con todos sus sentidos en alerta contra el mar, Evan se vio nadando trabajosamente hasta lo que le pareció un promontorio verde, lo único que veía entre tanta agua, con la espada entre los dientes y el editor de El Ateo bajo un brazo. Sólo sabía que tenía que seguir nadando como fuera, aun con un solo brazo, hasta que ambos quedaran completamente a salvo.

Volvió la cabeza instintivamente cuando vio que les iba a caer encima una gran ola que parecía negra, mucho más grande que cualquiera de las anteriores, y vio un poco más allá que el promontorio verde era en realidad el bote de un pescador. Llegó a tiempo de asirse a su borda. Así resistió el ataque de aquella gran ola; luego levantó la cabeza para comprobar que, en efecto, no había nadie en el bote. Y tras una dura pugna contra las aguas, tuvo el bote dos ocupantes: *Mr*. Maclan, agotado, y *Mr*. Turnbull, desvanecido… Diez minutos después, en el bote ambos y a salvo, recuperó Turnbull el conocimiento y miró atónito las olas que les rodeaban. Entonces, sin reparar en que estaba empapado de agua, se puso a limpiar tranquilamente el filo de su espada, temeroso de que se oxidara.

Maclan había encontrado dos remos tirados en el bote y comenzó a remar.

****

Una luz dudosa arrojaba reflejos plateados sobre el mar aún turbulento cuando el bote, que había bogado toda la noche, llegó a una tierra que parecía perdida y casi tan salvaje como las olas. Habían ido al pairo toda la noche en un mar turbulento y sólo ahora parecía el bote alzar su cabeza como sobre unos hombros. Ocasionalmente se levantaba entonces un oleaje leve, debido quizá al paso de algún barco lejano, pero en general puede decirse que el mar estaba en calma. Hacía frío, sin embargo, y una lluvia muy fina, como pulverizada, aumentaba esa sensación. Maclan, que estaba más en su elemento que su compañero, mejor adaptado a tan bárbara y superlativa aventura, comenzó a remar con mayor brío apenas avistó algo que parecía tierra. Todo el tiempo se había mostrado en el bote como si aquello fuera una prueba trascendental a la que le sometían el viento y las corrientes. Conservaba el *brandy* consigo, que había logrado mantener entre sus ropas a pesar de todos los avatares padecidos, y lo había ido bebiendo poco a poco,

para alarmar con ello a su compañero. Pero Maclan era de una tierra en la que los hombres son capaces de bogar a través del mar y de las neblinas bebiéndose un galón entero de *whisky* sin que por ello pierdan el control del bote.

Cuando el escocés comenzó a remar con tanto brío, Turnbull asomó su cabeza roja por la borda tratando de ver hacia dónde les conducía el esfuerzo del otro. Todo lo que vio fue una formación de cascajos contra la línea del cielo, lo que hizo suponer a nuestros dos filósofos que estaban a punto de llegar al fin de ninguna parte Animado por la necesidad, Maclan remó haciendo que el bote grande y pesado se deslizara por el agua hasta llegar a una zona en la que pudieron saltar al agua, una zona en la que no les cubría más allá de las rodillas. Poco después pisaban la arena de la playa. Se volvieron con gran alivio para contemplar un buen rato en silencio el mar del que habían logrado escapar a salvo.

Caminaron después, una vez abandonada la playa, por humedales con vegetación muy crecida a ratos y por tierra muy seca también a ratos, tratando de encontrar algún camino, algún campo, algo que denotara la presencia de humanos. Pisaban sus botas piedras más adelante, una tierra que parecía sembrada de piedras, lo que les dificultaba el paso. Entre la maleza se valían de sus espadas para abrirse paso, como si fueran los guías de unos peregrinos. Maclan recordaba vagamente una balada de su tierra en la que se describe la estancia del alma en el Purgatorio, que es ahí un lugar, como la tierra por la que iban, sembrado de piedras, un lugar del que sólo se podía salir si se demostraba haber hecho obras de caridad en el mundo.

Si al llegar cada noche sabes
que has dado lo mejor de ti mismo,
siéntate tranquilo y espera,
que Cristo recogerá tu alma.

Turnbull no participaba de tan líricas meditaciones, pero también estaba lleno de fuerza, también iba animado por lo mejor de su temperamento.

Llegaron finalmente a lo que parecía una carretera. Echaron a andar por ella, y un rato después vieron en lo alto de una loma uno de esos grandes crucifijos que hay a los lados de los caminos en tantos países que no son católicos.

Maclan se echó las manos a la cabeza, como si quisiera comprobar que no se tocaba con sombrero alguno. Turnbull lanzó una mirada al crucifijo, una

mirada a la vez de simpatía y amargura que contenía aquello que escribió Swinburne en un poema, tras una ocasión semejante.

¡Oh!, cara oculta del hombre,
a la que los años han puesto un velo para que no veas,
si de verdad tienes el amor de los hombres,
¿por qué ese amor te llena de sangre?
Los sacerdotes han hecho veneno con tu sangre
y han vendido tu amor por unas monedas de oro.

Después, dejando a Maclan en aquella actitud de orar que mostraba, avanzó unos pasos para mirar alrededor, a derecha y a izquierda, buscando algo concreto. Unas yardas más allá vio algo, que iba de aquí para allá movido por el viento. Supo de inmediato que no era más que un trozo de papel bastante sucio, pero así y todo avanzó en aquella dirección para recogerlo del suelo. Comprobó que en efecto se trataba de un trozo de papel sucio, un trozo de papel desgajado de la página de un periódico. Un trozo de papel impreso, malamente impreso, la verdad, como una novelucha barata, pero en el que se leía con cierta claridad *et c'est elle qui…*

—¡Hurra! —gritó Turnbull agitando aquel trozo de papel—. ¡Al fin estamos a salvo! ¡Al fin somos libres! ¡Estamos en un lugar mucho mejor que Inglaterra o el Paraíso! ¡Maclan, estamos en el país de los duelos!

—¿Dónde? —preguntó el otro mirándole con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas, como quien se muestra dubitativo entre dos luces o ante un mar picado.

—¡Estamos en Francia! —gritó Turnbull con una voz que parecía una trompeta—. ¡Estamos en el país donde las cosas pasan de verdad! *Tout arrive en France!* ¡Hemos llegado a Francia, amigo mío! Mire esto —y le mostró el trozo de periódico—: Aquí tiene un augurio, si así lo quiere, que satisfará sus viejas supersticiones… *C'est elle qui… Mais oui, mais oui, c'est elle qui sauvera encore le monde…*

—¡Francia! —repitió Maclan y sus ojos le brillaron en la cara como lámparas recién encendidas.

—¡Sí, Francia! —dijo Turnbull y de inmediato brotó de él su parte más retórica mientras el rostro se le enrojecía tanto como el pelo—. Francia… Eso quiere decir que estamos en la tierra siempre rebelde en aras de la libertad y de la razón. Francia, la tierra que combate las supersticiones con las enseñanzas de Rabelais y de Voltaire. Francia, el país que sienta en su mesa

más principal a Juliano el Apóstata. Francia, donde alguien dijo no hace mucho —y lo repitió teatralmente—: Hemos apagado las luces del cielo, unas luces que los hombres no volverán a encender jamás.

—No —replicó Maclan con voz que denotaba una pasión a duras penas contenida—. Francia recibió las enseñanzas de San Bernardo y fue conducida a la guerra por Juana de Arco. Francia hizo las Cruzadas. Francia salvó a la Iglesia y combatió a los herejes con las palabras de Bossuet y Massillon. Francia, que sigue hoy a la cabeza de las conquistas del catolicismo gracias a mentes tan brillantes como las de Brunetière, Coppée, Hauptmann, Barrès, Bourget y Lemaître…

—¡Francia! —gritó de nuevo Turnbull con una teatralidad aún más exagerada, extraña en él—. ¡Francia! Ese gran torrente de magnífico escepticismo que corre de Abelard a Anatole France.

—¡Francia! —replicó de nuevo Maclan—, un país al que imprimieron carácter la fe de San Luis, y que arde en la fe de Nuestra Señora de Lourdes.

—¡Francia, al fin! —exclamó Turnbull, alzando su espada con una expresión de triunfo propia de un colegial—. ¡El país donde todas las cosas quedan sometidas al imperio del pensamiento! Francia, donde la razón combate a la religión sin desmayo. Francia, donde los hombres combaten con pasión para romper las cadenas de la ignorancia. Aquí no seremos perseguidos ni espiados por gentes miserables ni por estúpidos policías, aquí podremos hacer con nuestras vidas lo que nos plazca… ¡Adelante, amigo mío, que estamos en la patria del honor!

Maclan apenas reparó en algo tan incongruente como lo que le repetía el otro, amigo mío, pero asintió, desenvainó su espada y echó a andar carretera adelante siguiendo al otro.

—Sí —dijo al fin con voz de trueno—, lucharemos aquí al amparo de la mirada de Dios.

Turnbull miró al crucifijo del camino con buen humor y apostilló burlón:

—Sí, éste verá pronto la derrota de su cruz.

—La cruz jamás será derrotada —contestó Maclan—, esto lo impedirá.

Un segundo después brillaban las espadas sedientas de sangre, que al cruzarse hicieron una parodia macabra de la cruz.

No pudieron cruzarlas muchas más veces, sin embargo, porque bajo el crucifijo del camino se produjo entonces otra parodia semejante, la de un hombre que se dejó ver unos momentos corriendo colina abajo y agitando sus brazos en cruz. Su figura se desvaneció pronto, pero Maclan se quedó mirando hacia allá, carente de fuerza y de movimiento, como si quisiera

fotografiar con sus ojos aquello mismo o lo que volviera a dejarse ver. Aquello había sido, en efecto, una suerte de parodia de la cruz, pero había algo más, acaso tan inquietante como sorprendente. Enloquecían a la vez los ojos y la mente del escocés porque lo que había visto, en realidad, no era otra cosa que la figura de un típico policía londinense.

Trató, no obstante, de concentrarse en el duelo, pero una parte de su cerebro seguía debatiéndose en la duda, o peor aún, en la evidencia de aquella aparición apocalíptica, o acaso seráfica, de un policía londinense a los pies de una colina francesa. No podía seguir debatiéndose en la duda y entre sus temores más tiempo, en cualquier caso, y así, cuando los duelistas apenas habían intercambiado otra docena de golpes con sus espadas, concitó toda su atención de nuevo la aparición ahora más cercana de aquel policía con su uniforme azul, como una monstruosidad palpable y caída del cielo. Ahora agitaba aquella presencia un solo brazo mientras corría y parecía dar órdenes. Al tiempo, apareció por la carretera, tras Turnbull, una masa de uniformes azules que constituían un bloque sólido. No había duda. Era un pelotón de policías ingleses.

Turnbull se percató enseguida de la consternación que embargaba a su oponente y miró en derredor suyo tratando de descubrir a qué era debida. Cuando lo supo, frío como era, extrajo de sí todo su carácter, dio un paso atrás y se volvió hacia aquellos hombres.

—¿Qué diablos hacen ustedes aquí? —les gritó con su voz más fuerte e hiriente, con una voz de autoridad y enojo, la propia de quien descubre a un vagabundo en su jardín.

—Bueno, señor —dijo el sargento que mandaba a la tropa de azul con ese civismo y la seguridad de quien sabe que se dirige a un culpable—, me parece que soy yo quien debería hacerle esa pregunta…

—Nos limitamos a librar un lance de honor —dijo Turnbull como si lo dicho fuese la cosa más racional del mundo—. Si la policía francesa quiere evitarlo, bien, que sean ellos quienes lo hagan… Pero ¿qué se les ha perdido a ustedes aquí, con sus malditos uniformes azules?

—Me temo, señor —dijo el sargento con cierta guasa—, mucho me temo, señor, que no le entiendo bien…

—Quiero decir que, si no interviene la policía francesa, que es la que debería hacerlo en todo caso, ¿qué andan ustedes haciendo por aquí?

—Bien, señor —dijo el sargento adoptando el aire de quien reflexiona sobre algo importante—, verá usted… La policía francesa no tiene mucho que hacer en este caso… Debo comunicarle, caballero, que esto no es Francia. Por

esa simple razón no tiene cartas que tomar en esto la policía francesa. Estamos, señor, en los dominios de su Graciosa Majestad llamados Ampstead Heath.

—¿Esto no es Francia? —preguntó Turnbull con trágica incredulidad.

—No, señor —le contestó el sargento—, aunque haya aquí mucha gente que habla francés… Estamos en la isla de St. Loup, en el Canal, señor… Hemos llegado aquí especialmente enviados desde Londres, ya que son ustedes un par de forajidos muy distinguidos, si me permite decirlo… Permítame decirle también que a partir de ahora, cualquier cosa que pueda decir, podrá igualmente ser utilizada en su contra.

—Espere, espere —dijo Turnbull, y sin más pegó un gran empujón al sargento, echándose a correr hacia la cuneta del lado contrario de la carretera para perderse entre los matojos y dirigirse a la playa.

Maclan, que estaba ahora rodeado por los policías, no pudo sino mirar atónito cómo se fugaba su compañero, que corría veloz, apenas visto entre la maleza, por el mismo camino que habían transitado antes, y que por ello conocía bien, buscando siempre la cubierta del terreno para escapar a la vista de sus perseguidores. Dos de los policías echaron a correr rápidamente en persecución de Turnbull, pero lo accidentado del terreno, aquel pedregal que se alternaba con humedales y matojos tan duros como secos, les jugó más de una mala pasada. Entonces, Maclan, que había despertado al fin de su sorpresa inicial, y como había quedado ahora al cuidado de un solo policía que le sujetaba por el brazo, metió un fuerte empellón a éste y salió corriendo igualmente en pos de su compañero, aquel menudo pero vivaz transgresor de la ley.

Como eran ambos buenos corredores tomaron pronto una ventaja decisiva. Cruzaron la playa a gran velocidad hasta perderse tras unas rocas que había al final de la misma. Así accedieron, no sin pasar antes por un terreno realmente duro y difícil, a otra carretera, donde cambiaron su velocidad de antes por un simple trote. En ningún momento, a pesar de la urgencia de la fuga, habían soltado sus espadas, que parecían, como hubiera dicho Bunyan[31], haberles nacido naturalmente en la mano.

Una media milla adelante vieron lo que parecía una villa escondida a un costado de la estrecha carretera. No se veían más que algunas casas dispersas y una tienda. Entonces, por primera vez volvió Turnbull su cara cada vez más enrojecida hacia su compañero, que iba tras él.

—*Mr*. Maclan —dijo abruptamente—, me parece que nos hemos equivocado una vez más… Todo el mundo sabe de nosotros. Es como si

lleváramos barbas como la de Kruger[32] y nos paseáramos de noche por Mafekin[33].

—¿Qué quiere decir? —preguntó Maclan inocentemente.

—Quiero decir —respondió Turnbull muy convencido— que en adelante deberemos proceder con gran diplomacia… Voy a comprar algo en esa tienda.

11
Un escándalo en la villa

EN LA pequeña villa de Haroc, en la isla de St. Loup, vivía un hombre que, acaso por hallarse bajo bandera británica, no tenía nada de la tradición francesa. Nada se sabía de él, pero es que eso era precisamente lo que deseaba. Ya se ha dicho que no tenía nada de francés, pero es que ir en contra de la tradición francesa resulta a menudo cosa extraordinariamente francesa. Los ingleses comunes hubieran dicho que estaba pasado de moda, o fuera de su tiempo. Los ingleses imperialistas le hubieran tomado, sin más, por la personificación de la caricatura de John Bull[34]. Era un hombre fornido, pero sin ninguna distinción; lucía largas patillas, acaso un poco más largas que las del propio John Bull. Se llamaba Pierre Durand y negociaba en vinos; en lo político, era un republicano conservador; aunque nacido católico había derivado hacia al agnosticismo, si bien los últimos años habían contemplado su regreso al seno de la Iglesia. Era un genio (si puede utilizarse el término para designar a una persona como él), un genio, sí, en tanto que decía las cosas más convencionales de manera que pareciesen novedosas… Al menos al referirse a lo que en Inglaterra consideramos convencional… Pero poco tenía que ver con él lo convencional, realmente, pues era hombre de convicciones firmes. Lo convencional implica a menudo afectación, aunque se pretenda lo contrario, y podía ser cualquier cosa menos afectado. Era un ciudadano común, que tenía puntos de vista comunes, por lo que se podía hablar con él de cualquier cosa, tranquilamente. Si se le preguntaba por las mujeres, por ejemplo, decía que sólo había que exigirles que perseverasen en lo doméstico y en el decoro necesario. Utilizaba palabras simples y comprensibles para expresarse, pero se reservaba los argumentos más elaborados, o trataba de hacerlos explícitos, sin más, a través de aquellas palabras simples y comprensibles. Si se le preguntaba por los asuntos de la gobernación, se limitaba a decir que todos los ciudadanos eran libres e iguales, sin ir más allá. Si se le preguntaba por la educación, sólo expresaba

que los más jóvenes deben ser educados en el respeto a sus mayores y en aras del desarrollo de la industria, acaso porque él mismo era industrioso y también uno de esos mayores para los que exigía respeto. Era la suya, en suma, una mentalidad que casaba perfectamente con el instinto inglés, aunque en Inglaterra, un hombre que expresa cosas así de simples y directas, sea considerado en general, en nuestros tiempos, un imbécil de evidente servilismo social. Pero Durand no era tonto, ni mucho menos; hombre leído, conocía a fondo a los autores del XVIII y podía debatir sobre ellos con absoluto conocimiento de causa y gran hondura. Ni mucho menos era cobarde; acostumbrado a la vida sedentaria, podía sin embargo derribar a puñetazos a un hombre que le faltara, produciéndose entonces como una máquina generadora de una violencia irreprimible. Supongo que será difícil encuadrar a un hombre tal en cualquiera de los clubes de mi país, por la mera y simple razón de que era un hombre, sin más.

Vivía en una casa confortablemente amueblada, con buenas sillas y sillones, excelentes mesas y cuadros y medallones clásicos en las paredes. Aquellas manifestaciones artísticas que se veían en su casa eran, en suma, las legadas por las tradiciones griega y romana, si bien las había también propias de la tradición católica más vulgar, como las que se hacen en colores muy crudos y evidentes, sobre todo en las paredes de la habitación de su hija, repletas de tan cándidas estampas. No hacía mucho que Durand había perdido a su esposa, a la que había amado intensamente a lo largo de los años, aunque quizá en excesivo silencio… El mismo silencio que mantenía cuando visitaba su tumba, cosa que hacía muy frecuentemente. Amaba no menos a su hija, a la que pretendía proteger por todos los medios y en cualquier circunstancia, alarmado por la inocencia excesiva de la joven, lo que es decir por su absoluta y acaso exagerada bondad. Una alarma probablemente infundada, sin embargo, porque, en primer lugar, la muchacha era excepcionalmente religiosa y reticente a los fastos y a las pompas, y porque, en segundo lugar, no había mucha más gente por allí.

Madeleine Durand, sin embargo, podía sugerir a primera vista lo contrario, pues parecía una muchacha de moral un tanto relajada, acaso debido a la manera inocente con que lo contemplaba todo. Pero de inmediato quedaba patente que se dedicaba con ahínco al trabajo del hogar, pues no había nadie más que lo hiciera. Había que contemplarla, pues, a la luz de un hecho tan evidente. Eso, desde luego, aumentaba el interés hacia una personalidad como la suya, a despecho de la primera impresión que se obtenía de ella. Tenía unas cejas pequeñas, estrechas y de color castaño, que apenas

se le veían, pues caía sobre ellas el flequillo cálidamente rubio. Y tenía un rostro que, acaso por ello, resultaba mucho más fuerte de lo que a primera vista parecía. Sus ojos azules eran grandes y brillantes, aunque levemente achinados, como si mantuvieran en el aire su mirada profunda las alas de sendas mariposas. Por lo demás, era de mediana estatura, armoniosa, y todo en ella sugería despreocupación y confianza. Lo único que la hacía semejante a la joven dama del automóvil era su cabellera, tan leonina como inocente.

Tanto el padre como la hija pertenecían a esa clase de gente, sin embargo, a la que no se suele observar con detenimiento; esto es, esa clase de gente a la que nuestro mundo moderno no contempla con la atención debida. Ambos eran mucho más fuertes de lo que parecían. A primera vista nadie diría que no fuesen más que unos campesinos que poseyeran en sus tierras, en todo caso, alguna mina… El padre, un hombre de cara cuadrada y patillas grises; la hija, también de cara cuadrada, pero con una cuadratura más gentil, menos acentuada, y cabello rubio tostado… Los dos, mucho más fuertes no sólo de lo que aparentaban, sino también de lo que ellos mismos suponían. El padre creía en las bondades de la civilización, en esa especie de torre que hemos construido para contemplar desde ella la naturaleza. Esto es como decir que el padre creía en el hombre. La hija creía en Dios, cosa que la hacía aún más fuerte. Ninguno, empero, creía en sí mismo, pues eso supone un síntoma inequívoco de decadencia.

La hija era lo que se puede llamar una devota. A la gente común le producía esa impresión irritante que suele causar dicho tipo de gente. Cabe describirla, sin más, diciendo que podría comparársela con la cascada de agua que cae perpetuamente, inalterablemente, sobre el abismo. Hacía el trabajo de la casa tranquila y sencillamente, atendía a sus compromisos sociales, escasos por lo demás, con enorme dulzura; nunca se mostraba de mal humor, nunca dejaba de ser amable. Eso es cuanto puede decirse de su blandura, pues de su dureza, que la tenía, apenas demostraba nada, salvo, acaso, una determinación férrea ante cualquier circunstancia, pero siempre con buena cara. Cuando hablaba, reforzaba sus palabras y sus razonamientos con una mirada firme. Un hombre moderno se hubiera preguntado de dónde le brotaba tanta y tan imperceptible energía; y se hubiera sorprendido al saber que la fuente de esa energía no era otra que las oraciones que hacía la muchacha.

Los convencionalismos de la isla de St. Loupe no podían sino ser, lógicamente, una mezcla de los franceses y de los ingleses, pero en lo que a unos posibles enamorados se refiere, no cabe decir que fuesen éstos los mismos que cortejaran a una joven dama de la burguesía francesa. Había un

hombre que solía seguirla cuando se dirigía a la iglesia. Era próspero, más bien bajo pero de buen aspecto, al que su barba negra y el paraguas igualmente negro con que siempre iba le hacían parecer mayor y más bajo de lo que realmente era. Su juventud se le veía, sin embargo, en sus ojos grandes y expresivos.

Se llamaba Camille Bert y era viajante de comercio; se había prendado de Madeleine Durand nada más verla. Madeleine sabía bien que aquel hombre quería hablar con ella, como lo sabían todos los que lo veían seguirla, pero ella no parecía muy dispuesta a darle conversación. Él la seguía siempre que estaba en la isla, sin embargo, sobre todo cuando Madeleine se dirigía a la iglesia, uno de los pocos lugares donde se la podía ver. En su casa resultaba absolutamente invisible, sometida siempre a su insaciable domesticidad, tanto como a su insaciable afán de soledad. *Monsieur* Bert no parecía precisamente un hombre pío, aunque sí parecía, sobre todo por sus ojos, un hombre honesto. Asistía a misa con un algo que denotaba pose, o acaso una simple y vulgar fascinación. Quizá fue precisamente eso lo que hizo que Madeleine comenzara a interesarse en él. Finalmente conversó brevemente con él en un par de ocasiones a la salida de misa, mostrando siempre su amplia y franca sonrisa. Aquello, como no podía ser menos en un villorrio, dio mucho que hablar.

Pero lo que realmente nos interesa es el affair que se produjo cinco días después de la llegada a la villa de nuestros duelistas. Había a las afueras de la villa de Haroc, a un tercio de milla de distancia, un hotel grande pero por lo general vacío, levantado a la manera de los hoteles de París y de Londres. Entre el ocasional y corto grupo de huéspedes que lo habitaban por aquel entonces se encontraba un hombre de cuya nacionalidad no se sabía nada y que se había inscrito con el poco convencional nombre de conde Gregory. Trataba a todo el mundo con absoluta corrección, pero apenas hablaba. En las pocas ocasiones que lo hacía se expresaba tanto en inglés como en francés, utilizando el latín cuando conversaba brevemente con el sacerdote de la villa. Todo el mundo decía, sin embargo, que hablaba mal aquellas lenguas. Era alto, flaco, con todo el aspecto de las águilas viejas, y tenía, por supuesto, una nariz cual pico de águila. Lucía, al modo militar antiguo, patillas unidas al mostacho de un increíble rubio, y vestía con la elegancia propia de un caballero decadente, como lo eran sus maneras. Daba la impresión de que pretendía por todos los medios ser un dandi cuando en realidad no era más que un viejo; demasiado viejo, incluso, como para ser consciente de que era, simplemente, viejo. No obstante, componía una buena figura con su cabello y

patillas y mostacho rubios y su expresión un tanto indolente, si no hastiada. Destacaba en él el largo chaquetón azul turquesa, muy brillante, con que se cubría, en una de cuyas solapas mostraba el medallón de una orden totalmente desconocida, y caminaba apoyándose levemente en un bastón que daba la impresión de ser muy pesado, de tan sólido. A despecho de su habitual silencio y de sus pretendidas ropas de dandi, los isleños nunca habían oído hablar de él, aunque al cabo tendrían más que cumplida noticia de quién era, por el suceso que paso a referir.

En aquel ambiente sólo los más entusiastas acudían a la iglesia; la mayoría de los habitantes de la villa se dedicaban al pastoreo, lo que hacía que regresaran a sus hogares ya tarde, cuando el sol se ponía y sólo se veían en lontananza las luces del templo. Una de aquellas tardes no había en la iglesia más gente que la tranquila e inabordable Madeleine, cuatro ancianas, un pescador y *monsieur* Camille Bert, por supuesto… Los demás habitantes del villorrio, como se ha dicho, andaban aún bajo el cielo de color pavo real y sobre la verde hierba que comenzaba a oscurecerse con el ocaso. Madeleine, después de rezar, solía regresar a casa a través del bosque. No temía a la soledad porque no temía a los demonios. Más bien, se me ocurre pensar que eran ellos quienes la temían.

En un claro del bosque, sin embargo, ya tenuemente alumbrado por el sol que se iba despacio, avanzó hacia ella alguien acaso peor que un demonio, el desconocido conde Gregory con su cabello como una llamarada, con su rostro como la ceniza, gesticulando frenéticamente.

—Estamos aquí solos —dijo a la muchacha—, tan a mi merced usted como lo estoy yo a la suya.

Entonces sus frenéticas manos cayeron a cada lado de su cuerpo y miró a Madeleine con unos ojos que, bajo sus cejas tan caídas como sus párpados, sugerían una respiración alterada. Madeleine Durand pareció estremecerse en principio como una niña, pero de inmediato, sacando de sí aquella especie de presencia de ánimo masculino que tenía, respondió para ganar tiempo:

—Creo que he visto su cara antes, señor.

—Y supongo que no se le habrá olvidado —dijo el otro y agitó de nuevo sus manos de aquella manera tan antinatural con que lo hacía cuando hablaba, para soltar acto seguido unas frases absolutamente pomposas, muy de su gusto, por lo que parecía—: Estoy completamente seguro que sabe usted de lo bueno tanto como de lo malo… Yo soy un hombre que no conoce los límites; soy el más encallecido de los criminales, el más relapso de los pecadores. A nadie he conocido en mis dominios tan vil como lo soy yo, y eso que mis

dominios se extienden desde los viñedos de Italia a los bosques de Dinamarca, no habiendo un solo rincón de los mismos donde no haya cometido yo un pecado. Pero jamás he cometido al tiempo un sacrilegio y un acto virtuoso; quiero hacerlo con usted por primera vez en mi vida.

Agarró con fuerza a la joven por el brazo; ella no gritó pidiendo auxilio, sino que se defendió con fuerza, pugnando contra aquel hombre. Entonces apareció de entre la espesura del bosque una figura de corta talla, pero lanzada a la velocidad de una bala, que soltó un puñetazo tremendo en la cara del conde Gregory. Era Camille, con su negra barba y sus jóvenes ojos ardientes.

Madeleine no pudo sino decirse en aquel momento, al ver al conde Gregory caído en el suelo, que no se merecía otra cosa, porque de veras era un malvado. Más tranquila ya ante la presencia de su defensor, observó cómo el malvado se levantaba tranquilamente y decía al otro con una sonrisa:

—No hacía falta llegar tan lejos, *monsieur* Bert… Y no hace falta que le diga cuán lejos podemos llegar aún, después de esto.

—No es preciso que me lo diga, es verdad —respondió tranquilamente Camille—. Me alegra mucho saber que no hace ascos a batirse en duelo con un hombre.

—Estamos importunando a esta dama —dijo el conde Gregory con aparente cortesía y, haciendo un gesto como de tomar su sombrero, aunque no lo llevaba, se fue entre los árboles hasta perderse de vista. Lo hizo tan aristocráticamente que ni se volvió para mirarlos, no parecía alterado.

—Permita usted que la acompañe a su casa —dijo entonces Bert a la muchacha, con voz trémula y ahogada—. Supongo que no hay mucha distancia, será un momento…

—No hay mucha distancia, en efecto —dijo ella sonriendo una vez más a pesar del cansancio y del miedo a que acababan de someterla el mundo, el demonio y la carne.

El transparente azul de la tarde iba dando paso al opaco azul de la noche cuando Camille la dejó en su casa. Luego se fue ya en plena oscuridad, caminando vigoroso mientras se mesaba su negra barba.

Todos los franceses o medio franceses del distrito consideraron que en este caso el duelo era necesario e inevitable, por lo que los duelistas no tuvieron mayor problema para encontrar padrinos, aun siendo extraños al lugar los que iban a combatir. Dos pequeños propietarios de tierras, hombres tranquilos y católicos practicantes, apadrinaron a Camille Bert, el que seguía a Madeleine cuando iba a la iglesia; mientras, el aparentemente poderoso conde

Gregory recibió el apoyo y consecuente apadrinamiento de un médico local, ansioso de prosperar socialmente, y de un turista californiano dispuesto a lo que fuese. Como no había motivos para demorar el lance, se decidió que el duelo habría de celebrarse tres días después. Y cuando quedó fijada la fecha la comunidad entera se fue a dormir tranquilamente sin preocuparse más del asunto. Sólo había una persona a la que le costaba conciliar el sueño, precisamente la mujer por la que se había suscitado el asunto. A la tarde del día siguiente Madeleine Durand fue a la iglesia, como siempre; allí estaba esperándola, también como siempre, su enamorado Camille. Lo que no era tan normal es que Madeleine se volviera para dirigirse a él, pero aquella vez lo hizo.

—Señor —comenzó a decir—, no creo que esté mal que le hable —y sus palabras sonaron realmente extrañas, porque en las novelas al uso tendría que haber dicho precisamente lo contrario—, no creo que esté mal que le hable, porque su alma, como el alma de cualquiera, es mucho más importante que lo que alguien diga sobre quien sea, se trate de lo que se trate… Quiero hablar con usted acerca de lo que va a hacer.

Bert vio en ella a la típica heroína de las novelas que trata de evitar un derramamiento de sangre. La decisión, no obstante, se le veía en el rostro firme, pálido e implacable.

—Haría lo que fuese por usted —dijo—, pero a ningún hombre se le puede pedir que no lo sea.

Ella le contempló turbada, hecha un mar de dudas, pero después le sonrió encantadoramente.

—¡Oh, yo no pretendo eso! —replicó—. Jamás hablo de lo que no entiendo… Es verdad que nadie me había agredido antes, es verdad que nunca supuse que lo haría un hombre… Pero estoy segura de que hay mejores soluciones que combatir… Sería preferible olvidar este asunto… si es que en realidad alguien puede olvidarse de algo… Y crea que no opino como lo hace mucha gente; he oído decir a mi padre y a sus amigos que el duelo es un crimen, pero yo no estoy segura, no me parece justo decir eso… Creo, por el contrario, que se trata de algo muy distinto… Dos hombres luchan cada uno por sus razones, con las mismas armas y ante amigos… Puede parecerme una estupidez algo así, sin embargo, pero de lo que estoy segura es de que un hombre como usted jamás podrá ser considerado un asesino… Pero no era eso lo que deseaba decirle…

—¿De qué se trata? —preguntó el otro mirándola con la vista baja.

—¿No ve usted que se trata de una simple celebración, otra más? —dijo Madeleine—. Creía que, como asiste usted a la iglesia, había comprendido lo que ahí se dice.

Bert dio un paso atrás, mostrándose sorprendido, como nunca había supuesto ella que podría sorprenderle. Parecía además no sólo turbado, sino conmovido de la cabeza a los pies.

—Puede que haga bien, o puede que haga mal, no lo sé, poniendo en riesgo su vida —continuó diciendo la muchacha con gran simpleza—; el único riesgo cierto que sufren las mujeres de esta villa llega cuando van a dar a luz… Ustedes, los hombres, son la otra mitad del mundo, pero nada sé de cuándo deben morir… Creo que si de veras siente usted que hay algo más allá de la tumba, debe pedir a Dios que le alumbre cada vez que entra en la iglesia.

Apacible como era, argumentaba ahora gesticulando de tal manera que era evidente cuán fuerte se le había agarrado el *pathos* al corazón.

Monsieur Camille Bert no era tan apacible como ella. Ante la gestualidad y franqueza de la joven retrocedía como ante las fauces de un dragón. Contrastaban grandemente con su palidez la barba y los cabellos tan negros que tenía. Cuando al fin pudo decir algo no fue otra cosa que lo siguiente:

—¡Oh, Dios mío, no puedo soportarlo!

No lo dijo en francés. Tampoco lo dijo, estrictamente hablando, en inglés… La verdad (una verdad supongo que muy interesante para los antropólogos) es que lo dijo en escocés.

—Dentro de ocho horas se dirá otra misa —dijo Madeleine con enérgico orgullo—, debería asistir usted a ella antes de hacer frente al duelo… Además, le ruego que se olvide de mí, aunque mucho me temo que no lo hará…

Bert parecía apretar los dientes hasta casi rompérselos, pero acertó a murmurar entre ellos:

—¿Y por qué está usted tan segura de que no la olvidaré?

—Usted siempre va a misa —respondió la muchacha abriendo mucho sus ojos azules y algo rasgados—, y la misa se hace muy larga y aburrida si no se ama a Dios.

Fue entonces cuando Bert explotó con una brutalidad que nada hubiera extrañado en su oponente, el malvado conde Gregory. Avanzó hacia Madeleine con los ojos lanzando llamaradas y la tomó por los hombros.

—Yo no amo a Dios —dijo en francés, pero con un cerrado acento escocés—. No quiero encontrarme con Dios. Es más, no creo que se le pueda encontrar en ninguna parte. Yo, en realidad, voy a misa como quien va a un

espectáculo. Pero le diré más: es usted el ser más inocente, feliz y honesto que he conocido jamás en este universo sin Dios. Y yo soy el ser más sucio y deshonesto que se haya visto sobre la faz de la tierra.

Madeleine lo miró dubitativa unos momentos y después dijo con su encantadora simpleza de siempre:

—¡Oh, pero está muy bien que se arrepienta de ser como es! Y cuanto más se arrepienta, mejor. No tiene más que ir a confesarse con el sacerdote, y él le perdonará en nombre de Dios.

—Odio a su sacerdote y niego la existencia de su Dios —proclamó aquel hombre—, y le diré más: Dios es una mentira, una fábula, una máscara… Pero por primera vez en toda mi vida no me siento superior a su Dios.

—¿Eso qué significa? —le preguntó Madeleine francamente desconcertada.

—Eso quiere decir que yo también soy una fábula, una mentira, una máscara —respondió aquel hombre.

Y comenzó a tirar a la vez de sus cabellos y de su barba fieramente, hasta quitárselos… Tan extraordinario expolio lo dejó a la vista de ella con la misma cara, pero algo más joven. Su cabellera era de rizos de color rojo; en su cara, una corta barba igualmente roja.

—Ahora sabe la verdad —dijo con los mismos ojos ardientes de siempre, sin embargo—. No soy más que un tipo infinitamente vulgar que ha puesto en práctica una treta no menos vulgar para engañar a toda esta villa y a una mujer decente con fines inconfesables… Era una treta que hubiese tenido éxito con cualquier otra mujer, pero me topé con la única mujer ante la que fracasaría. Así de mala suerte tengo… Le acabo de decir la verdad, pero hay más, se lo contaré todo —e hizo una pausa, mirándola y empequeñeciéndose al hacerlo como Evan ante la joven dama del automóvil—. Lo cierto es que soy James Turnbull, el ateo. La policía me persigue, no por ser ateo, sino por querer librar un duelo para defender mi ateísmo.

—He leído algo sobre usted en un periódico —dijo la muchacha con tanta simpleza como tranquilidad.

—Evan Maclan afirma que Dios existe —dijo Turnbull— y yo afirmo que no… En realidad, para lo que estoy dispuesto a batirme en duelo es eso, defender la no existencia de Dios… Por eso estoy en esta isla perdida, en la que sin embargo he encontrado la bendita cara que tiene usted…

—¿Realmente me quiere hacer creer —comenzó a decir Madeleine harto sorprendida— que usted piensa…?

—¡Yo lo único que quiero es que me odie usted! —casi gritó Turnbull agónicamente—. Quiero que enferme usted cada vez que recuerde mi nombre… Estoy seguro de que Dios no existe.

—Pero si está ahí —dijo Madeleine en calma y sonriente, como quien avisa a un niño de la presencia de un elefante—. Mire, he comulgado con él esta misma mañana…

—Lo que usted ha tomado esta mañana no era más que un trozo de pan —dijo Turnbull estrellando los nudillos de una mano contra la palma de la otra—. Mire, no quiero decir nada más que pueda herirla…

—Claro, para usted no es más que un trozo de pan —dijo la muchacha con un rictus de tristeza en los labios.

—Sé bien que no es más que un trozo de pan —dijo Turnbull con cierta violencia.

Ella alzó de nuevo su franco rostro y sonrió.

—¿Y por qué se niega usted a comerlo, si no es más que un trozo de pan?

James Turnbull dio un paso atrás; por primera vez en su vida algo pareció romperse en él, como si sus pensamientos no le fueran los propios de siempre.

—¡Pero qué tontos son los que dicen que es usted blasfemo! —exclamó la muchacha como una colegiala entusiasmada—. No comprendo por qué se ve usted en estas circunstancias… ¡Pero si usted no es un hombre blasfemo!

El hombre componía una figura realmente cómica en su anonadamiento. Era el James Turnbull de siempre, pero como si hubiese recibido mucho del buen Camille Bert. No obstante, el dolor profundo, de corazón, que se dibujaba en su rostro se imponía a la expresión de extrañeza que mostraba.

—Usted ha llegado hasta aquí —siguió diciendo la muchacha con énfasis tan femenino que su expresión parecía impropia de una charla en público, a la vista de todos—, sí, usted y su Maclan también, y se han puesto pelucas y barbas y hasta narices falsas, sólo para librar un duelo… Usted se hacía pasar por un viajante de comercio, un buen francés católico, y el pobre *Mr*. Maclan ha tenido que representar el papel de un hombre disoluto, un noble de ninguna parte… Vaya, la verdad es que en principio sus papeles resultaron exitosos, muy convincentes los dos. Consiguieron que todo el mundo consintiera en el duelo… Podrán librarlo tranquilamente, con sus padrinos y todo, a la vista de quien desee acudir a verlo… Pero ahora va usted, se quita la barba y la peluca y me lo confiesa todo… sólo para no tener que entrar en la iglesia y tomar conmigo ese trozo de pan del que habla… No, usted no es realmente un hombre blasfemo… Luego me dice que no hay nadie que vele por nosotros

desde arriba… Eso quiere decir que, según usted, no hay nadie en ese altar del que huye… Pues ha de saber que…

—Yo sólo sé que debo huir de usted —dijo Turnbull—. Esto ha ido muy lejos, mucho más que cualquier conversación.

Y se fue rápidamente en dirección al centro de la villa, dejando en el suelo la barba y la peluca.

Cerca del pequeño mercado vio al conde Gregory, distinguido extranjero, sentado y fumando elegantemente, cual si meditase, en la terraza del café. Se levantó nada más ver llegar al otro como si deseara hacerle una consulta urgente. Pero no habían tenido tiempo de reunirse cuando sobre el café se abrió una ventana y vieron asomar por ella la cabezota del sargento de policía. Señaló a Turnbull y dijo su nombre con furia. Un agente que había en la calle, apostado tras unas arcadas de la pequeña plaza, salió corriendo rápidamente para intentar atraparlo. Otros dos hombres vestidos de calle y que parecían comprar verduras tranquilamente en el mercado próximo dejaron sus cestas en el suelo y se unieron a la persecución. Turnbull, viendo la que se les venía encima, dijo al conde Gregory:

—¡Vamos, Maclan, hay que huir de nuevo!

La respuesta del conde Gregory no se hizo esperar. Echó a correr rápido con su compañero mientras se quitaba a la carrera las patillas rubias unidas al bigote no menos fantásticamente rubio. Después, sin dejar de correr, desenvainó lo que había en el interior de su pesado bastón, que no era sino un estoque. Llegaron a la carretera antes de que todo el pueblo se levantara contra ellos. El paraguas que portaba Turnbull sufrió entonces una transformación muy parecida a la del bastón de Maclan.

Tenían que seguir corriendo un buen trecho para alcanzar el pequeño puerto de la isla, pero los policías ingleses eran bastante rápidos. Los franceses que los veían pasar, sin embargo, se mostraban indiferentes. Bajaban ya por los riscos que conducían al puerto cuando Maclan tropezó violentamente con un caballero que vagaba por la playa. Cómo supo que se trataba de un caballero, es cosa que resulta un misterio. Maclan era un pobre escocés, sobrio además; el caballero con el que tropezó era un inglés borracho pero rico. Tantas excusas se dieron el uno al otro por haberse tropezado que parecieron dos hombres que atravesaran China hablando en francés. Turnbull siguió corriendo sin percatarse del incidente.

—Parece usted hallarse en problemas —dijo el caballero inglés echándose a reír con ganas—. ¿De qué se trata? —pero antes de que Maclan pudiera responderle siguió diciendo el otro—: Me apellido Wilkinson… Verá, ése era

el apellido de mi abuelo… La verdad es que no debería beber cerveza porque ando mal del hígado —y agitó su cabeza con burla.

—Sí, realmente tenemos problemas, como bien dice usted —confesó Maclan sonriéndole—. Así que, si me permite…

—Le diré qué haremos, amigo mío —dijo el intoxicado caballero, mientras Evan temía que apareciesen en cualquier momento sus perseguidores—. Yo también sé lo que es meterse en líos y tener problemas… Así que, si tiene problemas… si tiene problemas… si tiene problemas —repetía el caballero borracho—, nada mejor que un buen yate para escapar de ellos… Un yate es lo mejor con que se puede encontrar quien huye de los problemas…

—Seguro que tiene usted razón —aceptó Maclan cuando ya se veía asomar arriba la cabezota del sargento perseguidor.

Turnbull se dio cuenta entonces de lo que pasaba y gritó desde lejos llamando a Maclan para que acelerase el paso.

—No, espere, si no tenemos que ir muy lejos —dijo *Mr*. Wilkinson corriendo un poco y agarrando con la mano el chaquetón de Maclan—. Si necesitan un yate, les puedo ofrecer el mío.

Evan se desasió de él y dijo:

—Mire, realmente tenemos problemas, cada vez más problemas, los problemas están a punto de caernos encima definitivamente… Así que, si tiene de veras un yate, vamos allá cuanto antes.

—Lo encontrarán en el puerto —dijo Wilkinson con su voz de borracho—. Está atracado a la izquierda, se llama Gibson Girl, pero no piensen por qué se llama así, amigos… Aunque no pueden saberlo porque nunca antes se lo había prestado, claro…

Tras decir esas palabras, el benevolente *Mr*. Wilkinson cayó de bruces, rendido, pero riéndose de buena gana mientras veía feliz cómo se alejaban los dos fugitivos. A Evan le asaltó entonces la duda de si no estarían obrando mal de nuevo, pero el caso es que se decidió a seguir, y el porqué de eso, en definitiva, será cosa que deba investigar su biógrafo… Dos minutos después alcanzaba a Turnbull, le contaba rápidamente el extraordinario cuento que acababa de vivir, y un minuto más tarde subían al Gibson Girl y partían de la isla de St. Loup.

12
La isla desierta

AQUELLOS que sostienen un punto de vista (como *Mr*. Evan Maclan, ahora confortablemente a salvo en el yate) que considera como cierto y constatable lo sobrenatural, aquellos que creen que los dioses o los hados habrán de salvarles siempre no obstante el peligro de las aventuras en que se vean envueltos, ven muy reforzados sus argumentos cuando se encuentran con que tienen que hacerse cargo del timón de un yate como el de *Mr*. Wilkinson, con mayor o menor acierto. Ninguno de nuestros duelistas tenía la menor idea de cómo navegar en barco, pero también es verdad que Maclan poseía unos muy amplios y muy prácticos conocimientos del mar, si bien siempre había bogado en botes, nunca en barcos, y no es menos verdad que Turnbull poseía algunos que otros conocimientos científicos, los cuales, a pesar de ser abstractos, tenían algo que ver con la navegación marítima, aunque a saber si eso no era peor.

La presencia de los dioses o de los hados entre ellos debe deducirse del hecho de que siempre conseguían ponerse a salvo, bien fuese corriendo, saltando por las rocas, en un bote… Aparte de lo dicho, resulta difícil describir su travesía. Se hizo la noche y Maclan, que era desde luego el más navegante de los dos, se percató de que se dirigían con rumbo oeste, hacia el Atlántico, y supuso que acaso estuvieran dejando atrás las islas Azores. Cuánto más lejos podrían llegar, no lo sabían…

Pero sí sabían que corrían el peligro de perderse en ese océano que nos separa de América, salvo si tenían la fortuna de avistar tierra pronto. Así que no es de extrañar que se sintieran tan alegremente excitados cuando una mañana lluviosa, poco después del amanecer, avistaron una isla que lucía su verdor esplendoroso sobre la plateada mar de la mañana gris con el cielo preñado de nubes.

—¿Qué isla podrá ser? —se preguntó Maclan con la voz quebrada por la emoción—. No tenía noticia de la existencia de ninguna isla más allá de las

Azores. ¡Dios mío! Ya no puede ser Madeira, ¿verdad?

—Me parece que le sobran a usted leyendas, mentiras, fábulas… —dijo Turnbull con sorna—. Quizá sea la Atlántida…

—¡Claro, podría serlo! —dijo el otro inocentemente—. Nunca supuse que la leyenda de la Atlántida fuera cierta.

—No importa lo que sea, mire usted que nos dirigimos ahí —dijo Turnbull previniendo a su compañero—. Podemos correr el peligro de encallar, o de naufragar, cualquiera sabe.

El brazo de tierra que desde la isla se adentraba en el mar era largo, muy largo; tanto, que semejaba la trompa de un elefante flotando en el agua. La isla no parecía tener nada de particular, salvo aquellos auténticos bancos de crustáceos que se veían sobre la trompa del elefante, moviéndose como los juguetes de cuerda de los niños.

Un poco más adelante vieron que la costa les ofrecía una leve bahía de arena, y a despecho de su poca destreza, nuestros dos navegantes consiguieron atracar allí el yate, maniobrando correctamente hasta dejarlo con la proa hacia tierra y la popa apuntando al mar. Lo hicieron todo con esa solemnidad propia de los niños que juegan a ser piratas y decidieron celebrar su triunfo tan tonto… Allí estaban las cajas de excelentes cigarros de *Mr*. Wilkinson. Allí estaban las botellas de champán de *Mr*. Wilkinson, unas cuantas docenas de botellas, y allí estaban las latas de sardinas de *Mr*. Wilkinson, y un montón de conservas más, en tal cantidad que parecía la bodega del yate un almacén de la Armada. Maclan tomó en sus manos unas latas en salmuera y dijo:

—No sé qué podemos hacer con todo esto… Quizá debamos aprovecharnos de que lo tenemos —y añadió pensativo—: Esta isla parece deshabitada, y sobrevivir aquí debe de resultar difícil…

—La cuestión es —dijo Turnbull especulando graciosamente— si podrá sobrevivir nuestra mente si nos bebemos todo esto…

Maclan echó un vistazo a las reservas de alimentos y de bebida que allí había y una sombra de duda cubrió su rostro.

—Permita usted que me tome dos libertades, querido amigo —siguió diciendo Turnbull—. La primera, abrir una de las cajas de excelentes cigarros de *Mr*. Wilkinson, cosa que a él le parecería bien, estoy seguro, y la segunda, ofrecerle a usted un penique por sus pensamientos, aunque supongo que las finanzas y la moneda de esta isla no sean ésas a las que estamos acostumbrados.

—¿De qué diablos me habla usted? —preguntó Maclan como un niño enfurruñado.

—En realidad sé qué piensa, Maclan —dijo Turnbull riéndose—. Creo que es lo mismo que pienso yo, lo cual no deja de tener su gracia…

—¿Y en qué piensa usted? —preguntó Evan.

—Yo pienso y usted piensa —dijo Turnbull— que sería una necedad dejar que se pudra ese champán.

Algo parecido a una sombra espectral de sonrisa apareció en el rostro del joven escocés, cosa que significaba pleno asentimiento.

—Nos podríamos beber todo eso y fumarnos todos los cigarros en una semana —dijo Turnbull—, hasta morir celebrando nuestra victoria, como unos héroes.

—Sí, y hay más —dijo Maclan realmente contento—. Estamos en una isla, una especie de peñasco desconocido, perdido en el Atlántico. La policía no nos podrá echar el guante y no encontraremos a nadie por aquí que haya oído o leído algo acerca de nosotros… Eso era lo que deseábamos, ¿no?

—¿Y bien? —preguntó el otro mientras encendía un cigarro.

—Bueno —dijo Maclan—, podríamos dedicar un día o dos a elaborar un informe completo de lo que hemos hecho y acerca de por qué lo hemos hecho, dando cumplida cuenta de nuestros respectivos puntos de vista. Luego dejamos una copia de ese informe en la isla, por lo que pueda pasar, y metemos otra copia en una botella que arrojaremos al mar, como hacen en los libros.

—Buena idea —dijo Turnbull—, pero antes de bajar a tierra firme desempaquemos algunas cosas.

Cuando pisaron la arena, Maclan, alto, acaso espectral bajo aquella luz de la isla, sintió que su alma se llenaba de nuevo con esa poesía púrpura que era su alimento desde siempre. La soledad de la isla y la inmensidad del océano acrecentaban sus sensaciones. La soledad era una incitación a la épica. Allí no había ni damas ni policías que intentaran apartarlo de la farsa o de la tragedia, daba igual.

—Quizá, cuando alumbró la mañana del mundo —dijo como para sí mismo—, Dios creó esta isla en un lugar apartado para que fuese el teatro en el que usted y yo combatiéramos…

Después subió por unas rocas y se fue a hacer una leve inspección del terreno. Media hora después se reunía Turnbull con él.

—Libraremos aquí nuestro duelo, Turnbull —le dijo entonces Maclan—. Lo haremos cuando llegue el momento de hacerlo. Y cuando llegue ese

momento este lugar será sagrado.

—Creo que deberíamos tomar algo —se limitó a decir Turnbull, que se disponía a abrir una botella de champán.

—No, aquí arriba no —dijo Maclan y empezó a bajar, no sin antes dejar allí clavadas las dos espadas, una frente a la otra, como delimitando el terreno, firmes como centinelas que se dispusieran a hacer guardia bajo las estrellas.

Luego, ya en la playa, contra unas rocas, dieron cuenta de buenas viandas. Aquel lugar se les antojó idóneo para pasar la noche, sin necesidad de volver al yate. El humo de los cigarros de *Mr*. Wilkinson ascendía al cielo como el humo de un sacrificio pagano; el glorioso champán de *Mr*. Wilkinson se les subía a la cabeza a los duelistas y les hacía soltar por la boca unas veces cosas graciosas y otras veces cosas muy filosóficas. Miraban al cielo, también, para contemplar con arrobo las estrellas, y miraban de paso al lugar donde habían dejado sus espadas, que parecían entonces dos cruces negras sobre dos tumbas.

Así de homérica y primitivamente pasaron la semana, sin hacer otra cosa que comer, beber, fumar, hablar, y cantar alguna que otra canción. Cada uno escribió además lo que habían acordado que meterían en una botella. No subieron, ningún día de aquella semana, al lugar donde habían dejado clavadas las espadas. Ninguno quería hacerlo hasta que llegara el momento propicio. Tampoco tuvieron mayor interés en explorar la isla. Maclan dedicaba algunos momentos a rezar y Turnbull dedicaba prácticamente todos sus momentos a fumar cigarros… Unas maneras de buscar la inspiración que, desde luego, también aprobarían los más sedentarios.

Fue una tarde dorada, con el sol derramándose generoso sobre el mar e imperando como la cabeza de Apolo, cuando Turnbull vació una de las botellas de *Mr*. Wilkinson, metió en ella lo que habían terminado de escribir, y la arrojó al mar con una fuerza inusitada. Después subió a recoger su espada. Maclan ya le aguardaba allí con el rostro sereno y los ojos encendidos, aunque parecía no mirar ni la tierra ni el horizonte. Turnbull, vivaz como un pájaro, sí se detuvo en la contemplación de cuanto se ofrecía a su vista. Y lo hizo de tal manera, tan abstraídamente, tan interesado sólo en lo que veía, que a punto estuvo de caer rodando por las rocas.

Por tres partes de la isla se enseñoreaba el mar de un azul intenso e infinito sin que se avistara tierra más allá de la que dejaba a la vista la bajamar que tanto había atraído las miradas de Turnbull. Pero en la parte restante de la isla, a sus espaldas, ya no se veía el mar, sino algo mucho más

extraordinario: tierra y vegetación que no sugerían que aquello fuese precisamente una isla, sino una especie de península serpenteante que concluía en la leve bahía de arena donde habían atracado el yate. Miraba Turnbull a un extremo y otro; así se convenció de que a sus espaldas no había mar, sino colinas, tierra firme.

—¡Esto es increíble! —gritó Turnbull con los ojos desorbitados—. ¡No estamos en una isla del Atlántico! ¡Hemos ido a parar al continente americano!

Maclan volvió hacia él la cabeza, y su rostro, generalmente pálido, empalideció aún más. Estaba absorto entonces en su mundo de augurios y jeroglíficos y no podía reparar en nada que no fuese el brazo de tierra como una trompa de elefante que temía, en sus ensoñaciones, que se alzara contra él.

—Maclan —le dijo Turnbull con la templanza con que contemplaba las cosas—, al margen de lo que nos haya enseñado la interrupción continua de nuestros cara a cara, o al margen de lo que nos haya dejado de enseñar, creo que, si eso es esencial para sus emociones, debemos concluir el duelo aquí y ahora… Pero le confieso que, si me mata usted, moriré con la curiosidad insatisfecha a propósito de cuál es este rincón geográfico en el que nos encontramos.

—No quiero renunciar al duelo —dijo el otro con su simplicidad elefantiásica—, pero sí creo que debemos esperar para librarlo, porque esto es una señal… Quizá un milagro… Debemos comprobar dónde acaba esta tierra… Puede que Dios haya levantado un puente sobre el golfo…

—Tan grande como para que satisfaga usted mi curiosidad —dijo Turnbull echándose a reír y envainando su espada—. No comprendo la razón por la que prefiere usted esperar.

Abandonaron la zona rocosa en la que estaban para dirigirse al istmo de arena con la resolución propia de unos hombres con la mente dispuesta a vagar por la tierra sin desmayo. A despecho del pretendido aire científico con que Turnbull lo contemplaba todo, era realmente el menos impaciente de los dos. El escocés fervoroso había tomado la cabeza de la marcha en aquella ocasión, caminando con paso firme y vigoroso. Cuando llevaban andando más de hora y media por dunas de seca y dura arena, había aumentado la distancia entre ambos de tal manera que el otro vio de Maclan sólo una silueta en lo alto de una duna, que desaparecía al instante. Aquello hacía que *Mr*. Turnbull se sintiera cada vez más Robinson Crusoe, por lo que no paraba de mirar desconsoladamente a su alrededor en busca de alguna señal de vida.

Aunque no sabía qué clase de vida esperaba ver. Quizá en su subconsciente albergaba el temor de encontrarse con un caimán.

El primer signo de vida que vio, sin embargo, fue aún más sorprendente y extraordinario que la aparición de un caimán. Nada tan reseñable como que *Mr*. Evan Maclan volvió aprisa sobre sus pasos, perdida su capa escocesa, sin aliento y con la espada en alto.

—¡Cuidado, Turnbull! —gritó a su compañero cuando aún estaban a cierta distancia el uno del otro—. ¡He visto a un nativo!

—¿Un nativo? —se extrañó Turnbull, pues no creía posible que hubiera allí más que cangrejos—. ¡Qué extraño! ¿No sería una ostra?

—¡No! —dijo Maclan deteniéndose para tomar aliento cuando el otro se le acercaba—. Era un salvaje. Un negro.

—¿Y dónde lo vio usted? —preguntó el impávido editor.

—Allí, detrás de aquella colina —dijo Maclan señalando hacia el lugar—. Levantó la cabeza y me miró furioso…

Turnbull se llevó las manos a su cabeza roja como quien intentara levantar el mundo de donde había caído.

—¡Dios mío! ¿No será esto Jamaica? —y miró luego a su amigo inquisitivamente, o acaso suspicaz—. No me crea descortés, pero usted… es un poco visionario… Y hemos bebido bastante… ¿Le importa quedarse aquí y esperarme, mientras voy a echar un vistazo?

—Si lo hace tendrá problemas —dijo el otro con la compostura recuperada—. Pero verá lo que le he dicho.

Turnbull se puso en marcha a buen paso entonces, a tan buen paso como el que antes llevara el otro, y pronto se perdió de su vista tras la colina. Pasaron cinco minutos, o todo lo más siete, cuando Maclan, impaciente, apretó los labios y alzó de nuevo su espada porque el ateo no aparecía. Con gaélica determinación Evan partió entonces a su rescate, pero justo en ese momento se dejó ver la figura de corta talla del que tenía por desaparecido, ofreciendo al cielo un contraste.

Aun a la distancia a la que estaban el uno del otro, Evan se percató de que algo extraño sucedía. Algo tan extraño, en la actitud del editor, que Maclan apretó su paso para reunirse con él cuanto antes y ver de qué se trataba. Turnbull parecía herido, o súbitamente enfermo. Descendía a duras penas por otra duna, dando muestras evidentes de debilidad, adoptando extrañas posturas… Sólo cuando estuvo a unos pasos de Maclan pudo ver éste con absoluta claridad que *Mr*. James Turnbull, en realidad, se tronchaba de risa.

—Tenía usted razón —dijo el periodista aguantándose la risa a duras penas—. Ese tipo es negro, no hay duda de que lo es, claro que sí —y se retorció de nuevo, preso de una risa convulsa.

—Pero ¿se puede saber qué le ocurre? —preguntó Maclan con creciente impaciencia—. Ha visto usted al negro, así que…

—He visto al negro, sí —logró contenerse Turnbull al hablar—; he visto a un bárbaro y magnífico jefe negro… ¡He visto al emperador de Etiopía! Tiene unas manos y una cara espléndidas, muy negras… Ese negro… —y se echó a reír de nuevo.

—Bien, bien, bien —quiso calmarlo Evan, aunque tratando de clavar cada palabra en la arena—, ¿y qué hay del negro?

—Bueno, la verdad —dijo Turnbull mirando hacia atrás, tratando de ser serio y preciso en su exposición—, la verdad es que se trata de un negro de Margate[35]… Estamos en un extremo de la isla de Thanet, a pocas millas de Margate —luego se interrumpió de nuevo para soltar unas cuantas carcajadas más, al cabo de las cuales dijo—: Mi querido y joven amigo, me gustaría ir a tomar algo más de lo que tenemos en el yate de Wilkinson.

Maclan no esbozó ni una sonrisa. Abrió sus labios aún crispados para decir:

—Quiere decir que…

—Quiero decir —le atajó Turnbull—, o quiero contarle, mejor dicho, algo realmente gracioso… Ese negro pintado con colores de guerra es en realidad un músico que espera a un amigo para irse a beber ron tranquilamente a algún *pub* de la isla… Me lo dijo él mismo… La botella en la que metimos nuestra declaración, nuestras respectivas doctrinas, nuestros agónicos sentimientos, apareció ayer en una playa de Margate y fue abierta en presencia de un regidor, dos encargados de las bañeras, tres policías, siete médicos, y por lo menos ciento trece oficinistas de Londres que están de vacaciones, todos los cuales, por supuesto, y según me ha dicho el negro, disfrutaron mucho con nuestras piezas literarias. Parece que nuestra historia es todo un éxito literario… Me parece que es una buena manera de tomarle el pulso a las cosas, a nuestro tiempo… Ya ve usted; nosotros creemos estar en una catedral, pero en realidad nos hallamos en un teatro, representando una farsa que complace a la gente. Bueno, pues disfrutemos también nosotros de la farsa.

Maclan no dijo nada, pero Turnbull, un poco después, exclamó con voz más amarga:

—¡Esto es lamentable! ¡Esto es insoportable!

Maclan miró tristemente hacia las colinas, más allá de las dunas. Vio primero lo que le pareció era el negro, y tras él, de inmediato, la inequívoca, la inconfundible figura de un fornido policía corriendo por la colina en dirección a las dunas con toda la presteza y solemnidad de un tren.

13
El jardín de la paz

EVAN Maclan no había comprendido nada hasta ese momento. Pero fue ver al policía y de paso vio todo lo demás claramente. Vio a sus enemigos, los más poderosos, principales y pugnaces de la tierra. De estatua pasó a ser en un segundo el hombre de las montañas que realmente era.

—¡Tenemos que escapar de él a toda prisa! —gritó resumiendo así su reacción y, como un viento súbito que levantara arena, se lanzó a la carrera buscando la mejor línea y el mejor ángulo para hacerlo.

Cuando el policía concluyó un admirable viraje de tren no encontró más que arena entre sus perseguidos y él. En tanto subía la duna de arena y tomaba aquella curva para evitar otra y acceder a un terreno más llano, las dos figuras voladoras de los duelistas habían cobrado una ventaja sustancial, aunque desviándose de la bahía, sin darse cuenta de ello. Por una larga y estrecha franja de arena siguieron corriendo sin descanso, hasta alcanzar la hierba rala de otro llano. Desde luego, no tenían descanso, no les daban cuartel. La botella en la que tan inocentemente habían lanzado sus mensajes al mar había atraído en su persecución a la policía. Sólo cuando Maclan, que iba ahora en cabeza, arrasó prácticamente unos arbustos crecidos en aquella hierba rala, como quien derriba una puerta con el hombro, sólo entonces quedaron a cubierto por el desnivel del terreno y otro bosquecillo oscuro. Sus perseguidores les habían perdido definitivamente de vista.

Maclan, entonces, como tenía el instinto propio de los cazadores, se detuvo, escuchó y olisqueó el aire como un animal, como si quisiera discernir todos los sonidos del universo.

—Ya estamos a salvo —dijo.

—¿Y adónde iremos ahora? —preguntó Turnbull.

Maclan observó la atmósfera color de plata del atardecer que ya se cernía, festoneada por nubes de color púrpura. Miró a las copas de los árboles que se

alzaban a considerable distancia adquiriendo ahora las tonalidades propias del ocaso inminente, como si contuvieran avisos que leer.

—El mejor sitio al que podemos ir ahora es a la cama… Si dormimos en este bosque podremos despistarles… Mañana les sacaremos un par de cientos de yardas de ventaja.

Turnbull, que parecía muy animado y sonriente con la aventura, se puso a dar saltitos y a pegar patadas en el suelo como un colegial y protestó diciendo que no quería dormirse. Parecía dispuesto a continuar caminando sin dejar de hablar tan brillantemente como solía. Mas cuando al fin aceptó echarse en la dura tierra, el sueño le golpeó de inmediato como un martillo.

En realidad necesitaba dormir tanto y tan profundamente como lo hizo. Aún no había clareado el día cuando su compañero lo despertó.

—Me temo que no hay tiempo para dormir más —dijo Evan con un tono de voz que era una disculpa—. Seguro que nos han buscado en vano a lo largo de unas treinta millas a la redonda, pero ahora, sabedores de su error, habrán comenzado a desandar el camino… Es nuestra oportunidad.

—¿Está seguro? —preguntó Turnbull frotándose los ojos y las cejas rojas.

Un segundo después ya estaba en pie, como si le hubieran tirado un cubo de agua fría, siguiendo a Maclan por el estrecho sendero entre arbustos y maleza. Sabía que su perseguidor, aquel policía al que había visto corriendo como un tren, aquel policía que encabezaba su búsqueda, podría mostrárseles en cualquier momento ofreciendo al rosa del amanecer el contraste azul de su uniforme. Podría ser un contraste bonito, en cualquier caso, pero no estaban para tales contemplaciones.

****

Con las primeras luces del día expandiéndose por aquella región, los campos y los caminos quedaban envueltos en una neblina lechosa que se iba despejando lentamente. Aquella blancura sugería campos de algodón. La estrecha carretera vacía a la que llegaron tenía a uno de los lados un muro de verdor oscuro, más hierba rala y arbustos y maleza; había allí una especie de garita en ruinas, sin duda el antiguo puesto de vigilancia de la hacienda de algún señor de antaño. A poca distancia de allí, una fila de limoneros daba a la carretera una protección evidente. Amparados por los árboles caminaron entonces los fugitivos, sabedores de que quienes los perseguían habrían de pasar muy cerca de ellos en cualquier momento, aunque en sentido contrario, para deshacer de inmediato el camino al no encontrar rastro de ellos y volver

en la misma dirección. La luz aún dudosa, la neblina y las sombras serían un aliado formidable. En aquel silencio, sus pasos, sobre la tierra seca y la hierba rala, levantaban un sonido sordo, fantasmal. Se habían quitado las botas para amortiguarlo. Para caminar mejor no llevaban las espadas al cinto, sino a la espalda, como si Rieran guitarras. Llevaban consigo, pues, toda la ventaja que otorgan la invisibilidad y el silencio, cosas que ayudan de manera determinante al avance.

A unas ciento cincuenta yardas de ellos, a sus espaldas, por el mismo centro de la estrecha carretera, el primero de los policías que después de haber desandado el camino volvía otra vez sobre sus pasos, un hombre corpulento, incluso gordo, pero fuerte, cobraba ventaja sobre el resto de los perseguidores y desandaba el camino poderosamente. Su paso era magnífico, sorprendente en un tipo tan grande y gordo. Pero como tantos grandes cuerpos en movimiento, daba la impresión de que, si bien podía incrementar incluso sus zancadas, le resultaría difícil detenerse de golpe, de tanta inercia como arrastraban su peso y su volumen. Turnbull se percató de su inminente presencia, y dijo algo al oído del otro, que asintió en silencio.

A la misma distancia, aproximadamente, siguieron caminando perseguidor y perseguidos un cuarto de milla, cuando llegaron a un lugar donde se alzaban tres árboles muy juntos que ofrecían una masa oscura. Allí se escondieron los duelistas mientras el policía grande y gordo pasaba de largo, lanzado con toda la velocidad de su inercia, sin pensar, sin una duda. Era como si fuiese él mismo perseguido, pero por su sombra, o por el viento. Turnbull trepó como un gato a uno de aquellos árboles. Lo mismo hizo el joven escocés después, aunque más trabajosamente debido a la longitud de sus piernas. Allí, entre la nube de hojas del árbol, vieron tranquilamente, en absoluto silencio, cómo pasaba el resto de sus perseguidores y se perdía entre la niebla y la distancia.

El blanco vapor, al iniciar su desvanecimiento, yacía como es común que lo haga, como lo hace todo lo que yace… Así, en aquella luz aún mortecina, las copas de los árboles semejaban la proa de un barco que emerge tras las crecidas olas del mar. Más arriba, a sus espaldas, delante de la garita en ruinas ante la que habían pasado, se alzaba un muro de piedra en el que, por su prisa y la atención que ponían en los posibles movimientos de sus perseguidores, no habían reparado. Era como un paredón que se desprendiese del cielo. Maclan, que por sus largos brazos tenía ventaja allá donde se encontraban ahora, al atisbar aquello se fue agarrando a las ramas para subir casi hasta la copa del árbol y contemplarlo mejor. Turnbull hizo lo mismo, si bien ahora

con mayor dificultad que su compañero, y una vez bien asentados entre y sobre las ramas miraron en aquella dirección. Maclan quedó pasmado al ver que tras el muro había un gran caballo de piedra, como un Rocinante de pesadilla. Y no pudo evitar una comparación: Turnbull y él, subidos en aquellas ramas, eran como dos antiguos jinetes templarios.

La pesadilla del caballo de piedra se incrementaba gracias a la blanca neblina, que aún parecía más densa tras el muro. Ya se ha dicho que no repararon en aquello cuando huían; por eso tampoco repararon en que el árbol al que se habían subido era un manzano próximo al muro, que desplegaba sus ramas como desplegaría los tentáculos un monstruo marino. Sin necesidad de decirse nada, ambos comenzaron a descender, aprovechándose de aquellas ramas como las habían aprovechado para subir. Cuando pisaron de nuevo tierra, sus pies cubiertos sólo por los calcetines demostraron tanta prisa como, de nuevo, precaución en el paso.

Caminaron en dirección al muro por lo que era el sendero de lo que acaso fuese en tiempos un jardín; la neblina, más clara allí, les concedió ver el prado que se extendía unos pasos más allá, junto a un viejo pozo. La neblina, leve allí como un velo, podía trocar una escena en pantomima; a través de ella se veían masas coloreadas, masas que lo mismo podían tomarse por nubes teñidas por los rayos del sol que por mosaicos antiguos decorados en oro y rojo. O por damas vestidas con seda y pedrería. Pero no eran más que flores, muy hermosas, sin embargo… Flores como las que en su hermosa e insolente impudicia crecen en los trópicos. Rododendros púrpura y carmesí; rosas arrogantes como heráldicos animales rampantes enmarcados en oro. Eran rosas de intenso color rojo, ardiente. Y las clemátides eran, por así decirlo, de un azul intenso, ardiente. Y las lilas eran más lila que cualesquiera otras, casi violetas. A medida que los rayos del sol conquistaban, abatiéndola lentamente, la neblina, todo aquello cobraba una apariencia sensacional y dulce que sugería la llegada a las puertas de los jardines del Edén. Maclan, cuya mente no cesaba de trazar seráficos o titánicos paralelismos, recabó la atención de Turnbull hacia tanta maravilla como empezaba a mostrarse a sus ojos, pero éste se limitó a decir que aquello quizá fuese, si no lo era aún, el jardín de algún maldito ricacho.

Poco después, cuando el sol comenzaba a imperar, cuando se les mostraban más senderos entre los setos y las flores, se dieron cuenta abruptamente, mientras trataban de orientarse y considerar cuál sería el mejor camino para llegar a la bahía, se dieron cuenta de que no estaban solos.

Justo en mitad de lo que parecía el sendero principal del jardín, había un caballero envuelto en la nube del humo de su cigarro. Un caballero que evidentemente sabía de las delicias que se obtienen al pasear por un jardín a primeras horas de la mañana. Era delgado, una figura que sugería deslizarse más que andar. Vestía elegantemente, con un *tweed* gris pálido, con ese descuido aparente de los que en verdad tienen muy en cuenta que gozan de una buena posición en el mundo. Su rostro, inequívocamente refinado, demostraba que era un hombre ya de edad, aunque rejuvenecido por el cabello y los mostachos aún muy rubios. Llevaba gafas con las patillas negras, un poco caídas sobre su nariz aquilina, y mostraba una sonrisa más que satisfecha de sí mismo, una de esas sonrisas, tan irritantes a veces, que tienen los hombres que no se reprochan nada. El panamá de paja con que se tocaba era mucho más viejo que su ropa, como si se lo hubiera puesto por mero accidente.

Ni que decir tiene que la presencia de aquel caballero en su jardín produjo una sacudida a Maclan, que se quedó mirándole fijamente y en alerta, como si no comprendiese a qué se debía la cordial sonrisa con que el hombre se dirigía a ellos. Cuando estuvo más cerca de los intrusos, se quitó el panamá de paja para saludarlos educadamente, aunque, a pesar de todo ello, era evidente su sorpresa. No obstante, como se trataba de todo un caballero, sabía mantener la presencia de ánimo que es propia en todo un caballero y en cualquier acto social, lo que quiere decir que lo mismo podía saludar educadamente para mostrarse a continuación amable o insolente.

—¿Se les ofrece algo? —preguntó al fin.

Maclan titubeó.

—Le pedimos que nos disculpe —dijo, pues al fin y al cabo también él pertenecía a una raza, otra raza, de caballeros—, pero creo que nos hemos perdido… En realidad vimos el muro y…

—¿El muro? —dijo como si nada el caballero sonriente, disimulando su extrañeza.

—Supongo, señor —continuó Maclan—, que estas tierras son suyas…

El hombre echó una mirada complacida a su alrededor, fumó un poco más de su cigarro y dijo con gran convencimiento:

—Pues sí, ciertamente… Me pertenece todo cuanto está ante el muro y tras el muro…

—Una gran propiedad, me imagino —dijo Turnbull con mirada truculenta.

—Sí —respondió el caballero dedicándole una sonrisa muy firme—. Una gran propiedad.

La mirada de Turnbull se tornó acaso más ofensiva y comenzó a repasarse la barba roja con los dedos. Pero Maclan, que no deseaba el menor enfrentamiento con aquel hombre, se le adelantó.

—Estoy seguro —dijo— de que un hombre como usted no necesita que se le explique lo que ve con sus propios ojos, aunque en los periódicos digan otras cosas… Los periódicos no suelen hablar de lo bueno.

La sonrisa del gran terrateniente se desdibujó por unos momentos, como si se le hubiera perdido tras el mostacho, y el fervoroso escocés siguió su discurso, que en realidad era una confidencia, sin más:

—A veces necesita uno sincerarse con otro hombre… Es difícil hacerlo con un policía en la calle, o aquí mismo, en el campo. Pero en este jardín y ante la presencia de un caballero…

El caballero recuperó su sonrisa y dijo con bastante sencillez:

—Ustedes son los que quieren librar un duelo, ¿no? ¿Por qué?

Maclan se alegró de que no hiciera falta dar más explicaciones, sino ir directamente al asunto. Le había guiado ese instinto común a todos los hombres de Europa incardinados en una cierta tradición aristocrática. Intuyó que aquel caballero, un hombre que vestía elegantemente incluso para pasear por su jardín, aun tocándose con un viejo sombrero de paja, no podía ser un hombre que albergue un horror, siquiera abstracto, hacia quien se empeñe en alguna acción ilegal e incluso huya de la policía. Pero un hombre así de comprensivo puede no serlo tanto a la hora de juzgar raptos inspirados por la religiosidad. Aquel caballero podría entender un duelo entre un esposo y el amante de su mujer, o por una bronca en una partida de naipes, o que alguien escapara de su sastre, sin más, para no tener que pagarle… Pero no podía comprender cómo un hombre era capaz de recorrer la tierra como un terremoto para defender a la Virgen de una comparación con una divinidad mesopotámica. Evan Maclan, en cualquier caso, y quizá porque su tacto no llegaba a tanto, había sentido la necesidad de acercarse a aquel caballero. Así que dijo de manera tan exaltada:

—Luchamos por Dios; no puede haber nada más importante.

Al caballero se le cayeron entonces las gafas de la nariz, y en un movimiento reflejo levantó la barbilla tanto que su cuello pareció largo como un telescopio.

—¿Por Dios? —inquirió de manera realmente novedosa, en contraste con la actitud mostrada hasta entonces.

—Escuche —intervino Turnbull convencido de que había llegado su turno—, se lo contaré todo detalladamente… Yo creo que Dios no existe, pero la verdad es que, aunque existiese, creo que eso no sería cosa que me interesara en exceso. Este joven caballero de las altas tierras de Escocia, sin embargo, sí tiene como premisa fundamental de su vida la existencia de Dios. Por ello, un buen día destrozó el cristal de la ventana de mi redacción periodística con su bastón y luego intentó golpearme. Naturalmente, me opuse. Llegamos finalmente al acuerdo de batirnos en duelo, no precisamente con bastones, sin embargo, pero la policía, cuyas características no son otras que la carencia de raciocinio, no aceptó nuestra propuesta, nuestro acto de legítima individualidad, así que nos vemos obligados de un tiempo a esta parte a huir de los agentes… Y en nuestra huida hemos llegado a su espléndido jardín… Por lo demás, le agradecemos la generosa hospitalidad que nos ofrece.

El rostro del caballero se iba volviendo más y más rojo por momentos, pero no por ello dejaba de sonreír.

—Así que, supongo, les encantaría librar su duelo en mi jardín, con esas viejas espadas que llevan —dijo con cierta sorna—. ¿Y todo por su discusión acerca de si Dios existe o no?

—¿Y por qué no hacerlo aquí? —preguntó Maclan—. Todo comenzó para los hombres en unos jardines, en los jardines del Edén.

—Sí, pero todo concluyó cuando se fundaron los jardines zoológicos —dijo Turnbull.

—¡En este jardín y en mi presencia! ¡Quieren librar su duelo aquí! —exclamó el caballero mientras pisoteaba la hierba del jardín entre carcajadas—. ¡Y todo por si hay Dios o no lo hay! —y se alejó unos pasos de ellos, sin dejar de pegar zapatazos en la hierba mientras aumentaba el volumen de sus carcajadas.

Unos segundos después volvía hasta ellos, dando ya muestras de su natural compostura, secándose los ojos.

—¡Pero qué pequeño es el mundo! —exclamó—. ¡Dios mío, pero si han dado ustedes conmigo, el único que podría comprenderles!

Y comenzó a bailotear alegremente sobre el césped.

—¿Que usted qué? —dijo Turnbull mirándole de una manera imposible de describir.

—¡Dios, claro que sí! —dijo el caballero absolutamente convencido—. ¡Qué divertido! Resulta que van ustedes por ahí, dando tumbos en busca de un lugar propicio, y caen justo en mi jardín, el único lugar del mundo donde

podrían hallar a quien les comprendiera… Les aseguro que en su peregrinar por ahí a nadie habrían encontrado como yo, ni en todas las iglesias, ni en todas las capillas, ni en todas las escuelas de pensamiento filosófico, en busca de evidencias que probasen la existencia de Dios. ¿Por qué? Pues porque no habría más existencia de prueba razonable que verle… Y ahora lo ven, al fin… Aquí me tienen… ¡Lo ven bailando!

Y el viejo y elegante caballero bailarín dejó entonces su curiosa danza para contemplarles con toda la bondad propia de su seriedad, amabilidad y cultura, haciendo equilibrios sobre una sola pierna.

—¿Debo suponer entonces que este jardín…? —comenzó a preguntar Maclan.

—Así es, así es… —le respondió el caballero que mantenía el equilibrio sobre una sola pierna—. Ya les he dicho que este jardín forma parte de mis grandes propiedades… Y en esas propiedades se comprende también lo que hay fuera del jardín, y más allá aún, y el mar, y el resto de la tierra… Y hasta la luna. Y hasta el sol y las estrellas —y añadió modestamente, como si se disculpara—: Verán, yo soy Dios.

Turnbull y Maclan lo miraron como preguntándose si, más que un viejo, no sería en realidad un loco. Pero tras contemplarlo atentamente unos segundos, Turnbull percibió en la mirada de aquel hombre una suerte de horrible fervor, que era lo que en realidad le mantenía en pie, más allá de su vacua animación. Turnbull volvió después la vista, con actitud grave y premeditada, hacia los setos y los hermosos lechos de flores. Y miró después a Maclan.

Al tiempo apareció otro hombre junto a los rododendros. Tenía la pinta de un banquero más que rico, se tocaba con un magnífico sombrero de seda y se cubría con una no menos magnífica levita. Pero hablaba consigo mismo y, mientras lo hacía, con uno de sus brazos parecía apartar algo.

14
Un museo de almas

EL HOMBRE del magnífico sombrero y el brazo que apartaba algo caminaba rápidamente. Mientras, el hombre del sombrero de paja, el que se tenía por Dios, lo miraba llegar. Finalmente se decidió; fue a por él y abalanzándose lo derribó sobre un lecho de geranios.

—Pido perdón a Vuestra Majestad —dijo con burlona humildad—, pero debo deteneros para que juzguéis un caso que aquí se nos presenta.

Luego ayudó al otro a que se levantara y lo condujo hasta los duelistas, diciendo entonces al oído de Maclan:

—Este pobre hombre está loco, se cree Eduardo VII —y añadió el intitulado Creador poniéndose muy serio—: No debe confiar mucho en él, en cualquier caso; acuda a mí para lo que sea… Pero comprenda que alguien como yo debe tratar con toda clase de gente… Uno debe tener la mente muy abierta.

El gran banquero con su levita negra y el sombrero de seda se mantenía quieto, en silencio, muy digno… Sólo que el brazo con el que antes parecía apartar algo de sí seguía articulándose a la altura del codo en un movimiento irreprimible.

—Mi querido amigo —le dijo el del sombrero de paja—, estos dos nobles caballeros van a librar un duelo por una razón de importancia suprema… Vuestra Majestad, por su posición, y yo, por la mía, seremos los padrinos más adecuados… Padrinos, sí, los mejores y más propios padrinos —y de nuevo se echó a reír con su estrépito de viejo loco para continuar poco después—: Sí, usted y yo seremos sus padrinos, lo que quiere decir que estos caballeros no podrán librar su duelo si no es en nuestra presencia… Usted, je, je, es el rey… Y yo soy Dios… La verdad es que nunca hubieran podido encontrar mejores padrinos que nosotros, han tenido una suerte envidiable… Supieron dar con el lugar que más les convenía.

Entonces, Turnbull, que había contemplado toda la escena risueño, no pudo evitar un violento ataque de carcajadas que parecían diseminar por el aire su roja cabellera.

—¡Por Dios, Maclan! —logró decir al fin—. ¡Parece que de veras hemos llegado al lugar más idóneo!

Y Maclan apostilló como un ingenuo estúpido:

—Cualquier lugar en el que podamos librar el duelo será bueno…

Hubo una especie de larga pausa, en la que sus ojos, involuntariamente, miraron en derredor, como si contemplaran un paisaje estupendo, como si buscasen el lugar ciertamente idóneo en el que batirse a espada. Aquel jardín hermoso, el aire de aquellos dominios de Hampstead Heath, las flores encendidas, la arena y el mar que ya se avistaban bajo el sol radiante, todas esas cosas hicieron sentir a los duelistas la bondad del paraíso. Y los árboles de un verdor luminoso, y la brisa deliciosa… Y hasta el muro de piedra, más imponente que la muralla china, no obstante inspirar ese terror que inspiran los muros tras los cuales se amontona la carne humana sin posibilidad de huir.

Turnbull balanceaba descuidadamente su espada en la mano mientras los dos locos hablaban entre sí. Se detuvo y escuchó atentamente cuando una boca se acercó a su oreja. Con una sutileza que hubiera resultado rara incluso en un gato, el hombre corpulento que llevaba levita se había acercado hasta él para susurrarle al oído:

—No confíe usted en este hombre, el que quiere ser su padrino… Está loco —le dijo—, y peor aún que eso, es un malvado… No le crea ni una palabra si le cuenta que le odio… Ya me sé de memoria esa historia… La oí cuando se la contaba una criada de la casa al cartero… Sería muy largo referírsela a usted ahora, además tenga por seguro que ahora mismo nos vigilan, pero más adelante…

Hubo algo que hizo que Turnbull se sintiera repentinamente mal en aquel ambiente delicioso. Quizá fue el horror que se desprende de la inhumanidad de la locura. De pronto sintió como si aquellas palabras del loco estuvieran arropadas por muchas otras palabras, todas igualmente carentes de sentido, que salían a través del muro de piedra para intoxicar el aire; un rumor que se imponía al de las hojas de los árboles acariciadas por la brisa; palabras que le susurraban secretos, los cuales, no obstante ser mentiras grotescas, le encogían el corazón terriblemente. Todo su racionalismo trataba de imponerse a aquella sensación horrible, sobrecogedora, sin lograrlo, sumiéndole aún más en la oscura decepción que lo embargaba. Experimentó el deseo de volar con dinamita aquel auténtico palacio de la desilusión. Y de alguna forma, si bien

no tan salvaje, trató de hacerlo. Miró a Maclan con el dolor reflejado en sus ojos y le dijo:

—No puedo seguir aquí por más tiempo.

—¿Por qué no puede? —dijo su oponente mirándole amoscado.

—¿Es que no percibe usted la atmósfera hedionda en la que estamos? —replicó Turnbull—. Pero uno no puede utilizar expresiones mundanas y poco educadas con… una deidad, claro… En resumidas cuentas, amigo mío, le diré que no quiero tener a Dios por padrino…

—¡Señor! —clamó ofendido quien se creía Dios, pues había oído aquellas palabras—. Mi posición me impide aceptar que se me rechacen la gracia y los favores que concedo… ¿Es que aún no sabe quién soy?

El editor de El Ateo lo miró entonces a punto de perder la paciencia y dijo con bastante incomodo:

—Sí, usted es Dios, ¿verdad? Dígame, ¿por qué tenemos dos filas de dientes?

—¿Dientes? —se extrañó el elegante lunático.

—Sí, dientes —dijo Turnbull avanzando hacia él un tanto furioso y gesticulante, mostrándole su dentadura—. ¿Por qué tenemos dientes? ¿Por qué muerden los dientes? ¿Por qué duelen los mordiscos? ¿Por qué tienen espinas las rosas? ¿Por qué tienen un cuerno los rinocerontes? ¿Por qué tienen los rinocerontes un cuerno en la nariz? ¿Por qué no tengo yo ese cuerno en mi nariz, eh? —y se señalaba violentamente con un dedo la punta de su nariz, como si reprochase al Creador aquella merma—. Y mire que a veces he deseado de veras encontrarme con usted, créalo —añadió tras una pausa, más tranquilo—. Deseaba preguntarle por la crueldad del mundo, por toda la estupidez del mundo, que es la crueldad y la estupidez de lo que usted representa y significa. Usted siembra cientos de semillas, pero sólo germina de ellas un fruto, el de la imbecilidad. Usted crea un millón de mundos, pero sólo uno parece habitado. ¿Qué tiene que decir de todo eso, eh? ¡Vamos, dígalo!

El infeliz lunático había retrocedido unos pasos ante el vigoroso avance del otro, ante aquel ataque que padecía, para él novedoso, pero al fin se detuvo alzando su cigarro como para protegerse con el humo.

Turnbull, imparable, siguió como un torrente:

—Ayer murió un hombre en Ealing. Usted lo mató. Una muchacha tiene un dolor de muelas. Usted se lo dio. Cincuenta marinos naufragaron en Selsey Bill. Usted hundió su barco. ¿Qué tiene que decir de todo eso? ¿Cómo defendería usted sus propias actuaciones, eh?

El representante de la omnipotencia miraba extrañado, como si todo aquello que le reprochaba el otro fuera cosa de alguno de sus subordinados… Se pasó una mano por las cejas, lentamente, y dijo con una expresión mucho más cuerda que cualquiera anterior:

—Bueno, si no desea usted que sea yo quien le asista… quizá este otro caballero…

—¡Ese otro caballero! —exclamó Turnbull hiriente y sarcástico—. ¡Ese otro caballero es un siervo la mar de obediente y sumiso! Un tipo con corona, o que adora a los que llevan coronas, capas de plumas, diamantes… y hasta estrellas… Cree en el derecho divino de los reyes… ¡Más que un padrino sería un señor feudal! Además, pues vaya… En realidad me ofrece usted algo aún menor que un dios… Si Dios no es digno de ser mi padrino en un duelo, imagínese usted un rey… Niego y combato el derecho divino que se arrogan los reyes. Y niego y combato el derecho divino que se arrogan las supuestas divinidades.

Y tras una pausa en la cual pareció atemperarse, se dirigió a Maclan:

—Creo que, en cualquier caso, ahí tiene usted su mejor padrino. Cualquiera de los dos podría serlo.

El escocés no dijo una palabra, como si sus pensamientos se produjesen entonces cual una tormenta con truenos y relámpagos. Al cabo de unos segundos se volvió al que parecía designado para ser su padrino, el hombre de la levita y el sombrero de seda, y le preguntó abruptamente:

—¿Y usted quién es?

El hombre mostró el gesto de sorpresa propio en quien no está acostumbrado a que se le pregunte algo así:

—Soy el rey Eduardo VII[36] —dijo con enorme arrogancia—. ¿Duda usted de mi palabra?

—No, no dudo de su palabra —respondió Maclan.

—Entonces —dijo aquel hombre corpulento temblando de ira de los pies a la cabeza—, ¿por qué no se quita usted el sombrero ante mi presencia?

—¿Y por qué habría de hacerlo ante un usurpador? —replicó Maclan con no menos arrogancia.

Turnbull se volvió hacia él burlón.

—Vaya, realmente lo tenía a usted por un tipo de lo más leal —dijo.

—Y lo soy, acaso el único —dijo el gaélico—. Llevo casi treinta años en este mundo y a nadie tan leal como yo he encontrado…

—Pues ya es perseverar, ya… —dijo Turnbull con sorna—. Supongo que alguna vez se habrá cansado de buscar…

—Repito que soy el único leal —dijo Maclan—, por eso persisto en mi rebeldía, aun hallándome solo… Por eso aún aspiro a devolver el trono a los Estuardo. Por eso estoy dispuesto a derrotar a los Hanover[37], por eso estoy dispuesto a desafiar cara a cara, si es preciso, a quien rige en la actualidad los destinos del inmenso Imperio Británico.

Y bajó los brazos y proyectó su mentón hacia lo alto para mirar altivo al hombre con levita que seguía doblando extrañamente el codo.

—¿Qué derecho tuvieron ustedes, una banda de germanos, para inmiscuirse en lo que era sólo una guerra entre escoceses, ingleses e irlandeses? —dijo Maclan—. ¿Qué derecho tuvieron ustedes, cuyos antepasados no hablaban inglés, para inmiscuirse en la discusión entre la república de Sidney[38] y la monarquía de Montrose[39]? ¿Por qué entregaron sus señores la sangre de los Derwentwater[40] y el corazón de Jimmy Dawson[41]? ¿Y qué me dice de los cadáveres de Culloden[42]? ¿Y de la sangre de Lochiel[43]?

Maclan avanzaba contra el otro apuntándole con su dedo largo y huesudo, como si quisiera señalar el bolsillo en el que el loco guardaba la sangre del bravo Cameron. Eduardo VII mostraba una absoluta confusión.

—¿De veras cree que ustedes hicieron alguna vez algo bueno por nosotros? —siguió diciendo el escocés cada vez más encendido, forzando al otro a retroceder hasta los lechos de flores—. ¿Qué han hecho ustedes de bueno, raza de germanos salchicheros? ¡No son ustedes más que unos bárbaros vestidos de etiqueta para acabar con la libertad de los auténticos aristócratas! Su metafísica gaseosa no sirve más que para hinchar a unos cuantos obispos de su iglesia como si fueran globos… Ustedes no han sido capaces de legar otra cosa que malos cuadros y pésimas maneras y un hórrido patetismo cuya expresión más notable es el Albert Memorial[44]. ¡Vuélvanse a Hanover, vamos! Váyanse ustedes al…

No pudo concluir Maclan su arrogante discurso porque el monarca corría ya por el sendero para escapar de su furia… Maclan corrió tras él un trecho hasta perderse de vista, sin dejar de hablar y manoteando en el aire. Los otros dos seguían donde estaban, Turnbull con una risa convulsa y el lunático con un disgusto no menos convulso. Una nueva figura se acercaba hasta ellos, mientras tanto, con paso rápido.

Aquel ser caminaba encorvado y tenía una larga barba rubia y deshilachada. Aquello era lo más reseñable en él. Iba además con las manos entrelazadas a la espalda, casi a la altura del vuelo de su chaqueta y parecía apuntar con su barba al joven que seguía apuntando con su dedo al loco en

fuga. Era su gesto más significativo. Mucho más que su buen par de lentes con los cristales rotos y que su dulce y mesurada voz. Tenía el rostro y el cuello muy rojos, pero arrugados y resecos. Sus lentes con montura de oro le caían casi hasta la punta de su nariz aquilina y mostraba de continuo sus grandes dientes, no obstante el mostacho, pues sonreía como si quisiera mantener una buena fama de hombre afable. No obstante los cristales rotos de sus gafas, podía decirse que vestía con exquisitez. Y no obstante su sonrisa, podía decirse que era un hombre profundamente deprimido.

—¿No les parece —dijo aquel hombre como si rogase— que sería mejor que entráramos a desayunar? No es bueno discutir sin haber desayunado. El desayuno atempera mucho.

—Así es —dijo Turnbull, muy serio.

—Me pareció que se estaba dando aquí una pequeña discusión —dijo el hombre de la barba de chivo.

—Es una larga historia —dijo Turnbull sonriendo—. Una historia que en origen, y por resumírsela a usted, se refiere a la batalla entre la ciencia y la religión.

El recién llegado lo miró con un signo de interrogación en su cara y Turnbull no tuvo inconveniente en responderle.

—Sí, claro, yo represento a la ciencia.

—Le felicito de todo corazón y me congratulo de ello —dijo el otro—. Soy el doctor Quayle.

Turnbull ni se movió ni dijo nada, pero observó que el anciano caballero con el panamá de paja había perdido toda su compostura y seguridad de gran terrateniente, para apartarse temblando unas treinta yardas y contemplar desde allí la escena con pavor, doblado casi sobre sí mismo como un gato aterrorizado.

****

Maclan, absolutamente desconsolado, estaba sentado bajo un árbol, apoyada la espalda en el tronco, con su cabeza de cabello oscuro perdida entre sus grandes manos, cuando Turnbull se acercó a él para ofrecerle un cigarrillo. No alzó los ojos para mirarle, pero su compañero y a la vez enemigo se acuclilló a su lado para compartir sus sentimientos.

—Bueno —le dijo—, supongo, en cualquier caso, que seguirá manteniendo usted la fe en su religión… Y espero que así haya sabido apreciar la triste sociedad de esos pobres diablos, a uno de los cuales, usted,

con sus discursos y todo eso que dicen sus sacerdotes, ha sacado de sus casillas más aún de lo que ya estaba… Según me han informado, hay ahí hasta cinco pobres hombres, cinco hombres que en tiempos fueron honestos padres de familia, que dicen ser Dios… Sí, podrá decir usted que la ciencia es fea, además de absurda, pero le aseguro que en ese manicomio no hay un solo hombre que se crea un protoplasma.

—Claro, prefieren un papel más brillante y llamativo —replicó Maclan secamente—. Ser un protoplasma no es mejor que estar loco.

—Pero, a fin de cuentas —replicó Turnbull brutalmente—, también Jesucristo se creía Dios…

Maclan abrió entonces los ojos como si se dispusiera a dar batalla, pero se limitó a despegar los labios, dibujar una sonrisa y decir tranquilamente:

—No, qué va, la cosa es mucho más antigua… Fue Satán quien dijo ser Dios.

—Entonces —dijo Turnbull con suavidad, mientras arrancaba una flor—, ¿cuál es la diferencia entre Satán y Cristo?

—Es muy sencillo —replicó el fervoroso escocés—. Cristo descendió al infierno. Satán cayó al infierno.

—¿No suena eso un tanto extraño? —preguntó el librepensador.

—Puede, pero no tanto —dijo el otro—. Uno quiso ascender a los cielos y cayó a los infiernos; el otro quiso descender a los infiernos y subió al cielo. Dios puede humillarse. El diablo sólo puede ser humillado.

—¿Y por qué humilló usted a ese pobre hombre? —le preguntó entonces Turnbull pasándose la mano por la frente—. Eso me parece muy poco generoso.

—¿Y por qué humilló usted a Dios cuando se lo encontró en este jardín? —preguntó a su vez Maclan.

—Admito que fui un tanto imprudente —dijo Turnbull.

—Pues ahora me parece que ese hombre, a pesar de sus altísimas miras, es un hombre modesto… Nosotros, sin embargo, fuimos arrogantes, porque sabemos que sólo somos hombres… Cualquier hombre común de esos que vemos por la calle es un auténtico monstruo comparado con esos dos infelices… El hombre de la calle se cree digno de ser tratado como si fuera Dios, es más, se pretende Dios, cuando sabe perfectamente que no lo es. Cree que el universo gira a su alrededor, aunque bien sabe que no es el centro de nada.

—Bien —dijo Turnbull sentándose en la hierba—. Esto, a fin de cuentas, no es más que una digresión… Lo que quería decir es que su religión

concluye en ese asilo para locos, mi ciencia no…

—¿Cómo que no? —replicó Maclan con burla—. Ahí tenemos a un puñado de hombres que se creen Dios y a otro puñado de ellos locos por la Biblia… Pero apuesto lo que quiera a que hay muchos más que simplemente están locos, o que han enloquecido leyendo libros de medicina.

—¿Así lo cree, realmente? —preguntó el otro.

—Investiguémoslo —dijo Maclan—. Seguro que hay ahí muchos tipos que enloquecieron leyendo libros de medicina, o que heredaron su locura de sus padres o de sus tíos… Tipos que respiraron siempre un aire malsano, enloquecido.

—Le apuesto lo que quiera a que no encontrará ahí un loco del tipo que usted dice —lo retó Turnbull.

—¡De acuerdo, acepto esa apuesta! —dijo Evan sorprendentemente animado—. Me he pasado un buen rato persiguiendo por este jardín a un pobre orate, un infeliz que se hundió por culpa de su maldita ciencia. El que se cree Dios no es más que un pobre viejo tranquilo, agradable y simpático, comparado con el orate que he descubierto, un desgraciado que en realidad no cree en la existencia de Dios, sino en la suya propia, que tiene por superior a la de Dios… Dice que Dios teme enfrentársele… Ese tipo dice también que uno puede trascender al mismo Dios… ¿Sabe lo que me dijo? Pues me puso las manos en los hombros y me susurró al oído: «No crea que Dios no puede ser mejorado por usted mismo».

—¿Y qué quiere que le contara un pobre loco? —dijo el ateo con su lógica renovada—. Pero, por otra parte, me parece comprensible que alguien no crea en un Dios al que no pueda mejorar…

—Esas cosas dice ese hombre —siguió Maclan con indiferencia—; también decía que un médico debe decidir cuándo debe casarse una mujer; y que los niños deben crecer bajo la vigilancia y juicio de sus educadores más que al amparo de sus padres, para evitarles así taras psíquicas hereditarias.

—¡Vamos, querido amigo! —dijo Turnbull echándose a reír—, se agarra usted a un caso puramente anecdótico para reafirmar sus tesis… Pero admito que un hombre puede perder la razón por culpa de la ciencia, como puede perderla por amor o por unas cuantas cosas buenas más…

—También dijo —continuó Maclan en un tono monótono—, que no podía comprender por qué un triángulo es una figura de tres lados… Dijo que desde un aeroplano…

Turnbull comenzó a dar saltitos sobre sus pies como si acabara de recibir un electroshock.

—Nunca hubiera creído —dijo— que fuese usted capaz de tanto humor como para inventarse algo así… Ha ido usted muy lejos con su broma, amigo mío. Incluso en un asilo para lunáticos será imposible encontrar a quien no sepa que un triángulo tiene tres lados… Y si lo hay, seguro que se trata de alguien con quien se pueda inaugurar una nueva era en la psicología… Pero no creo que exista nadie así.

—Se lo demostraré —dijo Maclan tranquilamente—. Dejé a ese pobre tipo por ahí, vagando entre las capuchinas.

Maclan se perdió para volver al poco con su descubrimiento hecho entre los lunáticos, un hombre con la sonrisa inalterablemente fijada al rostro y la cabeza dando vueltas de continuo. Tenía barbas de chivo tan largas como para que se las alborotase el viento. Turnbull, al verlo, a punto estuvo de caer a sus pies muerto de risa.

—¡Pero qué burro es usted, amigo! —dijo a Evan al oído, casi en un susurro—. Este hombre no es un paciente, es médico…

Evan miró al que no paraba de hacer giros con la cabeza y tenía barbas de chivo y preguntó extrañado:

—¿Un médico?

—Sí, claro, ya sabe —dijo Turnbull aguantándose la risa—. Un médico, toda una autoridad en este lugar… La máxima autoridad de aquí son los médicos…

Evan volvió a mirar con gran curiosidad a la barbada criatura que estaba a sus espaldas.

—También hay médicos locos —se limitó a decir Turnbull.

—Ya lo veo —dijo Maclan.

Tras un incómodo silencio Turnbull tomó a Maclan por un brazo y se apartaron un poco más.

—Por todos los demonios —dijo—, no ofendamos a este sujeto, está más loco que diez cabras, pero nos tiene pillados entre sus dedos índice y pulgar… Verá como en nada nos habla de nuestros… bueno, de nuestros excesos…

—¿Y qué? —replicó el asombrado Maclan—. No va a recluirnos en su asilo… No estamos locos…

—¡Pero qué asno! —dijo Turnbull impaciente—. Claro que no estamos locos… Por supuesto que si fuéramos sometidos a examen médico se vería que no estamos locos. Pero ¿no se da usted cuenta del peligro que suponen las cartas, y más aún los telegramas? En cuanto supiera quiénes somos nos metería en el manicomio, de donde al fin y al cabo podríamos escaparnos, para trasladarnos luego a la cárcel, de donde difícilmente podríamos hacerlo.

Comportémonos pues tranquilamente, sin reírnos ni ofenderle, y verá como nos vamos de aquí cuando nos plazca… Si dejamos que nos interrogue media hora… estamos perdidos, podrá inventarse cualquier cosa.

Maclan se quedó mirando la hierba, muy pensativo, durante unos segundos, y dijo después con voz de niño:

—Soy un estúpido, *Mr*. Turnbull… Sea paciente conmigo…

Turnbull lo tomó de nuevo del brazo, con mayor delicadeza que antes.

—Vamos —le dijo con esa voz de quien trata de ocultar sus emociones—, y procedamos con mucho tacto.

El doctor barbudo los contemplaba casi de perfil, en un ángulo que mostraba su sonrisa expectante.

—Espero no molestarles, caballeros —dijo tratando de ser infinitamente amable—, pero creí que me irían a ver a las once y media.

—Le pido mil perdones, doctor —dijo Turnbull con mucha educación—, por nada del mundo hubiera querido hacerle esperar, pero el incidente que nos desvió hasta este jardín seguro que es causa de que algunos amigos nuestros se estén preguntando ahora mismo qué ha sido de nosotros, y de eso hablábamos…

—Espere, espere —dijo el doctor, muy serio—; si quiere confiarme algo, será mejor que le reciba en mi despacho.

Y los condujo a buen paso hasta un pequeño pero imponente despacho decorado en madera barnizada en rojo. Sobre el escritorio tenía montones de papeles y varias carpetas. Había también sillas, siempre barnizadas en rojo, de distintos tamaños. Una gran estantería abarcaba toda una pared, pero no estaba llena de libros sino de redomas y frascas que contenían un líquido también rojo, como el barniz, y muy consistente. Los extraños no pudieron imaginar siquiera qué era aquello.

El doctor tomó asiento, cortés pero impaciente. Maclan seguía de pie, pero Turnbull se dejó caer en un sillón barnizado.

—Se trata de un asunto tan absurdo como carente de importancia, doctor —comenzó a decir—, y la verdad es que me da vergüenza ocupar el tiempo de un profesional como usted con semejante tontería… El hecho es que mi amigo aquí presente, y otros amigos y amigas, hemos organizado un juego en esta parte de la región, una especie de caza de la liebre, o de escondite, si así se prefiere, del que supongo habrá oído hablar… Bien, pues nosotros somos las liebres, los que tienen que esconderse… El muro de este lugar nos pareció un lugar excelente para hacerlo. Eso es todo. Nos maravilló el jardín… Y confieso que nos sorprendieron algunas cosas que vimos…

—¡Lo comprendo! —dijo el doctor, siempre amable—. Puedo comprender bien que se sorprendieran.

Turnbull supuso que le iba a preguntar dónde estaba el cuartel general de sus amigos, el lugar donde habían iniciado el juego, algo así, y quiénes eran sus entusiastas amigos y sobre todo sus no menos entusiastas amigas, incluso pensaba ya Turnbull en lo que le diría al respecto, pero el doctor siguió en silencio tras lo dicho, lo que obligó a Turnbull a continuar hablando.

—Le ruego acepte nuestras disculpas —dijo— y no crea que somos unos intrusos…

—Claro, señor —replicó el médico—. Estoy dispuesto a aceptar todo lo que usted me diga.

—En ese caso —dijo Turnbull mientras se levantaba—, no le molestaremos más, seguro que tiene usted cosas más importantes a las que atender… ¿Nos acompañará alguien a la puerta?

—No, nadie les acompañará —dijo el médico sin dejar de sonreír.

—Bien, pues entonces nos vamos —dijo Turnbull, cogido por sorpresa.

—¡Oh, no, no! —dijo el médico—. Piense cuán peligroso sería que salieran ustedes solos, repare en qué lugar se encuentran.

—Entonces, ¿cómo diablos podemos salir de aquí? —dijo Turnbull perdiendo las formas.

—Bueno, es una cuestión de tiempo, de receptividad, de tratamiento —dijo el doctor arqueando indiferente sus cejas—. No me parece que sus casos sean incurables…

Y entonces, el hombre de mundo que era Turnbull se hundió como si el mundo le cayera encima.

Maclan se dirigió al médico, puso sus grandes manos en su mesa y le gritó:

—¡No puede recluirnos aquí, no estamos locos!

—Nosotros no utilizamos esa palabra tan cruda —dijo el doctor sin dejar de sonreír, mirándose las botas de cuero.

—¡No puede creer de veras que estemos locos! —clamó Maclan como un trueno—. Nunca antes nos había visto, no sabe nada de nosotros… Ni siquiera nos ha examinado.

El médico echó la cabeza y la barba hacia atrás.

—¡Oh, sí que los hemos examinado a ustedes! Muy detenidamente.

—¿Acaso puede usted encerrar a un hombre sin ningún documento que lo pida, sin ningún certificado?

El médico se puso lentamente de pie.

—Espere y verá —dijo—. Quiero enseñarle unos documentos.

Fue a la estantería donde tenía las frascas y redomas y tomó una caja de caoba. La abrió con una llavecita que tenía en la cadena de su reloj y extrajo una carpeta en cuya tapa estaba escrito un nombre con letra muy clara. Las tres primeras palabras que leyó el joven escocés se veían a distancia: Maclan, Evan Stuart.

Evan acercó cuanto pudo su cara de águila, ahora enfurecida, a aquella carpeta, atraído y a la vez reluctante al ver allí su nombre. La abrió y comenzó a leer algo que empezaba así: Influencias prenatales que lo dispusieron a la manía. Su abuelo creía en el regreso de los Estuardo. Su madre guardaba un hueso de Santa Eulalia con el que tocaba a los niños cuando se ponían enfermos. Marcada manía religiosa a edad temprana…

Evan apartó aquello de su vista y pugnó por decir algo.

—¡Pero si el mundo en el que crecí era tan sano como mi propia madre! —logró exclamar al fin.

Después se apretó las sienes con las manos como si quisiera aplastarse la cabeza. Pero al poco mostró un semblante fresco y joven, recuperado, como si se lo hubiera lavado en una fuente sagrada.

—De acuerdo —dijo—, será mejor ponerle un poco de dulce a la amargura… Pagaré mi culpa de haber disfrutado de Dios en este monstruoso mundo moderno que no pueden disfrutar ni los hombres ni las bestias. Incluso moriré feliz, si es preciso, en su manicomio, precisamente porque sé lo que sé… Acepto ser un místico, que se diga tanto que yo, Maclan, soy un místico y un loco. Pero a este hombre honesto, este editor con el que he compartido fuga, no puede encerrarle usted aquí… Debe quedar libre; gracias a Dios no habrá por ahí ningún documento en el que se le tache de loco. Sus antepasados, estoy seguro, no cayeron en Culloden. Su madre, supongo, no atesoraba reliquias… Deje que se vaya en paz mi amigo; en cuanto a mí…

El doctor se dirigió de nuevo a la estantería y tomó otra caja barnizada.

Había allí otra carpeta en la que se fijaron los ojos de los recluidos, sobre todo los ojos del ateo, pues allí estaba escrito: Turnbull, James.

Turnbull ya había supuesto que a él le correspondería algo semejante, por lo que contemplaba la escena con sorna. No obstante, siguió leyendo lo que venía escrito bajo su nombre, que era lo siguiente: Caso único de eleuteromanía[45]. Parentela, como suele ser común, prosaica y de buena salud. Los primeros síntomas de eleuteromanía se le presentaron a una edad muy temprana, lo que pronto le llevó a abrazar las tesis individualistas de Bradlaugh. Actos recientes de pura anarquía…

Turnbull no pudo decir, tras soltar unas carcajadas realmente fuertes, sino lo siguiente:

—Vamos, Maclan, todo esto no tiene importancia; a mí, al menos, no me preocupa… Creo que estaremos mejor en cualquier lugar del manicomio que en este despacho… ¡Qué razón tenía usted, Maclan, cuando… cuando habló de la locura de los médicos!

Poco después estaban en el jardín del asilo, paseando por la hierba. Finalmente, tras un prolongado silencio, dijo Turnbull:

—Sólo ahora acabo de entender algo que me ha estado dando vueltas a la cabeza mucho tiempo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Maclan.

—Nadie —respondió Turnbull— puede salir de este jardín, al que nosotros accedimos saltando el muro, sin más, por mucho que lo desee o por ingenioso que sea. Eso lo explica todo. Ese muro sin aparentes defensas es una trampa abierta. Una trampa en la que hemos caído nosotros, dos célebres lunáticos. Seguro que nos vieron entrar tranquilamente. Seguro que vieron que no teníamos escapatoria.

Evan echó una mirada al muro que cerraba el jardín, gravemente, durante más de un minuto. Y asintió sin decir una palabra.

15
El sueño de Maclan

EL SISTEMA de espionaje del asilo era tan eficaz que en la práctica los pacientes podían disfrutar de la sensación de estar solos. Paseaban hasta el muro del jardín, en el que no había vigilancia, lo que hacía suponer que sería fácil saltarlo e irse. En principio no parecía haber otro problema que el de un posible error de cálculo en el salto.

Bajo tan insultante libertad, en aquella soledad artificial, Evan Maclan había adquirido la costumbre de salir al jardín cuando comenzaba a declinar el día, y sobre todo en las noches de luna. La luna siempre había ejercido sobre él cierto magnetismo, positivo por lo demás, difícil de explicar a quienes jamás hayan experimentado una sensación semejante. Evidentemente, Apolo resulta tan poético como Diana, pero no es cosa de acudir a la poesía cuando ya se ha madurado lo suficiente como para poseer un sentido intelectual del mundo. Se trata de una cuestión, sin embargo, en la que participan a la vez la solidez y la fantasía un tanto infantil. El sol, en cierto sentido, es absolutamente invisible, lo que quiere decir que los ojos humanos no están dotados para contemplarlo directamente durante mucho tiempo. La luna, empero, es menos compleja en su desnudez, es una especie de nurse complaciente y solícita. Ahí está, suspendida del cielo, plateada, grata como una bola de nieve celestial. Había algo muy infantil en el consuelo que recibía Evan de la luna durante su inhumana reclusión, como si pudiera alcanzarla.

Se hallaba en el jardín una noche de luna luminosa cuando la luz fantasmal y plateada tiñó todos los colores del jardín de modo que sólo ofrecían cierto contraste el azul oscuro del cielo y una tonalidad limón que había adquirido la propia luna. Paseaba Evan por el jardín alzando los ojos al cielo de continuo, como si pidiese perdón por el error que habían cometido los loqueros. Y cuanto más lo hacía más se fijó en algo brillante, algo que volaba como si se hubiera desprendido de la luna. Al principio supuso que no era más que un brillo, un reflejo en sus ojos. Por eso los cerró y se los frotó.

Luego, al ver que aquello seguía allí, pensó que quizá fuese una estrella caída… Pero no terminaba de caer. Subía y bajaba, hacía giros impropios de los astros… Más que un meteoro semejaba un artefacto de esos que construye el hombre. Un momento después aquello pareció pasar justo frente a la luna, y si tenía un brillo plateado al contrastar con la bóveda azul oscuro del cielo, entonces, al pasar frente a la luna, tenía un brillo negro. Era un barco volante.

Aquel extraño bajel describió una larga curva en el cielo y fue acercándose más y más a Maclan, como un barco de vapor que se acercara a la orilla. Era de puro acero; a la luz de la luna brillaba como la armadura de *sir* Galahad. El símil de una cierta virginidad en aquella presencia no es del todo inadecuado, pues no obstante hacerse cada vez más grande, a medida que se le aproximaba, Evan observó que la figura que iba en aquella máquina vestía completamente de blanco, como una bendición que le hiciera la luna. Aquella figura parecía inmóvil como una estatua. Evan creyó que en efecto era una estatua, hasta que le habló.

—Evan —dijo la voz con la autoridad de un padre que acudiera a visitar a su hijo después de años sin verle—, llevas aquí mucho tiempo y tu espada aspira a algo mejor.

—¿A qué aspira? —preguntó el joven escocés aceptando aquel evento insólito con absoluta naturalidad—. ¿Y a qué espera mi espada?

—Aspira a todo lo que tú has sostenido desde siempre —dijo el hombre bañado por la luz de la luna en su nave—. Aspira al trono, a la autoridad devenida de las leyes antiguas y de la lealtad.

Evan siguió con sus ojos la órbita que describía aquella especie de luna pequeña desprendida de la luna madre. Pero no hay nada en la naturaleza que pueda manifestarse contra lo sobrenatural, así que se despreocupó, pasando a contemplar aquella figura como una estatua de mármol, o como hecha de la propia luz de la luna.

—¿Quién eres? —preguntó entonces en voz muy baja y al momento sintió el miedo de recibir la respuesta que había solicitado.

El desconocido, sin embargo, se mantuvo en silencio largo rato, sin dejar de sobrevolar a Maclan.

—No debería decir quién soy antes de que el mundo se acabe —respondió al fin el extraño—, pero sí puedo decir qué soy… Yo soy la ley.

Y levantó la cabeza de tal forma que la luna se la iluminó maravillosamente para mostrar el rostro antiguo y majestuoso de aquel hombre.

Era el rostro de un dios griego en su madurez; un rostro que hubiera madurado para ser aún más hermoso y fuerte. Nada rompía su armonía, salvo, acaso, la barbilla larga con una cicatriz, lo que, sin embargo, acrecentaba su imponente hermosura. Sus ojos eran brillantes y poderosos, pero no tenían más color que el del acero.

Maclan era un hombre proclive a la reverencia y al ritual. No es de extrañar, pues, que sumiso ante aquella aparición preguntase con voz baja y dulce:

—¿Me traes un mensaje?

—Sí, te traigo un mensaje —dijo el hombre hecho de luna y mármol—. El rey ha vuelto.

Evan no pidió explicación alguna.

—Supongo que vienes para llevarme a la guerra —dijo.

El hombre de luna y mármol dijo sí con la cabeza, Maclan se subió a su barco volante y sin más emprendieron rumbo hacia las estrellas.

Decir que emprendieron rumbo hacia las estrellas no es una simple metáfora; estaba tan limpio el cielo que cualquiera podría percibir que las tenía tan próximas como la propia luna.

Imponente con sus vestiduras blancas, el hombre de luna y mármol dijo entonces a Evan:

—Aquí está la respuesta a todos esos estúpidos que hablan de igualdad. Unas estrellas son grandes y otras son pequeñas. Unas están inmóviles y otras giran alrededor de las que están inmóviles. Participan de un orden absoluto, pero no son iguales.

—Todas son muy hermosas —dijo Evan sin dudarlo.

—Sí, todas son hermosas —dijo el otro—, porque cada una ocupa su lugar y se someten a un orden superior… Inglaterra volverá a ser hermosa de la misma manera. Y la tierra volverá a ser un lugar tan hermoso como el cielo, porque nuestros antiguos reyes han vuelto para salvarnos.

—Los Estuardo —dijo Evan, emocionado.

—Sí —dijo aquel anciano—. Han vuelto los Estuardo, y aun otros más antiguos que ellos. Es la hora de los Capet, de los Plantagenet, de los Pendragon[46]… Han vuelto los viejos buenos tiempos de los que hablan los proverbios, el dorado reino de Saturno contra el que se rebelaron los dioses y los hombres. Ha vuelto cuanto se perdió antaño por culpa de la insolencia hecha rebeldía. Ahí está tu primer padre, Maclan, con su espada rota, desangrándose lentamente en Culloden. Ahí está Carlos II negándose a responder a las preguntas de la corte rebelde. Ahí está Mary[47], la de la

mágica faz, haciendo frente a la inmoralidad de Knox[48]. Ahí está Ricardo, el último Plantagenet[49], entregando su corona a Bolingbroke[50]. Ahí está Arturo agonizando en la neblina, debatiéndose en la duda de si volvería alguna vez.

—Ahora… —comenzó a decir Evan en voz muy baja.

—Ahora ha vuelto —le atajó el anciano.

—¿Sigue la guerra? —preguntó Maclan.

—Sigue más allá del mar, en el lugar al que te llevo. Pero en Inglaterra ya disfruta el rey nuevamente de sus poderes. El pueblo le aclama como el mejor. Son felices los condes, los escuderos, los siervos… Felices como lo serás tú. Al fin somos libres de nuevo, tras esta larga época de vejación y vanidades que ha sido llamada la época de los ciudadanos.

—¿Eso es Inglaterra? —preguntó Evan.

—Asómate y mira —dijo su guía—. Supongo que habrás visto ese lugar antes.

Fueron por el aire hacia una región del cielo donde la noche se oscurecía aún más y en la que todo estaba en calma, ni siquiera había estrellas. Pero contra ese fondo negro, refulgente de plata, se alzaba un domo coronado por una cruz. El domo parecía en verdad recubierto de plata y en la completa oscuridad brillaba cual una llamarada blanca. Evan tampoco tuvo dificultad alguna para reconocer el lugar. Miró incluso más allá, hacia las calles aledañas, donde estaría aquel local del que había roto el cristal de la ventana que daba a la calle.

Al tiempo que el barco volante circunvolaba el domo observó algunas otras alteraciones. El domo había sido ornado de tal manera que parecía más solemne todavía, más eclesial. La esfera había sido cubierta por algo, o acaso levantada, de forma tal que dejaba ver a través de ella las galerías bajo la cruz, como un anillo en cuya circunferencia se alzaban estatuas de plata como las imágenes santas que llevaba Luis XI en su sombrero, a modo de banda. Alrededor de la segunda galería, en la base del domo, había otra ronda semejante de imágenes, lo que hizo suponer a Evan la existencia de unas escaleras de bajada, de acceso al subsuelo. Cuando se acercaron más percibió unas cuantas figuras con armadura bien de acero o bien de plata, cada una de las cuales tenía espadas que apuntaban hacia arriba. Entonces vio que una de aquellas espadas se movía. No se trataba de estatuas esta vez, sino de hombres armados y en orden de combate, que hacían tres círculos al amparo de la cruz. Maclan perdió el aliento, como un niño que contemplase por primera vez una escena de impresionante belleza. Nunca hubiera podido imaginar que fuese

tan hermosa la formación de una guardia pontificia como la que le ofrecía aquel domo como una gran tiara que dominase Londres. Una tiara protegida por una triple corona de espadas.

Descendieron para aproximarse más a Ludgate Street y Evan vio que no había el bullicio habitual de la calle, lo que hizo que su guía elogiara la imposición del orden que se observaba. Había desaparecido toda la vulgar vivacidad de antes. Iban y venían grupos de trabajadores, pero en fila, en formación, entre los hombres a caballo que vigilaban para que todo se produjese en orden. Aquellos hombres a caballo no eran los policías de siempre, sino jinetes con espuelas y plumas de colores en sus yelmos, protegidos por sus brillantes armaduras cuyo reflejo daba a la calle una tonalidad diamantina. Sólo en un punto, en la esquina con la Bouverie Street, parecían vivirse momentos de confusión, como si hubiera resistencia a los hombres a caballo. Un hombre ya de edad al parecer no seguía la fila con la rapidez exigida, por lo que uno de los jinetes le había golpeado, no con excesiva violencia, sin embargo, con la espada plana.

—Los soldados no deberían intervenir en esto —dijo Maclan, sorprendido y molesto—. Ese anciano camina todo lo rápido que le es posible hacerlo.

—Nosotros damos una importancia superlativa al mantenimiento del orden en las calles —dijo el hombre de blanco con una sonrisa fiera.

—La disciplina es menos importante que la justicia —replicó Maclan.

El otro permaneció en silencio.

Mientras duró aquel tenso silencio, cruzaron St. James’s Park; sólo entonces habló el hombre de blanco:

—La gente —dijo— tiene que aprender obediencia, tiene que aprender de su propia ignorancia. Por eso no estoy seguro —siguió diciendo mientras daba la espalda a Evan para asomarse y mirar hacia la proa de su barco volante—, no estoy seguro, la verdad, de que pueda estar de acuerdo con tu máxima a propósito de la justicia… La disciplina es más importante, para el conjunto de la sociedad, que la justicia y la libertad individuales.

Evan, que también se había asomado para mirar hacia donde lo hacía el otro, volvió a adoptar una posición erguida en su asiento.

—¿De verdad crees que la disciplina social —dijo recalcando sus palabras, como si hablase en staccato— es mucho más importante que la justicia individual? —se hizo otro largo silencio que rompió al cabo el propio Evan, preguntándole—: Pero ¿quién o qué eres?

—Soy un ángel —dijo el hombre de blanco sin mirarle.

—Tú no puedes ser católico —le espetó Maclan.

El otro pareció no tomar en cuenta aquellas palabras. Siguió hablando de lo que para él era el asunto primordial.

—En nuestros ejércitos celestiales —dijo— aprendemos a someter nuestra voluntad, aprendemos a subordinarnos.

Maclan alargó su cuello hacia él con extraordinaria energía, como para enfrentársele.

—¡Baja! —le gritó señalando al suelo con su largo dedo huesudo—. ¡Baja de una vez!

—Antes —dijo el otro sin dejar de mirar hacia la proa tendrás que conocer a un espíritu superior.

—¡He dicho que bajes! —repitió Maclan con los ojos ardientes de furia.

—La sola intención de pecado ofende a Dios —dijo el desconocido—, así como la sola intención de fealdad ofende a Apolo. La inocencia y la belleza se impacientan y turban ante la impureza y la fealdad, por lo que…

—¡Cállate, grandísimo imbécil! —le gritó Maclan poniéndose de pie como si quisiera amenazarlo con su altura—. ¿Acaso pensabas que ibas a engatusarme con esa visión del jinete golpeando con su espada a un anciano? Bien sé que entre las más nobles órdenes pueden ocultarse malos jinetes, caballeros que no son dignos de tal nombre, igual que en la Iglesia se ocultan obispos y sacerdotes pérfidos… Lo sé desde que nací… ¡Eres un imbécil! Eres de los que aceptan que caigan borrones en los límpidos escritos, pero puedo apreciar en tus labios los sofismas infernales que te animan… Algo va mal contigo y con tus catedrales. Algo, o todo… Tú no eres un ángel. Eso que me has mostrado no es una iglesia. Y no es el rey legítimo quien ha vuelto.

—Pues lamento tus desafortunadas palabras —le replicó el otro— porque vas a ver a Su Majestad.

—¡No! —gritó Maclan—. Voy a bajarme de aquí ahora mismo.

—¿Quieres matarte?

—No —dijo Evan con absoluta compostura—. Deseo presenciar un milagro.

—¿Y a quién se lo pedirás? ¿A quién invocarás? —le preguntó el otro con sorna despectiva—. Has traicionado al rey, has renunciado a la cruz que se alza sobre la catedral, has insultado a un arcángel…

—Invoco a Dios —dijo Evan cuando ya se colgaba del borde de la nave volante.

El que miraba a la proa volvió entonces sus ojos hacia Evan, unos ojos que eran como dos soles potentes, y se llevó una mano a la boca, aunque muy tarde como para que no se le viera la pérfida sonrisa.

—¿Y por qué estás seguro de que yo no pueda ser Dios? —dijo.

Maclan se rió.

—Ahora sé bien quién eres —dijo—. Tú no eres Dios. Tampoco eres uno de sus ángeles, aunque una vez lo fuiste.

El otro se quitó la mano de la boca mientras Evan saltaba de la nave.

16
El sueño de Turnbull

TURNBULL caminaba por el jardín arriba y abajo, iba de un lado a otro en mitad de la noche apacible, mordisqueando su cigarro como esos que gustan de escupir de vez en cuando mientras fuman. Su humor, aunque agudo, no le había impedido sin embargo que influyese en él el alma tormentosa de Maclan, una suerte de panorama que pasaba ante sí anárquicamente, como en un escenario que consistiese en las altas tierras de Escocia. Turnbull, sin embargo, era un hombre en el que el constante apetito intelectual allanaba las emociones. Su corazón estaba en el lugar preciso y parecía feliz de hallarse donde estaba. Su cabeza era el mejor de sus pasatiempos. Sus mañanas y las noches no estaban presididas por impulsos ni por una sed de deseos, como tampoco lo estaban por la desesperanza ni por el dolor de corazón. Se complacía en las falacias que había acuñado hacía tiempo, en el análisis de los problemas que detectaba, en las teorías contrarias a lo establecido que le daban hálito, en las generalizaciones que las sostenían… Pero hasta la lógica más asumida, incluso con alegría, se resquebraja en un asilo para lunáticos, como el recuerdo de alguna dama de Jersey, y el hombre bajito de cabellos y barba rojos estaba aquella noche a punto de perder el control de sus pensamientos.

Previsor y positivista como era, el influjo del cielo y la tierra, sin embargo, eran mucho más determinantes para él de lo que suponía. Y la temperatura de aquella noche era en definitiva tan roja y airada como el propio Turnbull. Grandes formaciones de nubes que parecían deshilacharse caían casi hasta tocar la tierra por el oeste, allá por donde crecen las espinas que han de ser extraídas de la tierra constantemente. Así de cálido y fuerte era el viento que soplaba en el jardín del asilo, un viento que parecía arrastrar consigo arbustos encarnados, ramas y maleza teñidas de cobre, hojas rojas como las del otoño… Como si el bosque quisiera parodiar a las nubes escarlata.

El cielo y la tierra inspiraban la sensación de que todo se abría; así, el espíritu revolucionario que alentaba en Turnbull se abría igualmente aún con mayor vigor. Los árboles se abrían al viento, las nubes se abrían para conformar una heráldica; una coloración cobriza lo llenaba todo y el ojo avizor de Turnbull, a menudo truculento, se fijó en una de aquellas formaciones nubosas, que parecía acercarse a él exageradamente veloz. Una nube con una forma, la percibía cuanto más se acercaba, poco común, o más bien cabría decir que muy extraña.

Turnbull seguía mirándola y en un instante súbito le sucedió ese fenómeno en el que algo, por increíble que resulte, ha de aceptarse como un hecho. La nube de cobre estaba a punto de alcanzar la tierra; cuanto más se cernía resultaba evidente que no era una nube y que tampoco tenía el color del cobre. Ocurría que, brillante como un espejo, reflejaba en sí el color de las encendidas nubes del cielo. Cuando aquello estuvo a poca distancia de tierra, cerca del muro de piedra del jardín, quedó claro que se trataba de algo que podría definirse como un ingenio volador, como un barco volante metálico que agitaba el viento con alas de acero aparentemente flexible. A muy poca altura ya, una figura que parecía negra en el contraste con el bronce y escarlata que reflejaba el ingenio, se dejó ver entonces para dejar caer una especie de gancho o ancla que se perdió entre las ramas del manzano que se alzaba junto al muro. Así pareció la nave volante un gran globo que hubiera quedado cautivo del árbol.

Mientras nuestro amigo se frotaba los ojos sin salir de su asombro ante lo que contemplaba, la figura que iba en aquel ingenio comenzó a descender por la cuerda del ancla como un mono, muy ligero, con una enorme precisión y en apariencia muy divertido, hasta posar los pies en lo alto del muro, donde comenzó a bailotear mirando a Turnbull no se sabía si con aire simplemente de alegría, o de burla. El viento soplaba en las ramas del árbol entonces con mayor violencia, o acaso con una gran desolación, mientras los últimos coletazos escarlata del ocaso iban cediendo como dragones abatidos, agonizantes. En lo alto del muro del jardín del asilo para lunáticos, aquella figura burlona y siniestra seguía bailando al compás del viento cada vez más fuerte. Arriba, suspendido del aire y sujeto al árbol por el ancla, el ingenio volador se mecía lentamente en el aire como un globo para niños sujeto por una cuerdecilla.

El primer movimiento de Turnbull, tras unos setenta segundos de contemplación inmóvil, fue el de volver la espalda y dirigirse a buen paso hacia el edificio rectangular del asilo. No había un alma en el jardín. Tuvo el

ateo la sensación de que semejante soledad venía a ser algo así como la fundación del mundo.

Sin embargo, guiado el ateo de su impulso masculino, de su valor natural, no lo hizo y se dirigió al muro para ver más de cerca al tipo que había descendido del barco volante, favorecido por la luz de la noche que comenzaba a cerrarse. Dos hechos le sugirieron hallarse ante el personaje de una pantomima escolar sobre piratas. Primero, que aquel hombre moreno estaba desnudo de cintura para arriba, que sólo llevaba unos pantalones blancos ceñidos por un grueso cinturón. Segundo, que no obstante lo que podría definirse como su higiénica afectación, llevaba un pañuelo rojo, como una banda, en la frente. Si bien aquello resultaba significativo, había más cosas dignas de consideración. Una era que a pesar del pañuelo en la frente y anudado en la nuca se veía bien la gran mata de pelo de aquel hombre, completamente blanca, sin embargo, como las últimas nieves del mundo. La otra, que bajo aquella mata de blanco cabello de senectud el rostro sobre el que caía era fuerte, atractivo y sonriente, con un perfil poderoso y una mandíbula tan dura como bien conformada, de hueso largo, con la barbilla hendida por una cicatriz. Bajo la mandíbula tenía una barba que parecía ponerle otra mandíbula, lo cual, sin embargo, confería a su expresión una gran regularidad que realzaba la sonrisa, o su media sonrisa, arrogante, o quizá casi arrogante, con que lo contemplaba todo, las piedras del muro, el jardín, las flores… y en especial al hombre solitario que allí estaba.

—¿Qué se te ofrece? —le soltó abruptamente Turnbull.

—Te busco a ti, Jimmy —dijo aquel excéntrico encaramado al muro.

Y tras decir esas palabras saltó ágilmente cayendo como si nada sobre la hierba del jardín, por la que rodó como una pelota de caucho de la India para ponerse prontamente de pie. Las tres cosas que observó entonces Turnbull, cosas que añadir al inventario que del sujeto iba haciendo mentalmente, fueron que llevaba un puñal bastante feo al cinto, que tenía los pies tan oscuros y desnudos como el torso, y que los ojos le brillaban mucho aunque era difícil decir de qué color los tenía.

—Perdona por no presentarme en traje de etiqueta —dijo el recién llegado con una sonrisa que pretendía ser muy cordial—, pero ya sabes que los científicos trabajamos duro, yo soy ingeniero eléctrico y construyo mis propias máquinas.

—Mira —dijo Turnbull mientras apretaba los puños en los bolsillos de su pantalón—, estoy acostumbrado a ver lunáticos ahí, en ese edificio, pero no

esperaba ver a uno que llegara de fuera, y mucho menos que lo hiciera bajándose de una especie de nube del ocaso…

—Bueno, tú mismo llegaste aquí desde lejos, Jim —replicó el extraño con una voz muy impostada.

—¿Qué se te ofrece? —volvió a preguntarle Turnbull bruscamente, con el temperamento explotándole como un tiro de pistola.

—Sólo quiero hablar contigo —dijo el hombre con una voz más natural, expresándose con aparente sinceridad—. Te necesito.

—¿Qué quieres de mí?

—Te quiero tal como eres —respondió el recién llegado con gran solemnidad—. Porque quiero la Revolución.

Turnbull miró al cielo encendido de nubes escarlata y a los árboles agitados por el viento, mientras repicaban en su mente las palabras dichas por el otro. Aquella contemplación pareció atemperar su ánimo y trocarlo por otro más templado.

—Sí, la Revolución… Eso es lo que siempre he ansiado —dijo—. Llevo años esperando la Revolución, y seguiré esperándola, no importa cuánto se demore.

Por alguna razón que no era capaz de explicarse se vio al poco trepando hasta el muro y siguiendo al extraño. Pero cuando éste le señaló la cuerda que amarraba a su ingenio flotante al árbol, Turnbull se detuvo y dijo:

—No puedo dejar ahí encerrado a Maclan.

—Vamos a destruir al Papa y a todos los reyes —dijo el extraño—. ¿Crees que sería prudente llevarlo con nosotros?

Un silencioso Turnbull se vio poco después en el barco volante, perdiéndose en la inmensidad del ocaso.

—Todos los grandes rebeldes han sido en realidad pequeños rebeldes —dijo el extraño—, casi escolares. Ésa fue la gran desventaja de la Revolución Francesa, no obstante la práctica del regicidio… Los escolares nunca se rebelaron del todo contra sus maestros.

—¿Qué entiendes tú por maestros? —preguntó Turnbull.

—Bien sabes a quiénes me refiero —dijo el extraño mirando la inmensidad del cielo.

Parecían volar por regiones fuertemente iluminadas por el sol, como si en vez de hallarse en el ocaso estuvieran en el amanecer. Pero al mirar hacia abajo se contemplaba la tierra cada vez más oscura. El asilo para lunáticos parecía desde allí arriba un juguete para niños; en realidad se mostraba como la cosa grotesca que de veras era. Atravesaban ahora nubes muy oscuras.

Desde arriba, las masas de rosas y rododendros se desleían del carmesí a un violeta casi negro. Los senderos entre las masas de los setos pasaban del dorado al marrón. Cuando hubieron remontado una altura considerable nada más que la oscuridad se percibía, salvo las luces en las ventanas, que parecían las luces de una inteligencia perdida. A ellos, el viento parecía mecerlos entre aquellas luces rubíes que se hacían más fuertes a medida que ascendían, y que semejaban, por su dispersión, el zumo rojo de las uvas de Dioniso. Bajo ellos las luces apagadas eran realmente las luces de las estrellas caídas. Sobre ellos, el rojo encendido de las nubes parecía desplegar las banderas de la libertad.

El hombre de la barbilla hendida por una cicatriz parecía atesorar el poder de leer el pensamiento, pues cuando sintió Turnbull que el universo entero se le abría sobre su cabeza franqueándole el acceso, el extraño dijo exactamente eso.

—¿No parece que todo está a nuestro alcance? —le preguntó—. Si queremos, podemos llegar a lo más alto.

Como Turnbull permaneció en silencio, añadió:

—Hay algo realmente hermoso en el espacio. Está al revés. No tienes más que dirigirte hacia la estrella de la mañana para percibir que en realidad desciendes hacia ella. Cuanto más profundizas en el abismo, más subes. Ésa es la gloria única que ofrece el universo, es un universo invertido.

Y como Turnbull seguía sin decir una palabra, continuó:

—En los cielos se produce una revolución continua, una revolución real. Las cosas más grandes son las más bajas y parecen las más pequeñas. En el espacio, quien cree que sube en realidad baja. El que supone que asciende en realidad se va por el precipicio. Tal es la intoxicación de los sentidos que produce el espacio. Tal es el único juego que ofrece la eternidad… dudosa. Por eso sólo hay un placer al que puedan darse los ángeles cuando vuelan, y es que en realidad no saben si están de pie o si están de cabeza.

Y al ver que su acompañante seguía mudo, sonrió sumergiéndose en una especie de meditación pétrea durante un buen rato, y tras esta meditación dijo:

—¿Acaso Maclan te ha convertido?

Turnbull se levantó como si fuera a impulsar con sus pies el barco volante.

—¡Convertirme! —exclamó—. ¿Qué diablos quieres decir? Le conozco desde hace sólo un mes y no me retracto de nada, porque…

—El catolicismo es algo muy curioso —dijo el hombre de la barbilla hendida mirando al exterior con los codos displicentemente apoyados en el

borde de su nave—. Somete a los hombres y los debilita, como observo que te ha sometido y debilitado a ti.

Turnbull volvió a enfrentársele con una actitud por la que daba la impresión de que iba a arrojarle por la borda.

—Soy ateo —dijo con voz tajante—, siempre lo fui y siempre lo seré —y dando la espalda al otro, de manera indolente y retadora, añadió—: ¿Qué quieres decir, en el nombre de Dios?

El otro respondió sin mirarle:

—Yo no digo nada en el nombre de Dios.

Turnbull volvió a sentarse, con gesto de incomodo y furia.

El otro seguía de pie, apoyado en la borda del barco volante como si contemplase un río o un paisaje.

—La verdad es que nunca supusimos que tú, precisamente tú, pudieras ser convertido —dijo el de la barbilla hendida—. Te considerábamos el más ardiente de los revolucionarios. Pero, claro, ese tipo, Maclan, es terriblemente inteligente, sobre todo cuando pretende hacerse pasar por un estúpido.

Turnbull se puso de pie nuevamente, hecho una furia, y replicó:

—¿Qué he aprendido con Maclan? Pues he aprendido a creer en todo lo que creía y a descreer de todo lo que descreía. ¿A qué vienen esas tonterías que dices? ¿Para qué me has traído aquí?

Entonces, por primera vez, el otro se apartó de donde estaba para encararse con él.

—Te he traído aquí —respondió— para que tomes parte en la última guerra del mundo.

—¡La última guerra! —repitió Turnbull riéndose, como si aquello fuera un dogma—. ¿Cómo sabes que será la última?

El extraño volvió a apoyarse cómodamente, como antes, y dijo:

—Porque esta guerra no dará ocasión al mundo para que se recupere, lo destruirá…

—¿Qué quieres decir?

—Sólo quiero decir lo que tú dices siempre —respondió el desconocido con una voz muy dulce—. Quiero decir lo mismo que tú has pensado en esas mil y una noches en las que contemplabas Ludgate Hill desde la puerta de tu periódico. ¿No recuerdas cómo agitabas el puño en el aire?

—Sigo sin comprenderte —se limitó a decir Turnbull.

—Lo comprenderás pronto —respondió el otro y tiró bruscamente de una palanca de hierro.

El ingenio se detuvo lentamente y descendió no menos lentamente hasta quedar suspendido a corta distancia de una mole de piedra que Turnbull conocía bien. Allí no se veía el más leve rastro del carmesí del ocaso. Desde esa altura la bóveda del cielo estaba absolutamente oscura. Abajo las luces de las calles próximas iluminaban aquella construcción sobre la que estaba suspendida en el aire la máquina. Era la Catedral de St. Paul. Vio Turnbull que la cúpula del domo seguía intacta, pero observó igualmente que la cruz había caído y se había roto en pedazos sobre la acera. Luego observó que una multitud plena de agitación turbulenta llenaba las calles.

—Hemos llegado en el momento más feliz —dijo el hombre haciendo descender un poco más su barco—. Los insurgentes bombardean la ciudad, una bala de cañón ha derribado la cruz. La mayor parte de los insurgentes son gente normal y corriente, por lo que este momento es para ellos un buen augurio.

—Ya veo —dijo Turnbull con una voz extrañamente desprovista de entonación.

—Sí —dijo el otro—, supuse que te gustaría comprobar que tus plegarias han sido atendidas… Y te pido perdón por utilizar la palabra plegarias…

—No tiene importancia —dijo Turnbull.

El barco volante descendió un poco más, trazando una curva en el aire para ascender de nuevo y recorrer otras zonas de la ciudad. Allá por donde sobrevolaban no se veían más que escenas de violencia y desolación. Ludgate Hill era, curiosamente, el lugar más tranquilo, alterado su aspecto sólo por los trozos de la cruz caída. Por todas las calles adyacentes, sin embargo, no se veía más que fuego, dolor, antorchas, caras feroces. Cuando ascendieron lo suficiente como para obtener la visión de un pájaro, Turnbull pareció realmente intoxicado. Había olido la pólvora, el incienso de su religión revolucionaria.

—¿De veras se ha levantado el pueblo? —preguntó—. ¿Contra qué luchan exactamente?

—Bueno, el programa aún no está del todo elaborado —dijo el otro con indiferencia—. Creo que lo está preparando el doctor Hertz[51].

Turnbull alzó la cabeza.

—¿Apoya todo el pueblo la Revolución? —preguntó. El otro se encogió de hombros.

—La apoyan los más instruidos, los que tienen conciencia de clase, sin excepción —dijo—. Aunque en unos pocos distritos… Pasamos por uno de ellos ahora mismo.

Turnbull miró hacia abajo y vio que las llamas casi alcanzaban al ingenio en el que volaban, que había vuelto a descender. Las calles y las plazas de aquel distrito ardían como un bosque en llamas.

—El doctor Hertz ha convencido a todo el mundo —dijo el cicerone de Turnbull con voz complacida—, de que nada puede hacerse con los barrios más bajos. Todo el mundo acepta su celebrada máxima. Bueno, en realidad son tres máximas: nadie puede estar desempleado; empleemos a los susceptibles de ser empleados; destruyamos a los que no pueden ser empleados.

Se hizo un silencio que rompió no mucho después Turnbull con una voz extrañamente tensa.

—Y supongo que lo que vemos ahí abajo es ese magnífico trabajo…

—Un espléndido trabajo —dijo el otro con la voz maravillada—. Verás, esa gente estaba demasiado cansada, era demasiado indolente como para reclutarla para la guerra social. Eran un auténtico estorbo.

—Y por eso les pegaron fuego, sin más.

—Es así de absurdamente sencillo —dijo aquel hombre con una sonrisa beatífica—. Cuando uno piensa en los oprimidos y dice que hay que liberar a los esclavos, hay que acabar, en aras del futuro, con cuanto se opone a esos principios. Nacerán entonces niños felices, cuando hayamos tirado las puertas que cierran el paso a la felicidad.

—¿Me permites que te diga que no me gusta nada lo que veo? —dijo Turnbull.

—¿Y me permites que te diga que a mí no me gusta *Mr*. Evan Maclan? —replicó el otro con rabia.

Aquello, para su sorpresa, no inflamó al sensible escéptico, que parecía ajeno a sus palabras, como si meditase profundamente a propósito de algo de suma importancia.

—No creo —dijo al fin Turnbull— que mi amigo Maclan me haya enseñado a ver las cosas de manera diferente… Creo, por el contrario, que nunca me hubiera gustado esto que veo… Esa gente tiene derechos…

—¡Derechos! —dijo el otro con desprecio—. Y quizá también tengan alma —añadió en tono no menos despectivo.

—Tienen vida —dijo Turnbull, mordaz—, con eso basta. Supuse que para ti la vida era sagrada.

—¡Claro que sí! —gritó el que pretendía ser su mentor, con una especie de súbita animación idealista—. ¡Claro que la vida es sagrada! Pero muchas

vidas no lo son… Mejoraremos la vida quitándosela a unos cuantos… ¿Acaso tú, un librepensador, puedes considerar que eso no sea justo?

—Así lo considero —respondió Turnbull sin más.

—Pero apruebas el tiranicidio, sin embargo —dijo el extraño con elevadas miras racionalistas—. ¡Qué inconsistente eres! Ves bien que se arrebate la vida a aquellos que la disfrutan triunfalmente, pero serías incapaz de matar a quienes no sirven para nada, a esos cuya vida es una desgracia.

Turnbull se levantó con energía, movido por sus propias deliberaciones y se puso a dar vueltas por la nave, pero su rostro mostraba una palidez extraña. El otro siguió su discurso.

—¡La vida es sagrada, sí señor, claro que lo es! —exclamó con entusiasmo—. Por eso hay que reemplazar las vidas viejas, agostadas. ¡Unas buenas vidas que sustituyan a las malas! Será como borrar pinturas infames y desastradas para sustituirlas por otras absolutamente luminosas… Habrá doradas muchachas y chicos sanos y vigorosos bajo el sol…

Turnbull, aún de pie, abrió la boca:

—¿Podrías bajarme de una vez, por favor? —dijo tranquilamente, como quien se dispone a bajar del autobús.

—¿Bajarte? ¿Qué quieres decir? —le preguntó el que se creía su líder—. Te llevo al frente de la guerra revolucionaria para que seas uno de sus triunfantes conductores.

—Gracias —dijo Turnbull con gesto de dolor—, pero todo lo que he oído acerca de tu guerra revolucionaria no me interesa… Es más, creo que nunca querré oír hablar de ello.

—Deberías recluirte en un monasterio con Maclan y sus coquetas madonnas —dijo el otro con guasa.

—Quiero volver al manicomio —dijo Turnbull señalándole el camino con gran precisión—. Quiero regresar a ese asilo para lunáticos del que me sacaste.

—¿Por qué? —se extrañó el desconocido.

—Porque prefiero vivir en una sociedad más sana que la tuya —replicó Turnbull.

Hubo un largo y peculiar silencio, tras el cual el hombre que comandaba la nave volante dijo con gran frialdad:

—Pues no quiero llevarte allí.

Y replicó Turnbull, a su vez, con idéntica frialdad:

—Entonces me tiraré de esta máquina.

El desconocido se irguió imponente y la expresión de sus ojos pareció hecha de ironías tras ironías, como dos espejos que se reflejaran el uno en el otro.

—¿Crees que soy el demonio? —preguntó al fin con gran solemnidad.

—Sí —dijo Turnbull decididamente—, en tanto creo que el demonio es un sueño, como lo eres tú ahora mismo. No puedo creer ni en ti ni en tu barco volante, como no puedo creer en la última batalla que pretendes librar contra el mundo. Todo esto no es más que una pesadilla. Es un dogma, un acto de fe, cosas que para mí siempre han sido pesadillas. Seré un mártir de mi fe, como lo fue Santa Catalina de la suya, pero ahora quiero saltar de este maldito barco volante para despertarme a salvo en mi cama.

Tras decir esto, comprobó que la máquina volante sobrevolaba entonces el mar. Por unos momentos difíciles de creer reales, las estrellas y el espacio y los planetas parecieron pasar ante sus ojos como chispas de una llamarada. Pero mientras caía, Turnbull se sintió inmensamente feliz, acaso porque en el fondo recordaba lo que le había dicho Maclan acerca de la diferencia entre Cristo y Satán: Cristo eligió descender a los infiernos y luego pudo subir al cielo.

Cuando volvió a ser consciente de lo que le rodeaba se vio en la hierba del jardín del asilo, tumbado sobre sus codos. Aún no se había esfumado del todo el color escarlata del ocaso.

17
El idiota

EVAN Maclan estaba un poco más allá, contemplándole en silencio.

No tenía la fuerza moral suficiente como para preguntarle si todo estaba bien, lo que no quiere decir que Maclan no tuviese preguntas que hacerle, o que no necesitase hacérselas. Lo cierto es que los dos caminaron el uno hacia el otro con una expresión idéntica en sus rostros. Entonces, por primera vez desde que se conocían, se estrecharon la mano.

Como si aquello fuera una señal, una consigna entre ambos, apareció de súbito en la puerta del edificio el doctor Quayle y salió disparado hacia ellos.

—Vaya, aquí están ustedes —dijo con su tonta sonrisa renovada—. ¿Me hacen el favor de entrar? Quiero hablarles.

Le siguieron hasta su oficina decorada en madera barnizada, donde estaban los informes que les atañían. El doctor Quayle tomó asiento ante su escritorio y los miró alternativamente. Le había desaparecido la sonrisa.

—Seré franco con ustedes, caballeros —dijo de golpe—. Bien saben que aquí pretendemos lo mejor para nuestros asilados, por lo que sus respectivos casos son motivo de una muy especial atención por nuestra parte… El director ha decidido, a la vista de los mismos, que deben recibir ustedes un tratamiento especial… bajo… bajo ciertas condiciones.

—Eso quiere decir que nos van a tratar peor, supongo —dijo Turnbull.

El médico no le respondió.

—Seguro que sí —apostilló Maclan con los ojos encendidos.

El doctor clavó la mirada en su escritorio mientras jugueteaba con una llave entre los dedos.

—Bueno, en casos en los que predomina la ansiedad —comenzó a decir— es preferible…

—¿Ansiedad? —le interrumpió Turnbull—. Es usted muy imprudente, doctor. ¿A qué se refiere? Encarcela usted en su manicomio a dos hombres absolutamente sanos con el único pretexto de sus palabras y definiciones,

ellos lo aceptan de buen grado, porque no les queda otro remedio que hacerlo así, pasean y conversan en su jardín como si fueran monjes que acaban de descubrir su vocación, se muestran corteses y educados incluso con usted, que no es más que un vulgar intoxicador, un suministrador de drogas… ¡Y habla usted de la ansiedad! Pero si estamos más sanos que muchos que andan tranquilamente por ahí, en absoluta libertad, y no ya en comparación con el resto de sus asilados… ¡Y tiene usted el descaro de decir que padecemos de ansiedad!

—Así lo ha decidido la dirección del asilo —se limitó a decir el doctor Quayle sin levantar la mirada.

Maclan dio una de sus fuertes zancadas y se encaró con el médico, con los ojos convertidos ya en una llamarada.

—Pues si así lo ha decidido la dirección, que sea la dirección quien nos lo comunique. No me interesa lo que diga usted. Le tengo a usted por un degenerado, por un enfermo peor que un loco… Así que llévenos ante la presencia de ese director, o lo que sea, del manicomio.

—No es posible —respondió el doctor Quayle.

El corpulento escocés le puso entonces una mano en el hombro, con cierto paternalismo.

—No parece apreciar usted las ventajas que me ofrece mi reciente condición de lunático —dijo—. Podría matarlo a usted tranquilamente, aquí y ahora, sólo con mi mano izquierda… Como si fuera usted una rata, sin más… Y no me colgarían por hacerlo.

—Estoy completamente de acuerdo con *Mr*. Maclan —intervino Turnbull muy respetuosamente, con gran sobriedad—. Será mejor que nos lleve usted ante esa cabeza que rige esta institución…

Se puso de pie el doctor Quayle, a medias entre la histeria y su afán por mantener la presencia de ánimo.

—De acuerdo —dijo con una risa débil—. Verán en breve a la cabeza que rige los destinos de este asilo, ya que así lo desean, caballeros…

Salieron del despacho, siguiendo los pasos del médico los dos asilados, casi asidos a los faldones de su chaqueta. Llamó el doctor Quayle a una puerta. Se oyó una voz que decía «¡adelante!», y entonces Maclan expulsó de golpe la respiración contenida y tomó nuevo aliento. Turnbull fue más impetuoso y abrió la puerta.

Era un despacho grande, con las paredes cubiertas por estanterías llenas de libros médicos. Al fondo había un escritorio muy pulido. Una lámpara incandescente lo iluminaba. Bastaba aquella luz para ver a un hombre de

apariencia muy digna, vestido con la típica chaqueta negra de los médicos. Tenía la cabeza plateada por el paso de los años y parecía consultar un montón de notas. Aquel caballero levantó la vista de sus apuntes cuando entraron. La luz de la lámpara mostraba su rostro limpio, bien rasurado, sus lentes brillantes, todo lo cual le daba un cierto aire aristocrático, aunque no por ello le mermaba el aspecto leonino de su gran cabeza, de su cara larga rematada por una barbilla hendida. Era como un viejo actor de carácter, muy atractivo. Tenía la piel muy tersa. Bajó la gran cabeza para seguir repasando sus notas y dijo sin mirarles:

—Doctor Quayle, creo haberle dicho que llevara a estos hombres a las celdas B y C.

Turnbull y Maclan se miraron, diciéndose así mucho más de lo que se podían haber dicho con la voz o con las espadas. Entre otras cosas, se dijeron sólo con la mirada que no cabía la menor apelación ante la cabeza que regía el manicomio, así que siguieron de nuevo al doctor Quayle.

Poco después continuaban siguiéndole por un corredor, cuando cuatro fornidas figuras salieron de los costados, los sujetaron fuertemente y les obligaron así a acelerar el paso. Habían aparecido de súbito, sin hacer el menor ruido, y no pudieron prevenir los duelistas su prendimiento. No se sabe por qué razón, así las cosas, les entró la risa. Una mezcla de loca ironía y de curiosidad infantil les llevaba a esperar con buen ánimo qué les depararía aquella suerte de pantomima en la que ambos hacían el evidente papel de imbéciles. Sabían, además, que escapar de allí era más difícil que huir de un tribunal de Hampton Court. Bajaron por unas escaleras, siempre asidos con fuerza por aquellos hombres que se habían empleado de dos en dos contra ellos, y así accedieron a otro corredor en el que imperaba la luz eléctrica.

Al fin, no sin antes haber recorrido al menos una milla de corredores y túneles, acabaron en una especie de *cul-de-sac*. Era un espacio casi oblongo con las paredes blancas. Pero en aquellas paredes blancas había dos puertas metálicas que tenían pintadas cada una las letras B y C, en mayúscula.

—Entre usted aquí, señor —dijo respetuosamente el que parecía ser el oficial encargado de aquellas dependencias—, y usted aquí.

Antes de que se cerraran las puertas que separarían a las dos atribuladas víctimas, Maclan pudo decir a Turnbull algo que parecía interesarle significativamente:

—Me gustaría saber quién está en la celda A.

Turnbull hizo un movimiento de resistencia cuando iba a ser encerrado, después de que lo fuera Maclan, pero fue empujado al fondo de la celda sin

contemplaciones. Aún estaba pleno de la exhilaración de la aventura, una exaltación que le duraría cinco minutos más.

Pasadas dos horas y media sin que se oyera nada comenzó a pensar que allí concluían sus días. Había sido arrojado al fondo de un agujero de piedra en el que sus huesos hallaban difícil acomodo. Se sintió muerto. Tuvo la impresión de que el mundo le había derrotado.

Su celda era relativamente larga, en tanto que su forma era oblonga, pero muy estrecha. Sólo daba como para que pudiera extender los brazos, aunque en línea recta podía caminar unos pasos. Dos pequeños ventanucos permitían la entrada de aire. Sin duda, los grandes científicos que habían diseñado aquello se habían preocupado de que alguien, no obstante lo miserable que les pareciese, pudiera disfrutar de un buen estado de salud. Así, habían hecho construir celdas lo suficientemente largas como para que quien estuviese recluido en una de ellas pudiera caminar y ejercitarse, celdas con un par de agujeros para que además tuviese oxígeno. Ahí cesaba, sin embargo, todo su interés por el buen desarrollo de la naturaleza humana. Un poco de ejercicio, según ellos, bastaba para compensar la imposibilidad de hacer el ejercicio de la libertad. Los científicos no parecían saber que el aire más puro no es otro que el que se respira bajo el cielo abierto. Administraban el aire en secreto y con cuentagotas, como si fuera una medicina. Sugerían que el preso caminara, como si el hombre no hubiese nacido para eso. Pero, sobre todo, era patente que la administración del asilo cuidaba escrupulosamente de que todo estuviera limpio. Cada mañana, mientras Turnbull estaba aún medio dormido en su camastro de hierro clavado a la pared por más hierros, cuatro loqueros de voz metálica entraban allí, se plantaban ante las cuatro paredes de la celda, y la fregaban a gran velocidad. El alma de Turnbull se estremecía y rebelaba en su fuero interno ante la solemnidad con que aquellos hombres llevaban a cabo su tarea.

—¡Estoy muerto en vida! —se lamentaba amargamente—. ¡Me han enterrado bajo las montañas! ¡No me sacarán de aquí hasta que me haya podrido por completo! ¡Qué importa si estoy limpio o sucio, qué importa si esta maldita celda está limpia o sucia!

Todas las mañanas y todas las noches se abría una trampilla en la puerta y una mano oscura entregaba al asilado un plato de lentejas guisadas y una jarra de cacao. Como para que no se quejara de que no estaba bien atendido. Tenía espacio para caminar, aire para respirar y alimentos para ingerir. El único problema era que no tenía adónde ir, nada que festejar con una buena comida, nada que le inspirase disfrutar de la vida a bocanadas.

Hasta la forma de la celda le irritaba. Era larga y estrecha, abombada en un extremo, y en el otro lo mismo, pero de manera menos exagerada, como si fuese la proa de un barco. Pasados tres días de silencio y cacao, la sola contemplación de aquello enloquecía a Turnbull. Le enloquecía especialmente el paralelismo de las paredes estrechas que no conducía a ninguna parte. Al quinto día de encierro estaba absolutamente abatido, golpeaba la cabeza levemente durante horas contra aquel extremo en proa. Tras veinticinco días de reclusión parecía querer rompérsela. Entonces pareció estupidizarse a tal extremo que examinó aquello como si fuera Robinson Crusoe en la isla.

Tanto afán puso en examinar su celda que se pasaba las horas del día contemplando los mínimos agujeros hechos en la pared para que tuviera oxígeno en aquella tumba en la que había sido enterrado en vida. Pronto descubrió que aquellos agujeros no eran sino la prolongación de sendos tubos por los que llegaba el aire desde algún lugar próximo a Margate. Pero un atardecer, mientras escrutaba por quincuagésima vez aquellos ventanucos redondos, se percató de que uno de ellos estaba completamente oscuro mientras que a través del otro se filtraba una débil luz. Metiendo allí un dedo tanto como le fue posible, logró empujar una tapa con rejilla que había en el tubo que comunicaba con el ventanuco y vio luz, era evidentemente luz… Tuvo la certeza de que había logrado comunicar con otra celda.

Es característico de todas las cosas tenidas por eficientes, que en ellas, si algo está mal hecho, esté definitivamente mal hecho. No hay manera de reparar ese defecto; menos aún que en algunos simples organismos vivientes. Un buen rifle puede abatir a un elefante, pero un elefante herido puede abatir tranquilamente al que le apunte con un rifle averiado. Los monarcas prusianos del XVIII, o los de ahora, pueden reclutar un gran ejército metiendo miedo a la gente. Pero suele ocurrir que así, al cabo, los soldados temen más al enemigo que a sus propios oficiales, y huyen. El alcantarillado de nuestras ciudades es en general bueno, ha sido pensado en aras de la salubridad, pero cuando falla en algún punto la acumulación de heces lanza al aire gérmenes como dinamita… Así, toda maquinaria hecha por la laboriosidad de los hombres no puede soportar el menor fallo de éstos, ni resistirse en consecuencia a la interferencia humana. Es más fácil llevarse el chocolate de una tienda gratis que llevárselo pagando de una máquina expendedora averiada. Eso sí, si consigues llevarte el chocolate de una máquina sin pagarlo, al menos la máquina no saldrá corriendo detrás de ti.

No tardó mucho tiempo Turnbull en darse cuenta de esta verdad, en relación con la formidable y fría maquinaria que gobernaba aquel gran asilo.

Había sido sacudido por distintas instancias espirituales desde el momento en que fue arrojado al fondo de aquella celda inhóspita, aquella mazmorra en la que parecía condenado a morir. Había experimentado en sí la necesidad de clamar alto, como si necesitase orar poéticamente, pero todo le resultaba mortalmente frío al cabo. Después pasó por un periodo de curiosidad meramente científica, en el transcurso del cual se dedicó a examinar con absoluta minuciosidad cada rincón de su celda, cosa que finalmente le deparó la concluyente satisfacción de saber que compartía con su compañero el mismo lado del corredor, incluso la misma pared. A eso sucedió una extraña mezcla de alegría y rabia. Una rabia que no puede ser descrita por un hombre decente, sino por alguno de esos sucios novelistas que se regodean en la expresión de la mortal naturaleza humana humillada.

Pasó ese momento, claro está; vuelto ya a la cordura, rearmándose con una suerte de esperanza semejante a la que puede sentir un hombre en una isla desierta y dispuesto a sobrevivir, comenzó a despreocuparse por la estrechez de la celda y a contemplar las posibilidades que le ofrecía su descubrimiento. Con el humor recrecido, sano o enloquecido, intolerante o estoico, no dudaba ya de aquella luz que le había iluminado casi desde su nacimiento y alentado sus convicciones. Conocía bien las fuentes y los recursos científicos de nuestra civilización. No podía esperar que lo rescatase del sistema solar un simple certificado médico. En muchos de sus sentimientos y estados de ánimo propios de Robinson Crusoe había evocado a Maclan como a un viejo compañero de estudios que hubiese muerto. Sintió así la necesidad de escribir algo antes de que le sorprendiera la muerte que suponía habría de asaltarlo allí, en la celda, y tomando entonces un sobre que guardaba en uno de sus bolsillos comenzó a escribir lo mucho que, en su opinión, habían cambiado tanto él como Maclan desde que se conocieron. Se acordó entonces de la Torre Beauchamp y quiso escribir en las paredes de su celda una proclama, para descubrir, sin embargo, que en aquellas paredes no se podía escribir nada, como no se las podía romper, ni hacer un hueco en ellas, dada su carencia de instrumentos para ello. Y sintió entonces todo el horror de quien se sabe científicamente encerrado, no sólo ya sin atisbar la menor posibilidad de recuperar su libertad, sino sometido a ignotas torturas. Al menos, en las prisiones de antaño los hombres podían escribir en las paredes de sus mazmorras, o grabarlas a hierro, oraciones y súplicas, protestas y denuestos… Aquellas paredes blancas y resbalosas de humedad de su celda lo impedían, escapaban a sus lamentaciones. Los presos de antaño podían incluso adoptar a un ratón como mascota, o a un escarabajo, pero en su celda hacían la limpieza

cada mañana, con precisión científica y maquinal. No había en ella la menor corrupción natural, lo que es decir la menor gracia decadente, que posibilitara la existencia de cualquier otra criatura viviente. James Turnbull alzó los ojos al techo bajo de su celda y clamó en silencio contra la sociedad en la que vivía, una sociedad que ahora comprendía aún mejor. Y se repitió una vez y otra que aquél no era ese mundo en el que siempre había aspirado a vivir, por muy científicamente organizado que se pretendiera. No obstante, tenía que aceptar que aquellas cuatro paredes y el techo de su celda eran cuanto le habían dejado, todo el universo que se le consentía atesorar, por lo que aquella luz descubierta del otro lado no podía sino alentar su ilusión.

Así, con un solo dedo había conseguido hacer una fisura en el tubo de ventilación. La luz que veía era mortecina y aparentemente indirecta, parecía provenir de un agujero hecho en la parte alta de la pared de aquella estancia, o en el techo. Cuando pegó el ojo al tubo vio así que otro dedo humano, largo y huesudo, hacía en el otro extremo del tubo lo mismo que había hecho él. Y de repente desapareció la luz, probablemente a causa de que alguien allí pegaba también su ojo al agujero para intentar ver más allá… Incluso creyó oír que alguien hablaba, aunque no escuchó palabras dichas con claridad.

—¿Quién está ahí? —preguntó Turnbull temblando de excitación, dispuesto a no desaprovechar la menor ocasión que se le presentase para romper su aislamiento.

Unos sonidos ininteligibles más y le llegó ahora nítida una voz con acento de las islas de Escocia.

—Turnbull, me parece que no podremos librar el duelo a espadas a través de este tubo…

Fue tal la emoción que experimentó Turnbull al oír decir aquellas palabras a su amigo que no pudo ni abrir la boca por unos instantes. Después, a medias dolido y a medias feliz por la emoción sentida, dijo con su prosapia de siempre, ya recuperada:

—Prefiero que charlemos en vez de combatir —dijo—. No quiero matar al primer hombre con el que hablo después de diez millones de años de angustia.

—Le comprendo bien —dijo el otro—, yo siento lo mismo… Llevo más de un mes hablando sólo con Dios.

Turnbull dejó escapar una risa breve y amable, y dejó escapar igualmente lo que tenía en la punta de la lengua:

—¡Sólo con Dios! —dijo—. Entonces no puede haber experimentado usted lo que es la soledad de verdad —y como si se arrepintiera de lo dicho,

añadió al instante con su viejo estilo—: Sólo con Dios, ¿eh? ¿Y no le ha parecido excesivamente monótona tal relación social con dicha Majestad?

—¡Oh, no! —respondió Maclan con inocencia—. Ha sido una relación maravillosa —y añadió tras un largo silencio—: ¿Qué es lo que más detesta de su celda?

—Pensaría usted que estoy loco si se lo dijera —respondió Turnbull amargamente.

—Entonces supongo que sentirá lo mismo que yo —dijo Maclan.

—No estoy tan seguro —replicó Turnbull—; lo mío es bastante irracional y nada poético… Puede que haya perdido la cabeza, de veras, pero detesto sobre todo el perno de hierro que hay en la pared de la izquierda, me parece peor que la desolación que siento y que el maldito cacao, lo deben de haber puesto ahí para amarrar a alguien… ¿Hay también un perno clavado en la pared de su celda?

—Ya no… Lo arranqué —dijo el otro—. El otro día perdí la cabeza por un momento y lo arranqué —dijo el joven escocés—. Me parecía innecesario, me molestaba verlo.

—Pues tendría que hacer usted una fuerza bestial —dijo Turnbull.

—Se tiene mucha fuerza cuando uno enloquece —respondió el otro—. Se tiene mucha fuerza cuando uno descubre para qué puede servir eso… Aunque a mí me ha servido para ver algo…

—¿A qué se refiere? —preguntó Turnbull.

—He descubierto dónde está la celda A —dijo el otro.

Tres semanas después Maclan había conseguido ampliar el agujero del tubo lo suficiente como para que pudieran comunicarse mejor. Para entonces los cautivos habían descubierto las fallas de la moderna maquinaria que los tenía presos. El mero hecho de que estuvieran aislados de otros suponía que estaban libres de posibles espías. Y como tampoco había allí vigilantes a los que intentar sobornar, podían actuar durante horas sin necesidad de ocultarse. La maquinaria les llevaba el cacao y limpiaba su celda todos los días; una maquinaria, en el fondo, que servía a sus propósitos, por lo que acaso pudiera ser considerada piadosa… Así, pacientemente pero sin cejar en su afán, consiguieron abrir entre uno y otro agujero de sus respectivas celdas un pequeño túnel en el que podía meterse un hombre de corta talla. Fue como consiguió Turnbull acceder a la celda de Maclan; inmediatamente vio que donde había estado el perno que arrancara su amigo, un agujero comunicaba con otro lugar. Turnbull miró por allí con cara de no comprender nada.

—¿Qué hay ahí? —dijo.

—Otra celda —respondió Maclan.

—¿Y dónde demonios tendrá la puerta? —volvió a preguntar Turnbull—. Las puertas de nuestras celdas dan al lado contrario…

—Esa celda no tiene puerta —dijo Evan.

La perplejidad de Turnbull provocó una larga pausa, mientras un sentimiento angustioso, siniestro, se apoderaba del alma del ateo, a despecho de sí mismo. Pensar en una habitación sin puerta provocaba en él, además, esa curiosidad a medias morbosa que se apodera de uno cuando no acaba de comprender algo que intuye terrorífico.

—James Turnbull —dijo entonces Maclan con una voz baja y agitada—, esa gente que nos persigue nos odia más que Nerón a los cristianos, y nos teme a la vez más de lo que cualquier hombre pudo temer a Nerón… Han llenado Inglaterra de pasquines y avisos pidiendo nuestra captura, y no pararán hasta darnos caza y quizá matarnos… De hecho, nos han matado en vida, encerrándonos en estos ataúdes… Pero lo que no saben es que hemos sido capaces de hacer un agujero en ellos. El odio que sienten hacia nosotros es mayor que el que tuvieron por Napoleón, y han intentado capturarnos con mayor ansia y decisión de las que jamás pusieron en práctica para coger a Jack el Destripador… Pero consolémonos; no es a nosotros a quienes más odian los que están al mando de este manicomio.

Turnbull sintió un escalofrío en su espina dorsal. Nunca se había visto en una situación en la que la superstición y lo sobrenatural parecieran explicarle las cosas, y aquello no le gustaba.

—Creo que hay otro hombre aún más odiado que nosotros, y puede que también más temido —siguió diciendo Maclan—. Lo han enterrado mucho más hondo aún… Sabe Dios cómo lo hicieron, pero han conseguido encerrarlo en un lugar donde no hay puerta ni ventanas, ni trampilla en el techo o en el sótano… Supongo que esos malditos pernos que tanto nos desagradan forman parte de alguna maquinaria que quizá sirviera para encerrarlo ahí… Ahí donde está… Porque está aquí al lado. Lo he visto a través del agujero, pero no he podido contemplarlo mucho rato; además, estaba de espaldas, no le vi la cara y permanecía inmóvil.

Turnbull superó aquella angustiosa sensación de irrealidad sobrenatural que pugnaba por arraparlo y miró por el agujero para ver al desconocido.

Su celda era exactamente igual que las otras dos, pero en efecto, no tenía puerta, y en una de las paredes tenía pintada una A mayúscula como la B y la C que había en las puertas de los otros. Aquella letra, evidentemente, no

había podido ser pintada por fuera, puesto que en esa celda era inconcebible el afuera.

En el suelo con las mismas baldosas monótonas de las otras celdas, en las que durante tantas horas había clavado la vista y su cerebro Turnbull, estaba sentado alguien que parecía pequeño incluso para ser un niño, si bien tenía una gran cabeza con el cabello largo y gris. Se cubría con harapos; a su lado se veía una jarra de cacao, vacía. Aquel ser estaba completamente inmóvil e inclinaba la cabeza hacia un lado, como si atendiese a algo; podía haber sido cómico de no resultar tan trágico.

Apenas seis segundos estuvo Turnbull contemplándole en silencio, pues enseguida le llamó con no se sabe qué palabras… Aquel ser se levantó con la celeridad de un animal y, volviéndose hacia el lugar del que provenía la voz, ofreció el espectáculo de sus dos ojos de búho y de su barba que también parecía el plumaje de un búho. Aquella barba era tan extraordinariamente larga que le llegaba hasta los pies, e incluso más, pues al moverse parecía arrastrar otra buena cantidad de barba… Puede parecer una frivolidad decir que la cara de alguien parece hecha con parches, pero la de aquel hombre era realmente una cara que semejaba haber sido hecha con parches jeroglíficos. Las arrugas de su rostro eran tan profundas y de trazo tan complejo que se podían observar cinco y hasta seis rostros bajo el real, como si tuviera éste hecho con cartón piedra. Pero aunque su cara fuese como un pergamino, como una antigua escritura, más vieja que los dioses, sus ojos de búho eran brillantes, muy azules. Y miraban fijamente como los ojos de los bebés. Era como si sólo un momento antes se le hubieran escapado de la cabeza.

No se podía decir si había expresado algo o no. Turnbull realmente no sabía si le había contestado. Puede que dijera algo, o puede que no. Así que esperó a ver si aquella voz, que intuía oculta bajo las más grandes montañas del mundo, se manifestaba… Finalmente habló. Y lo hizo en inglés, aunque con un fuerte acento extranjero que no era latino ni teutónico. Lentamente alzó un dedo largo y muy sucio, y gritó con total claridad, contento como un niño que identifica algo:

—¡Eso es un agujero!

Pareció tardar unos segundos en asimilar su descubrimiento. Después se chupó el dedo un rato y volvió a gritar con voz ahora entrecortada por la risa:

—¡Y hay una cabeza en ese agujero!

Tan hilarante energía como se desprendía de aquella actitud idiota no pudo por menos que chocar a Turnbull. Es verdad que había tolerado sin el menor problema a los orates que vagaban por el jardín del asilo, pero aquello

le parecía algo realmente novedoso y hasta subversivo en un loco, o una auténtica subversión del universo, más bien, que parecía insuflar fuerzas tales en un ser carente de cerebro.

—¿Por qué le han encerrado ahí? —logró preguntarle Turnbull al fin, no sin embarazo y dolor.

—Es un buen sitio, sí que lo es —dijo el anciano mientras asentía innumerables veces, como si su cabeza fuese la de un títere—. Un buen sitio, largo y estrecho, así —e hizo un gracioso gesto con las manos, como para describir su celda, tras lo cual añadió confidencialmente—: Claro que eso no es lo mejor. Este sitio está muy bien, pero eso no es lo mejor.

—¿Y qué es lo mejor? —preguntó Turnbull francamente desorientado.

—El perno es lo mejor —dijo el anciano abriendo desmesuradamente sus ojos azules—. Es un buen saliente…

Las palabras que le dijo acto seguido Turnbull estuvieron llenas de compasión.

—¿Podemos ayudarle en algo?

—Soy muy feliz —dijo el otro—. Usted es un buen hombre… ¿Puedo ayudarle yo en algo?

—No creo que pueda, señor —dijo Turnbull muy conmovido—. Me alegro de que, a pesar de todo, esté usted contento.

El anciano abrió otra vez desmesuradamente sus ojos y miró a Turnbull entonces con algo de severidad.

—¿Está usted seguro de que no necesita mi ayuda? —le preguntó.

—Estoy seguro, señor, muchas gracias —respondió Turnbull—. Buenos días.

Retrocedió hasta donde se encontraba Maclan, cuyo rostro hizo saber al ateo que había escuchado la conversación, aquel raro diálogo.

—¡Son unas bestias! —gritó Turnbull—. Han convertido en un imbécil a ese pobre hombre, encerrándole ahí. Tiene el cerebro como un sonajero.

—¿Cree de verdad que es un lunático? —le preguntó Evan muy despacio.

—No, no es un lunático, es un idiota —respondió Turnbull—. Señala las cosas y dice tonterías…

—Cree que puede hacer algo por nosotros, ¿no? —dijo Maclan sonriendo compasivo mientras se dirigía al extremo de la celda.

—Sí, resulta patético, la verdad —dijo Turnbull—. Un ser completamente destrozado, ofreciendo ayuda… Pero… ¿qué pasa?

—¡Que el Dios todopoderoso nos ayude! —gritó Maclan.

Había llegado al otro extremo de la celda, en la que llevaba más de treinta días encerrado, y al volver sobre sus pasos comprobó que la puerta de hierro estaba abierta al menos una pulgada y media.

—Ese hombre dijo… ese hombre se ofreció a ayudarnos… —apenas pudo decir Evan.

—¡Vamos, hombre, salgamos de aquí! —lo animó Turnbull con bríos renovados—. ¡Ahora lo comprendo! Usted arrancó ese maldito perno, descubrió así la tumba de ese pobre infeliz, y a la vez alteró el mecanismo de apertura de las puertas… ¡Se han abierto!

Tomó a Maclan por el brazo y tiró de él para sacarle al corredor y correr hacia una ventana que, no obstante tener los cristales ennegrecidos, dejaba entrever la luz diurna.

—Pero fue él —señaló Evan— quien le preguntó a usted si podía ayudarle…

Anduvieron por corredores que parecían infinitos en los sótanos de aquella fortaleza del terror. Tardaron más de una hora en atisbar el mundo exterior. No sabían qué hora del día era, pero sí comprobaron que había sol, y apretaron el paso por aquel corredor que tenía salida a la parte posterior del jardín. Brillaba espléndida la hierba, más dorada que verde, pues se cernía el ocaso. Aquel corredor parecía llevarles al cielo. Una aventura que ningún hombre puede desdeñar, pues se presenta en contadas ocasiones. Cuando al fin salieron de aquel laberinto en el que se habían sentido como bebés que aún no han visto el mundo, quizá pensaran los dos al unísono que Dios vive en la tierra. Fue como si el último corredor los llevara directamente a una de las siete puertas del Edén.

Turnbull fue el primero en pisar la hierba del jardín, como si tuviese alas y volara. Maclan, un instante después, acaso con un gusto menos animal, se deleitó en la belleza de las flores, que le compensaban de tantas angustias, y en los árboles que sintió sagrados. En aquel escenario límpido vieron que, justo un poco más allá de la puerta de salida del muro, les esperaba el hombre de la chaqueta negra y la barbilla hendida. Cuanto más les sonreía, más se le hendía la barbilla.

18
El enigma de las caras

JUSTO detrás del hombre de la barbilla hendida estaban dos médicos; uno, el ya familiar doctor Quayle, el de los ojos parpadeantes y la voz como un balido; el otro, un tipo bastante más común y también mucho más fuerte aunque de baja estatura, moreno, con el cabello corto y bien peinado, de aspecto deportivo, de cara redonda, grande y bien afeitada. Ante la evidencia de la fuga, ambos se aprestaron a interceptar a los duelistas mientras su superior permanecía quieto y sonriente, complacido con la decisión que en el intento de arresto ponían sus subordinados.

—¡Déjenlos ir, si quieren hacerlo! —gritó entonces con una voz que cortaba como un filo de hielo, y no sólo de hielo, sino de hielo primordial, de hielo que nunca antes ha sido agua—. No hace falta que me demuestren ustedes que son unos campeones de la persecución; no hace falta que me demuestren su fidelidad… No creerán ustedes que dejo escapar de sus celdas a estos lunáticos sin una buena razón para hacerlo… Pues sí, señores, tengo la mejor de las razones. Dejemos que salgan de sus celdas precisamente hoy, pues es el día en el que el mundo entero será una celda. No preciso ya de mazmorras ni de momias encadenadas en ellas. Dejemos que vaguen por la tierra como lo hicieron por este jardín, pues yo guiaré sus pasos convenientemente. Dejemos que se pongan las alas de la mañana y vuelen si les place sobre el océano… Allá donde vayan, allí estaré… ¿Creen que podrán eludir mi presencia, volar hasta donde no pueda alcanzarlos mi espíritu? ¡Ánimo, doctor Quayle! No se venga abajo… Los días de la verdadera tiranía sobre la tierra no han hecho más que comenzar.

Y tras decir estas palabras, el director del manicomio se echó a reír y se alejó de sus subordinados, casi como si su risa fuese algo que no debían contemplar ni oír las gentes comunes.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —dijo Turnbull dando un paso adelante con gran decisión, pero el director, el Maestro, ya le mostraba la

espalda y apretaba el paso para irse con su risa hiriente y sarcástica.

Turnbull se volvió entonces con mucho coraje hacia los otros dos médicos y les soltó rabioso:

—¿Qué diablos ha querido decir y quién es usted?

—Me apellido Hutton —dijo el médico bajo y fuerte—, y soy… bueno, soy uno de los responsables de esta institución…

—Pues yo me apellido Turnbull y soy uno de esos que quieren echar abajo estas instituciones.

El doctor sonrió, lo que hizo que se acrecentase la cólera de Turnbull.

—Pero no me interesa quién es usted —dijo intentando mantenerse en calma—, quiero saber qué pretende su director, el gran Maestro de este asilo para dementes.

El doctor Hutton trocó su sonrisa por una carcajada que agitó su corpachón de corta talla.

—Y supongo que para usted eso debe de ser una cosa muy simple —dijo entre risas.

—Creo que es algo fundamental —replicó Turnbull—, para saber a qué atenernos… ¿Por qué nos ha tenido encerrados durante todo un mes absolutamente infame y mortal, y luego nos deja salir tranquilamente?

—Comprendo —dijo Hutton levantando las cejas— que le sorprenda verse nuevamente libre, caminando como si nada por este jardín.

—Pues yo sigo sin comprender la razón de que nos haya tenido encerrados, sin más, y ahora nos deje ir en libertad… No hay razones médicas… Nadie nos ha examinado en todo este tiempo, nadie nos ha dicho una palabra siquiera… Creo haber entendido a su jefe que nos deja libres porque tiene otros planes para nosotros… Bien, ¿qué planes son ésos?

El joven médico con la cara redonda miró al suelo mientras fumaba como si reflexionase. El otro médico, mayor que él, paseaba nervioso un poco más allá. Finalmente, el de la cara redonda alzó de nuevo sus ojos azules, en los que se le veía ahora un algo de franqueza.

—Bien, no creo que haya razón, a estas alturas, para que no sepa usted de qué se trata todo esto —dijo—. Se les encerró a ustedes porque justo durante el mes de su reclusión el director estuvo trabajando en su nuevo esquema, lo que es decir pergeñando sus nuevas actividades… Estuvo preparando su proyecto de ley a presentar ante el Parlamento, un proyecto para la creación de una policía médica… Pero, claro está, qué van a saber ustedes de todo eso… Ustedes no están capacitados…

—¿Qué tenemos que saber? —lo atajó el impaciente Turnbull.

—Se acaba de promulgar una nueva ley que confiere a este asilo amplios poderes… Incluso si se hubieran escapado ustedes sin que nos percatáramos de ello, cualquier policía los hubiese devuelto aquí al no poder mostrarle un certificado de salud mental expedido por nuestra institución… Bien —siguió diciendo el doctor Hutton tras una pausa—, el director ha expuesto ante las dos Cámaras del Parlamento sus proyectos indudablemente científicos con respecto a la legislación sobre lunáticos. Como bien ha dicho, hay un error común, consistente en considerar la insania mental como una mera excepción. La insania mental, por el contrario, es algo que informa la práctica totalidad de los comportamientos humanos. De ahí que en adelante sea preciso que la gente demuestre, mediante la superación de nuestras pruebas, que está mentalmente sana… Si no llevan ustedes cosida una S en su chaqueta, que es como un certificado de salud mental, cualquier autoridad de la primera villa en la que entren estará facultada para detenerlos. Así pues, es precisa dicha conformidad por nuestra parte para que alguien pueda caminar tranquilamente fuera de los límites de este asilo.

—Así que, según usted, tal es el proyecto que ha presentado su director en la Cámara de los Comunes —dijo Turnbull.

El doctor Hutton asintió en silencio con gran solemnidad.

—Y quiere decir también —prosiguió Turnbull en tono vibrante—, que dicho proyecto ha sido aprobado por una asamblea que se dice democrática…

El doctor mostró toda su dentadura con una gran sonrisa.

—Bueno, la asamblea se intitula ahora mismo socialista —dijo—. Claro que nosotros hemos dejado bien claro que se trata de una cuestión científica, que debe ser conducida por científicos…

Turnbull asentó firmemente los pies sobre la hierba y dijo en el mismo tono de antes:

—¿Y por qué sus mentes científicas nos metieron en celdas separadas mientras su director se aprestaba a convertir Inglaterra en un manicomio? ¿Por qué nosotros? Yo no soy el primer ministro… Ninguno de nosotros es miembro de la Cámara de los Lores…

—El director no teme al primer ministro, ni teme a la Cámara de los Lores… Sin embargo…

—¿Sí? —urgió Turnbull la respuesta.

—Les teme a ustedes —dijo Hutton—. ¿Acaso no lo saben?

Maclan, que asistía en silencio a la conversación, dio un paso adelante, se encaró con el médico y le dijo con gran agitación y los ojos echando fuego:

—¡Nos teme! Quiere usted decir que…

—Quiero decir que ya ha pasado el peligro, hay nuevas leyes, como he dicho —dijo Hutton, tranquilo—. Pero sí, son ustedes las dos únicas personas a las que temía realmente nuestro director —y añadió en un tono de voz ahora muy bajo—: Mejor dicho, hay otra persona a la que teme aún más, por eso está encerrada en una celda peor aún que las de ustedes…

—¡Vamos! —exclamó Evan mientras se daba la vuelta y se iba—, todo esto es una tontería…

Turnbull lo siguió con la mirada y luego se encaró de nuevo con los médicos.

—¿Y cómo han conseguido ustedes el respaldo del pueblo? —preguntó abruptamente—. ¿Por qué Inglaterra se dirige a la locura a través de unas leyes enloquecidas?

El doctor Hutton sonrió aún más abiertamente y dijo muy despacio:

—En cuanto a eso… prefiero no responderle, no quiero hacerle daño en vano…

Turnbull se dio la vuelta sin decir más y comenzó a pasear por el jardín en compañía de Maclan. No percibían nada especial en aquel escenario, salvo que el jardín parecía aún más hermoso que antes de su encierro, que la puesta de sol era la más bella que habían contemplado en mucho tiempo, y que había mucha gente, entre pacientes y personal del manicomio, dando vueltas por allí plácidamente.

Detrás de los médicos con sus chaquetas negras, que seguían allí, apareció otro hombre vestido de manera similar. Tenía el cabello gris, la chaqueta convencionalmente negra, caminaba aprisa. Su paso decidido y su vestimenta indicaban que podía ser otro médico, o al menos un hombre con autoridad. Turnbull, que le vio ya desde alguna distancia, creyó conocerlo de algo; le pareció, sin embargo, que no era ni amigo ni enemigo, al menos su cara no le sonaba de ninguna de las dos categorías. Aquel hombre no parecía mostrar irritación, pero tampoco ternura. Su rostro denotaba que era un hombre pagado de sí mismo, un hombre que se creía muy importante. Turnbull comenzó a caminar en derredor suyo, aunque manteniendo la distancia, mientras estudiaba detenidamente su cara. Aquel mostacho, su actitud un tanto militar, el monóculo, cierto aire aristocrático aunque carente de distinción… Turnbull no podía recordar a ningún médico, pues siempre había sido un hombre de buena salud. ¿Sería un tío lejano suyo, muy lejano, o simplemente se había sentado frente a él en un tren? Aquel hombre clavó su mirada, y su monóculo, en el suelo, con gesto de hallarse atónito. Y entonces descubrió Turnbull que se trataba de Cumberland Vane, el magistrado

londinense ante el que Maclan y él hubieron de presentarse en cierta ocasión… El magistrado quizá se hallara allí para cumplir con alguna obligación, acaso estuviese investigando algo relacionado con la inspección de los manicomios…

A Turnbull le dio un vuelco el corazón al reconocerle, y sintió una excitación esperanzada. Como magistrado, *Mr*. Cumberland Vane podía ser un tanto excéntrico y descuidado, pero sin duda sería un hombre justo, o que pretendiera serlo, y acaso no del todo inaccesible al sentido común, según lo que se entiende por tal en el lenguaje convencional. Era, al cabo, una autoridad más humana y considerada que la capitaneada por aquel hombre de la barbilla hendida y sus subordinados con barbas.

Se dirigió rápidamente al magistrado y le dijo:

—Buenas tardes, *Mr*. Vane, no sé si me recuerda…

Cumberland Vane se ajustó el monóculo y miró fijamente a quien le hablaba. Después dijo lacónica pero educadamente:

—Sí, lo recuerdo a usted, caballero… Un asalto, algo así… Alguien le rompió una ventana, ¿no fue eso? Un tipo alto, apellidado… Macnosequé… Sí, su caso causó después mucho ruido…

—Se apellida Maclan, señor —dijo Turnbull respetuosamente—. Estamos juntos aquí…

—¡Ah! —exclamó Vane muy sorprendido—. ¡Vaya con ese tipo! ¿Sigue con sus tonterías?

—*Mr*. Vane —dijo Turnbull con mucho respeto—, no voy a decir ahora si él y yo mostramos entonces el debido decoro. Creo que fue usted muy considerado con nosotros, pues en ningún momento nos trató como si fuésemos criminales, y eso que al parecer pudo hacerlo… Estoy seguro de que usted, si no nos trató como criminales entonces, tampoco nos tendrá por lunáticos ni legal ni médicamente, y merecedores de ser encerrados por ello, y podrá testificar a nuestro favor en consecuencia… Estoy seguro de que hará valer sus influencias para defendernos.

—¡Mis influencias! —dijo el magistrado con evidente desánimo—. Creo que no le entiendo…

—Ignoro en calidad de qué está usted en este lugar —siguió diciendo Turnbull en el mismo tono respetuoso de antes—, pero una autoridad tan distinguida como usted habrá de encontrarse en estos pagos por un asunto de la mayor importancia… Se halle usted en este manicomio con la intención de visitar e investigar el lugar, o se encuentre aquí como consejero legal, su opinión ha de ser tenida…

Cumberland Vane explotó en un gesto de rabia; su rostro denotó una furia difícil de contener, aunque la verdad es que no parecía mostrarse así precisamente por culpa de Turnbull.

—¡Que Dios nos bendiga y nos salve! —exclamó—. No estoy aquí en misión oficial, caballero… He ingresado aquí como paciente… Esa pandilla de ratas aficionadas a la química ha decidido que no estoy en mis cabales…

—¿Usted? —dijo Turnbull aterrorizado—. ¿Que usted ha perdido el juicio? —y atónito por lo que acababa de escuchar, como si aquello no pudiera ser real, añadió—: ¡Pero si usted no tenía juicio alguno que perder!

Pero de inmediato se dio cuenta Turnbull de lo improcedente de su ironía, recuperó su diplomacia, y siguió diciendo ahora con cierta desesperación:

—Eso no puede ser —dijo con gran convicción—. Los hombres como Maclan y yo podemos sufrir injusticias… Pero usted… Un hombre como usted tiene que tener influencias suficientes como para que…

—Ahora mismo sólo hay un hombre influyente en Inglaterra —dijo Vane y se le desvaneció la voz.

—¿A quién se refiere? —preguntó Turnbull.

—Hablo de ese sujeto con la barbilla hendida —respondió el otro.

—Pero ¿es posible que detente semejante poder? —dijo Turnbull—. ¿Es posible que haya convertido todo un país en un manicomio?

Mr. Cumberland Vane se echó a reír tristemente.

—Usted lo ha dicho… Usted mismo ayudó a ello —dijo—. De igual manera que usted fue lo suficientemente insensato como para aceptar el reto a duelo que le hizo Maclan, cualquiera podría creer que el Banco de Inglaterra pintaría sus edificios de rosa con lunares blancos…

—No entiendo por qué se sorprende tanto —replicó Turnbull—. ¿Por qué le extraña que me mostrase dispuesto a combatir? Siempre he sido un luchador.

—Bien —dijo Cumberland Vane, con cierto ánimo ahora—, usted no cree en la religión, ¿verdad? Eso nos hizo pensar en el juzgado que estaría por ello a salvo de muchas cosas… Usted se manifestó en ese sentido como ninguno de nosotros se hubiera atrevido a hacerlo. Nadie, en realidad, se atreve a poner en tela de juicio unos sentimientos inculcados por las madres en nuestra infancia… Todos, sin embargo, estábamos con usted, sabíamos que tenía toda la razón… En realidad, creímos en usted.

—¿De veras? —dijo el editor de El Ateo con el corazón henchido de alegría—. Pues no sabe cómo me hubiera gustado oírle decir eso en aquel momento…

Se apartó del magistrado cortésmente y fue a sentarse lejos. No podía dejar de pensar en el hecho hilarante de que *Mr*. Cumberland Vane hubiera sido encerrado allí en calidad de lunático.

El jardín del manicomio había sido diseñado para que no se desperdiciara ni un rayo de sol mientras lo hubiera. Incluso a la sombra de los árboles se filtraba dulcemente, como si los sabios de Gotham hubieran encadenado una perpetua primavera a los arbustos. O como si tan irónico paraíso tuviera para sí una puesta de sol única mientras el resto de la tierra seguía girando ordinariamente.

Hubo un atardecer ya avanzado, en particular, que Evan Maclan recordaría el resto de su vida. El cielo estaba, como dirían los artistas, del color de los narcisos, lo que es decir de un amarillo que jamás ha tenido noticias del naranja, por lo que acaso inconscientemente se va tornando verde pálido… Eso hacía que al levantar los ojos las copas de los árboles parecieran del color de las violetas con tintes de la lavanda. Una luna blanca y joven comenzaba a asomar en tan delicado amarillo. Digo que Maclan recordaría siempre aquel atardecer límpido, en parte por los virginales tonos dorados y plateados que parecían bañar el césped del jardín, y en parte porque en tan delicioso ambiente vivió uno de los momentos más espantosos y a la vez gratos de su vida.

Turnbull seguía allí sentado, un poco más lejos, y también parecía absorto en la contemplación de tan bello atardecer, que impregnaba su naturaleza positivista como el campo impregna a los bueyes. Pero de pronto emergió de su abstracción al ver a Maclan salir de entre unos arbustos, haciendo mucho ruido al pisarlos descuidadamente, y atravesar un sendero con la misma falta de miramiento, iracundo como nunca antes le había visto. Supuso Turnbull que se trataba de alguna excentricidad propia del carácter céltico. Maclan cayó después sobre un banco, comenzó a agitarlo como si quisiera arrancarlo, y plantó allí sus rodillas retorciéndose como quien padece un dolor insoportable. En resumen, Maclan hacía las cosas propias de quien ha sido poseído por un demonio, o de quien ha sido mordido por una víbora, o de quien acaba de ser condenado a la horca… Turnbull observaba el rostro muy pálido de su amigo y a la vez enemigo, pero se mostraba frío, a la espera. Observaba sus ojos azules desorbitados y le parecía que el escocés era presa de una de las tempestades de las costas de su tierra… Pero siempre aparece una estrella luminosa en mitad de las tempestades, que avisa del inminente fin de las mismas. Sin embargo, no parecía haber estrellas para Maclan, quien, por el contrario, se debatía en medio de infinitos dolores.

No necesitó Maclan que Turnbull le preguntase qué le ocurría, pues a éste le sorprendió grandemente lo que comenzó a gritar:

—¡Tienen razón, todos esos tipos tienen razón! —gritaba—. ¡Dios mío, tienen razón! ¡Tienen razón, Turnbull! ¡Tengo que estar encerrado! —y siguió hablando como quien no repara en sus palabras porque cree necesario dejar que fluya el sentir de su corazón—: Creo que debí ser ingresado hace mucho tiempo, creo que mis grandes sueños y mis ideas no eran sino delirios… Unos delirios que han hecho que todo el mundo nos persiga… ¡Ahora me doy cuenta de todo!

—Dígame de qué se ha dado cuenta —le dijo el ateo mirándole cara a cara, aunque sin percatarse de que le hablaba con el afecto de un padre.

—Estoy loco, Turnbull —dijo Evan con una convicción mortal y se dejó caer rendido en el banco.

—Eso no tiene sentido —le dijo el otro con benévola brutalidad—. Eso es una tontería más de las muchas que usted dice…

Maclan negó con la cabeza.

—Me conozco bien, Turnbull —dijo—, y sé que no digo ninguna tontería ni a cielo abierto, ni a infierno abierto… Ahora veo las cosas como son bajo la luz más cierta del sol… La mística no permite contemplarlas tal cual son.

—Pero ¿de qué cosas me habla? —preguntó el otro, incrédulo.

Maclan bajó el tono de voz.

—La he visto —dijo—. La he visto caminando por este jardín hace apenas tres minutos.

La cara de Turnbull mostraba gran confusión, a medias entre la burla y a medias entre la pena. No sabía por qué decidirse, así que no dijo nada. Evan siguió hablando con absoluta sinceridad:

—La he visto caminar —dijo— bajo esos árboles sagrados, bajo ese cielo santo y dorado, como tantas veces la había visto al cerrar los ojos… Los cerré y los abrí varias veces, y allí seguía ella, aunque tengo la certeza de que en realidad no estaba… Llevaba una piel alrededor del cuello… Y su vestido era aún más hermoso que el que lucía la primera vez que la vi.

—Mi querido amigo —dijo Turnbull aguantándose la risa—, la verdad es que este lugar le está haciendo propender en exceso a la fantasía… Habrá visto usted por ahí a cualquier pobre chica y la ha confundido…

—Confundirla con otra… —dijo Maclan y se le desvanecieron las palabras.

Quedaron un rato en silencio, en el silencio del jardín, un silencio que si era una simple pausa para el escéptico, resultó definitivo para el hombre de fe.

Tanto que decidió zanjar la cuestión con unas palabras no menos definitivas:

—Bueno, da igual… Si estoy loco, me alegro de haber enloquecido al punto de creer que la veía…

Turnbull murmuró cualquier cosa un tanto despectiva y empezó a fumar mientras intentaba poner en orden sus pensamientos. Un instante después apenas pudo contenerse para no pegar un brinco en el banco.

A través de un trecho en el que caían el plata y el limón pálido del cielo, entre los acebos, se deslizaba la oscura figura de una joven dama cuyo perfil apuntaba a un lado y otro como los pájaros, cual si quisiera ver cuanto la rodeaba. Finalmente lo apunto a él por pura coincidencia. Turnbull ya no pudo seguir más tiempo sentado, así que se levantó y dijo con voz muy afectada:

—¡Por todos los demonios, Maclan! Pero si se parece a…

—¿Qué? —dijo Maclan con el corazón acelerado—. ¿La ve también usted? —y se le iluminaron de nuevo los ojos.

Turnbull entrecerró los suyos con un gesto de peculiar curiosidad, y echó a andar por el sendero próximo. Maclan siguió en el banco, rígido, pero mirándole con la boca abierta. Tenía un aire por el que no se podía haber dicho, desde luego, si era un hombre en todos sus cabales o no… Vio a aquel hombre, su amigo, un mortal, aproximarse al bello fantasma de sus sueños, observó los gestos que hacía al reconocerla sin la menor duda, y vio contra la puesta de sol cómo se estrechaban las manos en el saludo.

No pudo seguir sentado mucho más tiempo, así que se fue también él por el sendero, pero como si quisiera cerciorarse de que aquello no era una mala jugada de su imaginación, giró tras unos setos para verles mejor. Y la vio realmente hablando con Turnbull, graciosa, maravillosa, con todo el encanto que tantas de sus noches habían llenado sus recuerdos. Ella acabó por descubrirle y, avanzando hacia él lenta y majestuosamente, le extendió su mano. Cuando se la estrechó se dijo que estaba sano, definitivamente sano, no importaba si todo el sistema solar había enloquecido.

Parecía completamente despreocupada, muy tranquila, y estaba muy elegante. Hay algo muy extraño en las mujeres; rehúsan mostrarse emocionadas en los momentos de máxima emoción bajo el pretexto de que pueda verlas alguien. Pero Maclan, en contra de lo que hubiera hecho cualquier otro hombre con un mayor sentido crítico, no reparó en ello y se dejó llevar por la rueda del insólito acontecimiento que vivía.

Aunque no sabía qué decir, sus ojos lo expresaban todo… A tal punto que ella fue quien tomó la palabra para decir graciosamente, gesticulando con

absoluto encanto y hasta poniendo un gesto de burla:

—¿No lo sabe? —dijo sonriéndole y alzando levemente las cejas—. ¿No ha oído usted la gran noticia? Pues resulta que soy una lunática —y tras una breve pausa añadió con un algo de orgullo—: Tengo un certificado que lo prueba.

Sus maneras, tocadas por el halo de estoicismo propio de las de su sexo, eran las propias de quien se halla en un gran salón, recibiendo a sus invitados. Evan, incapaz de estar a su altura, se limitó a decir convencionalmente excitado:

—Eso es una estupidez demoníaca, no tiene ningún sentido…

—Realmente —dijo la joven dama echándose a reír.

—Le ruego me disculpe —dijo el infeliz joven—, pero, realmente, ¿qué hace usted en este asilo?

La joven dejó escapar una de esas risitas propias de la femineidad. Rápidamente compuso gesto y figura de nuevo y respondió con enorme dignidad:

—Bueno, ya que lo pregunta… ¿Y qué hace usted aquí?

El hecho de que Turnbull se hubiera apartado de ellos, para inspeccionar con un interés inusitado los rododendros, les había dejado solos en el jardín como unos nuevos Adán y Eva en el Edén. La joven dama, sin embargo, no se permitía la menor relajación.

—Me han encerrado en este manicomio —respondió Evan muy orgulloso— por intentar cumplir la promesa que le hice a usted.

—Eso está muy bien —dijo la dama asintiendo con una sonrisa idónea—. Y a mí me han encerrado aquí por ser yo a quien hizo usted su promesa…

—¡Pero eso es una injusticia! —clamó Maclan—. ¡Es imposible!

—¡Oh!, si quiere le enseño el certificado —replicó ella encantadoramente burlona.

Maclan se quedó mirándola unos instantes y luego clavó sus ojos en las punteras de sus botas. Después los alzó al cielo, y transcurridos unos segundos volvió a mirarla. Cada vez estaba más seguro de que no había enloquecido, pero los hechos que vivía no podían hacer sino que aumentara su perplejidad.

Se aproximó más a ella y le dijo con una voz en la que se le adivinaban sus miedos:

—Por favor, no se haga la tonta con alguien tan tonto como yo, no es preciso… ¿De veras la han encerrado aquí por habernos ayudado a escapar?

—Sí —se limitó a responder ella sin dejar de sonreír, pero con algo de nerviosismo ahora.

Evan se cubrió la cara con uno de sus grandes brazos y comenzó a llorar en silencio.

El tono alimonado del cielo se iba haciendo blanco a medida que se producía ese colapso consustancial al ocaso. Los pájaros se amontonaban en las ramas de los árboles y la luna se enriquecía por momentos con su propia luz. *Mr*. James Turnbull seguía entregado a lo que parecía una muy interesante investigación botánica sobre la estructura de los rododendros. Pero la joven dama no se movió ni una pulgada de donde estaba hasta que Evan, recuperado, la volvió a mirar de frente. Comprobó entonces que no era sólo él quien tenía los ojos llenos de lágrimas.

Mr. James Turnbull siempre había profesado un interés profundo en las ciencias físicas, por lo que un buen jardín era para él un fenómeno digno de estudio y análisis, aparte de un placer. Pero transcurridos tres cuartos de hora de semejante contemplación, hasta un apóstol de la ciencia como él comienza a considerar que los rododendros, en realidad, son algo realmente aburrido, sobre todo cuando no hay nadie a quien ofrecer sus descubrimientos. Probablemente, a los dos que estaban un poco más allá de donde se encontraba él todo eso les traía sin cuidado; es más, ahora paseaban por el jardín muy despacio, muy entretenidos en su conversación, muy próximas la negra cabellera de él y la castaña cabellera de ella… Así que Turnbull, con todo cuanto había observado acerca del crecimiento de los rododendros, tomó el sendero que conducía al edificio. Los otros dos seguían paseando y hablando. Sólo Dios sabía qué se decían… Puede incluso que a día de hoy lo hayan olvidado, pero no seré yo quien lo repita aquí… Al llegar al final de su paseo ella volvió a ofrecerle su mano con la misma elegante delicadeza, aunque quizá ahora un poco temblorosa… Él se la tomó lentamente.

—Me gustaría tener tu mano siempre entre las mías —dijo Evan—. Así no me importaría estar encerrado aquí para siempre.

—Estuviste dispuesto a perder la vida por mí —dijo ella emocionada—, y me han encerrado como a una loca por ti… Realmente creo que, después de eso…

—Lo sé —dijo Evan en voz muy baja, mirando al suelo—. Después de eso nos pertenecemos el uno al otro… Seguiremos unidos hasta que se caigan del cielo las estrellas —y mirándola fervientemente añadió—: Pero… ¿cómo te llamas?

—Me llamo Beatrice Drake —dijo con gran solemnidad—. Podrás comprobarlo en mi certificado de lunática.

19
El último parlamento

MIENTRAS se iba, Turnbull trataba de explicarse la presencia allí de dos personas tan distintas como Vane y la joven dama. Llegaba ya casi al edificio cuando salió detrás de unos laureles un tipo alto y joven que lo abrazó.

—¿No me recuerda? —dijo casi llorando el joven, que parecía muy contento además de emocionado—. ¿Es posible que no le llegara yo al corazón, viejo amigo? Bueno… ¿Qué ha sido de mi yate?

—Suélteme, por favor, que me va a ahogar —dijo Turnbull, molesto—. ¿Está usted loco?

El joven se sentó tranquilamente en el suelo y cayó en un éxtasis de pura risa.

—No, qué va… Eso es lo más gracioso de todo —dijo—, que no estoy loco… Me han metido aquí, pero no soy un orate —y volvió a reírse con unas carcajadas que evocaban las más inocentes campanas.

Turnbull, a quien estaba a punto de agotársele la capacidad de sorprenderse, abrió mucho los ojos y dijo:

—*Mr*. Wilkinson, supongo —la verdad es que no tenía nada más que decirle.

El hombre alto y joven asintió muy educadamente.

—Siempre a su disposición, señor —dijo—. Pero que no se me confunda con los Wilkinson de Curbenland, ¿eh?… ¿Qué ha sido de mi yate, viejo amigo? Ya ve usted, me han metido aquí, me encuentro en este jardín sin nada que hacer, y un yate siempre es un buen entretenimiento para un soltero…

—Créame que lo siento, de veras —comenzó a decir Turnbull a punto de caer en la más negra desesperación—, pero realmente…

—Ya me lo imagino; de momento no lo tiene usted consigo —dijo Wilkinson con mucha magnanimidad intelectual.

—Bueno, el caso es que… —intentó explicarse Turnbull, pero la frase se le heló en los labios cuando vio acercarse los ojos de cordero del doctor Quayle.

—¡Ah, mi querido *Mr*. Wilkinson! —dijo el médico como si aquel encuentro fuese casual y grato—. Y también *Mr*. Turnbull… Bien, me gustaría hablar a solas con *Mr*. Turnbull.

Mr. Turnbull hizo un movimiento y emitió un gruñido, con los que parecía asentir, y el médico lo tomó por el brazo con exquisita cortesía, llevándoselo de allí.

—Estoy seguro de que *Mr*. Wilkinson sabrá excusarnos —dijo mostrando toda su dentadura en la sonrisa.

Y se llevó raudo a Turnbull hacia el final del sendero, con el viento haciendo que se levantaran los faldones de su chaqueta.

—Mi querido señor —dijo con maneras excesivamente afectadas—, no necesito decirle que su caso no es desesperado, pues comprende usted muy bien el punto de vista científico. Por eso no me gusta que trate usted con otros asilados sin redención posible. Son monótonos, estúpidos y enloquecidos… Ese hombre con el que hablaba usted, el pobre, es uno de los casos más extremos de maniático de ideas fijas que tenemos aquí… Me resulta triste decirlo, pero creo que es del todo incurable… Se pasa el día hablando con todo el mundo —aquí bajó el médico la voz, como si quisiera hacerle una confidencia— y va diciendo por ahí que dos tipos le quitaron su yate… Su relato de cómo sucedió eso carece por completo de coherencia.

Turnbull se detuvo de golpe.

—Bueno, no puedo dejar las cosas así, realmente… —comenzó a decir.

—Lo sé, ya lo sé —dijo el experto psicólogo con mucha tristeza—; se trata de un caso de melancolía extrema, por suerte muy poco común. Es raro, ya le digo, no obstante lo cual lo tenemos perfectamente clasificado… Lo que padece ese hombre se llama perdinavititis, una especie de inflamación mental que hace creer a los pacientes que han perdido un yate… Realmente —añadió con un cierto sentimiento de culpabilidad, como excusándose por su inmodestia— debería sentirme orgulloso, he descubierto el único caso que existe de perdinavititis.

—Pero es que no es así, doctor —dijo Turnbull vehemente, casi tirándose de los pelos—. Ese hombre ha perdido de verdad su yate… En realidad, y para dejar las cosas en claro de una vez por todas, fui yo quien tomó su yate…

El doctor Quayle bajó los faldones de su chaqueta que el viento levantaba, se quedó mirando fijamente a Turnbull y le dijo con una amabilidad que

apenas disimulaba su enojo:

—Claro, claro que lo hizo usted, de acuerdo, de acuerdo… —y con un gesto cortés le indicó que siguieran caminando.

Bajo el primer codeso al que llegaron hicieron otro alto. El doctor Qualey sacó entonces un lápiz y su libreta de notas y empezó a escribir: Turnbull muestra un desarrollo singular de su eleuteromanía que cursa con una repentina manifestación de rapinavititis, ese delirio según el cual el paciente cree haber robado un barco. Primer caso registrado.

Turnbull le observó un rato mientras escribía y luego se fue en busca de Maclan, justo como un marido, acaso un mal marido, que busca a su esposa para descargar en ella su furia. Encontró a Maclan pensativo y melancólico tras su extraordinario reencuentro con Beatrice. Incluso alguien que no le conociera habría dicho que aquel hombre estaba en el séptimo cielo. No pensaba, tampoco albergaba ningún deseo concreto; simplemente, evocaba aquel encuentro con ella, repasaba una por una las palabras que se habían dicho, cómo movía ella las muñecas y las manos al hablar, con qué elegancia giraba el cuello para decir algo… En semejante éxtasis se hallaba cuando Turnbull le tomó del brazo con cierta violencia y le acercó mucho a la cara su barba roja. Maclan dio un paso atrás, asustado; el alma que se le asomaba por los ojos pareció esconderse entonces tras las ventanas de los párpados. Cuando James Turnbull le apuntó al pecho con su espada, aquellas veces en las que intentaron librar su duelo, no se había hallado el joven escocés en tanto peligro como ahora. Al menos tardó tres segundos en recuperarse Maclan del susto, y cuando lo hizo tenía el semblante tan descompuesto que parecía tener que afrontar la dura prueba de matar a su padre.

Brotó de él una indescriptible convulsión emocional al ver la cara de Turnbull, a quien parecía que se le dispararían los ojos de un momento a otro como dos balas. De golpe se desvaneció en el joven tanto sentimiento amoroso como hasta poco antes albergaba.

—¿Le ocurre algo, Turnbull? —preguntó a la vez ansioso y molesto por la interrupción.

—Me estoy muriendo —dijo el otro ahora con mucha tranquilidad—, y lo digo casi en un sentido literal… Me estoy muriendo por saber qué pasa realmente, qué significa todo esto.

Maclan no respondió.

—Usted —siguió diciendo Turnbull ahora con bastante aspereza— no piensa más que en esa joven, y quizá nada le importe ya, ni siquiera que le diga que todo esto es increíble… Debería reparar usted en que no es ella la

única persona aquí recluida… Acabo de ver a Wilkinson, el del yate que perdimos… He visto también al magistrado ante el que nos llevaron cuando usted me rompió la ventana… ¿Qué significa todo esto, tantas coincidencias? ¿Qué está pasando realmente? ¿Cómo es que volvemos a encontrar aquí, precisamente aquí, a toda esa gente? Es difícil ver juntos a tantos conocidos, salvo si se trata de un sueño —y exclamó tras un corto silencio—: ¿Está usted aquí realmente, Evan? ¿Alguna vez ha estado aquí realmente? ¿Acaso estoy soñando?

Maclan, a pesar de su silencio, le había escuchado con gran atención y su rostro se iluminó entonces con una de esas raras manifestaciones de alegría que se permitía.

—No, mi querido y buen ateo —dijo—; no, mi amigo cortes, amable, transparente, reverente y pío viejo blasfemo… No, no está soñando usted, está bien despierto.

—¿Entonces?

—Hay dos situaciones en las que uno puede reencontrarse con viejos conocidos —dijo Maclan—. Una es el sueño, efectivamente; la otra, el fin del mundo.

—Quiere usted decir…

—Sólo digo que esto que vivimos no es un sueño —dijo Evan con gran elocuencia.

—Sugiere usted que… —comenzó a decir Turnbull.

—Guarde silencio, o tendré que decir que todo esto es un inmenso error —dijo Maclan tomando aliento—. Resulta difícil de explicar, en cualquier caso. El apocalipsis es lo más opuesto a un sueño. El sueño es más falso que la vida real. Pero el fin del mundo es un concepto mucho más real que la mera conclusión del mundo. No quiero decir del todo, porque no estoy completamente seguro de que así sea, que esto es el fin del mundo, pero sin duda se le parece bastante… Es, en cualquier caso, el fin de algo. La gente ha sido concentrada en un rincón. Todo converge en ese punto.

—¿Y qué es ese punto? —preguntó Turnbull.

—No lo sé, no alcanzo a comprenderlo —dijo Evan—. Es algo terriblemente complejo —y añadió tras una pausa—: No lo veo, ni lo comprendo, pero trataré de describirlo… Turnbull, hace apenas tres días comprendí que librar nuestro duelo no tenía sentido, no estaba bien.

—¡Hace tres días! —exclamó Turnbull—. ¿Y cómo fue que le llegó esa iluminación?

—Supe que no me asistía la razón, que librar el duelo no estaría bien —respondió Evan—. Lo comprendí al contemplar los ojos del anciano encerrado en aquella celda.

—El anciano de la celda —repitió expectante Turnbull—. Ese pobre idiota al que le gusta jugar con los pernos que abren las puertas…

—Sí —dijo Maclan tras una breve pausa—. Ese pobre viejo idiota al que le gusta jugar con los pernos… Cuando le miré a los ojos y le oí hablar con su extraño acento, comprendí que no me asistía de ningún modo el derecho a quitarle a usted la vida. Hubiera sido un pecado.

—No sabe cuánto se lo agradezco —dijo burlón Turnbull.

—Deme tiempo —siguió diciendo Maclan—, sólo estoy tratando de explicarle la verdad de las cosas, trato de decirle mucho más de lo que llego a comprender. No puedo sino hacerle una confesión… Confieso —dijo con un espíritu muy elevado— que todos los que dijeron que nuestro duelo era una locura tenían razón. Lo confesaría ahora mismo incluso ante Cumberland Vane y su monóculo. Lo confesaría incluso ante aquel estúpido que nos habló del amor. Todos tenían razón. Yo estoy loco —hizo otra pausa y se pasó la mano por la frente como si estuviese agotado—. Estoy loco, es verdad, aunque, después de todo, quizá no sea la mía sino una leve locura. Si cientos de biempensantes libraran duelos sin más, nadie se opondría tan salvajemente a mi salvaje apetencia de un duelo. La gente libró duelos hasta no hace mucho, pero eso ya forma parte de la historia. Sin embargo, en el presente toda Inglaterra ha caído cautiva para que pudieran hacernos cautivos a nosotros. Toda Inglaterra se ha convertido en un manicomio para poder probar que usted y yo somos unos lunáticos, sólo por querer librar un duelo como los de antaño… Creo en cualquier caso que, y trataré de explicarme convenientemente, comparado con la gente en general, a mí se me debería tener por un hombre sano —hizo otra pausa y prosiguió—: Al llegar a esta conclusión he podido verlo todo con más claridad. He visto la Iglesia y el mundo. La Iglesia, en sus acciones más mundanas, se ha acercado por completo a las cosas más mórbidas, tales como las torturas, el derramamiento de sangre, las visiones, el ansia de exterminación… La Iglesia ha creado una locura de la que yo mismo soy partícipe. Yo soy la masacre de San Bartolomé, yo soy la Inquisición española. Pero la masacre es una perversión, incluso cuando responde a provocaciones, como ocurrió con la de San Bartolomé. Sin embargo, su moderno Nietzsche afirma que la masacre puede ser gloriosa, incluso sin que medie provocación. La tortura debe evitarse por todos los medios, violentamente si es preciso, incluso cuando la Iglesia la

haya puesto en práctica. Pero su moderno Tolstoi dice que no se debe proceder violentamente ni siquiera contra quien la ponga en práctica. Así pues, ¿qué es más violento, el mundo o la Iglesia? ¿Quién es más demente, el sacerdote español que consiente la tiranía, o el sofista prusiano que la admira? ¿Quién está más loco, el sacerdote ruso que desaconseja la rebelión, o el novelista ruso que la prohíbe? He ahí la cuestión definitiva, la prueba última… El mundo, por sí solo, se desarrolla más salvajemente que cualesquiera creencias. No hace tanto, sólo unos pocos días, usted y yo éramos los tipos más locos de Inglaterra. Hoy, ¡Dios mío!, creo sin embargo que somos los hombres más sanos de este país. Eso es lo que realmente importa. Y la cuestión estriba en saber si la Iglesia está de verdad más loca que el mundo. Deje usted a los racionalistas que echen su carrera, y veamos adónde llegan… Si el mundo halla otro equilibrio mejor que el que Dios pueda ofrecerle, adelante, dejémoslo estar. Pero ahora mismo… ¿encontrará el mundo un mejor equilibrio? ¿Perderá en su búsqueda el que ya tiene? —y añadió con bastante desesperación—: ¿Se detendrá el mundo en su propio fin, o simplemente se bamboleará y seguirá su curso haciendo eses como un borracho?

Turnbull continuaba en silencio. Maclan, clavando de nuevo los ojos en el suelo, dijo:

—El mundo irá por ahí haciendo eses como un borracho, Turnbull, no lo dude; no podrá girar convenientemente por sí solo. Usted sabe que no podrá. Ésa es la gran tristeza de su vida, Turnbull. Este jardín no es un sueño, sino un apocalipsis fulminante. Este jardín es el mundo enloquecido.

Turnbull no movió ni la cabeza. Seguía atentamente las palabras de su amigo. Maclan supo que, por primera vez desde que se conocían, lo escuchaba con absoluta seriedad.

—El mundo se ha vuelto loco —siguió diciendo Maclan—, y lo ha hecho por nosotros… El mundo ha hecho de un asunto leve un gran problema que oponer a los pequeños errores cometidos por la Iglesia. Por eso han convertido diez condados en un manicomio. Por eso gente respetable y hasta encantadora ha sido amontonada en este lugar infame. Ha llegado el momento de juzgar al mundo. Sometamos a juicio al príncipe de este mundo precisamente porque él tanto ha juzgado… Hay una solución que ofrecer a la batalla entre la esfera y la cruz…

Turnbull alzó la mirada.

—La esfera… y la… —dijo.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Maclan.

—Tuve un sueño —dijo Turnbull tratando de recordar—, en el que la cruz había sido destruida y seguía en pie la esfera…

—Y yo tuve un sueño —dijo Maclan—, en el que la cruz seguía erecta y la esfera se tornaba invisible… Los dos fueron sueños infernales, no lo dude… Quizá fue un movimiento del globo terráqueo el que alzó la cruz… Pero hay una diferencia notable y digna de consideración: el movimiento del mundo a menudo impide la órbita del mundo. Los astrónomos nos dicen que el mundo tiene la forma de una naranja, o de un huevo, o de una salchicha alemana… En realidad, no hacen más que golpearlo para cambiarle la forma a conveniencia. Turnbull, no pensemos que la esfera será siempre la esfera; no creamos que será la razón lo que nos haga razonables. Al final, el globo terráqueo acabará pinchándose y sólo seguirá en pie la cruz.

Hubo otro largo silencio, que rompió Turnbull al fin diciendo con bastante excitación:

—Es curioso lo que ha ocurrido tras nuestros sueños… o lo que sean… —comenzó a decir.

—¿Y bien?

—Desde entonces —siguió Turnbull en un tono de voz muy bajo—, ni usted ni yo nos hemos vuelto a preocupar por nuestras espadas…

—Tiene usted razón —dijo Evan, también muy bajo—. Ambos hemos descubierto que odiamos ciertas cosas mucho más de lo que nos odiamos entre nosotros, o de lo que podríamos llegar a odiarnos… Creo que sé el nombre que tienen.

Turnbull pareció titubear unos instantes.

—No importa cómo las quiera llamar —dijo—, siempre y cuando se mantenga usted tan lejos como pueda de ellas…

Un ruido de arbustos a un lado del sendero, tras ellos, precedió a la aparición de una figura alta que se acercó arrogantemente a Turnbull, proyectando su barbilla una sombra larga sobre el suelo.

—Ya ve usted que no es tan sencillo —dijo Maclan entre dientes.

Clavaron ambos sus ojos en los del director, sólo por un segundo. Los ojos de éste estaban llenos de una fría cólera, de un odio indecible. Su voz carecía ya de ironía. Parecía evidente que se mostraba tan sarcástico como un bastón de hierro.

—Les doy tres minutos para que se metan en el edificio —les dijo con precisión letal—, o mi artillería les disparará desde todas las ventanas. Me parece que se habla demasiado en este jardín, por lo que estoy pensando en clausurarlo… Serán bien alojados en el interior, no lo duden…

—¡Ah! —exclamó Maclan lanzando a su amigo una mirada harto significativa—. O sea, que tenía yo razón…

Y sin decir más dio la espalda al director y se fue despacio y obediente hacia el edificio. Turnbull pareció acariciar por unos momentos la intención de emprenderla a puñetazos con el director del manicomio, tantos deseos tenía de verlo rodar por el suelo, pero no tardó mucho en rendirse al mismo fatalismo que su compañero. Sus deseos seguían sufriendo la terrible colisión de la realidad, de manera más dura y precisa cuanto más los albergaba.

20
Dies irae

A medida que se dirigían al edificio del manicomio, y al levantar los ojos hasta las filas de ventanas de la fachada, comprendieron mejor la amenaza del director. No había sido una mera forma de hablar. Vieron las filas de las ventanas del edificio, aquella fábrica de suplicios, y vieron en ellas los cilindros de la nueva y milagrosa maquinaria armamentista, además de moderna. Las armas dominaban por completo el jardín desde las ventanas convertidas en atalayas, dominaban incluso el condado entero. Podían despedazar a una compañía entera de policías.

Tan silente declaración de guerra surtió el efecto pretendido. Como Maclan y Turnbull caminaban despacio, mirando atónitos hacia las ventanas, en dirección a la puerta de entrada del asilo, comprobaron que muchos pacientes, además del personal de servicio y de los médicos, estaban allí atrincherados. Nada más entrar se cerró con un duro sonido metálico la puerta a sus espaldas, lo que dio paso a una nueva amenaza, aquélla, hubo de admitirlo para sus adentros el aterrado Turnbull, que había profetizado Maclan: la del día del juicio final, o la del día de la pesadilla.

Entre varias personas que se hallaban a un lado del *hall* estaba Madeleine Durand, la muchacha a la que había conocido en aquella isla dependiente del condado de Jersey. Su sonrisa parecía iluminar tan sobrecogedora e irracional oscuridad. Su cara era la misma hermosa y franca que había conocido, y sus ojos, al sonreír, parecían soñolientos. Primero la vio a ella, y al poco sólo la vio a ella. Duró un segundo, pues cuando miró de soslayo vio un sinfín de caras, todas conocidas, de gente con la que se había cruzado en las últimas semanas, e incluso en los últimos meses. Allí estaba el petulante filósofo tolstoiano de la barba amarilla, que lo miraba con la curiosidad propia de un ave de presa. Hablaba muy animadameente con *Mr*. Gordon, el corpulento tendero judío al que los duelistas habían reducido en su propio negocio. Y allí estaba igualmente el rústico enano de Hertfordshire, que hablaba consigo

mismo. Y además del magistrado *Mr*. Vane estaba su escribiente. Y junto a *miss* Drake se hallaba su chófer. Aquello impresionó más a Turnbull que cualesquiera otras caras, por terroríficas y menos familiares que hubieran podido resultarle al aparecérsele en la peor de las pesadillas. Era el choque intelectual más terrible que podía sufrir, precisamente por la familiaridad de sus rostros. Impulsivo, dio unos pasos para dirigirse a Madeleine, pero se detuvo humildemente al comprobar que junto a ella había ahora otro rostro igualmente conocido, el del viejo Durand, padre de Madeleine, con su cabello gris y sus largas patillas igualmente grises. Pero no cesaron ahí las monstruosas maravillas de aquella noche. Recordaba bien al viejo Durand, recordaba bien su lúcida visión de las cosas, tan lúcida como monótona por sencilla y apabullante.

—¡Esto es el colmo de la infamia! —clamó Turnbull—. Si un hombre como él ha sido encerrado en este manicomio, ¿quién quedará fuera?

Hizo otro movimiento para acercarse a Madeleine, pero dudó porque ella continuaba sonriéndole… Maclan, sin embargo, se dirigió a Beatrice en busca de amparo.

Aquella escena quedó bruscamente interrumpida, antes de que empezara a resultarle grata a Turnbull, por una voz brutal y tajante, una voz que denotaba amargura en la sangre. El director estaba ahora allí, en medio de la escena, como un gran artista que se dispusiera a tomar una fotografía. Nunca lo habían visto tan imponente ni tan apuesto; nunca le habían podido contemplar, tampoco, aquel gesto de odio que mostraba, como el rictus de un actor infernal.

—Esto es una fiesta realmente encantadora —dijo ahora con ojos chispeantes.

Iba a decir más, desde luego, pero entonces se adelantó el viejo Durand y tomó la palabra.

Habló como lo hubiese hecho un burgués francés que se dirigiera al encargado de un restaurante. Eso quiere decir que se expresó con verbo ágil y rápido, hablando sin tomar aliento apenas, pero con absoluta coherencia, y lo que es más notable, sobriamente, sin traslucir emoción. Su vivacidad resaltada precisamente por la monotonía de su expresión, por la ausencia de inflexiones emotivas, llenaba de razones sus argumentos. Dijo, por ejemplo, cosas como las que siguen:

—Me niega usted mi media botella de Medoc, la bebida más sana y acostumbrada entre nosotros; me niega usted la compañía de mi hija, la más dulce, obediente y encantadora de las hijas; me niega usted la carne de

cordero, aunque no pretenda yo hacer un tasto eclesial; me prohíbe usted que pasee, algo necesario en las personas de mi edad… Y me dice que es todo por el respeto y acatamiento conveniente de las leyes. Pero las leyes forman parte del contrato social. Si se despoja al ciudadano no sólo de sus derechos, sino de sus placeres, y se le reduce a la mera condición de esclavo, el contrato social queda automáticamente anulado.

—No vaya usted tan lejos, *monsieur* —dijo entonces el doctor Hutton, pues el director seguía en silencio—. Este lugar queda bajo el amparo de las armas… Si nosotros hemos de obedecer las órdenes recibidas, también lo hará usted.

—Esas armas suponen la existencia de una maquinaria perfecta —admitió Durand, como si nada—, qué sé yo si funcionan con petróleo… Yo sólo digo que si caemos en la barbarie, el contrato social se anula automáticamente. Me parece que no hago otra cosa que exponer una teoría, que al menos tendría que debatirse.

—¡Oh!, acepto el reto de debatirla —dijo Hutton.

Durand le hizo una civilizada inclinación de cabeza y se apartó.

—Una fiesta encantadora —repitió el director con mucha sorna—. Me pregunto si no les habrá extrañado a ustedes, o al menos a alguno de ustedes, verse aquí juntos… Bien, será para mí un gran placer ofrecerles una explicación, damas y caballeros… Se lo contaré todo, descuiden… ¿Y a quién deseo contárselo todo muy especialmente? Pues a *Mr*. James Turnbull, porque tiene una mentalidad científica.

Turnbull pareció ahogar la protesta que iba a brotar de sus labios. El otro siguió diciendo en un tono de falsa elegancia:

—*Mr*. Turnbull sin duda estará de acuerdo conmigo, como lo están en selectos círculos científicos, en que la leyenda de la Crucifixión no ha producido otra cosa que daños e injurias.

Turnbull refunfuñó algo que podría haberse tomado por un asentimiento.

—En vano —siguió diciendo el director— hemos insistido a propósito de que aquello no fue, en todo caso, sino un incidente sin mayor trascendencia, bajo cuyo pretexto los fanáticos hicieron muchas ejecuciones. Así pues, al cabo nos hemos visto obligados a tomar cartas en el asunto, investigando con el espíritu que es propio de la historia vista a la luz de la ciencia. Gracias a la ayuda de gentes como *Mr*. Turnbull, hemos podido llegar a la feliz conclusión de que la Crucifixión jamás tuvo lugar realmente.

Maclan levantó la cabeza y miró fijamente al director del manicomio. Turnbull bajó la mirada.

—Ahí encontramos el modo en que se producían todas las supersticiones —siguió diciendo el director—, por lo que era preciso desmentir la de la Crucifixión desde un punto de vista histórico, cosa que hicimos con gran éxito en lo que a los milagros y cosas similares se refiere. Mas he aquí que llegados a este punto se produjo un hecho desgraciado cual lo fue, como diría *Mr*. Turnbull, el de intentar galvanizar el cadáver de Cristo y darle así vida ficticia… Tal hecho no fue otro que el del caso de ese excéntrico escocés que quiso batirse por la Virgen.

Maclan, muy pálido, dio un paso al frente, pero el director ni se inmutó. Siguió con su verbo fluido:

—Dijimos que ese duelo no debía admitirse, pues era una mera bravata, pero la gente es ignorante y romántica… Hubo signos alarmantes de que tanto ese escocés como su oponente comenzaban a ser considerados héroes. Intentamos por todos los medios, pues, contrarrestar esa reaccionaria consideración heroica. Quienes apostaran por el resultado final del duelo serían arrestados por juego ilegal. Los trabajadores que bebieran a la salud de los duelistas serían arrestados por borrachera. Así y todo, siguió creciendo la algarabía popular a favor de los duelistas, lo que nos hizo reconsiderar métodos de otro tiempo. Investigamos, siempre bajo principios científicos, la historia en la que podía basarse el reto de Maclan, y mucho nos place poder informarles ahora de que tal supuesto no existe, no es más que una fábula. Jamás hubo un reto. Jamás hubo un hombre que se apellidara Maclan. Toda esta historia no es más que un mito melodramático, como el del Calvario.

No se movía un alma, salvo Turnbull, quien alzó la cabeza movido por una silente explosión.

—La historia del reto lanzado por Maclan —prosiguió el director contemplando a los allí reunidos con siniestra benignidad— se origina en las obsesiones comunes a algunas patologías a las que hoy, por fortuna, podemos hacer frente. Hay entre nosotros, por ejemplo, una persona apellidada Gordon, propietario de una tienda de antigüedades. Es víctima de un trastorno denominado vinculomanía, que significa que uno cree haber sido herido o atado. Tenemos también aquí un caso de fuguismo, el de *Mr*. Wimpey, quien imagina haber sido cazado por dos hombres.

Destacaron entre los allí congregados las caras de indignación del tendero judío y del magdaleniense, pero siguió diciendo el director:

—Tenemos también a una pobre mujer —su voz era compasiva ahora— que cree haber ido en un automóvil con dos hombres… Eso no es más que la muy conocida ilusión que produce la velocidad, a propósito de la que no voy

a extenderme. Otra pobre y desgraciada mujer muestra la manía egotista de creer ser la causante del duelo… Madeleine Durand se cree, en efecto, causante e inspiradora del pretendido duelo a librar entre Maclan y su oponente, un combate que, no obstante, y de haberse producido, habría tenido un origen muy anterior, sin embargo… Pero no ocurrió. En resumen, cogimos a todas estas personas, pues profesaban manías tales, para demostrarles que todo era una fantasía. Por eso están aquí.

El director miró a su alrededor, mostrando sus dientes perfectos con una no menos perfecta mueca cruel henchida de la simplicidad de la satisfacción que le causaba su enorme éxito. Dio una vuelta por aquella estancia y se esfumó en dirección a otra. Sus dos lugartenientes, Quayle y Hutton, capitaneaban el ejército de loqueros y criados.

—Confío en que no tengamos más problemas —dijo el doctor Quayle muy complacido, dirigiéndose a Turnbull sobre todo, que levantaba una pesada silla por el respaldo.

Con la mirada baja, Turnbull levantó la silla del suelo un par de pulgadas. De inmediato la levantó más, ahora sobre su cabeza, y se la arrojó al médico, lanzándolo contra un rincón mientras la silla se partía y rodaban estrepitosamente sus patas de madera por el suelo. Maclan reaccionó al instante. Tomó otra silla y se la tiró al otro médico, derribándole igualmente de manera no menos estrepitosa. Veinte loqueros corrieron para dar caza a los rebeldes. Maclan logró derribar a tres de ellos y Turnbull saltó sobre la espalda de otro, produciéndose entonces una batalla campal entre todos los allí presentes.

Dos de los tres corredores que desembocaban en el *hall* se llenaron de humo azul. Al momento comenzaron a brotar chispas rojas en aquella densa neblina, chispas que volaban como abejas escarlata.

—¡Fuego! —gritó Quayle con un terror indecente—. ¿Quién demonios ha podido hacer esto? ¿Cómo ha podido ocurrir?

Una luz iluminó la mirada de Turnbull.

—¿Cómo ocurrió la Revolución Francesa? —le dijo.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? —clamó el médico.

—Bien, yo se lo diré —le replicó Turnbull—. Ocurrió porque algunos se encapricharon con la idea de que un bodeguero francés era tan respetable como parecía.

Mientras Turnbull decía eso, el viejo *Mr*. Durand, como para dar fe de sus palabras, seguía derramando plácidamente petróleo sobre un pañuelo para

pegar fuego a todo el edificio, de acuerdo con las cláusulas del contrato social.

Maclan iba a zancadas de un lado a otro, agitado y terrible.

—¡Ahora es el momento del juicio del mundo! —proclamó—. Los médicos habrán de irse de aquí, al igual que los loqueros. Seremos nosotros quienes a partir de ahora nos hagamos cargo de las armas que apuntan desde las ventanas. Nosotros, los lunáticos, seremos capaces de sacrificarnos vivos si no vemos que se largan de una vez.

—¿Y por qué cree usted que nos iremos? —le preguntó con rabia Hutton.

—Porque usted no cree en nada —respondió Maclan con simpleza—, porque tiene un miedo insoportable a la muerte.

—Pero lo que proponen ustedes es un suicidio —lloriqueó el médico—, algo que es más bien un síntoma dudoso de cordura.

—No tanto, es más bien una venganza —le dijo Turnbull tranquilamente—, algo absolutamente saludable.

—Y creen que los médicos nos iremos —dijo Hutton aterrado.

—Bueno, el personal de servicio ya se ha largado —respondió Turnbull.

Mientras intercambiaban aquellas palabras, los médicos eran cada vez más presos de un pánico brutal y corrían fuera del edificio junto con el resto de empleados del asilo, perseguidos incluso en el jardín por aquel humo azul. Entre los etiquetados como maníacos, sin embargo, nadie se movía, ni hombre ni mujer.

—Odiamos la muerte —dijo Turnbull con gran compostura—, pero mucho más les odiamos a ustedes. Esto es una Revolución triunfante.

Sobre el tejado, con un brillo estelar, apareció entonces algo hecho de metal blanco con las formas de un gran pez, algo que se balanceaba sobre algo parecido a un ancla. Cayó una escala desde aquella nave, y el director y maestro de la barbilla hendida se asomó gritando al vacío:

—¡Quayle, Hutton! ¡Tienen que huir conmigo!

Y ambos corrieron hacia la escala como autómatas.

Cuando al fin estuvieron en la nave, la criatura con la barbilla hendida sobrevoló las nubes de humo que ascendían desde el manicomio. Entonces dijo con una voz aterciopelada, una voz que denotaba tanta satisfacción como su sonrisa:

—Qué mala memoria tengo… Ahí abajo hay un hombre del que, no sé por qué razón, siempre me olvido… Siempre lo dejo por ahí tirado… Una vez lo dejé en la cruz de St. Paul… ¡Qué despiste el mío! Ahora lo he dejado en

una de esas celdas que seguramente arrasará el fuego… Una desgracia, sobre todo para él.

Y ascendió con su barco volador.

Maclan estuvo sin reaccionar al menos dos minutos. Luego salió aprisa por los sofocantes corredores. Turnbull miró a Madeleine y luego echó a correr tras el otro.

****

Maclan, con el pelo chamuscado, con la ropa ahumada, con las manos y la cara tiznadas, había logrado atravesar la primera barrera de llamas para llegar hasta las celdas que tan bien conocía. Era imposible, sin embargo, localizar el lugar exacto donde estaba encerrado aquel hombre, a causa de la densidad del humo y no por culpa de la oscuridad, sino del fulgor de las llamas, ni saber si aún estaba vivo o si había muerto. La celda estaba justo en el corazón de las llamas allí abajo, amarillas como un campo de centeno. Su crepitar semejaba el murmullo de una multitud que increpase a un orador. No obstante aquella densidad, Maclan creyó escuchar al fin un leve lamento. Al prestar atención lo pudo oír más claramente y se dirigió al lugar de donde provenía, pero Turnbull lo sujetó entonces por un brazo.

—¡Déjeme! —gritó Evan agónicamente—. Ahí está ese pobre viejo, aún vive, necesita auxilio.

—Escuche —dijo Turnbull levantando el dedo índice.

—Quizá se retuerza de dolor —dijo Maclan—. No puedo seguir sin hacer nada.

—Escuche —repitió Turnbull—. ¿Ha oído alguna vez que alguien pida socorro y se retuerza de dolor con una voz semejante?

Entre el crepitar de las llamas les llegó la vocecilla del anciano, extraña, impropia de la conflagración que allí se daba. Maclan miró asombrado a su compañero.

—Está cantando —se limitó a decir Turnbull.

Cayó un tabique en llamas, crujido por el fuego, y les llegó aún más claramente la voz del viejo lunático. En el justo centro de aquel infierno cantaba como un pájaro. Es difícil decir, sin embargo, qué cantaba, pero a ellos les pareció que se trataba de algo que hablaba de jugar entre el dorado heno.

—¡Dios mío! —exclamó Turnbull amargamente—. Pues sí que parece haber hecho avances en su idiotez —y dando unos pasos allá hacia donde

parecía brotar la voz, dijo al cantor invisible—: ¿Puede salir? ¿Se encuentra bien?

—¡Por todos los cielos! —exclamó entonces Maclan—. ¡Ahora se está riendo!

A despecho de que se pudiera estar quemando vivo, o de que le fuese a pasar eso de un momento a otro, el anciano hacía un repique de campanas con su risa. Maclan, que lo escuchaba, abría sus ojos desmesuradamente, como si un pensamiento extraño le llenara la cabeza.

—¡No sea tonto, salga de una vez y sálvese! —gritó Turnbull al anciano.

—¡No, por Dios, ésas no son maneras! —le reconvino Maclan—. ¡Padre! Salga usted y sálvenos a todos.

El fuego se hacía cada más intenso e indomeñable. Las llamas, grandes y desperdigadas aquí y allá, parecían cernirse sobre ellos como los claustros de una catedral infernal, o como un bosque de árboles tropicales crecidos en los jardines del demonio. Más grandes aún que las púrpuras bóvedas de la noche, las llamas se reproducían como estrellas, como dragones encadenados pero pugnaces. Las torres y los domos creados por el humo opresivo parecían planetas caídos en mitad de la neblina de Londres. Mas si una escena semejante puede hacernos sonreír, por disparatada, lo cierto es que aquel incendio lo devoraba todo lentamente. Las llamas, literalmente hablando, habían levantado un murallón de fuego.

—¡Padre! —gritó de nuevo Maclan al anciano—. ¡Salga y sálvenos a todos!

Turnbull no podía dejar de mirarle.

El gran bosque de fuego arrasador era ya un círculo de llamas portentoso, visible desde la tierra y el mar. El rojo refulgente de las llamas podía ser visto desde los barcos que surcaban el océano alemán y se reflejaba en los cristales de las ventanas de las villas más distantes, que parecían salpicadas de rubíes. Si cualquier morador de aquellas distantes villas, o cualquier marinero que se hubiese hecho a la mar, miraban hacia allí, oirían igualmente a Maclan gritando por tercera vez al hombre, para que saliera.

El bosque de llamas, en el corredor, se abría sin embargo en su justo centro para irradiar mejor y proyectarse batido por el viento que entraba en el corredor. Puede que el humo no llegara a tocar a las estrellas del cielo, pero desde el suelo se expandía ya por la región como una terrible bandera de la derrota.

Pero no era en realidad el viento; o si lo era, se trataba en realidad de dos vientos que soplaban en direcciones opuestas. Mientras uno lo hacía en

dirección al macizo central de la isla, el otro soplaba hacia el este, en dirección al mar. Eran, en fin, dos inmensas lenguas de fuego con forma de V, una suerte de llamarada bífida. Pero si aquello parecía un prodigio contemplado en lontananza, desde cerca era realmente aterrador, indecible. Mientras el eco de los gritos de Evan resultaba devorado al instante por el clamor del incendio, la bóveda sobre su cabeza se abrió de súbito, derrumbándose la techumbre, cayendo al suelo una pared. Y por aquella suerte de sendero abierto entre el corredor y las celdas apareció entonces, pisando cenizas, el anciano encorvado y menudo, que cantaba como si paseara solo por un bosque primaveral.

Cuando James Turnbull lo vio, extendió un brazo para apoyarlo en el hombro poderoso de Madeleine Durand, que había llegado hasta allí, y extendió igualmente el otro brazo para hacer lo mismo en el hombro de Evan Maclan. Sus ojos de un azul grisáceo eran entonces extraordinariamente hermosos y brillantes. Posteriormente, criticarían en periódicos y revistas escépticos su abandono de las certezas del materialismo. Hasta entonces había defendido con honestidad absoluta que no había más certeza que la derivada del materialismo. Mas, al contrario de lo que seguirían sosteniendo en sus publicaciones escritores como él, a partir de ahora defendería los hechos, los meros hechos constatables, por encima de las certezas del materialismo.

Cuando la menuda figura del cantor se acercaba más y más a ellos, Evan cayó de rodillas, y casi de inmediato hizo lo mismo Beatrice… También se arrodilló Madeleine… Y Turnbull, al cabo… El anciano siguió cantando corredor adelante. Ellos no se atrevieron a mirarle a la cara.

Sólo cuando hubo pasado se atrevieron a levantar los ojos. El fuego había comenzado con violencia, abarcándolo todo, llenando de humo indiscriminadamente todos los rincones… Ahora, como el cabello de una mujer, se había partido en dos grandes crenchas, dejando un pasillo limpio, iluminando tenuemente los confines de la noche y el cielo sin una nube, sin un pájaro. Arriba se vio entonces algo brillante que sobrevolaba el espacio, veloz como el viento, arrastrando una leve estela roja como el pecho de algunos pájaros. Todos supieron qué barco era, todos supieron de quién era.

Mientras alzaban la vista para contemplarlo vieron que la luz que desprendía el barco volador se iba desvaneciendo y dos tildes negras caían por la borda. Ansiosos, todos los rostros trataron de seguir la caída de las tildes negras, que por momentos aumentaban de tamaño a medida que caían. Entonces gritó alguien y nadie siguió mirando. A la luz de las llamas del asilo para locos seguían cerniéndose sobre el suelo aquellos dos cuerpos, que al fin

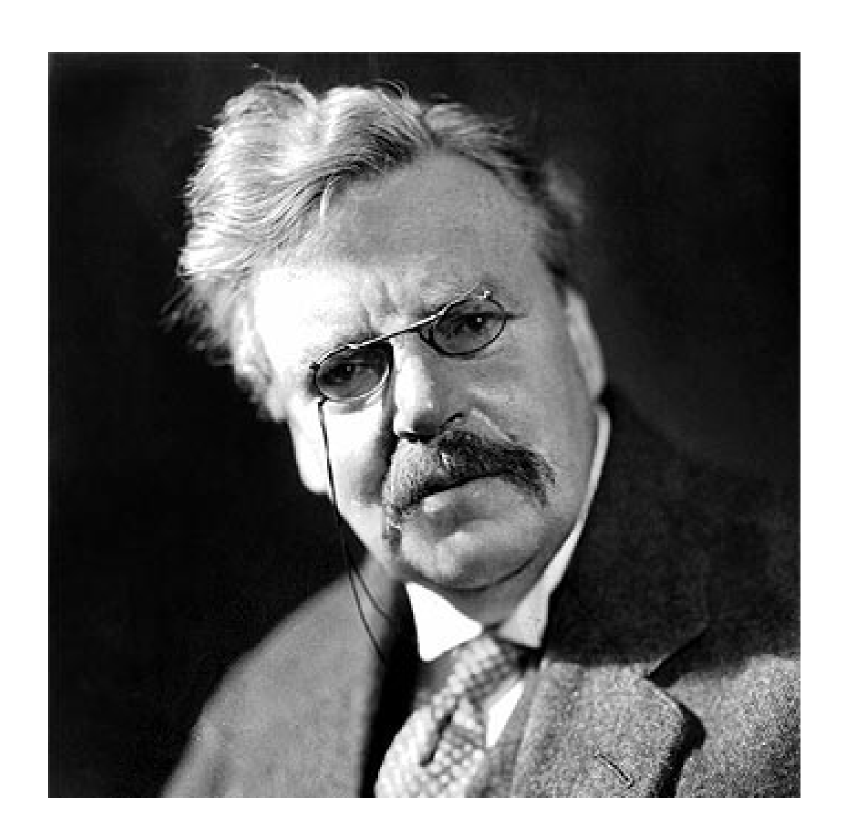
se estrellaron para quedar yacientes. Eran los cuerpos del doctor Quayle y del doctor Hutton, a los que el profesor Lucifer había llevado consigo. El débil y sarcástico Quayle. El frío y burlón Hutton.

—¡Se han ido para siempre! —clamó Beatrice alzando la cabeza—. ¡Dios mío, ya no están!

Evan la rodeó con su brazo y recordó sus visiones.

—No, no se han ido para siempre —dijo—. Se han salvado. Al fin y al cabo, el profesor Lucifer no ha podido llevarse sus almas.

Echó un vistazo a su alrededor, cuando el fuego comenzaba a consumirse, y vio dos cosas que brillaban entre las cenizas, dos de las pocas cosas que habían resistido a las llamas, su espada y la de Turnbull. Caídas, hacían ambas la forma de la cruz.



G. K. CHESTERTON (Campden Hill, 1874 - Londres, 1936). Crítico, novelista y poeta inglés, cuya obra de ficción lo califica entre los narradores más brillantes e ingeniosos de la literatura de su lengua. El padre de Chesterton era un agente inmobiliario que envió a su hijo a la prestigiosa St. Paul School y luego a la Slade School of Art; poco después de graduarse se dedicó por completo al periodismo y llegó incluso a editar su propio semanario, *G. Ks Weekly*.

Desde joven se sintió atraído por el catolicismo, como su amigo el poeta Hilaire Belloc, y en 1922 abandonó el protestantismo en una ceremonia oficiada por su amigo el padre O'Connor, modelo de su detective Brown, un cura católico inventado años antes.

Además de poesía (*El caballero salvaje*, 1900) y excelentes y agudos estudios literarios (*Robert Browning, Dickens o Bernard Shaw*, entre 1903 y 1909), este conservador estetizante, similar al mismo Belloc o al gran novelista F. M. Ford, se dedicó a la narrativa detectivesca, con *El hombre que fue Jueves*, una de sus obras maestras, aparecida en 1908.

A partir de 1911 empezaron las series del padre Brown, inauguradas por *El candor del padre Brown*, novelas protagonizadas por ese brillante sacerdote-detective que, muy tempranamente traducidas al castellano por A. Reyes, consolidaron su fama. De hecho, Chesterton inventó, como lo haría un poco

más tarde T. S. Eliot o E. Waugh, una suerte de nostalgia católica anglosajona que celebraba la jocundia medieval y la vida feudal, por ejemplo, en Chaucer (a quien dedicó un ensayo), mientras que abominaba de la Reforma protestante y, sobre todo, del puritanismo.

Maestro de la ironía y del juego de la paradoja lógica como motor de la narración, polígrafo, excéntrico, orfebre de sentencias de deslumbrante precisión, en su abundantísima obra (más de cien volúmenes) aparecen todos los géneros de la prosa, incluido el tratado de teología divulgativo y de gran poder de persuasión.

Los ya citados relatos del padre Brown siguen la línea de Arthur Conan Doyle, mientras que los dedicados a un investigador sedente, el gordo y plácido Mr. Pond (literalmente «estanque»), inauguraron la tradición de detectives que especulan sobre la conducta humana a través de fuentes indirectas, desde Nero Wolf hasta Bustos Domecq, el policía encarcelado que forjaron Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges, dos de los lectores más devotos que Chesterton ha tenido en el siglo XX.

Notas

[1] Alusión a Oscar Wilde. (N. del T.). <<

[2] Alusión a Charles Baudelaire. (N. del T.). **<<**

[3] Toro loco. (N. del T.). <<

[4] En el original claymore, espada de dos filos, larga y ancha, de los antiguos escoceses. (N. del T.). <<

[5] Partidarios de Jacobo II, rey de Inglaterra y de Escocia (1685-1688), que en 1672 hizo pública su conversión al catolicismo. Trató de recuperar el trono de Escocia mediante sucesivas intentonas hasta que en 1697 firmó la llamada Paz de Ryswick, dedicándose hasta su muerte (1701) a las prácticas devotas. (N. del T.). <<

[6] Se refiere a Enrique Brunswick-Woifenbuctel (1564-1613), llamado el Joven, que contribuyó primero a la constitución de la Liga Católica de Nuremberg, pero años después fue uno de los más ardientes defensores del luteranismo. (N. del T.). <<

[7] Vane significa veleta. (N. del T.). <<

[8] Quizá sea oportuno reseñar aquí lo que escribió George Orwell en un artículo de febrero de 1945 titulado *Antisemitismo en el Reino Unido* (*Anti-Semitims in Britain): There was also literary Jew-baiting, wich in the hands of Belloc, Chesterton and their followers reached an almost continental level of scurrility* (hubo también un apaleamiento literario del judío, que de la mano de Belloc, Chesterton y sus seguidores alcanzó un nivel de grosería más bien continental). El Belloc del que habla Orwell fue otro católico, poeta y novelista inglés, muy amigo y discípulo de Chesterton, nacido en Francia (1870-1953). Escribió una cosa, *Europe and the Faith* (1920), defensa acérrima y violenta del catolicismo que parece inspirada en esta presente novela de Chesterton. (N. del T.). <<

[9] Uno de los antiguos cuerpos de guardias del rey de Inglaterra. (N. del T.).
<<

[10] Antecedente del diario The Morning Star, periódico comunista. James Douglas sería años más tarde el primer periodista occidental que denunció a Lenin como dictador, una vez consumada la Revolución Soviética. (N. del T.). <<

[11] Del griego agapetós, querido, de agapao, amar. Mujeres que vivían en las casas de los sacerdotes virtuosos, viniendo a ser comensales de ellos. Eran una secta o comunidad gnóstica. (N. del T.). <<

[12] Los viajes de Gulliver, de Jonathan Swift. (N. del T.). **<<**

[13] Militar francés de origen judío, al que se acusó de espiar a favor de Alemania; posteriormente, y gracias en parte a la denuncia que del caso hiciera Emile Zola en su famoso Yo acuso, se descubrió que los espías eran otros dos militares franceses, no precisamente judíos sino cristianos, apellidados Esterhazy y Henry. (N. del T.). <<

[14] En 1910, al constituirse la Unión Sudafricana, el Transvaal pasó a formar parte de ella. Inglaterra se había anexionado el territorio tras la guerra contra los bóers holandeses. El asunto con los chinos al que se refiere Chesterton no es sino el derivado de la presencia británica en Hong Kong. Al Transvaal eran deportados, además, muchos chinos que se rebelaban contra la dominación británica de la isla. (N. del T.). <<

[15] En Dublin, donde los independentistas irlandeses asesinaron a tiros en 1888 a lord Frederick Cavendish, Secretario General para Irlanda, cuatro días después de su nombramiento para el cargo. (N. del T.). <<

[16] En inglés, derramamiento de sangre se dice con una sola palabra: Bloodshed. (N. del T.). <<

[17] George Bernard Shaw, gran amigo y a la vez gran contrario intelectual de Chesterton. (N. del T.). **<<**

[18] Poeta, crítico, ensayista, editor y diplomático norteamericano (1819-1891), cuya importancia literaria decayó notablemente con el inicio del siglo XX. Fue, sin embargo, un luchador denodado contra la esclavitud. Su obra más importante es *The Vision of sir Launfal* (1848), un largo poema de exaltación de la hermandad entre los hombres. (N. del T.). <<

[19] Henry Edward Manning (1808-1892), arzobispo de Westminster tras su conversión al catolicismo. Fue ordenado sacerdote católico en 1851 y elevado al rango de cardenal en 1857. Había enviudado en 1837, cuando aún pertenecía a la Iglesia anglicana, de la que salió posteriormente al ser desestimada su petición de que la Iglesia de Inglaterra volviera a la ortodoxia del siglo XVII. Fue un gran impulsor de los colegios católicos. Las fotos que de él se conocen lo muestran como un hombre realmente muy flaco. (N. del T.). <<

[20] Todos ellos, héroes de la mitología céltica escocesa, bandidos o guerreros beneméritos, salvo Roland, que es el Roldan de la Canción de gesta, el paladín de la cristiandad contra los sarracenos, el héroe de la Chanson de Roland y del Orlando furioso de Ariosto. (N. del T.). <<

[21] Charles Bradlaugh (1833-1891), escritor y editor en la tradición de Voltaire y Paine, defensor a ultranza de las libertades públicas, juzgado por blasfemia en numerosas ocasiones, como cuando editó Fruits of Philosophy (1876), del médico y filósofo norteamericano Charles Knowlton. Fue miembro electo de la Cámara de los Comunes, pero tardó cinco años en tomar posesión de su escaño por negarse a repetir la fórmula de juramento exigida, logrando con su actitud que fuese modificada. Curioso apellido el suyo: Bradlaugh significa risa punzante. (N. del T.). **<<**

[22] Edward Holyoke (1689-1769), décimo presidente del Harvard College, cuyos estudios liberalizó a extremos inimaginables en aquel tiempo, dotando además a la institución de una extraordinaria biblioteca, desaparecida posteriormente en un incendio. Norteamericano de Boston, no era sin embargo ateo: cursó estudios de Teología y fue ordenado ministro de la Iglesia de la Congregación en 1716. (N. del T.). **<<**

[23] Robert Ingersoll (1833-1899), político y orador norteamericano conocido como «el gran agnóstico». Filósofo humanista y científico racionalista, sometió a jocosos y muy profundos estudios la Biblia. Tras la Guerra de Secesión devino en Fiscal General del Estado. Por no ser creyente fue vetado para la carrera diplomática. Sus obras más importantes son Some Mistakes of Moses (1879) y Why I Am Agnosticy de 1896. (N. del T). <<

[24] Se refiere al biólogo y filósofo alemán (1834-1919), discípulo de Darwin y autor de *Historia de la creación de los seres según las leyes naturales*, entre otras obras. (N. del T.). <<

[25] *Mr*. Kensit fue un librero de la Ciry, protestante radical, que en 1898 formó una banda para asaltar iglesias católicas y apalizar a sus fieles. Resultó muerto en 1902, en uno de aquellos asaltos. De ahí se designó como prensa kensita a los panfletos antirreligiosos que circulaban por el Reino Unido. (N. del T.). <<

[26] Heresiarca sirio del siglo V, patriarca de Constantinopla, que profesaba la división de la unidad de Cristo en dos personas, una divina y otra humana. Fue depuesto en el Concilio de Éfeso (431) y murió desterrado en el desierto de Libia, en 440. (N. del T.). <<

[27] Sacerdote cristiano de Constantinopla que en el siglo IV afirmó la naturaleza finita de Cristo, lo que le supuso ser denunciado como hereje por la Iglesia en el Concilio de Nicea, en 325. (N. del T.). <<

[28] Se refiere al norteamericano Thomas Paine (1737-1809), político y escritor nacido en Norfolk, Inglaterra, además de ingeniero y marino mercante. Sus obras Common Sense y The American Crisis (ambas publicadas en 1776) alentaron a los independentistas norteamericanos contra los ingleses tanto como después alentarían a los independentistas que en América del Sur se levantaron contra España. Defensor de la Revolución Francesa, emigró a París donde estuvo del lado de los girondinos. Sólo su condición de norteamericano le salvó de la guillotina. Su obra Age of Reason fue considerada blasfema por los cristianos en general y le valió innumerables ataques que lo llevaron a refugiarse en Nueva York, donde murió. (N. del T). <<

[29] Véase la nota 21. (N. del T.). <<

[30] Gebhard Leberecht von Blücher (1742-1819), mariscal de campo prusiano determinante de la derrota de Napoleón en Waterloo. (N. del T.). <<

[31] John Bunyan (1628-1688), ministro y predicador puritano, autor de The Pilgruim's Progress (1678), libro que se considera guía espiritual y política del puritanismo, lleno de parábolas expresadas paradójicamente mediante un gran sentido del humor y continentes de una fantástica galería de tipos populares. (N. del T.). <<

[32] Walter Kruger (1825-1904), primer presidente del Transvaal y creador de la Nación Afrikaner. (N. del T.). <<

[33] En Sudáfrica, cerca de la frontera con Botswana y a 240 kilómetros de Johannesburgo. Gran capital comercial de la antigua Nación Afrikaner. Su nombre, derivado de una lengua africana, significa tierra de las piedras. (N. del T.). <<

[34] Algo así como lo del Juan Español que se dice por aquí. (N. del T.). **<<**

[35] Perteneciente al condado de Kent, en la costa septentrional de la isla de Thanet y en la desembocadura del Támesis. En tiempos fue puerto negrero y después pasó a convertirse en una estación balnearia. (N. del T.). <<

[36] Hijo de la reina Victoria, subió al trono en 1901. Masón y hombre sinceramente liberal, mantuvo inmutables los principios constitucionales y la honestidad en las relaciones internacionales. Tras la guerra de los bóers (1902) impulsó acuerdos con Francia y Rusia. Nació en 1841 y murió en 1910. Naturalmente, los católicos, dado el liberalismo del rey, lo denostaban con saña, sobre todo en Escocia y en Irlanda. (N. del T.). <<

[37] Tras la Revolución inglesa de 1688-1689, y ya en 1701, se produjo la adhesión de la corona británica al protestantismo. No fue hasta 1917 cuando la Casa Real Británica pasó de ser Casa Hanover, de origen germánico, a Casa Windsor. Maclan considera a los Hanover, pues, usurpadores, ya que la de los Estuardo era una Casa de raigambre escocesa y mayoritariamente católica. (N. del T.). <<

[38] Se refiere a Algernon Sidney (1622-1683), ejecutado por conspirar contra Carlos II (que reinó de 1660 a 1685). Político y escritor, se le debe la obra Discourses Concerning Goverment, publicada postumamente, en 1698, un texto en el que defiende el derecho popular a la revolución para imponer la república, o al menos una monarquía bajo control político. Dicha obra fue invocada por los norteamericanos cuando se rebelaron contra la dominación inglesa. (N. del T.). <<

[39] Jacob Grahan Montrose (1612-1650), general escocés de los ejércitos de Carlos I, que llegó a conquistar Escocia. Derrotado posteriormente (1645), buscó refugio en Holanda, intentó invadir Escocia en 1650, pero fue derrotado de nuevo y ejecutado en Edimburgo. (N. del T.). <<

[40] Fueron varios los señores y condes de Derwenrwater que lucharon a favor de los Estuardo. (N. del T.). <<

[41] Héroe escocés, partidario de Carlos I, al que, según la leyenda, extrajeron el corazón los ingleses para dar escarmiento a los rebeldes. (N. del T.). <<

[42] La batalla de Culloden, el 16 de abril de 1746, en la que los jacobitas, al mando de Charles Edward, fueron derrotados por los ingleses, al mando de William Augustus, duque de Cumberland. Culloden, en el condado de Inverness, Escocia. (N. del T.). <<

[43] *sir* Ewen Cameron of Lochiel (1629-1719), jefe escocés partidario de Carlos II y de Jaime II, reyes de la dinastía de los Estuardo, que se distinguió como guerrero jacobita (partidarios de Jaime II, hermano y sucesor de Carlos II). Se le recuerda como un combatiente feroz en innumerables canciones populares escocesas. (N. del T.). <<

[44] Monumento funerario en recuerdo del príncipe Alberto (1819-1861), consorte de la reina Victoria y padre de Eduardo Vil. (N. del T.). <<

[45] De Eleuteria, diosa griega de la libertad. (N. del T.). <<

[46] Los Capet, los Plantagenet y los Pendragon fueron estirpes de guerreros escoceses que combatieron del lado de los Estuardo en distintas épocas. El de Plantagenet, por lo demás, era el sobrenombre de la Casa francesa de Anjou, reinante en Inglaterra durante más de tres siglos, de 1154 a 1485. (N. del T.). <<

[47] La reina Mary de Escocia, consorte de Francis II de Francia, católicos ambos. Tras la llegada al trono de Mary (1561), Knox fue sometido a persecución por los católicos, viéndose obligado a huir de Escocia. (N. del T.). <<

[48] John Knox (1514-1572), gran impulsor de la Reforma en Escocia y autor de un libro de importancia histórica capital: History of the Reformation in Scotland. Ha pasado a los anales como un hombre versado en distintos saberes, abierto y muy austero, y partidario de los usos democráticos en política. (N. del T.). <<

[49] Ricardo III de Inglaterra. (N. del T.). <<

[50] Henry Saint John Bolingbroke (1678-1751), político Tory y hombre de confianza de la corona durante el reinado de Ana de Inglaterra. (N. del T.). <<

[51] Personaje inventado. Como no podía ser menos en Chesterton, el malo de la película tiene un apellido bastante común entre los judíos centroeuropeos y entre muchos judíos británicos. Acuda el lector a la nota 8. (N. del T.). <<